# A. M. Weiss



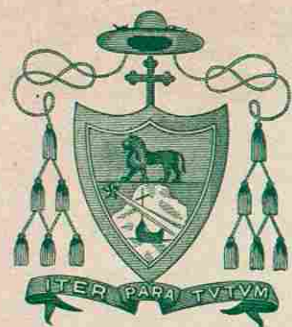
# APOLOGÍA DEL CRISTIANISMO

A.M.Weiss

APOLOGIA
DEL
CRISTIANISMO



[illegible] COMPLETO


ITER PARA TVTVM





# APOLOGÍA DEL CRISTIANISMO

R. P. ALBERTO MARÍA WEISS
del Orden de Predicadores

# APOLOGÍA DEL CRISTIANISMO

DESDE EL PUNTO DE VISTA

DE LAS COSTUMBRES Y DE LA CIVILIZACIÓN

OBRA ESCRITA EN ALEMÁN Y TRADUCIDA

POR EL

P. Dionisio Fierro Gasca
Sacerdote de las Escuelas Pías de Aragón

II

## EL HOMBRE COMPLETO

I







BARCELONA
JUAN GILI, Editor
581, Cortes, 581
MCMV

MÉXICO
Herrero Hermanos, Sucs.
LIBRERÍA RELIGIOSA
Plaza de la Concepción, n.º 2
MCMV






TIPOGRAFÍA DEL EDITOR, BARCELONA

# PARTE SEGUNDA

## FIN Y MARCHA DEL HOMBRE COMPLETO

*(continuación)*

---

## CONFERENCIA XII

### DEBERES SOCIALES

**1. Desprecio que sienten por el hombre la filosofía y la historia natural. ¿Por qué se han lanzado tan violentas acusaciones al Cristianismo?**—Si no me prohibiera la doctrina del Cristianismo hacer el mal para que de él salga el bien, (1) no desearía mejor remedio para el que padece la enfermedad de presunción personal, que el estudio de las obras de gran número de filósofos antiguos y de nuestros naturalistas modernos. Aprendería así á no tener tan alta idea de sí mismo. ¡Si no hubiese más que el peligro de aprender á despreciar la dignidad del prójimo! ¡Menos mal si sólo nos viéramos tentados á ver un animal en nosotros mismos y en cada uno de los hombres! Según el sofista Critias, que fué uno de los treinta tiranos, y según los cínicos, «los hombres son por naturaleza semejantes á los animales sin leyes y sin gobierno; un rebaño sin matrimonio, sin hogar, sin Dios y sin costumbres. Sólo se encontró el medio de someterlos, cuando una cabeza mejor organizada y más astuta que los otros inventó la doctrina de un Dios y de un castigo». (2) «El estado natural, dice Espinosa, no es la paz sino la guerra, no es la edad de oro de los antiguos, sino un caos salvaje de pasiones que luchan jun-

(1) Romanos, III, 8.
(2) Brandis, *Gesch. der Entwicklungen der griech. Philosophie*, I, 214 y sig. Zeller, *Philosophie der Griechen*, (2) II, I, 232; (4) I, 10, 11.

tas». [1] «Por naturaleza, cada uno tiene el derecho de hacer todo lo que puede». [2] «Por eso, en lo que se llama estado de la naturaleza, nada hay que sea injusto, nada que sea pecado, porque pecado es todo lo que hace el hombre sin derecho á ello; así es que en el estado de la naturaleza es justo todo lo que puede hacer el hombre». [3] «Sin duda ninguna que todo eso debió de conducirle á una lucha perpetua, y reducirle al estado de impotencia mayor que se puede imaginar. Debía suceder en el hombre lo que sucede entre los peces, que se devoran los unos á los otros, haciendo los grandes uso de su derecho natural, engulléndose á los pequeños». [4] Así, pues, concluye Hobbes, «es recto todo lo que está en nuestro poder, ó que se nos inspira como dirigido á nuestra propia utilidad. La astucia y la violencia son dos virtudes fundamentales; no existen ni lo mío ni lo tuyo; tal es la vida del hombre. El peligro y el miedo de una muerte violenta, la guerra de todos contra todos, existencia solitaria, ruin y animal». [5] Y á principios tan repugnantes no sabe oponer Kant otra cosa que *sí* y *amén*. [6] Tales son las enseñanzas de los filósofos respecto del hombre, de las bases y de los principios de la sociedad humana.

Examinemos ahora las doctrinas de los naturalistas más modernos, y seremos testigos de escenas que nos causarán mayor horror todavía. Si damos fe á sus relatos, vemos que los hombres primitivos se alimentaban de bellotas, habitaban en los árboles ó en cuevas como en fortalezas inaccesibles, luchaban con las hienas y con los osos, para robarles algunos restos de su comida, ó en la lucha por la existencia, se defendían contra sus semejantes con mazas

(1) Espinosa, *Tract. polit.*, 1, 5; 2, 15.
(2) Íd., íd., 2, 4, 5, 8, 18.
(3) Íd., íd., 1, 18.
(4) K. Fischer, *Geschichte der neuern Philosophie*, I, II, (2, 1865), 396, 399, 400, 401, 408. Erdmann, *Geschichte der neuern Philosophie*, I, II, Anhang p. XLVII-IL.
(5) Lechler, *Geschichte des englischen Deismus*, 79.
(6) Kant, *Religion innerhalb der Grenzen der blossen Vernunft*, 3, St. 1, Abth. II.



y con piedras. «Los hombres, dice Darwin, tenían grandes colmillos, de que se servían como de armas formidables; de la espesura de sus bosques, el hombre cuando tenía necesidad de una bestia de carga, se precipitaba sobre la mujer indefensa, la golpeaba en la cabeza y en el pecho, hasta que, chorreando sangre y privada de conocimiento, se dejaba arrastrar de los cabellos á la gruta que habitaba él en medio de las selvas». [1] «Para él no hay vicio ni virtud; no hay más que el instinto, la inclinación imperiosa y necesaria». [2] Poco á poco fueron reuniéndose los hombres en familias, acosados por la necesidad de la reproducción y de los cuidados mutuos. Más tarde, para protegerse y repartirse más cómodamente el trabajo, se reunieron en rebaños y en enjambres, llevando á la cabeza un animal jefe que los dirigía. En fin, para responder á la necesidad de ayudarse mutuamente y de dar libre curso á sus instintos artísticos, formaron el Estado. Imaginaron un medio para comprenderse: el lenguaje, esta vieja máquina bárbara, que, según las despreciativas expresiones empleadas por Tylor, no puede conducir á nada satisfactorio, sino con eternos remedios y perpetuas mejoras. [3] Hasta entonces estuvo obligado el hombre á vivir sin lenguaje, con sonidos confusos, superando á las demás criaturas sólo por su gran destreza de manos y por su grandioso genio de imitación. «Pero aun desde esta época, dice Bastián, la muerte de los padres ó de las personas que le servían de estorbo por su avanzada edad, no sólo le será permitida mucho tiempo todavía como fruto del desarrollo normal de su espíritu, sino que le será mandada». [4] En efecto, tiene razón Gaspari, cuando dice: «¡Cuánto valor se necesita para mirar de frente [5] hechos tan crudos y tan irritantes! expresiones con que designa estas afirmaciones, que presenta

(1) Lubbock, *Entstehung der Civilisation*, deutsch von Passow, Iena, 1875, 86 y sig. Bastian, *Der Mensch in der Geschichte*, III, 258.
(2) Bastian, *l. c.*
(3) Horacio, *Sat.*, 1, 3, 99. Tylor, *Anfænge der Cultur*, I, 237.
(4) Bastian, *l. c.* III, 262-282.
(5) Gaspari, *Urgesch.*, (1) I, 81, 103 y sig., 131, 135, 144, 167, 221 y sig.

con aire de sólida y firme convicción». [1] Sea como sea, es necesario haber renunciado á todo sentimiento de delicadeza y de honor humano, para complacerse en invenciones tan horribles como éstas.

Á pesar de esto, hombres de semejante temple, olvidando lo que acaban de decir, tienen la osadía de provocar en este terreno al Cristianismo, diciéndole: «La naturaleza ordena al hombre que sea sociable, que ame á sus semejantes y que viva según las leyes de la justicia; le manda que sea pacífico, que haga el bien, que procure complacer á sus compañeros. Pero la religión le aconseja que huya de la sociedad, que aborrezca á las criaturas, que por amor de su Dios corte los lazos más sagrados. Le impone la obligación de martirizar, de perseguir, de atormentar y de condenar á muerte á los que no quieren sometérsele». [2] Casi nos sentiríamos tentados de asombrarnos al ver tales contradicciones casi en una sola palabra, si no nos enseñara la experiencia que los más celosos propagadores son con frecuencia los que más motivos tienen para ser llevados al banquillo de los acusados. Pero lo que debe maravillarnos más es ver la impunidad con que dirigen sus ataques contra la fe cristiana; mas vemos aquí las cosas en su verdadera realidad. Gracias á la apostasía de los principios cristianos, existe realmente en todo el mundo lo que se llama estado de naturaleza, sufriendo no poco los hombres como consecuencia de semejante defección. En esta guerra de todos contra todos, les falta alguien en quien poder vengarse. De ahí viene el ardid de los enemigos del Cristianismo, haciéndole responsable de los males de la presente situación. Saben muy bien que cuando las masas están descontentas, no presentan largos argumentos, sino que desencadenan siempre su cólera sobre lo que se les pone delante como testaferro.

**2. En la antigüedad, no tenía valor el hombre sino**

(1) Gaspari, íd., I, 131.
(2) *Sistema de la naturaleza*, 1, 2, ch. 9, *apd.* Valsecchi. *La religión en triunfo*, 1776, I, 182 y sig.



**con relación al Todo, y no como individuo. La idea de humanidad entre los griegos y el cosmopolitismo estoico.**—Por esta vez, hay que buscar los culpables entre los que formulan las quejas más amargas contra el Cristianismo. Digámoslo en pocas palabras y sin miedo: no es otro el culpable que la humanidad entera, infiel á los principios de la divina Revelación. Además, desde este punto de vista, ha renegado también de la naturaleza, separándose de Dios. «No hay criatura, dice San Agustín, que, según su naturaleza, sea llamada á vivir en sociedad mejor que el hombre, y no hay ninguna que en su conducta sea más hostil á toda sociedad». [1] Fehaciente prueba de lo que decimos es toda la historia de la antigüedad. No se cansan los antiguos filósofos de describirnos al hombre como ser social; y sin embargo, aparecen como burla amarga de esas palabras las barreras que levanta un hombre contra otro hombre, una ciudad contra otra ciudad y un pueblo contra otro pueblo. Y así debía ser. Considerado como persona, el hombre no tenía valor alguno en la Edad Antigua. [2] Ya hemos visto que esa idea es conquista del Cristianismo. No tenía valor, sino como miembro de un Estado determinado y limitado. [3] Por eso, según afirma Cicerón, en los tiempos más rudos de la antigüedad, todo extranjero era considerado como «enemigo»; [4] al menos como «bárbaro» en las épocas posteriores ya civilizadas. Aun en los Estados más humanos, en las ciudades de Esparta y de Cartago, famosas por sus jenelasías, no tenía derechos el extranjero. [5] Sólo en Judea, cuyas fronteras estaban tan cuidadosamente cerradas para evitar la mezcla con los extranjeros, á los extraños que residían en el país se les trataba como á hermanos. [6]

(1) S. Agustín, *Civ. Dei*, 12, 27, 1.
(2) Fustel de Coulanges, *La ciudad antigua*, 280 y sig.
(3) Rein, *in Pauly's Realencyclopædie der classischen Altherthumswissenchaft*, V, 1331.
(4) Cicerón, *Off.*, 1, 12, 37.
(5) Baumstark *bei Pauly*, III, 1519 y sig.
(6) III, Mos., XXIV, 21; Cfr. II, Mos., XXII, 21; V Mos., X, 19.

Bien mirado, el desprecio por el extranjero no era otra cosa en el fondo que la aplicación lógica de lo que querían designar los antiguos con las palabras «ser social». En sentido más libre y más lato, la comprenden evidentemente los doctores cristianos que la toman constantemente de Aristóteles y de Cicerón. Y mientras que, bajo la influencia de las ideas cristianas, consideran los primeros como instinto de socialidad y de amistad la inclinación del hombre á acercarse á su prójimo, la consideraban los antiguos como algo diferente, como violencia que tenía por fin la formación del Estado. [1] «Falto de socorros, privado de independencia personal, está el hombre, dice Aristóteles, más sometido que las abejas á la necesidad de la naturaleza que le fuerza á juntarse al todo; porque no puede tener valor moral legítimo, sino cuando ha llegado á ser parte del Estado». Tales eran las antiguas doctrinas con respecto á la sociedad.

Para dar más luz, al menos aquí, á la antigüedad, se habla mucho de la idea humanitaria de los griegos, que fué particular y poderosamente favorecida por las conquistas de Alejandro. Más importancia se da todavía al Cosmopolitismo de los estoicos, que fueron los primeros en hablar claramente de libertad, de igualdad y de fraternidad universal. Hasta se manifiestan deseos de considerar la idea del Cristianismo, que ha vencido al mundo, la idea de catolicidad, como fruto maduro que aquellos árboles dejaron caer en el seno de éste. Sin embargo, examinada de cerca la tan cacareada filantropía griega, no es otra cosa que la mezquina justicia que da lo que debe al que quiere hacer valer su derecho, y que da también al que no tiene estricto derecho, cuando no se le exigen demasiados sacrificios, y sobre todo, cuando espera verse largamente recompensada. [2] Quien sentía correr por sus venas una gota de sangre griega ó romana, no podía pensar en la igualdad efectiva entre todos los hombres, entre los griegos y los

(1) Pfeiderer, *Moral und Relig.*, 2; cfr. Baumstark, *l. c.*
(2) Nœgelsbach, *Nachhomer. Theol.*, 261 y sig.



bárbaros. Y aunque emplean semejantes palabras los últimos estoicos, Epícteto y Marco Aurelio, no corresponden los hechos á tales palabras, que revelan gran cantidad de rebajamiento en el espíritu antiguo. Á primera vista podría tener muy considerable importancia la máxima del antiguo Pórtico, que: «el sabio suprime toda distinción entre romanos y bárbaros, entre hombres libres y esclavos». Pero se la puede tomar en dos sentidos. Ó bien es rebajamiento de la filosofía, y significa entonces que la sabiduría no es de adquisición difícil, sino que finalmente, pueden adquirirla una mujer del mercado y un pastor tracio, y codearse con el griego, como lo comprendió Epicuro; ó bien, según el pensamiento de los estoicos, es la exaltación grandemente orgullosa de la sabiduría personal. «Es tan grande, quieren decir, la filosofía estoica, que sólo un corto número de hombres puede elevarse hasta ella; por eso es infinito el número de los tontos, y tan corto el número de los sabios, siendo tan sorprendente, que el esclavo bárbaro, que abraza la sabiduría del Pórtico, tiene más valor que mil griegos atacados de demencia. [1] Es evidente que semejante cosmopolitismo lo es todo menos humanidad; pues es desprecio intencional del hombre, fundado en presunción sin límites. ¿Cuál fué la consecuencia? No había habido hasta aquí caridad universal, porque extraño é indigno de la vida social, era considerado como enemigo el que no pertenecía á la misma sangre y á la misma lengua; pero había al menos, cierta inclinación hacia los compatriotas y hacia los descendientes del mismo tronco. En verdad que este estrecho patriotismo de los antiguos, es indicio de moral muy grosera y de gran barbarie. [2] Sin embargo, es un lazo por el cual pueden unirse en un todo y ayudarse mutuamente los individuos. Y he aquí que la orgullosa aristocracia de la filosofía de la razón fué como el entusiasmo humanitario que se desarrolló después entre los griegos, rechazó hasta el último motivo fundamen-

(1) Cfr. Brandis, *Gesch. der Entwickl. der griech. Phil.*, II, 156.
(2) Humboldt, *Reise in die Æquinoctialgegenden*, IV, 16 y sig.

tal de la caridad para con algunos habitantes de la misma patria. Así, pues, desaparecen para los individuos, con los límites naturales que habían conservado el amor á la patria, los últimos lazos de la homogenidad, en una época en que cuanto más privada de satisfacciones está la vida y cuanto más raro se hace el sentimiento de la comunidad y de sus obligaciones, [1] tanto más se ocupan en el Estado y en sus leyes. De ahí viene que se trate de fijar en su lugar límites arbitrarios, límites que se crea uno mismo, límites con los cuales se espera desterrar mejor el descontento que originaba el orden existente. Pero todo aquello era una aberración completa con respecto á las obligaciones hacia la humanidad: puede llamársele muy bien Cosmopolitismo, porque es en verdad la negación de la patria, el aislamiento de todos los ciudadanos para poder librarse de todo peso incómodo impuesto por la vida común. Sí, es cierto, la idea de Estado y la de patriotismo, tal cual la concibieron los antiguos, no era sino estrechez de corazón é inhumanidad. Pero, comparada con esa humanidad falsa inficionada de cosmopolitismo, tal cual existía en los tiempos antiguos, y tal cual se la encuentra en los tiempos modernos, es todavía noble y digna de estimación.

**3. Estrechez del corazón é inhumanidad del patriotismo antiguo. Imposible era el amor del prójimo.** —Somos los últimos en negar nuestra admiración á los grandes sacrificios y á las acciones heroicas que engendró el patriotismo de los antiguos. Aceptamos con gusto que tuvo su origen en una convicción sincera; pero la verdad se impone, y debemos decir que, si fué el amor propio el germen de la virtud antigua, el mismo dió también origen al amor á la patria. [2] Aun hoy mismo nos encontramos no pocas veces con un hecho parecido. Sin él, no daría margen tan frecuentemente ese patriotismo á orgullo tan inflexible, y á tan injusto desprecio por los extranjeros.

(1) Brandis, *Handb. der Gesch. der griech-rœm. Phil.* III, I, 355.
(2) Wietersheim, *Geschichte der Vœlkerwanderung*, (1), I, 29.



Sin embargo, en otro tiempo se presentaba el caso con más vivos colores que hoy, y no podía ser de otro modo; porque cuanto más se limita la iniciativa personal, tanto más convencido de su poder queda el individuo, cuando forma parte del gran Todo respetado y fuerte, y lo mismo sucede con los espíritus enérgicos, libres é independientes; tienen la virtud de comunicar al Todo á que pertenece el orgullo que se permiten ya frente á frente de sí mismos, iluminados por los resplandores que se destacan del Todo. Por eso la existencia del Estado descansaba generalmente entre los antiguos en el egoísmo nacional, [1] tomando de él toda su fuerza; pudiéndose decir de su patriotismo que, en su pobreza de humanidad, fué ante todo el mayor obstáculo que se oponía á la aproximación social de los hombres. «El cosmopolitismo, dice Nægelsbach, es opuesto completamente al espíritu griego». [2] Y no sólo no es griego el cosmopolitismo, pero ni siquiera es romano; es en general enteramente incompatible con la idea del Estado, tal cual se la formaron los antiguos. El sentimiento político tiranizaba al sentimiento humano.

La vida, la sangre, la propiedad del individuo y de todos, pertenecían al Estado. El hombre no tenía ni existencia como ser capaz de estar sometido al derecho, ni valor con relación á los demás, sino por el derecho civil de que gozaba, no pasando el tal derecho los límites del Estado á que pertenecía. [3] Debía ser el hombre á los ojos del Estado nada más que una nulidad, no teniendo ni defensa ni protección, y lo que es más, ni derecho ni recursos contra sus celosas divinidades, ni valor á los ojos del Estado; y si quería adquirir alguna importancia, debía estar dispuesto á hacer al Estado el más completo sacrificio de sí mismo. Colocado frente á frente de sus semejantes, no podía atribuirse más valor que el que por sí mismo poseía, esto es, ninguno. Y si la reacción ante tamaña injus-

(1) Champagny, *Los Césares*, (5) I, 329.
(2) Nægelsbach, *Nachhomer. Theol.*, 298.
(3) Vachsmuth, *Europæische Sittensgeschichte*, I, 105.

ticia que se había cometido contra su propia independencia, le llevaba hasta el *solipsismo* de los estoicos y de los cínicos, hasta la más arrogante presunción y hasta la idolatría personal, no bastaba, en verdad, á atenuar la acusación que lanza el Apóstol contra los paganos, «de estar sin amor». [1] Sirviéndonos de la expresión de un Dahlmann, «faltaba al paganismo de los helenos, y á todo el paganismo en general, lo que consideramos enteramente natural los cristianos, porque sabemos respetar al hombre, la caridad». [2] Le faltaban las dos causas principales que hoy nos hacen reconocer fácilmente la igualdad con nuestro prójimo: la creencia que tiene el género humano de que todos descendemos de un mismo padre y de una misma madre, así como la fe de que todos somos llamados á un fin eterno. [3] Era imposible al pagano el amor del prójimo, como exigencia de sola la razón y de la naturaleza no corrompida del hombre, porque le faltaba una condición esencial para esto: la convicción del valor de la personalidad libre é independiente del individuo.

**4. ¿Por qué se despreciaba el trabajo en la antigüedad? Males causados por esta manera de mirar las cosas.**—De ahí, naturalmente, se deduce la segunda razón por qué no podía haber verdadera vida social en la antigüedad.

Reconozco la dignidad y la independencia de los derechos de los que viven á mi lado; de este conocimiento resulta necesariamente para mí el deber, no de restringir mi actividad en mí, ni tampoco en la colectividad, sino de hacer que medren con él cada una de las cualidades particulares que constituyen mi prójimo. Allí donde no se consideren las cosas de este modo, podrá el ciudadano hacer en pro del Estado, á quien debe lo que es, siendo el Estado el todo, esos grandes sacrificios de que hemos hablado; luego, cuando llegue el momento en que no se le

(1) Romanos, 1, 31.
(2) Dahlmann, *Politik* (2), § 221 y sig., p. 216 y sig.
(3) August., *Civ. Dei.*, 12, 21.



exija trabajo alguno, concretará á sí mismo todos sus cuidados, todas sus penas. Y los concretará con tanto más ardor, cuanto que le habían concedido antes menos holganza para pensar en su persona. Jamás se le ocurrirá de que debe volver su atención á los que no se adhieren como partes integrantes á su propio yo, ó de quien no espera ningún servicio.

He aquí una explicación del profundo desprecio en que se tenía el trabajo en la antigüedad. «La ociosidad y el horror al trabajo es el distintivo del mundo antiguo». [1] Están perfectamente conformes con esto los indios y los persas, los escitas y los tracios, los lidios, los egipcios y todos estos pueblos con los griegos y romanos. [2] Son tan raras, y están tan poco conformes con el espíritu de la antigüedad las expresiones sueltas, como las de que se sirve Hesiodo, cuando dice que «no es vergüenza el trabajo, sino la inactividad», [3] que apenas si merecen llamar la atención. En esta materia están absolutamente en el mismo pie los pueblos más civilizados de la antigüedad y los pueblos más groseros del paganismo moderno. [4]

Para nombrar el trabajo se sirvieron los griegos y romanos de una palabra que lo mismo puede significar necesidad, miseria, aflicción, tormento, que trabajo. Los trabajadores y los obreros fueron considerados por el mismo Aristóteles indignos del derecho de ciudadanía, sin nobleza de sentimientos, y sin aptitudes para las virtudes políticas. [5] Según Cicerón, «no hay talento que se desarrolle con el trabajo, porque es ocupación poco honrosa». [6]

Para conocer todo el desprecio á que llegó el trabajo, no hay más que recordar al desconfiado Domiciano que puso

(1) Karl Schmidt, *Die bürgerliche Gesellschaft in der altromischen Welt.* (Deutsch von Richard, 55 y sig.).
(2) Périn, *Vom Reichthum* (Deutsch, 1866, I, 187-226).
(3) Hesiodo, *Op.* 311 (Lehrs).
(4) Wuttke, *Geschichte des Heidenthums*, I, 164 y sig., 206, 224.
(5) Aristóteles, *Polit.*, 3, 3 (5), 1 y sig.; 8, 2 y sig. Hermann, *Griechische Privatalterth.*, 211 y sig.
(6) Cicerón, *Off.*, 1, 42, 150.

en libertad desdeñosamente á los discípulos de Jesucristo, cuando vió callosidades en sus manos. «Gentes que trabajan, pensaba para sí, son gentes de muy poca capacidad para concebir un pensamiento de que le pudiera resultar á él ningún peligro». [1]

Es imposible describir y presentar en todo su alcance los males que esa tendencia ha causado á la humanidad. El trabajo, de sí ya penoso y humillante, hecho además indigno y deshonroso, despojado de aprecio y de libertad, según lo hace notar muy bien Périn, «debió causar á la sociedad mayores perjuicios que la esclavitud en sus más repugnantes formas». [2] Se comprende fácilmente, porque había muchos que querian recibir un salario halagador como comediantes, como bufones ó como esclavos del pecado, mejor que rebajarse hasta la vergüenza del trabajo. Sólo podía resolverse á trabajar el que se veia obligado por la necesidad, ó aquel á quien se le cerraba el paso.

¿Y cómo llegaron á tan triste condición los antiguos? Nada hay que pueda inclinar al negro [3] al trabajo, porque es perezoso por naturaleza, y porque lo lleva consigo el clima enervante en que vive. Bajo otro cielo se doblega y se dedica al trabajo; pero el negro de los países australes resiste con obstinación [4] á los esfuerzos intentados en tal sentido, no sólo por pura pereza, sino también en virtud de otro principio. Dice que «el blanco es el que debe trabajar y no el negro; el blanco es un ser vulgar, mientras el negro es todo un caballero». [5]

Lo mismo sucedía entre los antiguos; se consideraban también caballeros y demasiado señores para trabajar. Los documentos que sobre los germanos nos ha dejado Tácito, nos permiten echar una ojeada sobre la verdadera causa de su horror al trabajo. «Cosa curiosa, dice, es más difícil

(1) Eusebio, *Hist. eccl.*, 3, 20.
(2) Périn, *Vom Reichthum*, 1866, I, 289 y sig., 297 y sig.
(3) Schauenburg, *Reise in Centralafrica*, II, 133.—Andrée, *Forschungsreisen in Arabien und Ostafrica*, II, 323, 329, 353.
(4) Trollope, *Australia and New Zealand.* (Tauchnitz), I, 72 y sig.
(5) Peschel, *Vœlkerkunde*, 156.



persuadirles á trabajar la tierra que á provocar á sus enemigos; les parece pereza é inercia recoger con el sudor de su frente lo que pueden conquistar con su sangre. Pasan mucho tiempo cazando, pero la mayor parte, en comer con exceso ó en dormir; los más valientes y belicosos son inactivos, dejan el cuidado de la casa, de los penates y de los campos, á las mujeres, á los viejos, á los débiles de la familia, y se corrompen en la ociosidad». [1]

No es ya sólo la pereza la que produce el horror al trabajo; hay motivos más poderosos: es el orgullo que teme encontrar en él un medio de humillación. Es verdad que no se comprendería si no fuera el trabajo más que un medio de adquisición y de provecho. Considerado desde este punto de vista, se le toleraría como mal necesario. Los mismos estoicos dejaban á los hombres que se arreglasen como pudieran con este principio: «han nacido los unos para los otros». [2] Pero el trabajo es también sacrificio y negación de sí mismo; es una donación que de las fuerzas personales y de sus frutos se hace al prójimo; exige que descienda el hombre de sus alturas imaginarias, donde reina como dominador soberano, y como señor que se basta ampliamente á sí mismo. Le es necesario confesar por una parte, que lo que posee ó quiere adquirir, le viene ó le vendrá, solamente á precio del trabajo de los otros, esto es, á precio de una inmolación personal. Por otra parte, se ve precisado á admitir que no puede procurarse por sí mismo aquello de que tiene necesidad. Hay, pues, en el trabajo una negación personal, ó más bien una renuncia de sí mismo, y una confesión de que no es mejor que los demás, al mismo tiempo que reconoce al prójimo como poseedor de los mismos derechos que él y hasta con pretensiones á su servicio.

Era, pues, intolerable para los antiguos este pensamiento; y no es que queramos hacer aquí alusión á los espíritus ordinarios y comunes, que se hallaban en posesión del

(1) Tácito, *Germania*, 14, 15.
(2) Cicerón, *Off.*, 1, 7, 22.

poder y de las riquezas, que no vivían sino para sus placeres sin pensar que también ellos tenían deberes que cumplir. No queremos hablar tampoco de la jactancia y del desprecio general de toda obligación para con los demás en que tanto se complacían las muchedumbres de rudos estoicos y cínicos. Aun los mejores filósofos creían haber dicho algo elevado, cuando advertían al hombre que no se juntase con otros hombres, y no se entrometiera en sus negocios. «No te dejes mover por nada; nada del mundo te haga salir de tu reposo, de tu dignidad, del cuidado que tienes de ti solo; te bastas á ti mismo». Tal es el eterno tema de esa filosofía del egoísmo. «El mundo entero no es más que una vana imaginación», dice Marco Aurelio. [1] El hombre no debe hacer sino lo que está á su alcance inmediato. [2]

Según Epicteto, es hombre honrado el que dice: «No hago caso de nada; me basta dejar que pase la vida sin dificultades y sin obstáculos. Si tengo que ocuparme en algún negocio, someto al yugo mi cabeza, lo mismo que el que se casa, y levanto los ojos al cielo para encomendarme á Dios». [3] Conténtese cada uno con ocupar su puesto en el mundo, y hacer su papel como parte del todo. «El sabio no debe cuidar sino de sí mismo; padres, hermanos, hijos, patria, todo debe ser igual para él». [4] Si se cree que debe llegar al último límite de la caridad, se podrá acaso testificar exteriormente que se toma parte en el dolor del prójimo, pero nada más. «Puedes con tus palabras manifestar exteriormente compasión hacia el que sufre; pero guárdate de gemir juntamente con él interiormente, porque perderás tu propio reposo, y ya no serás feliz». [5]

Hasta ahí llega la conmiseración y la participación en la felicidad ó en la desgracia del prójimo; y para la inmolación y para el rendimiento en favor del prójimo ahí está

(1) Marco Antonino, 4, 3.
(2) Íd., 3. 4.
(3) Epicteto, *Dissert.*, 2, 17, 29.
(4) Íd., *Manuale*, 11; *Diss.*, 3, 3.
(5) Íd., íd., 16.



también la más alta cumbre hasta donde pudo lanzarse el espíritu de la antigüedad representada en sus más nobles hijos.

**5. La autarquía de los cínicos y de los estoicos; la independencia cristiana de la personalidad. Independencia personal y libertad.**—En presencia de semejantes aberraciones, tenía que resolver el Cristianismo un doble y difícil problema. Debía enseñar á los hombres el deber de la mutua abnegación, cuidando al mismo tiempo de la dignidad personal; ahora bien, esta última empresa era quizá más difícil que la primera. Por eso se comenzó por cumplirla en el nuevo orden de cosas.

Con bastante frecuencia hemos llegado á la convicción de que, en la antigüedad, nada era por sí mismo el hombre. Suponiendo que permaneciese en semejante situación, era naturalmente imposible imponer al individuo algún deber hacia sus semejantes, los cuales, considerados individualmente, no eran más que él. Los cínicos y los estoicos presintieron claramente este lado flaco del mundo antiguo; pero era de tal modo inaccesible la forma con que pretendían mejorarlo por su doctrina de la *autarquía*, esto es, por la suficiencia que encuentra en sí mismo el sabio, que debía, por necesidad, resultar imposible la socialidad.

Se trataba, ante todo, de enseñar á los hombres á conocer la autonomía de su personalidad moral, independiente de toda influencia exterior, pero sin desligar todos los lazos que la unían á la humanidad. El Cristianismo realizó esta empresa. No ataca las relaciones exteriores, y asegura en todos los casos la verdadera, personal é interior independencia del hombre. «Siervos, obedeced en todas las cosas á vuestros señores temporales, no sirviendo al ojo como para agradar á hombres, sino con sencillez de corazón, temiendo á Dios». [1] «No os hagáis esclavos de los hombres». [2] «En cuanto á mí, dice el Apóstol, no me dejaré

(1) Colosenses, III, 22.
(2) I Cor., VII, 23.

dominar por nadie». [1] «Guárdese el que sirve al mundo y á las cosas del mundo de pegarse á ellas, como he aprendido yo á desasirme de ellas». [2] «He aprendido á contentarme con lo que tengo. Sé vivir humillado y sé vivir en la abundancia; de todos modos estoy hecho á todo, á tener hartura y á sufrir hambre, á tener abundancia y á padecer necesidad. Todo lo puedo en aquel que me conforta». [3]

Esta doctrina rehabilitaba al hombre, declarado libre y hecho independiente en el interior de su ser, en su pensamiento, en su conciencia, en su voluntad, sin que en modo alguno se alterasen exteriormente, ni la justa sumisión hacia los que están más elevados en dignidad ni las obligaciones con respecto al prójimo.

De este modo desaparece entre los hombres toda distinción relativa á la libertad y á la independencia del hombre interior; porque estas palabras «no hay ya judío, ni griego; ni esclavo, ni libre; ni hombre, ni mujer», [4] no se refieren á las relaciones exteriores, sino al valor y á la independencia de la propia personalidad.

Como consecuencia de todo esto, se encuentran hoy los hombres unos en presencia de otros, pero no como se encontraron en otro tiempo; desaparecen ya para en adelante esas diferencias secundarias y puramente exteriores de rico y de pobre, de señor y de siervo, de noble y de pechero, puesto que ha encontrado el hombre su importancia y dignidad propias. En otros tiempos, éste era ciudadano, aquél extranjero; uno formaba parte del Estado, y era, por consiguiente, persona jurídica; otro, al contrario, estaba privado de todos los derechos, porque no pertenecía á ningún gran Todo. Viviendo para sí sólo, y considerado como tal, era una cantidad despreciable. Uno solo, era tenido en cuenta, porque era libre; millares y millones agrupados, formando un todo, no tenían valor alguno. Persis-

(1) I Cor., VI, 12.
(2) I Cor., VII, 29-31.
(3) Filipenses, IV, 10-13.
(4) Gálatas, III, 28.



tió, es verdad, la situación provisionalmente, como había estado antes, hasta el momento en que cambió por sí misma; porque desde el punto de vista exterior, no tenía el asunto capital importancia. Pero el extranjero, lo mismo que el senador, la joven esclava como su amo, el niño que estaba todavía en el seno de su madre, todo lo que hasta entonces no había sido nada, comenzó á ser algo; todos se hicieron hombres, ó en otros términos, seres personalmente independientes, y como tales, todos sin excepción iguales.

No estará fuera de su lugar la observación de que, en esta como en las demás cuestiones que hemos tratado aquí, consideramos simplemente el lado natural de la eficacia del Cristianismo. Los motivos propiamente sobrenaturales de reconocer esta nueva doctrina, vienen en segundo lugar, facilitando y asegurando la práctica del deber natural de la caridad universal, haciendonos agradable el ejercicio de ese deber humano que todos tenemos, convirtiendo la virtud natural en fuente del mérito sobrenatural.

**6. Novedad, razón é importancia del amor universal del prójimo.**—Al devolver al hombre su verdadero valor y su importancia natural, ha creado el Cristianismo igualmente el amor del prójimo, considerado como virtud puramente natural, porque «todos los seres aman á sus semejantes». [1] Debió, pues, el hombre amar á su prójimo, apenas aprendió á conocer en él esa dignidad que se le enseñó á estimar en sí mismo.

Sin embargo, no hubiera bastado á fundar sólidamente la verdadera práctica de la virtud de la caridad para con el prójimo. También los estoicos tenían constantemente en los labios la palabra que revelaba que todos los hombres tienen la misma naturaleza, pero sin eficacia para producir el amor del prójimo. ¡Era muy natural! En el mejor de los casos, podía conducir aquella enseñanza al amor de la naturaleza humana, considerada en abstracto, pero jamás á la caridad para con el hombre considerado como persona. Sea lo que quiera, es más noble y más poderosa esta

(1) Eclesiástico, XIII, 19.

razón, que considerar, por espíritu de oposición á la doctrina cristiana, la utilidad del Todo como motivo y medida de la caridad cristiana. (1)

Según este principio, es imposible una caridad universal. Si así fuera, ¿cómo podría el esposo amar á la esposa enferma, el hijo al padre que está hecho un niño, no siendo sino carga para ellos? ¡No! para fundar la caridad para con el prójimo, y la caridad verdaderamente universal, fué necesario añadir algo á lo que conocieron los antiguos, y ese algo lo añadió el Cristianismo. Nos ha enseñado primero á no ver en el hombre sólo una naturaleza mortal impalpable, de la cual participamos todos, sino que nos ha presentado á cada hombre como personalidad real y viviente, común á todos por la descendencia de un mismo padre y la transmisión de una misma sangre. Con las palabras «hermano» y «amor fraternal», que ha introducido, la doctrina de los antiguos sobre la humanidad, tan estéril hasta entonces, recibió una significación enteramente distinta, una significación palpable y real.

En segundo lugar, con la acepción cristiana de la palabra «naturaleza humana», nos ha enseñado á considerar á esa naturaleza, no como algo puramente físico, como se había hecho hasta entonces, sino como la base de todas las acciones del hombre como ser libre; haciendo que por ella fuese capaz cada individuo de poder erigirse él mismo en punto de partida y en centro de actividad moral.

Tal es el doble fundamento de nuestra caridad natural para con los hombres, y la razón por qué continúan existiendo la posibilidad y el deber del amor aun para con los malvados que abusan de su libre y moral aptitud para el bien. (2)

No hay necesidad de decir que, hecha abstracción de los motivos sobrenaturales, pueden añadirse á esta razón general, que comprende á todos los hombres, otras inclinaciones naturales que tengan también su valor. Se comprende fácilmente que debemos unirnos con amor más sin-

(1) Hoyns, *Die alte Welt in ihrem Bildungsgange*, 292.
(2) Sto. Tomás, *Summa theol.*, 2, 2, q. 25, a. 6.



cero á los que nos están unidos por los lazos de la sangre y de la gratitud. (1) Pero se trata aquí simplemente de la creación de la caridad universal, de la verdadera humanidad. Por ella, no sólo ha suscitado el Cristianismo una virtud sobrenatural, sino también una nueva virtud natural desconocida antes de él, una virtud que ni siquiera era posible á causa del punto de vista en que se colocaba el Paganismo.

Tiene completa razón Rückert, cuando, apoyado en estos principios, dice que con sus exigencias de caridad universal, no encontró el Cristianismo entre los paganos nuevamente convertidos ni suelo firme en que pudiera implantarse, ni lugar en la manera de pensar y de sentir que les habían sido peculiares hasta aquel momento. (2) Lo más difícil de comprender es cómo puede por esto acusar á la religión de Jesucristo. ¡No es ir contra la naturaleza embellecer la naturaleza, ni es crimen hacer humano el humano corazón!...

**7. El Cristianismo, corporación del mundo entero.** —Luego, perfecciona ya el Cristianismo de ésta manera las inclinaciones sociales de los hombres.

Lo hace más victoriosamente todavía con sus motivos sobrenaturales, que los destinan á todos á formar como «una gran familia de Dios unida por la fe y la gracia», (3) dirigiéndolos al mismo fin eterno, y esto, no sólo como padres naturales, sino también como padres espirituales. Esto ha sido precisamente una de las más felices consecuencias de los impedimentos del matrimonio establecido por la Iglesia. Se han fundado así relaciones sociales más extensas; gran número de familias, hasta entonces extrañas, se han visto obligadas á acercarse, y han impedido la asociación de las que ya estaban unidas, obligándolas á unirse con otras. (4) El Cristianismo, que ya es de sí «una

(1) Sto. Tomás, íd., 2, 2, q. 26, a. 7, 8.
(2) Rückert, *Culturgeschichte des deutschen Volkes*, II, 294.
(3) I Cor., X, 17.
(4) Stein, *Dei pathologischen Moralprincipien*, 2871, 263, 313, 19.

inmensa corporación», según la expresión de Francisco Baader, (1) ha dado vida á la inclinación para formar gremios y corporaciones, (2) y ciertamente no se debe á la casualidad que hayan sido simultáneas la lucha contra el Cristianismo y la guerra contra ellos y su abolición.

También nació del Cristianismo ese pensamiento sublime que, hace tantos siglos, preocupa á los hombres más ilustres, el pensamiento de una sola y única familia de pueblos y de una perpetua paz en el mundo.

**8. La obligación de todos al trabajo. El trabajo libre y honroso, ocupación del hombre libre. Vuelo social impreso por el Cristianismo.**—Desapareció desde entonces el padrón de ignominia impreso al trabajo. Todos se consideran ligados por la obligación de trabajar, (3) no sólo el que lo necesita para ganar el pan que ha de comer, sino también el que posee lo suficiente y aun lo superfluo. Este último está obligado al trabajo por doble motivo. Primero, porque debe hacerse acreedor al salario del trabajo, salario que tiene ya recibido de antemano con largueza; segundo, porque la otra faz del trabajo, la de la violencia y del sacrificio que se impone por el bien de otro, tiene para él una importancia tanto mayor, cuanto que, en lo que personalmente le concierne, siente menos la necesidad de desembarazarse de esa carga. «Todo hombre, enseña el gran San Basilio, debe hacer un trabajo cualquiera, pero un trabajo útil y serio». (4) «No ha creado Dios al hombre, dice San Juan Crisóstomo, para que viva solamente para sí. Era esta una de las doctrinas fundamentales más ofensivas de la filosofía pagana. Pero según nuestra fe, ha sido creado el hombre para ser útil á los demás. Por eso San Pablo llama antorchas á los creyentes. (5) Indica suficientemente con estas palabras, que deben ser útiles á los demás, porque lo que no tiene luz, sino para

(1) Erdmann, *Geschichte der neuern Philosophie*, III, II, 628.
(2) Périn, *Vom Reichthum*, (deutsch) Regensb., 1866, I, 367, 378.
(3) II Tesalonicenses, III, 10, 12.
(4) Basilio, *Hom.* (9) *quod Deus non est auctor malor.*, 5.
(5) Filipenses, II, 15.



sí, no es antorcha». (1) «La obligación de practicar la virtud de la sociabilidad, dice el discípulo y heredero del espíritu de San Agustín, Próspero de Aquitania, exige que todo el que pueda, se haga útil á la sociedad humana. Examinen bien si no faltan á la justicia los que se eximen del trabajo, ya consista en una ocupación exterior, ya en la labor del espíritu, ya en el desempeño de un cargo en la Iglesia ó en el Estado». (2)

Por eso desde entonces ha sido considerado el trabajo, no solamente libre y como vocación de hombres libres, sino como honroso y digno de estimación. Gloríase muchas veces San Pablo, como satisfecho de sí mismo de no servir de carga á nadie, y de haberse procurado para sí y para sus compañeros lo necesario para la vida con el trabajo de sus manos. (3) En el mismo espíritu abundan las «Constituciones Apostólicas», cuando hacen decir á los Apóstoles, hablando de sí mismos, que «trabajaban constantemente en su oficio, que jamás estaban ociosos, y que debían ser tomados por modelos». (4) No alababa San Pablo á los que querían comer sin trabajar, (5) sino que á todos daba el consejo de que tuvieran un estado y permanecieran en el que ya habían escogido, porque todos, dice, son honrosos. (6)

Veamos también la transformación que se operó en el espíritu público con respecto al trabajo. Hasta entonces, consideraron los hombres libres como puntillo de honra, librarse del trabajo, «aunqne para él habían nacido todos», (7) y preferían adherirse al cuerpo de la humanidad como miembros inútiles para chupar, como parásitos, su savia. Celso, perpetuo modelo de todos los enemigos del Cristianismo, no quería prestar atención alguna al adve-

(1) S. Juan Crisóstomo, *Adv. appugnat. vitæ monast.*, 3, 2.
(2) Próspero, *De vita contemplativa*, 3, 28.
(3) II Tesalonicenses, III, 8. I Tesalonicenses, II, 9. I Cor., IV, 12. Act. Ap., 20, 24.
(4) Const. Apostólicas, 2, 63.
(5) II Tesalonicenses, III, 10.
(6) I Cor., VII, 17, 20, 23. Efesos, IV, 1.
(7) Job., V, 7.

nimiento de una nueva época; tan esclavo de sus juicios le había hecho el odio que tenía al Cristianismo. Creía más todavía, creía hacer despreciable al Cristianismo, diciendo que no podía enseñar la verdad un hombre que había tenido por madre una costurera, [1] por padre un carpintero, [2] siendo él mismo artesano. [3] Sin embargo, antes de él se había gloriado Justino de que «Cristo había fabricado, con sus propias manos, arados y carromatos». [4]

Pero en esto dice la última palabra Tertuliano, cuando, penetrado de la grandeza de su causa, dice á los paganos: «¡Qué! ¿Habíamos de ser nosotros miembros inútiles á la sociedad? ¿No habíamos de contribuir al bien común? Trabajamos en los campos, nos ocupamos en la agricultura, en el comercio, en la navegación, en los trabajos manuales y en las obras artísticas». [5]

Y era verdad; se ocupaban los cristianos en toda clase de industrias honrosas. Las actas más antiguas de los mártires y las inscripciones sepulcrales hacen mención de soldados, oficiales, prefectos de ciudades y senadores, al lado de escultores, pintores, panaderos, jardineros, tenedores de libros, picapedreros, herreros, olleros, fabricantes de tiendas de campaña, tejedores, hosteleros, sastres, zapateros, esportilleros y pescadores. [6]

Bajo la influencia de esta nueva forma de considerar las cosas, muy pronto se transformó la vida pública. Ya en 337, se vió obligado Constantino el Grande á dar una ley por la cual se atendía á la nueva condición, y se reconocía la honorabilidad del trabajo, asegurando á algunos artesanos la exención de cargas personales del Estado. [7] Continuó

(1) Orígenes, *C. Cels.*, 1, 28.
(2) Id., 6, 16.
(3) Id., 6, 34.
(4) S. Justino, *Dial. c. Tryph.*, 88.
(5) Tertuliano, *Apolog.*, 42.
(6) Mamachi, *Origines christ.*, III, 316, 318-320. S. Basilio, *Hom.* 3, *attende tibi* 4. Kraus. *Roma sotterranea*, 408 y sig.
(7) Cod. Theodos., 13, tit. 4, lex. 2. Gfrœrer, *Gesch. der deutschen Volksrechte im Mittelalter*, II, 172, 183. Hirsch, *Jarhrbücher des deutschen Reiches unter Heinrich*, II (I, 29 y sig.). Maurer, *Geschichte der Frohnhœfe*, I, 244 y sig.; II, 315 y sig.



Carlomagno edificando sobre aquellas bases, é hizo del trabajo, que conducía á una vida honrada y de franquicias, el fundamento de aquella maravillosa prosperidad á que llegó la vida de los pueblos de la Edad Media. [1]

Sin esta actitud eficaz del Cristianismo, y sin este desarrollo, hubiera sido imposible una de las apariciones más placenteras de la historia, y al mismo tiempo uno de los impulsos sociales más fecundos en bendiciones. Y al diferente modo de juzgar los hechos, se debe el que no consideremos hoy el valor del hombre por el número de los que deben sacrificarse por él sin que ofrezca él personalmente á la totalidad su correspondiente servicio, sino por la forma de emplear los dones y las fuerzas que le ha dado Dios. Y no era concebible este modo de juzgar, sin la victoria del pensamiento cristiano.

**9. Las virtudes sociales de los cristianos.**—Estableció así la doctrina cristiana la base de un género enteramente nuevo de virtudes morales, y no se contentó con sembrar la nueva semilla, dejando que se desarrollase por sí misma, sino que atendió también, por su propia energía, á ensanchar, por modo eficaz, la enseñanza de sus deberes; así los más grandes doctores de la Iglesia han estimado siempre en mucho esta empresa, inculcando, como obligatoria, la práctica de las dos bases fundamentales de la vida social, tal cual las hemos descrito, hasta el punto de que no se encontrará ni uno sólo entre ellos que no recomiende la caridad universal hacia el prójimo como el primero de los deberes cristianos.

Enseñan también unánimemente los más grandes genios, que las primeras virtudes cristianas son el trabajo asiduo y la fidelidad á los deberes de estado. Sus preceptos relativos á la perfección moral de los cristianos dicen constantemente que ningún estado legítimo, ningún trabajo propio de la vocación, ninguna ocupación, es en sí obstáculo que impida elevarse á la cumbre de la perfección. Sin cesar recuerdan que es sospechosa toda piedad

(1) Gfrœrer, *Volksrechte*, II, 194-197.

que tiene aires de oponerse al cumplimiento de los deberes de estado; en fin, que todo, hasta la práctica de la más elevada virtud, abrazada por el que libremente la ha escogido, debe ceder el puesto á la actividad que se despliega en una vocación mandada por Dios, por la ley y por el deber. [1]

Después, colocan en el cuadro de sus preceptos morales todas esas manifestaciones de amor al prójimo, las cuales están encaminadas á ennoblecer su vida común, y á embellecer sus costumbres, ya como condiciones morales, ya como consecuencias de la aproximación social de los hombres por medio de la caridad cristiana. Y esto no es propio solamente de Doctores, tales como San Ambrosio [2] y San Francisco de Sales, á quienes, por su educación, podría creerse que fueron más accesibles que otros á cierta delicadeza de moralidad. Hombres que viven en comunidad, sometidos á la más ruda y austera disciplina, conceden la mayor importancia al hecho de hacerse amables y guardar un continente grato en sus relaciones con el prójimo. Del ilustre padre de los monjes, San Antonio, cuenta San Atanasio, que su larga estancia en el desierto, ocupado únicamente en luchar contra el enemigo de la salvación, en nada había alterado ni su serenidad encantadora, ni el cautivador embeleso de sus relaciones. [3]

Á pesar de ser tan rígidos los escolásticos, ponen también entre los deberes de los cristianos el buen talante, [4] la amabilidad en el trato, [5] el buen humor en los juegos y en los recreos, [6] la equidad en los juicios y en las de-

(1) F. Luís de Granada, *Guía de pecadores*, II, l. 2, c. 16. S. Francisco de Sales, *Filotea*, 1, 3. Surin, *Catecismo espiritual*, II, 3 y 4. En particular, David de Augusta, *Formula novit.*, 3, 10, 1.

(2) S. Ambrosio, *Off.*, 1, 43, 210; 1, 45, 219, 227, etc.

(3) S. Atanasio, *Vita S. Ant.*, 4, 24; 16, 89. (Bolandos, Palmé, 2 de Enero, 489, 499).

(4) *Honestas*, Sto. Tomás, 2, 2, q. 145. S. Francisco de Sales, *Filotea*, 3, 27. Humberto, *In regul. S. Aug.*, p. 5. (Bibl. max. P. P. Ludgun, XXV, 598, d. e.).

(5) *Eutrapelia*, Sto. Tomás, 2, 2, p. 168, a. 2. Viguerio, *Institut. theol.*, c. 7, § 5, verit. 12. Salmaticenses, *Cursus theol. arbor præd.*, n. 156, 157. Lugd. 1647, III, 813 y sig.

(6) S. Francisco de Sales, *Filotea*, 3, 31, 34.



mandas, [1] la modestia, [2] la cortesía, [3] la decencia en el vestido y en la postura del cuerpo, [4] y otras muchas cosas semejantes, considerando todo esto, no sólo como atenciones puramente humanas, ó medios de hacer agradable la vida, sino como reales y verdaderas virtudes, tanto desde el punto de vista natural como del cristiano. He aquí porqué no las aconsejan simplemente como hermosas prácticas, sino que hacen de su ejercicio un deber de conciencia, para todos y cada uno de los cristianos.

Según nuestras enseñanzas, es cierto que no cumpliría con los deberes morales quien se contentase con exteriores y vanas apariencias en las conveniencias sociales, como desgraciadamente sucede con muchísima frecuencia con esa política mundana que os adula por delante y se burla de vosotros por detrás, que os trata exteriormente con esmerada amabilidad, y os desprecia interiormente con orgulloso desdén. Y quien se atreva á creer que basta el sentimiento, y no dé importancia alguna á la expresión y manifestación del aprecio y de la caridad, sólo á medias cumpliría con sus obligaciones de hombre y de cristiano, ya que estas formas externas, esa distinción que acompaña á las relaciones, están mucho más ligadas de lo que se cree á la salvaguardia de la virtud interior. Difícil es creer que, sin ellas, puedan existir ni el verdadero amor de Dios y de los hombres, ni la verdadera modestia, y mucho menos la delicadeza y la pureza de corazón. Para muchos, y sobre todo para corazones jóvenes no corrompidos, son, con la práctica de las virtudes sobrenaturales, de la oración y de la presencia de Dios, casi el único medio natural de guardar la pureza de corazón en medio de los gran-

(1) S. Francisco de Sales, *Filotea*, 3, 36. Peraldo, *Summa virtutum et vitiorum* I, p. 3, tr. 5, p. 12, ed. Venet. 1571, I, 529.

(2) Sto. Tomás, 2, 2, q. 160. Luís de la Puente, *Guía espiritual*, 4, 15, 4. S. Antonino, *Summa theol.*, IV, tit. 4, c. 10. Peraldo, *Summa virtutum* I, p. 3, tr. 3, c. 7. Venecia, 1571, I, 333.

(3) *Urbanitas*, Salmaticenses, *Cur. theol.*, tomo III, *arbor prædicam*, n. 78, ed. Lugdum. 1647, III, 784.

(4) *Ornatus*, Sto. Tomás, 2, 2, q. 168 y 169.

des asaltos y de las fuertes tentaciones. Ese oropel vacío y puramente exterior, que predica el mundo, y esa miserable gazmoñería, no son con frecuencia sino barniz que recubre la podredumbre interior, y hasta yesca que alimenta el fuego secreto de la más refinada sensualidad. El continente exterior es fuerte coraza que protege la inocencia del corazón.

La historia de las locuras de Parcival nos muestra que, sin la muralla de las formas externas, tropiezan fácilmente con grandes peligros la pureza interior y el candor; así, pues, no somos de los que creen que lo puede reemplazar todo la simple urbanidad. «¿Qué es la compostura exterior, dice Wolfram, si no está en buen estado el corazón? Ello equivaldría á montar vidrio en oro, en lugar de joyas verdaderas, ó un precioso rubí en cobre poco limpio». (1) Según las convicciones cristianas, es necesario que la disposición, sinceramente arraigada en lo más profundo del corazón, responda á las prácticas exteriores de las más refinadas relaciones sociales, de suerte que la buena intención interior anime el testimonio exterior visible de la caridad, de las atenciones y del respeto. (2) Sólo cuando se hallan ambas cosas verdaderamente unidas, puede alcanzar completa victoria el espíritu de perfección cristiana. (3) Porque la perfecta virtud de los cristianos debe consistir al propio tiempo en la verdadera belleza, tanto espiritual como sensible. (4)

**10. Delicadeza de la moral cristiana.**—La propiedad característica del Cristianismo está en penetrar en todas las condiciones, purificándolas y ennobleciéndolas. Donde se encuentra, allí aparece como espíritu de piedad y de amor para con Dios, de humildad para con nosotros mismos, y de agradable amistad para con todos los hom-

(1) *Parcival*, 3, 11 y sig. (Bartsch, 1, 71 y sig.); 170, 15 y sig. (Bartsch, 3, 16, 31 y sig.).
(2) Humberto, *Id regul. S. Aug.*, p. 5. (Bibl. max. P. P. XXV, 600, c. h.).
(3) Schram, *Theologia mystica* § 101, 26, 404, 2, 474. (París, 1868, I, 176; II, 95, 177).
(4) S. Antonino, *Summa theol.*, IV, tit. 4, c. 1 § 9.



bres. Ha derramado sobre la vida entera una seguridad tal, que nada tiene que envidiar á la tan decantada serenidad griega. Mas en dulzura y benignidad, á la cual no falta ni dignidad ni seriedad, ha excedido sin duda, y en mucho, al humanismo helénico y á la formación puramente exterior que se le da en nuestros días. En presencia del uno y de la otra, hace el mismo papel que la vida interior con relación á la forma exterior, ó que la insondable profundidad á la brillante superficie. Aun donde la formación cristiana se presenta bajo un exterior no muy atildado, aun allí—suponemos que interiormente domina el verdadero espíritu—se halla algo de cordial y de delicado, algo de sólido, de natural y de vivo, que sólo ella posee, y que enajena los corazones mucho mejor de lo que podría hacerlo cualquiera otra formación puramente mundana.

La moral benigna, unida á la gracia y á la dignidad personal, que son como el sello de las formas exteriores de las buenas relaciones, es en el suelo cristiano, no sólo medio de relaciones y gozo de la vida, sino también luz que, lejos de detenerse en la superficie, é iluminar los lados exteriores, penetra profundamente en el corazón y en el espíritu; es verdadera y amable belleza, porque es natural y verdaderamente cristiana; es el perfume del amor que se eleva del corazón, como del cáliz de una flor, para dar así á los demás el sentimiento de vida bienaventurada que encontró al unirse al espíritu cristiano. (1)

(1) Cfr. Chalybæus, *Speculative Ethik*, II, 540.

## Apéndice I

### DE LA AMISTAD

Se acusa al Cristianismo de ser obstáculo á los movimientos naturales del corazón humano. Para dar más fuerza á esa acusación, se añade una censura, que no es nueva, y que recuerda el supuesto desprecio de la amistad en las esferas cristianas.

Con formas lisonjeras, bajo cuya apariencia parece ocultarse una benévola defensa del Cristianismo, que finge querer proteger, mientras busca la manera de atacarle á traición, dirigiéndole solapadamente golpes mortíferos, se expresa de esta manera Shaftesbury: «Sentiríame tentado á creer que la verdadera razón de que se preste tan poca atención á algunas de las más heroicas virtudes de nuestra religión, consiste en que no habría más desinterés en ellas, si no se les asignase una parte en la recompensa infinita que la Providencia ha concedido á otras virtudes por medio de la Redención. Así, por ejemplo, continúa, la amistad privada, el celo por el bien común y por nuestra patria, son virtudes absolutamente voluntarias entre los cristianos; no son parte esencial de su caridad fraternal».

Esta pérfida ironía que caracteriza á lord Shaftesbury significa lo siguiente: «Si un cristiano practica la caridad paternal, si practica las virtudes sociales y el amor á la patria, es simplemente por gusto personal; practica estas virtudes como hombre». No obligándole á ello el Cristianismo, ninguna parte tiene en la práctica de dichas virtudes, ni de ella obtiene mérito alguno. Porque, como cristiano—pretende el Lord incrédulo—no se pega á los bienes



de esta vida; no está obligado á entrar en todos los pormenores de las cosas de aquí abajo, y pormenores que no le son de utilidad alguna para asegurarse la posesión de un mundo mejor. El fin de su peregrinación es el cielo. Además, no tiene tiempo en esta vida para entregarse á las solicitudes y á las fatigas superfluas, que dificultarían su marcha, ó que le servirían de obstáculos en la ruda tarea que ha emprendido, y que no es otra que realizar su felicidad». [1]

Es esta una de las más comunes adulteraciones de los principios cristianos y un modo de presentarlos que los hace sospechosos. Después de Shaftesbury, se han renovado estos ataques bajo formas diferentes, y no hay razón para que no continúen.

Más adelante expondremos la doctrina cristiana sobre el patriotismo. En cuanto á la amistad, diremos aquí de paso, que no sólo no ha sido relegada al último lugar por la Revelación, sino que ocupa lugar preferente en los preceptos que nos da. Pueden verse en los comentadores las alabanzas que se le tributan y las recomendaciones de que es objeto en el Antiguo Testamento, siendo dignas de ser conocidas desde el punto de vista de la novedad que ofrecen. [2] El mismo Fundador de nuestra Santa Religión nos ha dado magníficos ejemplos de la más tierna y de la más pura amistad en sus relaciones con Juan, con Lázaro y con su familia. Los Doctores cristianos, en sus escritos teológicos y ascéticos, consagran siempre un tratado especial á la amistad, declarando que es una necesidad [3] psicológica para todos los hombres de todas las edades y de todas las condiciones, un medio de prosperidad moral, [4] y, por consiguiente, una virtud natural y verdadera, reconociendo en ella una virtud particular é independiente, que sirve de

(1) Lechler, *Englischer Deismus*, 259.
(2) Cornelio a Lapide, *In Eccli.*, 6, 6-17.
(3) Rainer a Pisis, *Pantheologia v. amicitia*, c. 1, 2. S. Antonino, II, t. 8, c. 5, § 3; IV, t. 5, c. 20, § 1.
(4) S. Francisco de Sales, *Filotea*, 3, 19. Schram, *Theolog. myst.*, § 393, 394. (París, 1868, II, 81 y sig.).

complemento á todo el dominio de la justicia. (1) Si descansara sólo en motivos exteriores, si no fuera sino la manifestación de una simpatía sensible, no tendría ante Dios mérito alguno. (2) Pero no la concibe así el Cristianismo, puesto que nos enseña á considerarla como participación de los bienes más elevados y como exigencia de los mismos. (3)

Aun cuando nos ordena el Cristianismo que amemos á todos los hombres, no opone obstáculo alguno al amor particular hacia personas aisladas, mientras no sea causa de que se aminore la caridad común. (4) Lejos de ello, siempre ha considerado como enteramente conforme con la verdadera idea cristiana el potente y sano principio de Aristóteles, según el cual «la amistad consiste más bien en dar pruebas de amor que en recibirlas». (5) Por eso enseña con toda lógica que, mientras estamos en la tierra, para ser perfectos, tenemos necesidad de tales y de cuales personas, con las cuales practiquemos el bien, y con cuya ayuda podamos ser sostenidos en esta práctica. (6)

De donde se sigue que son necesarias las relaciones de amistad para la felicidad de esta vida. (7) Por eso encontramos los más entusiastas elogios tributados á la amistad, no sólo entre los Padres de la Iglesia, sino hasta entre los mortificados ermitaños del desierto, y entre los monjes de todos los tiempos. (8) De hecho, nuestros Santos son los más sublimes ejemplos de amigos tiernos y cariñosos. Basilio y Gregorio Nacianceno, Francisco y Domingo, Buenaventura y Tomás de Aquino, nos dicen que la más grande santidad sabe practicar la amistad más ín-

(1) Sto. Tomás, 2, 2, q. 114, a. 1.
(2) S. Mateo, V, 46.
(3) S. Pruner, *Moraltheologie* (1), 143.
(4) Schram, § 397, 398, (II, 86 y sig.).
(5) Aristóteles. *Ethic.*, 8, 7 (9), 6; 8 (9), 3.
(6) Sto. Tomás, 1, 2, q. 4, a. 8.
(7) S. J. Crisóstomo, *I Thess.*, *hom.*, 2, 3. S. Agustín, *De verá relig.*, 47, 91. S. Ambrosio, *Off.*, 3, 22, 129 y sig.
(8) Casiano, *Collat.*, 16. Véase la descripción en María Magdalena del P. Lacordaire. Cfr. Foisset, *Vida del P. Lacordaire*, II, 452-455.



tima. Afirma Montalembert que en ninguna parte del mundo hay más fieles y más cordiales amigos que donde el mismo amor á la caridad eterna y divina, el mismo esfuerzo hacia un fin, que es el fin supremo, unen en una misma comunidad á hombres pertenecientes á las clases más diversas de la sociedad, y cuyas inclinaciones y disposiciones varían hasta lo infinito en los claustros. (1)

(1) Montalembert, *Monjes de Occidente*, I, LXXXIX. Kenelm Digby, *Costumbres católicas, ó edades de fe*, l. 3, ch. 7, I, 411 y sig.; l. 10, ch. 17, III, 487 y sig.

## Apéndice II

### EL RESPETO Á LA DIGNIDAD HUMANA ES UNA OFRENDA DEL CRISTIANISMO

No tenemos intención de entrar aquí en pormenores para saber si el pensamiento cristiano influyó en los últimos períodos de la filosofía romana y en la manera general de pensar del paganismo. Tampoco queremos estudiar hasta donde se dejó sentir esta influencia. Tendremos ocasión propicia de hacerlo en el tercer volumen. Sin embargo, cuando uno no se siente dominado por la pasión ni por el prejuicio, puede decir que sería fácil demostrar cuán imposible es que las nuevas ideas pudiesen vivir más de cien años sin ejercer su acción en un círculo más vasto.

No cabe duda que ya no se seguía el verdadero paganismo, cuando decía Epicteto: «¿Por qué no has de tratar con más caridad á un malvado? Debes decir: «No honro al hombre como tal, sino á la naturaleza que hay en él.» (1) Apostata completamente Séneca de los principios fundamentales de la antigüedad, cuando pretende que «los esclavos son también hombres, nuestros compañeros de servicio, nuestros camaradas de campaña, y que merecen las mismas consideraciones debidas á los demás hombres, porque en ellos, como en los demás, se halla la misma naturaleza humana». (2)

No es esto ya la antigua teoría estoica y sobre todo pagana; es una concepción de cosas completamente nuevas, que recibe forzosamente el ascendiente del Cristianismo. Puede, pues, tener razón Hausrath, cuando dice, que antes que ningún filósofo, da Epicteto las pruebas más perentorias

(1) Epicteto, *Fr.*, 109.
(2) Séneca, *Epist.*, 47.



de que vivieron bajo un mismo sol las civilizaciones salidas del Nuevo Testamento y las últimas civilizaciones paganas. (1) Lo cree así, sin duda, en el sentido de que las ideas cristianas y las últimas ideas estoicas fueron el natural y común resultado del total desarrollo de la civilización antigua. Pero la verdad es que los pensamientos que encontramos en Séneca, en Epicteto, en Marco Aurelio, son eco de doctrinas que, sirviéndose de los judíos y de los cristianos, tomaron aquellos filósofos del campo de la Revelación sobrenatural. Las comprendieron mal, y las desfiguraron completamente; pero no importa.

Guardémonos, sin embargo, de conceder demasiada importancia á tales palabras. Oyó, es verdad, la antigua filosofía pagana que en torno suyo resonaban algunas ideas procedentes del campo cristiano, pero con frecuencia no llegó á sus orejas más que el sonido. Le era desconocido el fondo; bajo la envoltura de aquellas máximas, que á primera vista parecían cristianas (máximas con las cuales Séneca y Epicteto supieron ganarse la consideración, durante siglos, aun de los cristianos que, naturalmente, dan á las palabras su sentido propio), se encuentra siempre la antigua naturaleza pagana. Lo mismo sucede aquí. ¿Qué es el ser humano, ó empleando la expresión cristiana, qué es la dignidad humana en el sentido en que la comprendieron los últimos filósofos romanos? No es la dignidad que, concedida á alguno, pueda darle capacidad para llegar á ser un ser moral; no es una personalidad interiormente libre é independiente, como la comprendemos nosotros y como nos gusta nombrarla, sirviéndonos de la expresión que nos parece más propia. Para ellos es simplemente la idea abstracta de hombre: no es la idea que ha realizado objetivamente el Creador en el hombre vivo, sino la que los filósofos han formado del hombre considerado subjetivamente y en su espíritu. Aquí hallamos toda la verdad del proverbio: «Pueden dos personas decir lo mismo sin que sea lo mismo».

(1) Hausrath, *Neutestameutl. Zeitgeschichte*, 1877, IV, 302.

Para el cristiano, es el hombre imagen viva y personal de Dios, la imagen tal como vive y obra delante de Él. Ni siquiera es capaz el pagano de concebir tal pensamiento; para él, hombre y Dios no son sino dos ideas vacías y privadas de vida. Su inteligencia las inventa, interesándose por ellas, pero su corazón y su voluntad las tienen en tan poco como á cualesquiera otras ideas abstractas. Mejor que largas disertaciones, lo prueba una sola expresión de Séneca. Donde dice la Revelación: «Ama á Dios sobre todas las cosas, y á tu prójimo como á ti mismo», (1) Séneca se expresa de este modo: «La filosofía nos enseña á honrar lo divino, y amar lo humano.» (2) Casi en los mismos términos se expresa Epicteto. «El hombre, dice, que llora la pérdida de su hijo, comete una injusticia; no es la muerte del hijo lo que llora, es únicamente su propia imaginación, la idea que de él se ha formado en su mente». (3) Puede consolársele, pero hay que guardarse muy bien de sentir compasión por él. Y es muy natural; lo que ha perdido no tiene en sí valor alguno; lo único que hay de verdad es que en la cabeza del que sobrevive existe sólo la suposición de que era algo el que ya no existe; no hay más que hacer desaparecer esa suposición, y se ha concluído el dolor. Y si no tiene importancia el hijo, sino porque me lo imagino de esa manera, y porque le atribuyo esa importancia en mi imaginación, ¿qué diré del valor humano, si lo considero en un extraño?

Pueden dar tales palabras una nota cristiana, pero la distancia que las separa del Cristianismo es igual á la que separa el cielo de la tierra. Según el Cristianismo, «debo amar al hombre, porque en sí mismo tiene un valor real; ese valor se lo ha dado Dios, no lo adquiere él con sus nobles acciones. No hay poder alguno sobre la tierra que sea capaz de arrancárselo; él mismo no podría hacerlo con todas las humillaciones imaginables. Según Séneca y Epicteto, ninguna importancia tiene el hombre por sí mismo; no depende sino de mí y de mi imaginación. De una parte, el hombre es hombre por la gracia de Dios; de otra, es hombre por el capricho de los hombres. Está, pues, tan privado de derecho y de valor, como en el antiguo paganismo, y más aún. En aquel tiempo, no tenía interiormente valor alguno, y exteriormente era esclavo; ahora, es esclavo exteriormente, é interiormente hago de él lo que quiero; puedo darle el valor que me plazca. Así, depende de mí ahora mi esclavo más de lo que dependía en el paganismo primitivo.

(1) S. Mateo, XXII, 37 y sig.
(2) Séneca, *Epist.*, 90, 3: *colere divina, humana diligere.*
(3) Epicteto, *Man.*, 16.



Y siempre es lo mismo. «El hombre libre, dice Epicteto, no debe aceptar ningún servicio de parte del esclavo». (1) ¿Por que? ¿Por qué honra en el esclavo al hombre, y le atribuye una dignidad igual á la suya? No; sino porque sería rebajarse demasiado, estando el esclavo con relación al hombre libre en un grado de inferioridad semejante al estado de un enfermo comparado con el que goza de completa salud. Porque ya no es libre el hombre libre, se hace dependiente del servicio de un esclavo. El hombre libre debe prescindir del esclavo, no por caridad compasiva hacia él, sino por el puro orgullo de la propia suficiencia.

Resulta de aquí, que la moral de los antiguos, ni aun entre sus mejores representantes, conocía virtud ni deber de caridad para con el prójimo.

Es cierto que el sabio estoico quiere considerarse como ciudadano del mundo, pero ese cosmopolitismo teórico, que, por otra parte, es muy limitado en su desarrollo, no conduce á una manera de obrar que esté en armonía con él. En el fondo, sea estoico, epicúreo ó cínico ese sabio, no piensa en trabajar, sino para sí mismo; parécele demasiado malo el mundo para querer ocuparse en él. Ante las exigencias de la vida, se envuelve en la ancha capa de la virtud pura, cuyo fin no es otro que descansar orgullosamente en medio de las delicias de la vida, refugiándose cómo-

(1) Epicteto, *Fragm.*, 43.

damente en la suficencia personal. [1] No hay que pensar en el respeto y en el amor al hombre. No hay más que un egoísmo perfecto, una arrogancia filosófica completa, hasta tal punto, que convencido el estoico de poseer en su propio yo el supremo é inamisible bien, dice con audacia: «Nadie tiene valor sino yo. No vale la pena que me ocupe de nadie, ni que salga por alguien de mi perfección y del pacífico reposo de que disfruto en mí mismo. Nadie merece que por él me moleste, ó me degrade descendiendo hasta él».

La relación que nos transmitió Diógenes Laercio sobre dos filósofos á quienes no falta celebridad, nos dice hasta donde llegaba el dominio de ese pensamiento de la antigua filosofía. Anaxarco, compañero de Alejandro el Grande, era uno de aquellos filósofos, cuya sabiduría estaba basada en la doctrina del más profundo egoísmo, esto es, en la doctrina, según la cual, por nada ni por nadie debe inquietarse ni atormentarse, ni en su vida, ni en su conducta, el que quiere ser feliz. Ensayándose un día en la imitación de la vida rústica y en la sabiduría del hombre de los bosques, cayó en un pantano, donde quedó sin poder salir. Acertó á pasar su discípulo y compañero de viaje, Pirrón, el tan conocido filósofo. Discípulo digno de su maestro, se contentó con mirar, y, como el sacerdote fariseo del Evangelio, prosigió su marcha. Algunos momentos después, llegaron otras personas, probablemente gentes sencillas, á quienes la filosofía no había despojado aún de todo sentimiento humanitario; prestaron á Anaxarco los servicios del Samaritano y se permitieron censurar á Pirrón; pero Anaxarco los reprendió, diciendo que aquel miserable había obrado bien, porque el hombre sabio y civilizado no debe manifestar ningún amor á los demás, ni perder por nada su reposo. [2] Comprendemos también que se expresase de la siguiente manera Marco Aurelio, con-

(1) Vorlœnder, *Geschichte der philosophicher Moral, Rechts und Staatslehre der Englander und Franzosen*, 1855, p. 8.
(2) Diógenes Laercio, 9, 63.



formándose con el espíritu de su maestro, Epicteto: «El hombre sabio y perfecto, ni debe alegrarse con los que se alegran, ni afligirse con los que están afligidos». [1]

Es verdad que para aquellos paganos sin corazón pasaría San Pablo por un ignorante y por muy imperfecto, pues dice: «¿Quién enferma y yo no enfermo?» [2] Imbuídos los filósofos en principios semejantes, no podían dejar de mirar con desprecio la doctrina cristiana que establecía este principio: «Gozaos con los que se gozan, y llorad con los que lloran». [3]

¿Se hallará ahí el fundamento de gran número de opiniones emitidas á la ligera por los modernos adoradores é imitadores de los antiguos estoicos y enemigos del Cristianismo? No es más que una pregunta. Puede encontrar fácilmente la respuesta quien someta á minucioso examen las enseñanzas de la supuesta *moral libre* del Humanismo moderno.

(1) Marco Antonino, 7, 43,
(2) II Cor., XI, 29.
(3) Romanos, XII, 15.

# CONFERENCIA XIII

## LAS VIRTUDES CÍVICAS

**1. Cada época tiene sus enfermedades, tanto de cuerpo como de alma.**—Cada país y cada época tienen sus enfermedades. El Oriente tuvo su lepra, la Edad Media su peste. También tenemos nosotros las nuestras, que deben ser las antiguas, pero con diferente nombre. Entre las epidemias, las peores son las del espíritu, porque son las más contagiosas, las que más duran, y las más difíciles de curar. Y desgraciadamente, no hay época que no las haya tenido.

Hubo siglos anteriores á nosotros en que, si por casualidad se hallaba envenenada una fuente, si había desaparecido un niño, si se encontraba un pueblo bajo el peso de una calamidad destructora, se daba inmediatamente la voz de caza á los judíos. Lejos de nosotros, sin embargo, la intención de querer decir que tales medidas no fueron con frecuencia provocadas por sus víctimas. No obstante, suponemos y creemos que después de esta acusación, tenemos derecho particular á hacer esta confesión: la mayor parte de aquellas persecuciones se debían á la erupción de una enfermedad de alma en las masas. Más tenaz y más perniciosa todavía fué la peste de la astrología y de otras supersticiones del mismo género; y hablaría con más severidad aún de las enfermedades de los tiempos antiguos, si no temiera tocar muy de cerca á los nuestros, en que el temor del mal de ojo, del número trece, de los viernes y de otras tonterías semejantes, hacen vacilar aun á los espíritus más fuertes.



Sí, eran malos tiempos aquellos en que, en una noche óbrega, se atrevían algunos desgraciados á hacer una penosa caminata hasta el solitario Blocksberg; malos tiempos aquellos, en que por simples sospechas mal fundadas, había pobres madres que sufrían la muerte en medio de horrorosas torturas; tiempos malos aquellos en que la Silla Apostólica se vió obligada á enderezar por buen camino á pueblos y á países enteros, á causa de los malos tratamientos que se daban á aquellos indefensos seres. [1] Sin embargo, no seré yo el que decida la cuestión sobre si tienen derecho á despreciar épocas anteriores los tiempos en que se tratan los negocios en salones elegantísimos, en que sin cesar ofrecen sus servicios los diarios de mayor tiraje de las grandes ciudades, en que esperan á la puerta los más brillantes carruajes, en que se pregunta á las sillas que andan y á las mesas que escriben para conocer los misterios de lo porvenir. Siempre podré afirmar, sin temor á que me contradigan, que cada época tiene sus miasmas intelectuales.

**2. Una de estas enfermedades consiste en acusar á los cristianos de falta de patriotismo.**—Uno de esos miasmas más persistentes y más contagiosos es la acusación, dirigida contra el Cristianismo, de que no puede conciliarse su doctrina con el orden público. Sabios arqueólogos han sacado de los escritos de los antiguos adversarios de nuestra Religión una interminable lista de nombres donde se exhiben esas censuras y acusaciones. Las han reunido, y de ellas se sirven para atacar á nuestros padres en la fe. Según ellos, fueron hombres incompletos, miembros inútiles de la sociedad, hombres á quienes faltaba el sentimiento patrio, hombres que temían la luz, grandes criminales, culpables del delito de lesa majestad, sin contar otras bellezas del mismo género. [2] ¡Desde el principio y siempre, han tenido que soportar los cristianos la acusa-

(1) S. Gregorio VII, *Ep.*, 7, 21. (Hardouin, *Concil.* IV, I, 1443, d.).
(2) Selvaggio, *Antiq. Christ.*, l. 1, p. 1, c. 10, 8, 9. Vercell, 1778, I, I, 168-175. Krüll., *Christl. Alterthumskunde*, I, 15-28.

ción de no tener patria, ó de ser enemigos del orden público! Han visto cómo se les ha quitado la participación en el bien común, si no como miembros perjudiciales, por lo menos como miembros inútiles. ¡Ojalá hubieran sido esas las únicas injurias!...

**3. Razones en apoyo de esta acusación.**—Y ¿por qué, sí, por qué? Con cierta perplejidad, dió ya Tácito la respuesta á esta pregunta. Todo lo que sabía de los cristianos era que se llamaban cristianos, y que los aborrecía el pueblo á causa de sus crímenes. (1) Y nada más.

Si de tal manera se conduce en esta cuestión el grande y circunspecto historiador, ¿qué podemos esperar de otros acusadores superficiales? «¡Los cristianos á los leones! ¡los cristianos á los leones! ¡fuera los ateos!», gritaban durante horas enteras en el anfiteatro, hasta que les faltaban la voz y el aliento. (2)

¿Se desbordaba el Tiber? «¡Los cristianos á los leones!» ¿No se desbordaba el Nilo? «¡Los cristianos á los leones!» Se sabia que en algún punto de la tierra había habido algún terremoto, que se cebaba el hambre ó hacía estragos alguna epidemia, no se oía más que un grito y siempre el mismo: «¡Los cristianos á los leones!» (3) Sucedía con esto lo que con el gran motín del teatro de Éfeso, del cual se escribió: «Se oían mil gritos diversos, porque reinaba el desorden en la asamblea; pero la mayor parte ni sabían para qué se habían reunido». (4) Y si dieron motivo alguna vez, fué de tal naturaleza, que no podemos considerarlo como serio. ¿Se puede ver en el monje griego un enemigo del bien común, porque, á la sombra de su claustro, pinta la imagen de un Santo, que jamás fanatizará á nadie por su perfección artística? ¿Podrá darse el nombre de traidor á la patria al Santo Obispo de Rochester, al gran humanista, al ilustre Mecenas de todos los sabios, porque no

(1) Tácito, *Annal.*, 15, 44.
(2) Orígenes, *C. Celso*, 3, 4. Tertuliano, *Spect.*, 27.
(3) Tertuliano, *Apolog.*, 40.
(4) Hechos de los Apóstoles, XIX, 32.



quiso creer en la nulidad del matrimonio de su voluptuoso rey? ¿Es algo serio, ó no es más bien una broma, lo que dice el historiador de la vida de Jesús, á saber, que es perjudicial á la sociedad el Cristianismo, porque habla con claridad á todas las tiranías, porque debilita el espíritu republicano, y porque presenta á toda autoridad como enemiga natural del Hombre Dios? (1) ¿Vale la pena que nos defendamos, cuando Saint-Evremond dice del Cristianismo que perjudica necesariamente á la sociedad, porque pone límites al lujo, que es tan útil, (2) ó cuando añade Mandeville que favorece las prácticas de la compasión y de la benevolencia, que tan perjudiciales son al bien común, y destruyen tantas pasiones indispensables al bien de la totalidad? (3)

**4. Amargura de este reproche.**—Pocas censuras hay tan amargas para corazones nobles como ésta, sin añadir que no es merecida. Este insulto debía lastimar á los primeros cristianos que, por la educación recibida en los primeros días de su juventud, llevaban todavía en su espíritu y en su corazón la idea del Estado antiguo; y debía lastimarlos, tanto más dolorosamente, cuanto que podían considerar más de cerca la comparación entre el sacrificio por la patria, que les imponían su fe y su conciencia, y la tan opuesta manera de obrar de sus acusadores. «Nos llamáis enemigos del Emperador, decía Tertuliano, porque no queremos jurar por su dignidad divina, vosotros que no tenéis escrúpulo de conciencia en jurar falsamente por su divinidad». (4) Y dice en otra ocasión: «¿Quiénes son los que pretenden hacernos pasar por enemigos de los dominadores romanos? Son Casio, Niger, Albino, que ofrecen sacrificios por la salud del Emperador y juran por su genio, instruyéndose al mismo tiempo en el manejo de las armas, para cortarle con un solo y seguro golpe la cabeza.

(1) Renan, *Vida de Jesús* (6), París, 1863, 122, 127.
(2) Saint-Evremond, *Examen de la Religión*, ch. 10, p. 117. (Apd. Valsecchi, *Fundam. relig.*, 2, 12, 8. Venecia, 1770, p. 215).
(3) Erdmann, *Gesch. der neuern Philos.*, II, I, 228 y sig. App., XCI y sig.
(4) Tertuliano, *Ad nationes*, 1, 17.

Son esas gentes, que, entre juegos magníficos y locas prodigalidades con que el recién elegido celebra la caída de su predecesor, le dirigen estas palabras: «¡Que Júpiter tome de nuestros años y los añada á los tuyos!», y que entre tanto recorren la vista por la asamblea para ver si hay alguno que les dé recompensa mayor por condenar á muerte al que acaban de celebrar». [1]

**5. Magnitud del peligro para los primeros cristianos de convertirse en enemigos de la patria.**—Podemos representarnos en toda su pasada grandeza la tentación que debió hostigar á los cristianos de los primeros siglos para hacerlos vacilar en su fidelidad de súbditos. Nadie como ellos ha podido conocerla. Los motines no producían cambio alguno en la situación del día. Los cristianos lo sabían y decían públicamente que era tan grande su número, que su participación en aquellas constantes sublevaciones, y aun su simple emigración, podía ser un compromiso para el más grande de los imperios, que moriría de anemia, á consecuencia de la despoblación. [2] Aquella burguesía estoica tan celebrada tenía tan pocos puntos de contacto con el pensamiento cristiano relativamente á la fraternidad general, que, como ya lo hemos dicho, estaba en completa oposición con él. Si no hubiese sido tan infructuosa, como felizmente lo fué, hubiera conducido necesariamente á la supresión de los límites autorizados y aun necesarios de la nacionalidad, á la más completa indiferencia con respecto á las necesidades del Estado. Ama el cristiano el rinconcico de tierra en que fué puesta su cuna, y donde escuchó los dulces sonidos de la lengua que le enseñaron á hablar sus padres. Aun cuando viva bajo el sombrío cielo del Norte, lo ama más que las encantadoras playas de los Dardanelos, más que las doradas olas del golfo de Nápoles, más que el mundo entero. Su segunda patria, hacia la cual dirige sus deseos más ardientes, no está en este mundo: el pensamiento que á ella

(1) Tertuliano, *Apolog.*, 35.
(2) Íd., íd., 37.



le lleva, pertenece á otro orden de cosas, pero el amor, que excita en él, en nada perjudicará á su amor por su patria visible.

Cuando decían aquellos últimos romanos cosmopolitas que la patria del hombre no es un país particular, sino el mundo entero, [1] podían hablar falazmente. No se hizo esperar por mucho tiempo la conclusión; ellos mismos la dedujeron: «¡Si llega el sabio, dicen, á perder su ciudad natal, no ignora que ha perdido un montón de madera y un montón de piedras, cosas que debe considerar como de secundaria importancia. Llevando una vida muy superior á la de la humanidad, no debe consentir en que se le exija rebajarse hasta servir al Estado». [2] En pocas palabras: esa manera de considerar el mundo no es otra cosa que la pretendida alianza universal de los hombres, para los cuales, la nacionalidad, el país natal y la patria, son simplemente, empleando la expresión americana, nada más que «invenciones gramaticales, algo que no tiene existencia real.» [3]

**6. Mérito del Cristianismo al fomentar la fidelidad de los súbditos.**—Si, por una parte, el amor que los cristianos profesaban á su patria resistía á semejantes influencias, y si, por otra, triunfaba de pruebas tan difíciles, preciso era que su virtud de fidelidad estuviese en verdad muy arraigada. Si su doctrina no hubiese venido en su auxilio, no sé si hubiesen podido permanecer fieles á su deber.

Adquirió con esto el Cristianismo la mayor gloria, gloria que brilla con esplendor tanto más puro, cuanto que menos contaban los cristianos con el reconocimiento de los que debían aprovecharse de su abnegación. No es tan importante, si se la pone en parangón con este mandamiento, la obligación severa que impone el Cristianismo á sus pro-

(1) Zeller, *Philosophie der Griechen*, (2) III, I, 281; III, II, 168.
(2) Íd., (2) III, II, 535. Brandis, *Gesch. der Entwickl. griech. Phil.*, II, 155. Ritter, *Gesch. der Phil.*, IV, 225, 227.
(3) Tomás Cooper, apd Stein., *Patholog. Moralprinc.*, 274.

sélitos de someterse en conciencia á las contribuciones y á los impuestos. (1) Y probaron su abnegación y su rendimiento á la patria con los más grandes y pesados sacrificios. Cuanto más deseaban la paz, tanto más podían decir con toda sinceridad que les era imposible ser enemigos del Estado, porque diariamente rogaban por el mantenimiento de la paz. (2) Jamás vacilaron en sacrificar su independencia, y aún en exponer su vida, cuando los llamaba á las armas cualquier necesidad de la patria, ó cuando los apuros de ésta exigían que aceptasen una carga oficial compatible con su conciencia, si de aquella aceptación resultaban ventajas para el bien común. (3)

Nada decimos de la decadencia de las virtudes cívicas, introducidas por el Cristianismo; (4) nada del desapiadado y hasta criminal desprecio en que tuvieron el bien común los cristianos, y que les hacía substraerse á la vida pública aun con peligro de ver al Imperio caer en manos de los bárbaros; nada de todos aquellos motivos poco nobles que obligaban á Gibbon (5) y á sus secuaces á poner el grito en el cielo; no merecen nuestra respuesta, ya que sería necesario ignorar por completo que tenía partidarios en todas las clases sociales, desde las más bajas hasta las más altas, en todas las condiciones y estados, desde la cabaña hasta el palacio imperial, en todos los ramos de la actividad humana, en todos los empleos; (6) sería preciso olvidar que desde su principio ha dado pruebas de su misión divina, acogiendo á los pobres, ganándose, aun desde aquella época, el afecto de los ricos, y el entusiasmo de los sabios; en fin, sería necesario ignorar, ó querer desconocer de intento, los deberes que impone al hombre.

## 7. Vivir para el bien general es deber de conciencia para los cristianos.

—Pero no se contenta el Cristianismo con obligar al hombre á atender á su propio bien; le obliga también á ocuparse en el bien de la comunidad grande ó pequeña á que pertenece. «Es imposible, dice el príncipe de los teólogos, Santo Tomás de Aquino, que pueda uno ser bueno, si con su persona no contribuye al bien de los demás. Cada uno, pues, concluye, debe vivir virtuosamente, no sólo por su bien, sino también, porque en ello está interesado el bien de la comunidad». (1) Ningún sacrificio debe parecernos difícil en obsequio de la patria, por la cual debemos sacrificar, no sólo la fortuna, (2) sino también la vida, si es necesario. (3)

Según lo que acabamos de decir, cuando se trata de la patria, no basta observar una actitud legal. Como dice San Agustín, y también Santo Tomás casi en los mismos términos: «Vivir para la patria y por la patria, es obligación que forma parte de la virtud del cristiano». (4) Pero como jamás se contenta con las solas apariencias la virtud cristiana, resulta que no es puramente externa, sino interna y verdaderamente religiosa la sumisión á las leyes y á los poderes del Estado reclamada por nuestra doctrina.

Es principio adoptado comúnmente como doctrina de fe por los teólogos que obliga en conciencia la sumisión á las autoridades de este mundo. (5) Ordena la Revelación «considerar toda autoridad como que viene de Dios, y recibir sus órdenes como emanadas de Dios», (6) aunque se ponga personalmente en oposición con la ley de Dios aquel de quien proceden esas órdenes. (7) Jamás y en ninguna clase de circunstancias permite el Cristianismo la rebelión contra el poder establecido. (8) Por lo contrario, en esos siglos

(1) Romanos, XIII, 7. Justino, *Apol.*, 1, 17. Krüll, *Alterth.*, I, 296 y sig.
(2) Justino, *Apol.*, 1, 17.
(3) Krüll, *Alterth.*, I, 308-310. Mamachi, *Orig.*, III, 317 y sig.
(4) Lecky, *Sittengeschichte*, (deutsch) 1871, II, 111-118.
(5) Gibbon, *G. d. Verfalls des rœm.* R., (deutsch) 1800, III, 202.
(6) Eusebio, *H. E.*, 8, 1, 2, 9, 11, 12; *Vita Const.*, 2, 44; *Mart. Palæst.*, 4, Wilberforce, *Los cinco imperios*, (11) 210.



(1) Sto. Tomás, *Summa theol.*, 1, 2, q. 92, a. 1, ad. 3.
(2) Id., íd., 2, 2, q. 26, a. 3, c.
(3) Íd., íd., 1, q. 60, a. 5, c.; 2, 2, q. 31, a. 3, ad 2.
(4) S. Agustín, *Civ. Dei*, 19, 1, 2.
(5) Silvio, *Comment. in Summam D. Thomæ*, 1. 2, q. 96, a. 4.
(6) Prov., VIII, 15 y sig. Rom., XIII, 1, 7. S. Juan, XIX, 11.
(7) I S. Pedro, II, 17.
(8) Sto. Tomás, *Reg. princ.*, 1, 6. Müller, *Ethica*, (2) I, 197 y sig.

de perturbación general, en que las tentaciones de resistir á la autoridad eran tan numerosas, ha dictado, en una larga serie de concilios, castigos severos á toda tentativa contra el orden público, [1] llegando á excluir del servicio de la Iglesia á los que cometían semejantes infracciones. «¡Los que dicen que es peligrosa al Estado la doctrina cristiana, dice San Agustín, levanten ejércitos como los que quiere tener la doctrina de Cristo! ¡Formen ciudadanos, esposos, padres, hijos, amos, sirvientes, reyes, jueces, recaudadores y pecheros, semejantes á los que querría formar ella, si tuviera las manos libres, y veremos entonces si se atreven á decir que es peligrosa al Estado, ó si más bien, no confiesan con toda franqueza que el Cristianismo es la verdadera salvación del Estado, suponiendo, es cierto, que le obedezcan los hombres!» [2]

**8. La doctrina que profesa le da ánimo y energía. Heroísmo patriótico de los grandes obispos.**—Y no sólo inculca estas doctrinas el Cristianismo, sino que da también fuerza para practicarlas, dejándolo en libertad.

Confiados en la justicia de su causa, los más antiguos defensores de la Iglesia desafían á sus acusadores á que citen un solo caso en que hayan faltado á sus deberes como ciudadanos del Estado. «Jamás, exclama Tertuliano, se han podido descubrir cristianos entre los partidarios de Niger, de Casio, de Albino y de otros perturbadores de este género». [3] «Por el contrario, dice San Agustín, no hubieran dudado ni un momento en acudir al llamamiento de sus enemigos y de sus más encarnizados perseguidores, como Juliano el Apóstata, no escatimando su sangre y su vida para salvarlos». [4] Que se desencadenen contra ellos bestias salvajes, que se les preparen hogueras, que se los clave en la cruz, jamás van á la muerte con otro continente que el de la oración; y el contenido de su oración

(1) Selvaggio, *Antiquit. christ.*, l. 5, 6. (Vercell. 1779, IV, 109, 111). Cfr. l. 1, p. 2, c. 16, 56, 61. (I, II, 342, 347).
(2) S. Agustín, *Ep.*, 138, 2, 15.
(3) Tertuliano, *ad Scapulam* 2.
(4) S. Agustín, *Enarr. in ps.*, 124, 7.



será siempre el que les ha prescrito la Escritura; [1] pedirán que «Dios bendiga al Emperador, que le conceda feliz vida y reinado pacífico, que asegure su casa, que dé valor á su ejército, fidelidad á su consejo y honradez á su pueblo». [2]

Es el espíritu que animó á San Ambrosio, cuando, en dos ocasiones y con peligro de su vida, salvó al Imperio de manos de los usurpadores, y cuando guardó la corona amenazada al hijo que no podía defenderse contra su irreconciliable perseguidora. San Agustín permaneció fiel á sus deberes de cristiano, cuando oprimido por el peso de amarga tristeza, pero resignado, á la vista de las desgracias de su patria, ahorró á aquélla por su mediación ante la corte imperial, un dolor más grande todavía, el de ver al gran Bonifacio, en otro tiempo tan fiel, terminar una vida llena de méritos con la destrucción del Imperio. Fiel y más que fiel á sus obligaciones era León, cuando, sin cuidarse de su vida, se adelantó á la cólera del Azote de Dios, desafió el enojo de los hunos y de los vándalos, se opuso á las pretensiones de un Aecio, azote incomparablemente más peligroso que el anterior, y él solo retardó con mano fuerte la caída del Imperio, que abandonaron los que tenían la obligación y la misión de conservarlo.

¡Qué diré de Epifanio de Pavía! Gran satisfacción debieron tener las últimas sombras de Césares en poder introducirse entre los ministros de la Iglesia para salvar sus vidas.

Se vino abajo el viejo mundo á los golpes de Odoacro; á su turno, cayó también éste bajo el poder del rey de los ostrogodos, y los peores enemigos de la patria fueron los jefes de aquellos indisciplinados ejércitos que se habían hecho indispensables. Hordas de bárbaros pisaban el suelo del malhadado Imperio, y país y pueblo eran víctimas indefensas de sus atrocidades. ¡Qué hubiera sido de ellos, si aquel ángel de paz, que á los veintisiete años ya era Obispo, no hubiera sacrificado su reposo, su tiempo y sus fuer-

(1) I Timoteo, II, 2.
(2) Tertuliano, *Apol.*, 30, 31.

zas en aquellos tiempos de general angustia! Ajustó la paz entre el emperador Antemio y el asesino del emperador, el insaciable Ricimiro. En Tolosa obtuvo que los visigodos no cruzasen las fronteras; negoció con el jefe de los rutenos la libertad de los cautivos, hizo respetar la inocencia y el honor de las mujeres, y consiguió eximir al pueblo de las contribuciones de guerra. Hizo poner una guardia protectora en las ciudades que habían quedado sin recursos. En fin, llegó hasta decidir á los ostrogodos á consentir en una amnistía, y á proporcionar el rescate de los prisioneros. Los feroces rutenos derramaron lágrimas á la vista de tantos esfuerzos para restañar las heridas que habían hecho ellos. (1) Y cuando Teodorico le vió en su presencia por primera vez, pronunció estas palabras: «Cierto que ni todo el Oriente ha podido producir semejante hombre. Verle es ya una felicidad, y vivir con él es seguridad». (2)

Se pondera la antigüedad á causa de los grandes sacrificios que hizo por amor á la patria, y con justicia. Como cristianos, no tenemos necesidad de aumentar la gloria de nuestra fidelidad á la patria, denigrando ó rebajando á los antiguos. Pero si es digno de nuestros elogios el patriotismo de los griegos y de los romanos, no lo es menos el de nuestros Santos. Tampoco puede gloriarse la antigüedad de haber tenido más grandes servidores del bien común que aquellos santos Obispos, ornamento de nuestra Iglesia y columnas del Estado. Grandes, admirables son los sacrificios ofrecidos por los romanos en aras de la patria, pero los cristianos se han honrado reconociéndolos abiertamente.

Nos sentimos también llenos de respeto por la Edad Media, porque sin celos supo atribuir á los romanos tres cualidades por las cuales, como se creía generalmente en aquella época, les había concedido Dios el dominio del mundo, á saber: su piedad, su legislación y su amor á la

(1) Enodio, *Vida de S. Epifanio Ticin.*, 9, 42.
(2) Id., 9, 39. (Bolandos, Palmé, 2 de Enero de 736).



patria. (1) Pero tenemos mayor satisfacción en ver que ha podido el Cristianismo reconocer las virtudes patrióticas de los antiguos en todo su esplendor, sin temor de quedar oscurecido. Porque no hay en la tierra pueblo alguno en estado de producir ejemplos de patriotismo más acendrado, de entusiasmo más brillante, de grandeza de alma ante los sacrificios por la patria, que los pueblos cristianos. No ha habido pueblo que haya proporcionado materia más espléndida, no sólo para leyendas, sino también para relatos auténticos de hechos heroicos en los tiempos en que el Cristianismo estuvo á punto de realizar su dominación sobre todos los corazones. Bien sabían los emperadores alemanes porqué en su política se apoyaban siempre en los obispos; los intereses privados hacían vacilar bien pronto en su fidelidad á los señores laicos; pero los príncipes espirituales eran como murallas de hierro que no podía hacer flaquear ningún peligro.

¡Si hubiéramos de enumerar todos los Santos y todas las almas piadosas que merecen ser mencionadas aquí, nos veríamos obligados á presentar listas interminables, comenzando por Severino, para llegar hasta el heroico Arzobispo de París, Mons. Affre, que derramó su sangre en las barricadas por su pueblo extraviado! ¡Qué luminosos ejemplos de amor á la patria nos ofrecen Ulrico de Augsburgo y Annón de Colonia á quienes todavía celebran en sus himnos patrióticos pueblos reconocidos! ¡Qué trabajos debieron soportar y con cuántas malas voluntades debieron luchar los Abades Sugerio y Bernardo de Claraval por favorecer á sus países y á sus reales protectores! ¡Con cuántas dificultades condujeron á la victoria á los ejércitos cristianos el franciscano Juan Capistrano, el carmelita Domingo de Jesús María y el capuchino Marcos de Aviano! ¡Qué solicitud la de los grandes pacificadores Santiago de Voragine, del Orden de los Dominicos, y Juan

(1) Sto. Tomás, *De regim. princ.*, 3, 4, 5, 6, 16. Engelberto. *Admonit.*, *De ortu et fine Rom. imperii*, c. 6 (Bibl. Lugd. XXV, 365). Cfr. Salviani Mass., *De gubernatione Dei*, 1, 2, 10-12. (Mon. Germ. antiq., I, I, 4 y sig.). S. Agustín, *Ep.*, 138, 3, 17.

Facundo, del de los Agustinos, para restablecer la tranquilidad en las ciudades y en los Estados desgarrados por las guerras intestinas!

El sexo femenino añade á este espléndido ejército de salvadores de naciones y de sociedades multitud inmensa de brillantes figuras, situadas á inconmensurable distancia de lo que en este género nos puede ofrecer la antigüedad. Son Genoveva, Pulqueria, Blanca de Castilla, Isabel de Portugal, Edwigis, Margarita de Escocia, Catalina de Sena y la Doncella de Orleáns, y nos contentamos con algunos nombres que podríamos centuplicar fácilmente.

**9. Pueden resumirse así las quejas del antiguo Estado pagano contra el Cristianismo: la obediencia libre que predica el Cristianismo fué el más grande enemigo del Estado antiguo.**—Preguntamos ahora: ¿Cómo tanta obstinación acompañada de tanta pasión y de tanta tenacidad para dirigir tantas acusaciones al Cristianismo en su desarrollo? ¿Debemos buscar la causa únicamente en las preocupaciones y en la antipatía? Digámoslo francamente: ¡No! Es difícil encontrar una antipatía más conforme á la naturaleza, y aún más necesaria, que la del antiguo estado contra el Cristianismo.

Hemos probado en diferentes ocasiones que en la antigüedad lo era todo el Estado, que era lo único que existía, mientras para nada se contaba con el hombre como persona. En los casos más favorables, era algo el hombre, mientras se le consideraba como miembro autorizado para formar parte del Estado. Entre todos los pueblos civilizados de la antigüedad, los romanos eran los que gozaban relativamente de mayor independencia; pero, según la idea romana, toda aptitud ó derecho provenía del Estado; sólo cuando declaraba el Estado que un hombre era persona, podía tener éste relaciones con el Derecho. (1) Con respecto á aquél que no tenía derechos, todo se permitía, nada era inmoral. (2)

(1) Walter, *Geschichte des rœmischen Rechts*, § 457, 458, (3) II, 50.
(2) Becker-Marquardt, V, I, 185. Dœllinger, *Heidenthum*, 709.



Por lo mismo que estaba privado de derecho, estaba igualmente y en la misma medida, privado de respeto, porque el respeto iba ligado al derecho civil. Jamás se dijo entre los romanos: «No hay honor, no hay derecho»; se dijo: «No hay derecho, no hay honor». (1) Por eso nadie era ni siquiera dueño de su honor; y aún aquel honor provenía sólo del Estado. Todos debían concurrir al bien común, cualesquiera que fueran los medios para llegar á ese fin. (2) Debían amar á sus padres, á sus hermanos, á sus hijos; pero más que á ellos al Estado, á la patria. (3) Nos muestra lo dispuesto en la ley de las Doce Tablas la recompensa que á semejantes sacrificios ofrecía el bien común. Nos dice que si un deudor tiene tantos acreedores, que no puede satisfacer á todos, pueden éstos hacerlo pedazos á su gusto y repartírselo. (4) En este caso, era naturalmente más racional la práctica que el derecho. Es verdad, los acreedores jamás hubieran podido imaginar que había de ir tan lejos el derecho para satisfacer sus exigencias; pero basta con que así lo tratase la ley, porque hasta entre los feroces normandos era más tolerante el derecho con respecto á los deudores; no permitía el derecho, sino cortar un solo miembro al deudor insolvente. (5)

Prescindiendo de los déspotas de Oriente, el Estado consideraba al griego de menor valor todavía. El mismo griego libre, no era educado para sí, sino para el estado de ciudadano, en el que ponía toda la idea de hombre. (6) Sólo al Estado debía el griego su existencia, su valor moral, su dignidad humana. (7) En Esparta, el que tenía dinero, era condenado á muerte. En las leyes de Zalencos y de Carondas, sufría la misma pena el que bebía vino puro sin permiso del médico. Según los platónicos, el hombre

(1) Wachsmuth, *Europœische Sittengeschichte*, I, 105.
(2) Cicerón, *Off.*, 2, 24, 85.
(3) Id., íd,, 1, 17, 57.
(4) Aulo Gell., 20, 1.
(5) Wachsmuth, *Europœische Sittengeschichte*, II, 11.
(6) Hermann, *Griechische Privatalterthümer*, 168.
(7) Nægelsbac, *Nachhomerische Theologie*, 289, 292.

no se pertenece; menos le pertenece aún lo que posee; él y sus bienes, son propidad de la comunidad. Por eso quería Platón que la base legislativa del Estado fuese la comunidad de mujeres, porque los hijos de familias unidas é indisolubles estaban siempre más adheridos á la familia que al Estado; el mejor medio para entregarlos completamente al Estado, era destruir los lazos de familia.

Cuando se habla de libertad, considerando así las cosas, se quiere decir que cada uno participa del poder del Estado y tiene libertad civil, por la cual sin restricción alguna se halla sometido á las leyes formadas por la decisión del mayor número, que esas leyes le alcanzan en sus derechos personales, ó todavía más íntimamente, esto es, en su libertad personal. [1] De libertad de espíritu no se dice una palabra. Era enteramente desconocida, ni siquiera se sentía su necesidad, debiendo ser castigado hasta el deseo de la misma. [2]

Pero hay que prescindir del que no es libre civilmente; no se puede hablar de los esclavos. Además, según el derecho griego, pertenece tan completamente el hombre á su amo, que no puede cometer injusticia alguna contra él. [3] Tiene sobre él el derecho más despótico, [4] puede hasta cazarlo como á un animal. [5] Ni siquiera tiene conciencia el esclavo. El amo juzga sin apelación de lo justo y de lo injusto; no tiene el esclavo más que ejecutar sin desplegar sus labios lo que ha resuelto el amo. [6] No hay derecho en el esclavo para decir la verdad, sino cuando cede en beneficio de su amo. [7]

En Roma está completamente fuera del derecho el esclavo, [8] y así estaba ya en las épocas más remotas, que

(1) Dœllinger, *Heidenthum und Judenthum*, 668 y sig.
(2) Ahrens, *Rechtsphilosophie* (4) 1852, 395.
(3) Aristóteles, *Ethic.*, 5, 6, (10), 8.
(4) Íd., 8, 10 (12), 4.
(5) Íd., *Polit.*, 1, 3, (8), 8.
(6) Menander, *Fragm. inc.*, 56.
(7) Eurípides, *Fragm.*, 315 (Wagner).
(8) Dig., 28, 1, 20 § 7.



eran, sin embargo, relativamente mejores. [1] No lo reconocía la ley como persona, [2] lo ponía al nivel de los animales domésticos. [3] Todo era permitido con respecto al esclavo; [4] lo que adquiría pertenecía al amo; su matrimonio, su honor, su virtud, estaban en poder de su señor. [5] El contrato hecho por el esclavo no obligaba al amo; podía éste venderlo, alquilarlo, regalarlo, matarlo, martirizarlo, echarlo á los animales salvajes. [6] El castigo reservado á los esclavos era la crucifixión. [7] En una palabra; no tenía límites el derecho de los amos, [8] en tanto que estaba excluído el esclavo de la protección y de la comunidad del derecho: [9] no era sino una cosa sin valor humano. [10] Imaginarse que era hombre, era para él la más grande locura, [11] y lo mismo sucedía donde quiera que había esclavos.

En esta materia pinta Tácito á los germanos con los más hermosos colores. [12] Cierto que no reinaba entre ellos la refinada crueldad de los romanos; pero el esclavo germano no era más que una cosa; [13] podía venderlo el amo como una mercancía, [14] matarlo como á un animal, destrozarlo como á un objeto sin valor, [15] y condenarlo á muerte según su capricho. [16] En efecto, había entre los germanos, particularmente en el norte, total ausencia del de-

(1) Rein, *Privatrecht und Civilprocess der Rœmer*, 561.
(2) Casiodoro, *Var.*, 6, 8.
(3) Dig., 9, 2, 2, § 2.
(4) Séneca, *Clem.*, 1, 18, 2; Benef., 3, 20.
(5) Pauly *Realencyklopœdie*, VI, 1095.
(6) Íd., íd.
(7) Íd., íd., VI, 1094.
(8) Becker-Marquardt, *Rœm. Alterth.*, V, I, 189.
(9) Walter, *Gesch. des rœm. Rechts* § 466, (3) II, 60.
(10) Becker-Marquardt, V, I, 196.
(11) Juvenal, 6, 223: *O demens, ita servus homo est?*
(12) Tácito, *Germania*, 24, 25.
(13) Grimm, *Deutsche Rechtsalterthümer*, 342.
(14) Íd., íd., 343.
(15) Pfahler, *Geschichte der Deutschen*, I, 296.
(16) Grimm, *Rechtsalterthümer*, 344 y sig. Dahn apd Bluntschli, *Deutsches Staatswörterbuch*, VI, 375 y sig. Gfrorer-Weiss, *Gesch. der deutschen Volksrechte*, II, 3 y sig.

recho, reinando una arbitrariedad horrible con respecto á los esclavos. [1]

Bien examinadas estas consideraciones, no será difícil descubrir la razón fundamental de la sublevación contra la doctrina cristiana. Hablando propiamente, no consistía en que se anunciase un Dios nuevo. Y por cierto que no iba tan lejos, como con frecuencia se pretende, aquella tan ponderada tolerancia romana. [2] En su extraña mezcolanza de profunda religiosidad y de ilimitada superstición, trataban los romanos de apropiarse los cultos de las demás naciones, únicamente para atraer sobre sí la protección que hasta entonces habían concedido á sus adoradores los dioses extranjeros. Pero si se manifestaba un poco dura con ellos una divinidad extranjera, pronto se les concluía la paciencia. Hallaban, sin embargo, que generalmente era el respeto el mejor medio de quitar su fuerza á las otras religiones. Así se explica su tolerancia. Pero es cierto que la doctrina cristiana es algo penosa, manda al que la profesa que se someta á ella simplemente, sin reservas, sin afectada pasión; se opone tenazmente á dejarse modificar por corrientes pasajeras propias de todas las épocas, ó por cambios de opinión pública. El Dios de los cristianos que pone su honor en llamarse «Dios celoso», no ha querido jamás ver á su lado un «dios extraño». [3] Pero cuando comenzó el Cristianismo á celebrar su victoria, ya estaba en decadencia la vieja religión romana, y todos los días entraban nuevas religiones en la capital del mundo. Cuanto más densas eran las sombras en que se envolvían aquellas nuevas divinidades, tanto más considerable era el desconocimiento de su naturaleza y más grande el encanto que ejercían.

De ahí el fenómeno maravilloso de que en Roma fué grande sobre los espíritus la fuerza de atracción que ejer-

(1) Dahlmann, *Geschichte von Dænemark*, I, 161 y sig.
(2) Champagny, *Los Césares* (5) III, 216-218. Aubé, *Historia de las persecuciones* (2) I, 77 y sig.
(3) V. Mos., IV, 24; V, 7. Salmo, LXXX, 10. Hebr. XII, 29.



ció la doctrina judaica, con su Dios silencioso, inaccesible, y que no podía tolerar que á su lado hubiera ningún otro dios. [1] Puede creerse que, en igualdad de circunstancias, debió producir el Cristianismo sobre aquellas turbas un efecto más bien de entusiasmo que de repulsión.

Tampoco puede darse, como explicación del levantamiento realizado por el Cristianismo, la razón de que la doctrina cristiana llevó la atención del hombre más allá del estrecho círculo del Todo, del Estado. Según el Cristianismo, los mismos Estados son á su vez miembros de un gran Todo que se llama Humanidad. Después, llevando á distancias inconmensurables los límites de ese gran Estado, nos enseña á buscar un destino, para el cual no puede ser sino preparación todo este desenvolvimiento terrenal.

Y aunque, considerado de esta manera el mundo, no sea el Estado, cómo fué en opinión del paganismo, el último y supremo fin de la existencia, [2] difícil es, sin embargo, creer que fuese este el motivo de las acusaciones y persecuciones que sufrió el Cristianismo. ¿Cómo, Marco Aurelio fundado en tales motivos, hubiera podido contarse entre los opresores del Cristianismo, él, heredero del Cosmopolitismo estoico, él, que había enseñado á llamar al mundo entero un solo Estado, del cual todos los hombres eran ciudadanos? [3] Si declaraban los cristianos que no era de este mundo, según la palabra de su Maestro, el reino por el cual hacían continuas oraciones; [4] si aseguraban que el ardiente deseo que los movía á suspirar por la patria eterna, no era obstáculo para amar á la patria terrestre, y que, según sus propios sentimientos, necesitaban gracia especialísima para llegar al sacrificio que les imponía su separación de ella; si podían decir con verdad que estimaban á la patria tanto como á sus padres, [5] que consideraban co-

(1) Dœllinger, *Heidenthum*, 622, 628. Hausrath, *Neutestamentliche Zeitgeschichte*, 1872, II, 79-91.
(2) Walter, *Naturrecht und Politik*, § 4, 5, p. 5, 55 y sig.
(3) Marco-Aurelio, 3, 11; 4, 4.
(4) S. Juan, XVIII, 36.
(5) S. Agustín, *De lib. arb.*, 1, 15, 32.

mo conjunto de todos los crímenes el crimen cometido contra la patria; [1] si prometían especial recompensa en el cielo á los que habían merecido bien de la patria; [2] si no hacían un misterio de que la convicción que los impelía á orar por la existencia del Imperio Romano consistía en la creencia de que la desaparición del mundo era inherente á la caída de aquel Imperio, [3] permitido será creer que no les hubiera sido difícil justificarse, en la suposición de que el motivo que tenían para desconfiar de ellos estaba en la preocupación que acabamos de indicar.

Pero era otro aquel motivo. Al declarar al hombre interiormente libre, aunque exteriormente llevase las cadenas del esclavo; al reconocerle un valor autónomo, independiente, tuvieran ó no voz en el Senado, en los Comicios, en la Gerusía ó en el Areopago; al considerarle dueño único y absoluto de sí mismo y de todos sus actos, á pesar de todas las diferencias de clase, de condición, de aptitudes para el derecho, sin atacar á todas estas cualidades, proclamó el Cristianismo una doctrina, no sólo desconocida hasta entonces, sino hasta incompatible con la estructura del Estado, tal cual existía en la antigüedad. Ahora bien, desde el momento en que apareció esta doctrina, hízose inevitable la lucha, y no fué sino cuestión de tiempo el momento de la explosión.

Declarar que todos los hombres son interiormente libres, que el hombre libre es señor de su propia persona, era declarar la guerra á la idea pagana sobre el Estado, y minar el antiguo Estado en sus cimientos. No hubiera corrido tanto peligro el Cristianismo, si hubiera predicado á los ejércitos la rebelión contra el Emperador, á los ciudadanos la negación de la obediencia y la exención de los impuestos, á los esclavos venganza sangrienta contra los amos. Millares de veces se presentaron hechos semejantes

(1) S. Agustín, *C. Academ.*, 3, 16, 36.
(2) Nectario, *Ad August.*, ep. 103, 2.
(3) Tertuliano, *Ad scapul.*, 2. Lactancio, *Inst.*, 7, 25. Malvenda, *De Antichristo*, 5, 21, 22.



en la antigüedad, más podía pararse el golpe fácilmente con algún festín, con una bolsa de oro, con una mirada serena, y en el peor de los casos, con la violencia. Pero eran completamente nuevos los principios proclamados por la doctrina cristiana: «Es necesario que estéis sometidos, no solamente por la ira, más también por la conciencia». [1] «Servid á vuestros señores con buena voluntad» [2] y «con sencillez de corazón». [3] Debieron volver de arriba abajo todo el orden de cosas hasta entonces establecido, y no podía ponerse remedio ni con la espada ni con los tormentos.

Y lo peor era, que, una vez expresado aquel pensamiento, ya no se le podía ahogar, ni era posible poner trabas á sus tan legítimas y necesarias consecuencias. No le quedaba entonces al Estado sino esta elección: ó hacer desaparecer del mundo, y lo antes posible, al autor de aquella doctrina, para él totalmente mortal y demoledora, ó celebrar su propia ruina, que era inevitable. Eligió lo primero; tuvo como consecuencias las diez grandes persecuciones, época de gloria y de heroísmo para la Iglesia. ¡Era tarde! Una vez extendido por el mundo el nuevo pensamiento de la personalidad, del valor moral, de la libertad de conciencia, ganó terreno, conquistó los espíritus, y, cuando mandando Diocleciano, el último grande hombre de Estado que salió de la antigua escuela del paganismo, al darse cuenta el Estado antiguo del extremo peligro que corría, arriesgó un combate decisivo, un combate de vida ó muerte, no pudo parecer dudoso un solo instante el resultado. La falta de autonomía no pudo hacer frente á la libertad; la sumisión sin voluntad no pudo luchar con la adhesión practicada gustosamente y por convicción personal; una idea abstracta, por grandiosa que fuera, como la del Estado pagano, no pudo soportar la presencia de una sociedad de personalidades que tenían conciencia de sí mismas, sirviendo todas á una misma causa con la invencible fuerza del sen-

(1) Romanos, XIII, 1.
(2) Efesos, VI, 7.
(3) Col., III, 22.

timiento y del valor personales. Era necesario que cayera el antiguo Estado para dar lugar á una nueva idea de Estado, cuya realización completa debía sin duda quedar reservada á lo porvenir.

**10. El Estado antiguo no tenía seguridad alguna; era Estado de esclavos. El Estado cristiano asegurado por la libertad; la sal del Estado. Realización del más alto deber del Estado.**—Como dice un escritor nada sospechoso de parcialidad, «la época de las persecuciones cristianas no conmovió la obediencia al Estado que profesaban los adeptos de la nueva doctrina. Pero la sumisión, por decirlo así, inconsciente, que antes fué considerada natural y necesaria, se cambió desde aquella época, en subordinación libre y reflexiva». (1)

Había en ello, sin duda, cierta especie de restricción del poder que hasta entonces había ejercido el Estado; pero aquella restricción fué precisamente el principio de su seguridad, y creció tanto más aquella seguridad, cuanto más libertad se dejó al Cristianismo para implantar en los corazones la nueva doctrina. Porque esta doctrina impone la obediencia, no sólo en los casos de violencia y castigo, sino en todas las circunstancias, sin consideración ni á la recompensa ni á la pena, sino sólo por motivos de conciencia; manda mirar al depositario de la autoridad como lugarteniente de Dios; nos dice que toda ley sancionada por Dios es la expresión de su mandato. Por eso creció también en dignidad el nuevo Estado cristiano. El Estado antiguo, aun donde mandaba á hombres libres, elevóse poco sobre un Estado de esclavos. Porque ni aún los hombres libres eran personalmente independientes. El nuevo Estado se compone sólo de súbditos libres y nobles, los cuales, por convicción autónoma y consciente, están siempre prontos á hacer en su obsequio alegres y contentos cuantos sacrificios reclame. De este modo, «la sal de la tierra se ha convertido en sal del Estado». (2)

(1) Cfr. E. Friedberg, *Die Grenzen zwischen Staat und Kirche*, 1872, p. 4.
(2) Justino, *Apol.*, 1, 12; 2 7.



¡Ojalá esté próximo el tiempo en que la nueva idea de Estado, la idea cristiana, conquiste por fin definitivamente la supremacía sobre todos los espíritus! Entonces vivirán en paz en el Estado los ciudadanos; y los encargados del gobierno cumplirán sin dificultad sus altísimos deberes; los Estados estarán más libres de perturbaciones exteriores, verán aumentarse la felicidad de los súbditos, y, con innumerables medios de desarrollo, los más elevados bienes que aquí abajo puede ambicionar la humanidad: las costumbres, las ciencias y las artes. Podrá, en fin, el Estado cooperar con todas sus fuerzas á la elevación de la humanidad hacia su último destino, hacia su verdadero y celestial fin. ¡Dios lo quiera!

## APÉNDICE

### EL PATRIOTISMO EN LA NUEVA LITERATURA HUMANISTA

**1. Injusticia de la acusación de falta de patriotismo lanzada contra los cristianos.**—Entre las más injustas y más dolorosas injurias que tienen que sufrir los partidarios de la fe cristiana, se encuentra seguramente la acusación de falta de patriotismo. El cristiano que, según el fin de su fe y de su vida, se esfuerza en llegar á la perfección, debe llevar el heroísmo hasta permanecer tranquilo y digno en medio de las afrentas é injusticias de que es blanco, mientras esas afrentas y esas injusticias que recibe no toquen más que á su persona, aunque, como hombre, las sienta profundamente. Pero no sé si aguantará esta injuria sin que le dé vuelcos el corazón y sin que le hierva la sangre; seguramente que es esa la ocasión ó ninguna. Porque, formulada así la acusación, no se dirige sólo á su persona, va directamente contra el Cristianismo. Podemos, ciertamente, exclamar con el poeta: «Tiempos crueles en que aparecemos traidores sin sospecharlo siquiera, en que alarmantes ruidos hieren nuestros oídos, sin que sepamos qué es lo que hemos de temer». (1)

Y aumenta más la amargura de semejante acusación ver que no tienen motivos los enemigos del nombre cristiano para concebir contra nosotros semejantes sospechas. Apenas terminó la guerra entre Francia y Alemania, cuando, en los dos países, se cantó en todos los tonos esta acusación contra los fieles hijos de la Iglesia, como si un poder secreto hubiera dado la consigna á uno y á otro

(1) Shakspeare, *Macbeth*, IV, 2.



país. ¿Qué hicieron para ser tratados de este modo? ¿Se negaron acaso, en la hora del peligro, á acudir al llamamiento de la patria? ¿Habían cambiado, como las sociedades secretas, sus signos convencionales para salvar del peligro aún á los enemigos de la patria, con desprecio de toda disciplina militar y sin temor de perjudicar á la fortuna de la misma patria? ¿No se ofrecieron más bien con gusto á cuantos sacrificios se les exigieron? ¿No corrió su sangre por millares y millares de heridas? ¿Qué más hicieron que ellos sus acusadores? Es cierto que les excedieron en algo: en palabras, en pregonar locuazmente su patriotismo. Desaparecido el peligro, y obtenida la victoria, dieron más de una vez á su acusación una expresión de aspereza difícil de comprender. ¿Por qué, podría preguntárseles, experimentaban entonces una necesidad tan apremiante de mostrar al mundo que hubieran muerto por la patria, si hubieran tenido ocasión? ¿Es que no hubo entre los nuestros millares y millares que con gozo ofrecieron su vida por su causa? ¿No es suficiente prueba su número para dispensarnos de escuchar sus cobardes palabras?

Cierto que á nadie acusamos de no haber cumplido con su deber en la hora del peligro; pero que no se lance tan inmerecida acusación á los hijos de la Iglesia de Dios; y más que nadie debían abstenerse los que se complacen en hacerlo. Jamás hemos oído decir que ningún general francés ó alemán, de los que expusieron su vida al fuego del enemigo, haya acusado á los creyentes cristianos, á los católicos, de no haber servido fielmente á su patria. Los hombres de pluma y de tribuna han tenido millares de veces esa audacia. ¿Y qué pueden ellos ofrecernos en su activo? ¿Es que se creen autorizados á atacar así á la verdad con los discursos que pronunciaron en las tabernas de su país, ó en bien templadas y bien cómodas habitaciones, mientras morían de frío y derramaban su sangre en el campo de batalla nuestros hermanos? Hacían que se desbordase en derredor suyo la exuberancia poética de su

patriotismo; pero aquí tocamos precisamente una llaga. ¡Si hubieran podido siquiera llevar el entusiasmo á las masas con sus enardecidos versos! ¡Si por lo menos lo hubieran intentado! No les exigimos que se hubiesen ofrecido personalmente al peligro, como se hacía en épocas anteriores, cuando, con respecto á ellos, se permitían esta censura:

«De que no existe ya la antigua valentía
Oigo á muchos poetas lamentarse.
¿Quién de ellos, ¡vive Dios! quién osaría
Del combate al peligro presentarse?» (1)

Pero llegaron con sus cantos cuando hacía mucho tiempo que había terminado todo. No impedía la cojera al antiguo Tirteo despertar su entusiasmo en tiempo oportuno. Estos modernos Tirteos, aunque tienen sanas las dos piernas, parece que cojean del corazón. En vano buscamos en toda esta época un solo verso como los que á docenas brotaban en un solo día del noble corazón de Kœrner. Todavía se emociona el alma al leerlos hoy:

«Se arrebola el oriente, huye la noche,
»¡Loado sea Dios! viene la aurora,
»¡Arriba, pueblo mío, la señal ya ha sonado!
»Allá arriba, en el Norte, arrobadora
»Brilla á mis ojos libertad hermosa:
»Es una guerra santa, una cruzada.
»Luce la gran mañana
»Trémula en su presentimiento,
»De coraje invencible y ardimiento
»Ansioso, dominada.
»Tú que eres fuerza, escucha nuestro acento,
»Bondad inmensa, nuestra voz escucha:
»Celeste guía senos en la lucha,
»Inflámanse mis llagas, convulsivo
»Temblor mi labio balbuciente agita:
»Siento en mi corazón ira infinita,
»Contados son mis días, á Ti llego,
»Dios mío, tu querer hágase luego». (2)

Mas á estos modernos poetas fuéles preciso romperse la

(1) Eichendorff, *Die neuen Kameraden*. (S. W, I, 395).
(2) Kœrner, S. W. (2) I, 65, 79, 87, 98, 96.



cabeza largo tiempo para que una agotada vena produjese este canto prosaico: «¡Vive en paz, patria querida!»

Verdad es que han conservado los franceses su antigua Marsellesa; pero es tan poco patriótica su poesía, como poético su patriotismo; les aventajan los alemanes, porque, descontento de sus poetas el pueblo, se ha consagrado él mismo á la poesía. Y es característico que en aquella época no había ningún canto popular que diese testimonio del amor á la patria, excepto la canción de los granaderos de Pomerania:

«¿Qué en el zarzal aquel siento moverse?
Que sea Napoleón puede creerse».

**2. El amor á la patria considerado como barómetro de la humanidad: tres corrientes diversas en este punto.**—No hay que asombrarse ante tal fenómeno; toda nuestra literatura es humanista en lo que tiene de más íntimo; pero el Humanismo no ha dado jamás pruebas de patriotismo. No puede buscarse el patriotismo, sino donde reina la humanidad, donde, á lo menos, se hacen esfuerzos para llegar á ella; porque es algo verdaderamente humano el amor á la patria, y sólo los que buscan con ardor á la Humanidad conocen este amor. Por eso hay en la historia del sentimiento patriótico una cuestión de grados que pueden calcularse tan bien como en cualquier rama de la cultura humana; un pueblo y una época están de él más ó menos alejados, según que lo estén más ó menos de la verdadera humanidad. Si se lleva tan allá el patriotismo, que absorba toda actividad propia y personal, ó si, lo que es más fuerte todavía, queda esta eliminada por completo, como sucedía entre los antiguos; si se sirve de él para rechazar con odio y con orgullo lo que no está encerrado dentro de los límites de la propia patria, como lo quería la antigua teoría de los bárbaros, ó como lo quiere todavía el moderno principio de nacionalidad, es evidente que se halla encerrada en tan estrechos límites la humanidad, que habrá que preguntarse si todavía se le puede dar este nombre.

Por el contrario, el Humanismo mira con desprecio las verdaderas fronteras y las particularidades propias de cada pueblo y de cada Estado, porque, para decirlo con franqueza, el hombre viviente y real no forma el centro del círculo de sus pensamientos, sino una humanidad inventada arbitrariamente por él y creada según sus ideas fantásticas.

Entre estos dos extremos se halla la verdadera doctrina cristiana. No sólo tiene en cuenta á los hombres en concreto, con todas las particularidades legítimas que la humanidad lleva consigo, sino que enseña que, ante todo, es siempre necesario estudiar estas últimas, contar con ellas, protegerlas, y hacer que de ellas se derive á grandes rasgos la imagen del hombre y de la humanidad. Según ella, lo particular no excluye lo universal, y viceversa; antes bien, lo universal, precede necesariamente á lo particular, y tan necesariamente, que el todo entraña inevitablemente la suerte de la parte.

No debe, pues, el espíritu, inventar una humanidad de creación propia; debe, en todo, contar con el hombre real, con el hombre, tal cual es y tal cual sería, si fuera lo que debe ser. Deja subsistente esta opinión, el derecho de todo particularismo sano, al mismo tiempo que, por otra parte, sostiene que se eleva muy arriba algo incomparablemente más grande, más amplio, á que puede servir de base toda particularidad, sin que jamás le sirva de obstáculo. Y sólo según el verdadero concepto cristiano y católico del patriotismo, pueden garantirse en toda su pureza la verdadera naturaleza del hombre y de la humanidad.

El patriotismo supone, pues, la humanidad, y no sólo no es obstáculo al amor á la patria la caridad universal con respecto á los hombres, antes bien, es su lazo y su alimento.

**3. Humanismo y sociedades secretas.**—Seríamos injustos con el humanismo, si á él sólo hiciéramos responsable de todos esos sentimientos antipatrióticos de que tan bellas muestras nos presenta la literatura moderna. Por su naturaleza, deja ya de ser patriota el humanismo, aunque, propiamente hablando, no es enemigo de la patria. Nada de lo que á él se refiere pertenece al mundo real; de tal manera se ha confinado en el mundo de las puras teorías; y aun allí donde puede vivir prácticamente y desplegar su actividad, no es por sí mismo un enemigo de lo existente. Mientras no le exija sacrificios efectivos la organización de la humanidad y de la realidad que le rodean, las desprecia, es verdad, pero no es capaz de aplicar ni la punta del dedo, ni para destruirla, ni para consolidarla. Cuando consigue de ella algunas ventajas, se acomoda á ella perfectamente y aun la encuentra encantadora, por lo menos, hasta que halla en otra parte algo mejor.



Pero hay también otra potencia, á cuyas expensas vive en gran parte la moderna literatura. No sólo no tiene patriotismo; sino que es en realidad su capital enemigo. Es la influencia de las sociedades secretas, que están completamente bajo el yugo de ese pueblo, que hace dos mil años que no tiene patria, que en todas partes está en su casa, porque no la tiene en ninguna, y que quiere arrebatar á la humanidad entera, patria y hogar, para vengarse de haber perdido los suyos. Así se explica esa divisa que han adoptado esas sociedades secretas como contraseña, divisa que les ha tomado la Revolución, recorriendo con ella todo el mundo: «libertad, igualdad y fraternidad». El sentido que les da es que todas las demarcaciones reducidas, todas las fronteras que se hallan en el interior de la humanidad, todas deben caer, cediendo el lugar al Estado absoluto é internacional de igualdad y de libertad, [1] en otros términos, á la República universal. Para llegar á este fin, hay millares y hasta millones de obreros, que, precursores de la tempestad, trabajan á las órdenes de jefes invisibles, [2] en echar abajo, [3] lentamente, en silen-

(1) *Masonería práctica*, París, 1886, II, 172 y sig.
(2) Íd., íd., íd., I, 162 y sig.
(3) Íd., íd., íd., I, 356, 423, 427 y sig., 430.

cio, pero con seguridad, todo poder político, social, religioso y militar, que pudiera oponerse á la realización del Estado universal de pretendida libertad. Es un poder invisible, nuevo, cuyo fin es ser el heredero de todos los poderes establecidos hasta ahora; es un poder mucho mayor y mucho más universal que todo poder terreno, (1) un poder al cual es tanto más difícil resistir, cuanto que es menos fácil de apreciar. Hay, por tanto, centenares de cándidos que ven su influencia con sus propios ojos, que la tocan con los dedos, que la soportan, pero que no quieren creer en ella.

Entre los auxiliares de esos poderes secretos está en primer lugar la moderna literatura, que recibe de ellos su inspiración y su influencia, y que es uno de los principales medios para llevar sus ideas á las masas, y para favorecer la realización de sus designios. Por causa de estas relaciones, falta completamente el patriotismo á la moderna literatura, y más todavía, es completamente antipatriótica.

**4. Los clásicos alemanes modernos y los filósofos sobre el amor á la patria.**—«No sería difícil, dice Hæuser, á quien ciertamente no puede tildarse de parcial, sacar de las obras de los mejores y de los más grandes representantes de nuestra literatura una colección de máximas, en que se manifieste, no sólo el desprecio cosmopolita de todo lo nacional, sino también el orgullo de una universalidad sin límites y la insensata burla de las afecciones patrióticas más santas y del más personal sentimiento nacional». (2) Como lo confiesa también Zeller, se encuentra casi sin excepción en todos los héroes del gran período de nuestra literatura, ese mismo cosmopolitismo que ha debilitado el sentimiento de la importancia del Estado. (3)

En diferentes épocas, se ha tratado de borrar esa sombría mancha del retrato de los tan ponderados jefes del

(1) *Masonería práctica*, París, 1886, I, 163.
(2) Hæusser, *Deutsche Geschichte*, II, 551.
(3) Zeller, *Geschichte der deutschen Philosophie*, 359.



pretendido sentimiento de los tiempos modernos. Pero, aunque han sido muy hábiles las tentativas, no se ha conseguido sino echar más sombras sobre esas fisonomías consideradas como diamantes de brillantez incomparable. Para excusar la falta de patriotismo de nuestros clásicos, se dice que en aquella época era tan desgraciada, y estaba tan humillada y maltrecha Alemania, que era perdonable no sentir grande afecto por semejante patria. ¡Bonita excusa! ¡Ella derrama también luz muy particular sobre el patriotismo de los que han osado presentarla! Pensábamos que si había quien tuviera obligación de levantar el espíritu de la patria, de luchar como los antiguos profetas, de sufrir y de morir para salvar á sus compatriotas de la ruina y del rebajamiento personal, la tenían precisamente los que poseían las luces de la inteligencia y el poder de la palabra. Pero nos enteramos ahora que fueron ellos los cínicos que gozaron del triste privilegio de haber tenido pensamientos menos elevados que los del pueblo. Según su principio, nadie debe sacrificarse por la patria, sino cuando puede gloriarse de ello y espera alguna ventaja y alguna gloria del servicio que le presta. Si ningún honor proporcionan ya la fidelidad y el patriotismo, si más bien exigen sacrificios y abnegaciones, cesa entonces toda obligación. Sí; por desgracia, nuestros clásicos han pensado y obrado así con mucha frecuencia.

Pero ¿no nos olvidamos del honor y del deber justificando aquí, y enseñando con esta justificación á nuestra juventud, que ha de formar su espíritu en esos autores, á dar, en caso semejante, pruebas de igual falta de carácter? Entonces ¿para qué enojarnos con la manera de pensar y de obrar de nuestros clásicos, ó con los intentos que para justificarlos hacen sus adoradores? La mayor parte de la responsabilidad toca ciertamente á estos últimos, puesto que se atreven á recomendar y á extender por doquiera el veneno que para sí solos conservaban los primeros. Luego es deber nuestro protestar aquí solemnemente, para que no se corrompa por completo el espíritu

de la nación. Como lo hace notar el ilustre Perthes: «¡No! No fué el dolor causado por el estado miserable de nuestro pueblo el que condujo á nuestros clásicos á tal indiferencia, sino que fué la falta de sentimiento por el pueblo y por la patria, lo mismo que la falta de participación en las desgracias de los tiempos y en el abatimiento del país». [1] Como verdaderos humanistas, nó pensaban más que en sí mismos, en todo lo que les proporcionaba alguna ventaja, y en lo que halagaba su orgullo. Según sus miras y según las de todos sus defensores, el bueno de Klopstock no era más que un soñador pasado de moda, porque no miraba con indiferencia á Alemania, y porque con el recuerdo de sus grandezas pasadas y de sus nuevos deberes, trataba de levantar el decaído espíritu de su pueblo.

¡Y cuál no es también su valor comparado con todos los demás! ¡Qué triste es la figura que hacen nuestros clásicos frente al ilustre Kœrner, que, joven y lleno de esperanzas, no vaciló en sacrificar su vida por su patria, cuyas desgracias sentía tan profundamente! ¡Qué modelo tan magnífico de verdadero patriotismo nos ofrece el dulce Stolberg, que, en los apuros de la patria, prodigó diez veces su sangre con verdadero entusiasmo en las personas de sus hijos y de sus padres! [2] ¡Cómo cubre de confusión á todos esos egoístas, en cuyos corazones no vibraba la cuerda patriótica, Eichendorff, aquel hombre de magnánimo corazón! Abandonó una posición espléndida, sacrificando la tranquilidad más halagadora, se despidió de su joven esposa, y, como Kœrner, partió con los caballeros negros de Lützow.

«Á la guerra, á la muerte... más, más lejos
»Llevemos nuestro anhelo,
»Hasta que estar podamos en el cielo». (3)

Eran hombres á quienes tocaban muy de cerca la ver-

(1) *Perthes' Leben*, (6) III, 373.
(2) Janssen, *Stolberg*, II, 299 y sig.
(3) Eichendorff, S. W. (2) I, 397.



güenza y las miserias de la patria; eran verdaderos poetas patrióticos; eran caracteres verdaderamente cristianos, á quienes entusiasmaba la fe en el sacrificio y en la abnegación. Pero de esas almas humanistas, almas heladas, asoladas por la duda ¡quién puede esperar la entusiasta expresión de un sentimiento del cual no saben sino burlarse!...

Sin embargo, nos dice Gottschall: «Es una locura censurar en tan eminentes caracteres la indiferencia ante la fatalidad que amenazaba y consumía á su patria. Aquella indiferencia no era sino la consecuencia última de una formación autónoma que, en su desenvolvimiento, se ponía en sazón para producir una magnífica flor de inmortalidad. Si se puso en contradicción con la plebe, lo hizo con conocimiento de causa; es que vió en las luchas nacionales de su época una comedia popular indigna de los grandes genios». [1]

¡Guárdenos Dios de tener jamás semejantes defensores! No podía ponerse en la picota á aquellos pobres diablos con insultos más amargos. Si quisiéramos ensalzar á nuestros sacerdotes, porque, con pleno conocimiento de causa, se opusieron á todo lo que agitaba el corazón de los hombres, en un cuarto de siglo, testigo de las más grandes revoluciones, de los más espantosos acontecimientos, de las más terribles efusiones de sangre y de innumerables tribulaciones; si quisiéramos defender la piedad protestando que, como último renuevo de una independencia autónoma, nada podía haber que la inquietase ni por el mundo, ni por la humanidad, ni por la patria; si quisiéramos engrandecer á nuestros Santos pretendiendo que fueron espectáculos indignos de su grandeza acontecimientos como el asesinato de un rey, la caída del imperio de Alemania, las batallas de Marengo, de Austerlitz y de Aspern, el desastre de Moscou y la guerra de la Independencia, ¿qué se nos respondería, y qué se tendría derecho á respondernos? ¡Pues he ahí lo que se dice de nuestros clásicos como

(1) Gottschall, *Deutsche Nationallit. des XIX Jahrh.* (2) I, 50.

señal de la elevación de sus pensamientos con respecto á la guerra! Bien se ve que tiene el mundo muy diferentes maneras de juzgar. Cuando, para salvar á la patria toma las armas una virgen cristiana, como la Doncella de Orleáns, se habla de fanatismo y de alucinaciones cristianas. ¡Cuando, en medio de los desastres de su país, ni siquiera toman la pluma nuestros poetas, es indicio de su grandeza intelectual! Sí, para servirnos de las expresiones de Gottschall: «Rueda nuestro olimpo clásico en un éter tan luminoso, que ve pasar á sus pies toda la tempestad de los pueblos como nube ligera llevada por el viento». (1)

¡Luminoso era el éter en que se revolvía el gran Gœthe en medio de compasivos amorcillos con las Lili, las Suleike, las Federicas, las Corone, y tantas otras, cualesquiera que sean sus nombres! Verdad es que tenía bastante que hacer con lacerar corazones cándidos, corromper almas inocentes, y escapar á tiempo de lazos peligrosos, para que en el fondo de su corazón no quedase ningún buen latido para la miseria del mundo.

Poco tiempo después de la batalla de Jena, la más desastrosa derrota que ha sufrido Alemania, escribía Knebel á su amigo Juan Pablo, «que estaba estudiando con Gœthe la osteología, puesto que era muy propicia la ocasión, ya que estaban cubiertos todos los campos de blancos huesos de los defensores de la patria». ¡No sabían emplearlos mejor que haciéndolos servir para sus experiencias! Y lejos de entristecerse, se quedaban muy satisfechos ante aquel infortunio. (2) Mientras yacían prisioneros los alemanes, y derramaban su sangre los tiroleses, escribía Gœthe sus Wahlverwandtschaften (afinidades electivas). (3) Como dice Hæusser: «No tuvo vergüenza de pavonearse ante Napoleón y de arrastrarse ante él por el polvo», (4) Un solo personaje hubo que se le pareciese en esto, el historiador

(1) Gottschall, *Deutsche Nationalliteratur*, (2) I, 50.
(2) Gottschall, *loc. cit.*, I, 54 y sig.
(3) W. Menzel, *Deutsche Dichtung*, III, 208.
(4) Hæüsser, *Deutsche Geschichte*, III, 241.



Juan de Müller. (1) Hay singular mezcolanza de compasión y de ironía en las palabras con que Julián Schmidt quiere excusar á Gœthe de haber hecho tan miserable papel en presencia del déspota. «Un destino trágico, dice, persiguió á Gœthe, y en las más grandes angustias de la patria obligó al gran hombre á hacerse tan pequeño ante el pequeño conquistador». (2) Pero ¿debía hacerlo? ¿Quién habla de obligaciones? Gœthe lo hizo voluntariamente, y en su bajeza, no experimentó vergüenza alguna. Al contrario, se sintió en la cumbre de la gloria, cuando el poderoso conocedor de los hombres, que lo dominaba desde tal altura, le despidió en términos que era difícil tomar por lisonja. Se hizo esclavo del éxito; en esto consistió toda su política, y á ella se atuvo. Cuando despertó por fin el espíritu alemán, y se preparó á la gloriosa guerra de la Independencia, el mismo poeta dirigió estas palabras al padre de Kœrner: «Vosotros, hombres de bien, sacudid vuestras cadenas; no os libraréis de ellas, es demasiado grande el hombre para vosotros». (3) En cuanto á él, dejó tranquilamente que derramasen su sangre los alemanes, y durante aquel tiempo, ocultóse, para «estudiar, decía, la historia de los chinos». (4) Se sintió incapaz de escribir cantos guerreros contra Francia. Y en cuanto á manifestar de otra manera su patriotismo, no podía ni pensar siquiera en ello.

Concluído todo, versificó para canto de triunfo una fría alegoría: «El despertar de Epimenides». (5) En una palabra; no tenía ni el menor sentimiento de patriotismo; sentía nuestros dolores, porque no habían sido bastantes. ¿Y de qué nos hubiera servido á nosotros? No hubiera sabido que hacer de un patriotismo como el de los romanos, decía él; no hubiera tenido ni silla para sentarse, ni cama

(1) *Perthes' Leben*, I, 130, 154 y sig.
(2) Julián Schmidt, *Geschichte der deutschen Litteratur im XIX Jahrhundert* (2) I, 284 y sig.
(3) W. Menzel, *loc. cit.*, III, 85. Gottschall, *loc. cit.*, I, 56.
(4) Gottschall, I, 56.
(5) W. Menzel, III, 208. Gottschall, I, 56 y sig.

para dormir. Donde estaba él bien, allí estaba su patria. Una casa para vivir, un campo para alimentarse, un lugar donde asegurar lo que poseía, era todo lo que podía inspirarle la palabra patria. [1]

En verdad que es tan lamentable el concepto de las cosas ante tan grande entusiasmo, que se comprende el noble desaliento que inspiró al dulce Eichendorff estas palabras de maldición:

«Y cuando suene del peligro la hora,
»Del sepulcro saldrá para avisarnos
»Quien sólo tocar supo harpa sonora». [2]

Verdad es que el amor á la patria no es siempre tan maltratado por los otros corifeos de nuestra literatura. No obstante, lo es suficientemente. [3] Eichendorff, á quien hemos citado tantas veces, al desbordamiento de su cólera por la falta del patriotismo de nuestros poetas en la época de las más grandes humillaciones de Alemania, pone, por desgracia, el título siguiente: «Á la mayor parte». Por desgracia también, lo que dice se aplica á todos:

«¡Todo será completamente vano!
»Honor y libertad, lealtad y gloria
»¿De burla objeto sólo
»Serán para vosotros? Afanados
»Escribís por ganar gloria barata.
»Mas ¿conmover las almas? Eso nunca.
»Porque ya nadie lo que escribe cree.
»¿Sois hombres? ¿sois cristianos?
»¿Creéis que á Dios se engaña fácilmente,
»El propio estudio haciendo solamente?» [4]

Entre todos éstos está también Schiller que es proporcionalmente el más patriota; sin embargo, deja con frecuencia mucho que desear su sentimiento patriótico. [5] Herder pide perdón un dia por verse obligado á llamarse

(1) Gœthe, *Uber Sonnenfels' Liebe zum Vaterland.* Stuttgart, 1857, XXXII, 83 y sig.
(2) Eichendorff, *Mahnung.* (S. W. 2. Aufl. I, 378).
(3) Gervinus, *Gesch. der deutschen Dichtung* (4) V, 331-369.
(4) Eichendorff, S. W. 2 Aufl. Leipzig, 1864, I, 380 y sig.
(5) Janssen, *Schiller als Historiker,* (2) 120 y sig. *Perthes' Leben,* (6) III, 373.



alemán; [1] no había en él ningún sentimiento de patria, de estado, ni de nacionalidad. Entre todos los orgullosos, parecíale el más loco el que estaba tocado [2] de orgullo nacional.

Según Zeller, considera Lessing como mal necesario la existencia del Estado, lo mismo que de la Religión revelada, y esto en los mejores casos. [3] «No quiero tomar la pluma, escribía á su hermano, por el honor de mi querida patria, aunque de ello dependiera su salvación». [4] «No tengo idea alguna del amor á la patria, decía á Gleim, (siento mucho tener que confesaros mi vergüenza), y me parece que es el colmo de una heroica debilidad, sin la cual me paso con gusto». [5] Cuando hablan de esta manera los personajes que dan el tono, no debe extrañarnos, si no encontramos ni señales de patriotismo en los genios de segundo orden, Juan Pablo, [6] Wieland, [7] Gellert, [8] y Tieck. [9]

En cuanto á los que le sucedieron, los Heine, los Bœrne, los Herwegh, los Freiligrath y otros, preferimos no decir de ellos una sola palabra. Es siempre el antiguo tema cantado en todos los tonos posibles. No puede haber otra excusa para cada uno de ellos considerados individualmente, que ésta, no muy digna por cierto, y es que los otros han hecho lo mismo. Y como dice Haym, «hasta las mejores flores de la vida intelectual, lo mismo poetas que filósofos, considerados en general, participaban de esta limitación de la nación á una esfera de existencia privada y aislada». [10]

Sí, es desgraciadamente cierto que alcanzaba aquella deshonra á las flores de la vida intelectual, tomadas en general, porque no son mejores patriotas los filósofos que los

(1) Janssen, *Zeit. und Lebensbilder* (2), 92.
(2) Gervinus, *Deutsche Dichtung* (4) V, 341 y sig., 344 y sig.
(3) Zeller, *Geschichte der deutschen Philosophie*, 358.
(4) Lessing, *Werke*, Leipzig, 1857, X, 208.
(5) Íd., íd., íd., 98.
(6) Gervinus, *Deutsche Dichtung* (4), V, 346 y sig.
(7) Id., íd., 344.
(8) Bierdermann, *Deutschland in XVIII Jahrh.*, II, II, 51, 53.
(9) Haym, *Die romantische Schule*, 102.
(10) Íd., íd.

poetas. Aun el mismo Fichte, se portó como el Cosmopolitismo al uso inmediatamente antes de la batalla de Jena. Para servirnos de sus mismas palabras, se muestra desdeñoso «con aquellos hijos del país que no pueden separarse del pedazo de terruño perteneciente á un gobierno en decadencia». [1] Sin embargo, cuando fué completa la desgracia de la patria, tomó la cosa á pechos, y reparó su falta.

No es menos ruin el papel que hizo Hegel. Según su propia opinión, era tan antipatriota como los grandes autores de nuestra literatura en general; [2] pero en los términos que emplea para expresar su falta de patriotismo, se manifiesta tan olvidado de todo comedimiento, tan inagotable y tan inconsiderado, como los poetas. Dos días después de la batalla de Jena, tuvo la dicha de ver á Napoleón, y se sintió profundamente entusiasmado. «He visto, exclama, al Emperador, á esa alma del mundo; produce admirable sensación la vista de un hombre tan grande, que desde aquí mismo, sentado en su caballo, conquista y domina al mundo. Tales progresos (entiende por progresos el mayor desastre que jamás sufrió Alemania, la derrota de Jena) sólo puede realizarlos un genio que no se puede dejar de admirar». [3] Se ve que comienza á expresar en alemán pensamientos franceses sobre el entusiasmo. «Deseamos, escribe más tarde, toda felicidad al ejército francés, cosa que no puede faltarle». [4] Del mismo sentimiento se siente animado en medio de las grandes peripecias de la guerra de la Independencia. Como Gœthe, se burla del entusiasmo alemán por romper las cadenas de la dominación extranjera. Cayó París, y todavía hacía fríos chistes sobre la necesidad de nuestra libertad.

Pero aun le aventaja Schopenhauer en sentimientos patrióticos del mismo género. Schopenhauer, que no teme decir que se avengüenza de pertenecer á la nación alemana, tan despreciable á causa de su estupidez sin límites, se considera demasiado grande para formar parte de un pueblo tan miserable. «Dirigíos á los que adulan al pueblo, dice á sus compatriotas, y permitid que os celebren. Charlatanes sin capacidad y sin talento, astutos, groseros, que reciben puñetazos de los ministros y exponen bravamente sus patochadas; he aquí lo que conviene á los alemanes, y no hombres como yo». [1] Así trataban á sus conciudadanos aquellos grandes humanistas, considerándolos—y empleamos las expresiones de uno de ellos, Hœlderlin,—como «salvajes, con sus fruslerías y su limitada simplicidad; como bárbaros de los tiempos antiguos, hechos más bárbaros todavía por los trabajos de la ciencia y de la religión; como gentes radicalmente incapaces de sentimiento divino, corrompidos hasta la médula, sin resonancia, sin armonía, como los cascos de un vaso quebrado; cosas y no hombres». [2] ¡Y nosotros, que somos alemanes, nosotros enviamos nuestros hijos á la escuela de esos doctores, para que aprendan de ellos á concebir del mundo una idea más noble y dar más energía á nuestro patriotismo, siendo así que el Cristianismo podría enseñarles todo esto en las escuelas cristianas!

**5. Influencia de las sectas.**—Estamos en presencia de un misterio, porque ni aun naturalmente es posible explicar ese desprecio por la propia nacionalidad. Sin embargo, podría concebirse hasta cierto punto de parte de los alemanes. Pero, si oímos que del mismo modo hablan los franceses con respecto á sus compatriotas, comprenderemos que tal conducta es independiente de la naturaleza de los pueblos, y que tiene su origen en otra fuente. Tan poco patriotas como nuestros escritores alemanes son Rousseau, Voltaire, y todo el ejército de literatos franceses que se hallaban en Berlín, en San Petersburgo y en La Haya. [3] Cuando Fourier habla del pueblo francés, pa-

(1) Zeller, *Geschichte der deutschen Philosophie*, 620.
(2) Íd., íd., 825 y sig.
(3) Haym, *Hegel und seine Zeit*, 258 y sig.
(4) Íd., íd., 334.



(1) Haym, *Arthur Schopenhauer*, 92.
(2) Íd., *Die romantische Schule*, 309.
(3) Pachtler, *Gœtze der Humanitæt*, 724.

récenos oir á Schopenhauer y á Hœlderlin. Según él, es el pueblo «más miserable, más mal gobernado y más nulo en política de toda Europa. No hay pueblo tan pródigo de la sangre de los soldados como él; ninguno se deja engañar más fácilmente en las guerras, en las alianzas y en los tratados; ninguno es víctima tan dócil de los charlatanes y de los revoltosos». (1) Y, sin embargo, estamos viendo que los que dirigen los pueblos, y los pueblos mismos, no alejan á la juventud de tales autores como la alejarían de envenenadores peligrosos; según frase vulgar, se celebran ante ella para formarla; pero, en verdad, se hace todo eso para perderla y corromperla.

No puede ocultarse al más incrédulo, que se ve aquí la influencia de un poder que persigue resueltamente un fin, fin de hostilidad á la patria. ¿Qué poder es ese? Ya lo hemos visto, es el que tiene como principal objeto hacer desaparecer del mundo, poco á poco, los estrechos límites de pueblo y de Estado, primero en los espíritus, después en la realidad, para dar lugar á la gran República de la libertad, de la igualdad y de la fraternidad universal. (2)

**6. El espíritu cristiano en relación con el amor á la patria.**—Lo que ante todo sirve á la realización de ese fin, es la acreditada opinión de que el Cristianismo es el único obstáculo poderoso que se ha opuesto constantemente á esas sociedades secretas, en sus propósitos de destrucción de los Estados y de los Reinos, para transformarlos todos en una colectividad humana universal y sin forma. (3) Según ellas, tienen razón en desafiarnos á un combate á muerte, porque jamás adoptaremos sus principios; hallarán siempre en nosotros adversarios natos, mientras nos anime un soplo de vida.

Opúsose ya el Cristianismo desde su origen al patriotismo inhumano y sin corazón de los antiguos, enseñando esta doctrina: «También guardamos nosotros los lazos que

(1) Jul. Schmidt, *Geschichte der franz. Litteratur*, II, 593.
(2) Pachtler, *Der stille Bund* (2), 58.
(3) *Masonería práctica*, II, th. I, 5, 189 y sig., 353 y sig.



nos unen á nuestra patria, pero considerándola como una patria de paso. Toda patria es para nosotros tierra extraña, y toda tierra extraña es para nosotros una patria». (1) Pero aun esto está muy lejos del Cosmopolitismo que se olvida del hogar, del Cosmopolitismo antipatriota, del humanismo moderno y de la masonería. Es lo contrario del mal entendido patriotismo del mundo antiguo, que, no conociendo sino la personalidad del Estado, sacrificaba el amor al prójimo y la conciencia.

Si ha echado abajo el Cristianismo esas barreras, lo ha hecho sólo con un fin: con el de mostrar que ofrece y da algo más elevado y más remoto que la patria, el mundo sin fin y la patria eterna. Con el estrecho patriotismo de los antiguos, nos hubiéramos entendido fácilmente para reducirlo á límites convenientes, porque bien está donde está, si permanece cerrado á la humanidad en general y á las relaciones sobrenaturales con la humanidad entera y el mundo invisible. Pero no hay explicaciones posibles con esta destrucción moderna de todos los lazos legítimos que alcanzan hasta el corazón de la humanidad, destrucción á la cual se dirigen todos los esfuerzos de una liga invisible é impalpable. Vemos en Dante cómo repugna al espíritu cristiano ese pensamiento. Según él, los traidores á la patria son castigados en el infierno con mayor dureza que los mismos herejes. Si hubiera tenido que fijar un lugar á nuestros caballeros Kadosch, á nuestros muy ilustres grandes inspectores, á nuestros magníficos y omnipotentes comendadores del grado treinta y tres, como á todos los héroes de nuestra literatura, hubiéramos tenido que ir á buscar ese lugar en lo más profundo del infierno, al lado de Judas y de Caín. El sacerdote Conrado, que condena á Ganelón más que á Judas, los hubiera colocado quizá un grado más abajo. (2)

De esta manera se ponía á tanta altura el patriotismo en la Edad Media, y tan bajo todo atentado contra él.

(1) *Epist., ad Diognet.*, 5.
(2) Kuonrát, *Rolandslied*, 6103.

Con justo orgullo podemos oponer los escritos del antiguo monje Otfriedo de Weissemburgo á nuestra moderna literatura antipatriótica. También él, como lo hacían todos en la Edad Media, respeta á los antiguos romanos y griegos; pero estima más á sus francos. «Tienen el mismo espíritu que los anteriores, intrépidos en la montaña y en la llanura, todos sin excepción son heroicos guerreros; viven en un país excelente, que produce muchas cosas muy buenas, cobre, bronce, hierro, plata y oro». [1] Más armonioso y más consolador es el eco de sus palabras, que lo que piensan y dicen de su patria Lessing y Schopenhauer.

Según San Agustín, una de las pruebas más fuertes por que puede pasar el hombre es la necesidad de dejar la patria; sólo el espíritu de fe puede darle fuerzas para semejante sacrificio. [2] Según el monje de la Edad Media, comentador de la Biblia, la misma naturaleza del hombre le enseña á amar á la patria, haciéndole conocer las incomparables dulzuras del país natal.

Luego si así es, y en verdad que es así, han renunciado en este punto á la naturaleza Gœthe y todo el coro de nuestros clásicos con escasas y honrosas excepciones. Sí, es algo contra la naturaleza la tendencia del Humanismo, que anima nuestra literatura; es más, es un atentado contra todo sentimiento verdaderamente humano y natural. La naturaleza noble y purificada no se halla sino en el concepto cristiano del mundo, que fué el único que introdujo en el código sálico estas admirables palabras: «El pueblo de los francos es un gran pueblo; Dios lo hizo con sus propias manos; es bravo en la guerra, firme en los consejos, leal y fiel en los tratados. ¡Viva Dios que ama á los francos! Proteja Cristo su reino; llene de la luz de su gracia á los que lo gobiernan, proteja sus ejércitos, les dé fe robusta, días de paz y tiempos prósperos. ¡Concédales todo esto la bondad de nuestro Maestro y Señor Jesucristo!» [3]

(1) Otfried, *Evangelienhar*, 1, 1, 57 y sig.
(2) S. Agustín, Append., s. 3, 1.
(3) Walter, *Corpus Juris German.*, I, 1, 2.

## CONFERENCIA XIV

### EL REINO DE DIOS ESTÁ EN NOSOTROS

**1. ¿Cuál es el más importante de los cuatro deberes del hombre?**—Hemos considerado hasta ahora tres de las esferas de actividad asignadas por Dios al hombre: la familia, la sociedad y el Estado. Si no queremos ponernos en contradicción con la historia, y deseamos dar testimonio de la verdad, estamos obligados á confesar que en ninguna de ellas ha cosechado el hombre abundancia de ricos laureles. Sin embargo, las empresas que ellas le ofrecían para su ejecución eran puramente naturales. Ninguna de ellas sobrepujaba las fuerzas de su inteligencia, ni las de su actividad personal. No obstante, nunca, ni en ninguna parte, llegó á encontrar el hombre la solución completa á ninguna de esas cuestiones. Por dondequiera que seguimos al hombre, hallamos la confirmación de esta verdad; tal cual es hoy, no está en estado de cumplir sus obligaciones puramente naturales, ni de alcanzar el destino conforme á su naturaleza, si no viene en su auxilio una fuerza de orden más elevado, una fuerza sobrenatural. Sólo cuando ha tomado enteramente y sin reservas esta dirección, lo que por desgracia ha dejado de hacer la mayor parte de las veces, le vemos llegar á la vez al fin natural y al fin sobrenatural, y esto de una manera tanto más perfecta, cuanto que mejor se ha sometido al orden sobrenatural.

Mas no forman todo el conjunto de sus deberes los tres campos que acabamos de asignar á su actividad. Nos queda el cuarto, el más importante de todos. Aun cuando se

Con justo orgullo podemos oponer los escritos del antiguo monje Otfriedo de Weissemburgo á nuestra moderna literatura antipatriótica. También él, como lo hacían todos en la Edad Media, respeta á los antiguos romanos y griegos; pero estima más á sus francos. «Tienen el mismo espíritu que los anteriores, intrépidos en la montaña y en la llanura, todos sin excepción son heroicos guerreros; viven en un país excelente, que produce muchas cosas muy buenas, cobre, bronce, hierro, plata y oro». (1) Más armonioso y más consolador es el eco de sus palabras, que lo que piensan y dicen de su patria Lessing y Schopenhauer.

Según San Agustín, una de las pruebas más fuertes por que puede pasar el hombre es la necesidad de dejar la patria; sólo el espíritu de fe puede darle fuerzas para semejante sacrificio. (2) Según el monje de la Edad Media, comentador de la Biblia, la misma naturaleza del hombre le enseña á amar á la patria, haciéndole conocer las incomparables dulzuras del país natal.

Luego si así es, y en verdad que es así, han renunciado en este punto á la naturaleza Gœthe y todo el coro de nuestros clásicos con escasas y honrosas excepciones. Sí, es algo contra la naturaleza la tendencia del Humanismo, que anima nuestra literatura; es más, es un atentado contra todo sentimiento verdaderamente humano y natural. La naturaleza noble y purificada no se halla sino en el concepto cristiano del mundo, que fué el único que introdujo en el código sálico estas admirables palabras: «El pueblo de los francos es un gran pueblo; Dios lo hizo con sus propias manos; es bravo en la guerra, firme en los consejos, leal y fiel en los tratados. ¡Viva Dios que ama á los francos! Proteja Cristo su reino; llene de la luz de su gracia á los que lo gobiernan, proteja sus ejércitos, les dé fe robusta, días de paz y tiempos prósperos. ¡Concédales todo esto la bondad de nuestro Maestro y Señor Jesucristo!» (3)

(1) Otfried, *Evangelienhar*, 1, 1, 57 y sig.
(2) S. Agustín, Append., s. 3, 1.
(3) Walter, *Corpus Juris German.*, I, 1, 2.

## CONFERENCIA XIV

### EL REINO DE DIOS ESTÁ EN NOSOTROS

**1. ¿Cuál es el más importante de los cuatro deberes del hombre?**—Hemos considerado hasta ahora tres de las esferas de actividad asignadas por Dios al hombre: la familia, la sociedad y el Estado. Si no queremos ponernos en contradicción con la historia, y deseamos dar testimonio de la verdad, estamos obligados á confesar que en ninguna de ellas ha cosechado el hombre abundancia de ricos laureles. Sin embargo, las empresas que ellas le ofrecían para su ejecución eran puramente naturales. Ninguna de ellas sobrepujaba las fuerzas de su inteligencia, ni las de su actividad personal. No obstante, nunca, ni en ninguna parte, llegó á encontrar el hombre la solución completa á ninguna de esas cuestiones. Por dondequiera que seguimos al hombre, hallamos la confirmación de esta verdad; tal cual es hoy, no está en estado de cumplir sus obligaciones puramente naturales, ni de alcanzar el destino conforme á su naturaleza, si no viene en su auxilio una fuerza de orden más elevado, una fuerza sobrenatural. Sólo cuando ha tomado enteramente y sin reservas esta dirección, lo que por desgracia ha dejado de hacer la mayor parte de las veces, le vemos llegar á la vez al fin natural y al fin sobrenatural, y esto de una manera tanto más perfecta, cuanto que mejor se ha sometido al orden sobrenatural.

Mas no forman todo el conjunto de sus deberes los tres campos que acabamos de asignar á su actividad. Nos queda el cuarto, el más importante de todos. Aun cuando se

llenasen todos los compromisos y se cumplieran todos los deberes con la mayor exactitud, nada se conseguiría, si en este último campo apareciesen diferencias. Y aunque no se haya tenido ni posibilidad ni capacidad para ejercer la actividad en los tres dominios, no se habrá vivido en vano, si se han concentrado en él todos los esfuerzos. Este cuarto dominio al cual es llamado el hombre, y que es el primero entre todos por su importancia, es la vida interior. «¿Quien para sí mismo es malo, para qué otro será bueno y no se gozará en sus bienes?» [1]

De ahí proviene la esterilidad de la actividad humana. Todos hacemos con gusto lo que menos importancia tiene; pero no ponemos atención alguna á la fuente de donde debe provenir toda nuestra actividad. Queremos saberlo todo y hablar de todo; por todas partes buscamos lo estable, lo duradero, y, sin embargo, somos extraños donde debemos estar como en nuestra casa. ¿Puede hallarse anomalía más grande y más deshonrosa ignorancia? ¡Y nos extrañamos de ser llevados de aquí para allá por las miserias de la vida como barquilla sin timón! ¡Nos maravillamos de que nos consuma, y nos deje agotados y vacíos, el trabajo exterior! Pero ¿puede ser de otro modo, si empleamos toda nuestra actividad en cosas exteriores sin tener suelo firme debajo de nuestros pies, sin poseer grandes energías y sin contar con un fuerte punto de apoyo? ¿Cómo podemos entrar en relaciones con hombres extraños, mezclarnos en cosas que no son de nuestra incumbencia, sin conocer inmediatamente que vacilamos, si no hemos comenzado por aprender á tenernos firmes, si dentro de nosotros no encontramos poderoso apoyo? [2] ¿Puede ser de otro modo, si en lugar de enseñorearnos de los acontecimientos, son los acontecimientos los que se enseñorean de nosotros; si en lugar de dominar nuestros propios asuntos, los dejamos crecer y multiplicarse hasta envolvernos? ¿Podemos evitar que nos lleve tras si la agitación del mundo antes

(1) Eclesiástico, XIV, 5.
(2) Eclesiástico, XIV, 5.



que tengamos tiempo para pensar en hacerle cara, y, más aún, en obrar sobre él para mejorarlo?

**2. ¿Por qué apenas pensaron en esto los paganos? ¿Por qué les fué desconocido el pensamiento de la pureza interior del corazón?**—Parécenos que esta verdad, tan íntimamente nos atañe, que no hay nadie que pueda ignorarla; pero es también prueba muy poderosa que demuestra que, de tal manera se ha hecho infiel el hombre á su naturaleza, que se le ofrecen como las más extrañas de todas las verdades más sencillas y más naturales. Quizás no hay idea más inaccesible al hombre que ésta. Casi podría decirse que el hombre ¡tan desgraciado es en la actualidad! es incapaz de adquirirla con su propia inteligencia. ¡Feliz á lo menos, si, con serias y repetidas exhortaciones, consigue llegar hasta ella!

Si echamos una ojeada á todo el mundo antiguo anterior á Jesucristo, podemos decir sin temor de ser injustos, que no hubo noción bien clara de la existencia de ese dominio en explotación, que se llama el hombre interior. Si no fuera porque en alguna que otra parte hallamos algunos testimonios aislados, podríamos afirmar en absoluto, que ni aun vago presentimiento tuvo la antigüedad de la obligación que incumbe al hombre de trabajar interiormente, en sí mismo. La vida entera se desarrollaba exteriormente. El ejército, los tribunales, la plaza pública, tales eran los círculos de actividad de los antiguos. No existía la sociedad, porque no había igualdad, ni había tampoco amor al prójimo. Huía de casa, mientras podía pasarse sin su abrigo. Con vida tal ¿qué podía hacer en su propio interior? Sería ilusión extraña esperar que se ocupase seriamente en sí mismo el hombre que no está bien hallado dentro de los pacíficos muros de su hogar, que revolotea de distracción en distracción, sólo con el fin de olvidarse de sí mismo, de ahogar la voz de su mal con el ruido, con los placeres y entre las habladurías de la gente ociosa. Tal es el hombre, tal la antigüedad entera. Siempre fuera de sí, jamás dentro de sí misma, siempre lejos de ella, forma-

ban su condición ruidosas manifestaciones exteriores y mezquinas estrecheces interiores. Los antiguos llamaban virtudes á las acciones ilusorias y relumbrantes que despedían brillo facinador y que eran capaces de granjearles gloria.

Ni pensaron siquiera en la pureza interior del corazón y en la santidad de los afectos, hasta que reconocimos nosotros su verdadera virtud. Sin hacer mención ni de los pensamientos, ni de los deseos, pasaban á los ojos de la antigüedad como las cosas más simples y más naturales las más inmorales acciones, con tal que no perjudicasen á los intereses de otros; de suerte que sus más nobles representantes, un Sócrates, un Aristóteles y un Pericles, no tenían vergüenza de ofender públicamente á la moral como los más vulgares de sus conciudadanos. Una obra compuesta en defensa de Sócrates nos revela, sin temer perjudicarle en la admiración general de que era objeto, y con la más grande ingenuidad, que el gran hombre se degradó hasta dar lecciones en materias que ni nombrar podemos. Los más implacables adversarios de estos hombres, los que les achacaban casi como un crimen la más pequeña debilidad, consideran estas faltas como las cosas más naturales y se dispensan de mencionarlas.

Fácil es comprender que en tales circunstancias era imposible la idea de todo sentimiento casto, de la verdadera inocencia del corazón y de la piedad interior.

¿Cómo no llegaron á ellos tales pensamientos? No lo sé, ni puedo decir si debe atribuirse á sus religiones, ó á su manera de observarlas. En los sistemas religiosos de la mayor parte de los pueblos antiguos, en el culto de la Onfale lidia, de la Anaítis persa; en el de los babilonios, de los asirios y de los fenicios; en los cultos griego y romano de Afrodita, de Yuno y de Isis; en los misterios, lo mismo que en las procesiones, en los mitos, lo mismo que en las imágenes de los dioses que tenían constantemente á la vista en sus casas, y que se encontraban en todas las esquinas ó encrucijadas, no sólo no había nada, como dice San



Agustín, de que pudiera nacer el entusiasmo por la pureza del corazón, sino que estaba todo preparado en obsequio del vicio, para destruir la resistencia del alma más noble y más dotada de fortaleza. Es necesario ponerse un momento ante la influencia desmoralizadora de aquellas vergonzosas divinidades, para comprender que no sólo no podía nacer entre ellas la verdadera moralidad, sino que por necesidad inevitable debian ellas engendrar la inmoralidad. [1]

La tendencia á querer justificar hoy esa fase de la antigüedad, [2] es uno de los más imperdonables crímenes del Humanismo moderno. Sí, «pone éste la Religión pagana por encima de la Religión cristiana, porque le ofrece aquélla los más nobles modelos de la humanidad más pura y más rica en goces». [3] Ó lo que es lo mismo, los modelos de disolución. Pero aun en esto son peores los modernos que los antiguos. Involuntariamente se piensa aquí en el proverbio: «Los espectadores son con frecuencia más deshonestos que la bailarina». Confiesan abiertamente los antiguos que aquellas leyendas y las imágenes de sus divinidades ejercieron la más corruptora influencia en las costumbres, hablando así, no sólo Platón, [4] Eurípides [5] y Sócrates, [6] sino hasta el mismo Antístenes. [7] Propercio lo es todo, menos serio y púdico, y, sin embargo, no teme decir con desprecio: «Parece que no tiene más que hacer ese Júpiter que deshonrarse así y deshonrar su casa». [8]

No es dificil comprender la influencia que tendria todo aquello en las costumbres. Mientras lucha Deyaniro contra la tentación, en Sófocles el mal genio le dice al oído:

(1) S. Agustín, *Civ. Dei.*, 2, 3-9. S. J. Crisóstomo, *In. ps.*, 103, n. 4. Champagny, *Los Césares*, (5) 1876; III, 296-506. Limbourg-Brower, *Hist. de la Civil.*, VI, 7 y sig.; 274 y sig. Etat, II, 548 y sig.
(2) Friedlænder, *Sittengeschichte Roms*, (1) III, 544 y sig.
(3) Jacobs, *Akademische Reden*, I, XXXIII y sig., 47 y sig., 93 y sig.
(4) Platón, *Rep.*, l. 3. p. 392, d. e.
(5) Eurípides, *Troad.*, 976 y sig., 988 y sig.
(6) Isócrates, *Busir.*, 38 y sig., 41 y sig.
(7) Antisthen., *Fragm.*, 35.—Mullach., *Fragm. phil.*, II, 280.
(8) Propercio, 3, 11, 28.

«Y si no resisten al placer los dioses, ¿por qué ha de resistir una criatura tan débil como tú?» [1] Con demasiada frecuencia, por desgracia, se ríe y se burla el mundo de los bajos sentimientos, como aquel desgraciado, diciendo: «Yo que no soy más que un pobre hombre, ¿por qué no he de hacer esto?» [2] ¿Cómo podía subsistir ni un solo sentimiento de virtud, cuando se enseñaba á los hombres, que sólo con tales acciones se podía mitigar la cólera y merecer los favores de los dioses? «Y aun eran mejores que la vida de los dioses las doctrinas de los filósofos y la vida de gran número de paganos». [3] Pero ¿de qué servían ni los preceptos de Platón ni los castigos de Catón para los más fervorosos adoradores de Júpiter, cuando, según la expresión de Perseo, «el envenenador ejemplo de éste penetraba hasta lo más profundo del corazón?»

De ahí, según la excelente observación de Nægelsbach, el reclamo público y los honores tributados al vicio en la antigüedad. Hoy se oculta el vicio ó afecta aires de virtud; más allí donde se suponía á los dioses tan degradados como lo estaban entonces, hubo que tirar de la capa que cubría el engaño, la mentira, el robo, y algunas cosas más odiosas aún, para poner al sol del mediodía aquellos vicios. [4] Ahora bien, en semejante religión, difícil es creer que se encontrase ni uno solo que pensase en su perfección interior. Verdad es que exigía á sus adeptos que se acercasen á los dioses por el sacrificio; pero á pesar de los grandes esfuerzos de más de un defensor de la antigüedad, difícil es encontrar, fuera de Cicerón, [5] muchos entre los antiguos que lo hayan relacionado con la pureza interior. Todos lo consideraban con espíritu puramente farisaico, con aquel espíritu que ponía la pureza en la limpieza de las manos y en la decencia del vestido. ¿Y qué más? Así lo

(1) Sófocles, *Trachin.*, 444.
(2) Terencio, *Eur.*, 3, 5, 43: *Ego homuncio hoc non facerem?*
(3) S. Agustín, *Ep.*, 91, 4.
(4) Nægelsbach, *Homer. Theologie* (1), 201 y sig., 207 y sig.
(5) Cicerón, *Leg.*, 2, 10.



han comprendido los conocedores de la época clásica cuando no se han dejado llevar de los prejuicios. [1]

**3. Su religión era completamente exterior. Irremediable decadencia de su moralidad.**—No hay que extrañarse si toda la religiosidad de los antiguos se reduce á manifestaciones exteriores puramente vanas. La pereza moral, la negligencia en la educación religiosa, las debilidades que en todos los tiempos han seguido de cerca á la fragilidad humana, pueden sin duda desfigurar también las prácticas más elevadas y las prescripciones de la Religión más espiritual, pero no es lo mismo; una cosa es que hechos semejantes los realicen los individuos en contra del espíritu de la Religión, y otra que la Religión misma dé origen á esos hechos. Hasta entre los judíos, entre las amenazas de los profetas y los suspiros de todas las gentes sensatas, hubo hipócritas y falsos devotos, que obraron del mismo modo colocándose en rebelión abierta con el espíritu del culto debido á su Dios. Era la falta de algunos; pero su Religión tenía suficientes energías interiores para remediar aquellas manifestaciones exteriores cuando se volvían á ella, en lugar de someterla á sus perversos principios.

No sucedía lo mismo en la antigüedad; los más sabios y los más piadosos de entre los paganos eran los que rendían homenaje á esas manifestaciones exteriores de la religión, y apenas si incurrían en las censuras y diatribas de impíos é irreflexivos burlones. Más aun, los consideraba como sus maestros más queridos el Paganismo, porque veía en ellos la verdadera y necesaria expresión que condensaba el carácter moral de su culto hacia sus dioses. Y desde su punto de vista, tenía razón; porque en lugar de obligar al hombre á volver á entrar en sí mismo, debía, por su misma naturaleza, llevar necesariamente á las cosas exteriores á quien hubiera tenido voluntad de aspirar á la vida interior.

(1) Dœllinger, *Heidenth. und Judenth.*, 533 y sig. Schœmann, *Griech. Alterth.*, II, 314, 199. Hartung, *Religion der Rœmer*, I, 181 y sig.

Á pesar de todo este embellecimiento de la forma exterior, era interiormente grosero el Paganismo. Ni aun los más ilustrados de sus secuaces pudieron tener idea de la transformación del corazón. [1] Todos los esfuerzos hechos para explicar las costumbres religiosas del Paganismo en sentido espiritual nos revelan que las han pedido prestadas al Cristianismo, pues á él le fueron completamente extraños.

Primeramente, el objeto de la oración, descontando algunas excepciones aisladas, era algo puramente exterior. No nos dejan duda alguna en esto los antiguos. «En sus oraciones, dicen, apenas si se ocupan en otra cosa que en el dinero, en la victoria, en la salud, en la vida larga, ó bien en la muerte del prójimo, de algún tío rico, en la falsificación de un testamento, en la ejecución de un complot criminal». [2] Era tal la oración cual la vemos todavía hoy en el Islamismo ó en el Budismo; esto es, una sarta de ceremonias exteriores con algunas fórmulas determinadas. El empleo de aquellas ceremonias debía ser minucioso hasta la escrupulosidad, si se quería que produjera efecto. Los mismos que tratan de elevar la antigüedad al más alto grado posible, confiesan que no eran verdadera oración que saliera del corazón. [3] Para el Paganismo, no era inmoral, sino al contrario, acto profundamente religioso, el de los comerciantes de la antigua Roma, que creían poder expiar todos sus juramentos falsos y todas sus trapacerías, rociando sus mercancías con agua tomada de la fuente de Mercurio, cerca de la puerta Capena. [4]

Según nuestras ideas, tal cual las ha transformado el Cristianismo, es tan tonto como hipócrita creer que uno puede redimirse de un asesinato ó de un crimen por medio del baño; pero según las que estaban generalmente

(1) Uhlhorn, *Kampf des Christenthums mit dem Heidenthum*, 97.
(2) Dœllinger, *Heidenthum u. Judenthum*, 200, 526 y sig., 635 y sig.
(3) Lasaulx, *Studien des classichen Alterthums*, 139.
(4) Ovidio, *Fast.*, 5, 673 y sig.



admitidas entre los paganos, jamás hubo ni intención de censurar tal hecho. [1]

Los más escrupulosos de todos los pueblos antiguos en la apreciación de la exterioridad de las ceremonias religiosas, eran los romanos, los cuales con frecuencia llevaban el escrúpulo hasta la exageración. [2] No era buena para el sacrificio una ternera, sino cuando la cola alcanzaba á la articulación de la rodilla; la oveja no debía tener ninguna oreja negra, y el buey debía ser blanco enteramente, sin mancha alguna. Hasta cierto punto, puede hallarse sentido á estas prescripciones; pero, ¿y cuando por desgracia tenía un animal una mancha negra y se blanqueaba con tiza? La comida de las gallinas y el vuelo de los pájaros hacían gran papel en la historia romana como presagios fatídicos, dando con frecuencia señales de tal debilidad los más grandes capitanes y los más notables hombres de Estado, [3] bien que no fueran obstáculo á los designios que se habían propuesto. Si así hubiera sido, nada tendríamos que objetar; pero se continuaba el experimento hasta obtener una señal favorable. Viendo César el día de su muerte que eran contrarios los augurios, hizo degollar centenares de animales unos en pos de otros. En casos semejantes, no se trataba ya de obtener un presagio favorable, sino de obtenerlo á la fuerza. [4]

¿Y para qué hablar de los romanos, cuando no sabían más, ni obraban mejor los griegos tan ilustrados y tan liberales? Los sacrificios que se ofrecían á Júpiter en Olimpia, debían ofrecerse con álamo blanco; y era irreemplazable el enebro en los de Afrodita en Sicione. No hay que decir que era señal de buen agüero cuando el animal iba sin resistencia al sacrificio, y cuando, moviendo la cabeza, parecía dar señales de asentimiento. Pero los griegos, prudentes y listos, habían imaginado un medio para obtener

(1) Ovidio, íd., 2, 45.
(2) Schwenk, *Mythologie*, II, 377-449, 464-473.
(3) Niphi, *De augur.*, (Grœvius, *Thesaur.*, V, 324 y sig.). Bulenger, *De sortibus.* (Ibid., V, 361 y sig.).
(4) Dœllinger, *Heidenthum*, 532 y sig.

esta señal de buen agüero: echaban al animal agua en la oreja. [1] En esto obraban con más economía y con más seguridad que los romanos, que les ganaban en piedad, pero al mismo tiempo daban muy grandes muestras de falta de reflexión. Predicando San Pablo ante el Areópago de Atenas, no pudo dejar de decir á sus oyentes: «Atenienses, en todas las cosas os veo como más supersticiosos, porque, pasando y viendo vuestros simulacros, hallé también un ara en que estaba escrito: *Al Dios no conocido*». [2] No considerando más que el exterior, era muy merecida aquella censura; pero, salvo algunos corazones muy nobles, no alcanzaba al espíritu de la Religión misma.

«Á pesar de reconocer las numerosas y excelentes cualidades morales de los griegos, dice un sincero, pero justo panegirista de la antigüedad, difícilmente se atreverán sus admiradores, ni aun los más entusiastas, á adjudicarles la moralidad en toda su plenitud. No les negamos nosotros el dictado de pueblo verdaderamente religioso, pero admitimos, por lo mismo, que su religión fué completamente inmoral, no teniendo fuerza para ejercer siquiera influencia favorable y purificadora en la conducta moral de su vida. Y esto no debe extrañarnos. No podía tener tal fuerza su religión, porque desde un principio no se le dió tal dirección; y no podía exigirla, porque le era imposible renegar de su origen. Es evidentísimo que tenía muchos elementos que, lejos de estar basados en algún principio moral, podían y debían hasta excitar y favorecer la inmoralidad. Es cierto que muchos pensaban y obraban moralmente por sí mismos, y trataban de enseñar la moralidad á otros; pero no había enseñanza religiosa que favoreciese sus esfuerzos. La mayor parte de las ceremonias del culto no se basaban en ideas morales; eran, por consiguiente, incapaces de darles origen. De aquí que, á pesar

(1) Schœmann, *Griech. Alterth.*, II, 198, 212. Hermann, *Gortesdienstl, Alterth., der Griechen*, (2) II, 165.
(2) Hechos Apostólicos, XVII, 22, 23.



de los esfuerzos que hicieron, fueron impotentes los mejores y más esclarecidos genios para detener la decadencia moral del Paganismo». [1]

Como consecuencia necesaria resultó de aquí el rebajamiento que de siglo en siglo se iba produciendo en la moral de la antigüedad; subía la cultura exterior al mismo tiempo que descendía la interior. Se hacía más poderoso el Estado y más débil el hombre. En fin, llegó éste á perder la fe en sí mismo y la aptitud personal para producir bien alguno. Surgió entonces aquel estado que presenta con las siguientes pinceladas un gran conocedor de la antigüedad: «Abandonáronse á la disolución para cometer con insaciable ardor toda suerte de impurezas, porque llegaron hasta dudar de sí mismos». [2]

Sólo al fin del segundo siglo después de Jesucristo, encontramos por primera vez en el Paganismo fuerte tendencia á la vida interior. Forma tan gran contraste con la historia secular de éste, que sólo su aparición es ya prueba suficiente para atestiguar la influencia que ejercían en las esferas paganas las ideas cristianas. Pero no produjeron efecto alguno. Había hecho ya su papel el Paganismo, y tocaban á su fin sus días. Además, como lo hemos visto con tantos ejemplos, la filosofía pagana había tomado aquellos pensamientos del Cristianismo, pero los había comprendido é interpretado tan mal, que puede considerarse como una felicidad que no ejercieran casi ninguna influencia. Hablaremos de esto más tarde.

**4. También la vida moderna es completamente exterior.**—Sin embargo, nadie debe pensar que queramos parecer parciales, echando toda la culpa á la antigüedad. Guárdenos Dios de tamaña injusticia. Conocemos otros que quizá en esta materia no hayan cometido faltas tan grandes como los antiguos, pero cuya culpabilidad es seguramente mayor; cuéntanse por millares, y viven entre nosotros.

(1) Schœmann, *Griech. Alterth.*, II, 116 y sig., I, 113 y sig. Nægelsbach, *Homer. Theologie* (1) 182 y sig., 192 y sig., 199.
(2) Efesos, IV, 19.

Podían excusarse en cierto modo los paganos con su religión, que los hacía completamente extraños á sí mismos. Su mayor falta estuvo en haber desfigurado lo que el hombre tiene de más santo sobre la tierra: el culto de Dios. Pero las generaciones posteriores que habían heredado de su padres una religión tan corrompida, sin más objeto que las cosas exteriores, á las que las arrastraba, podian alegar como excusa que eran ellas mejores que su Religión, y que si no hallaban camino para lo interior, lo debían á su Religión. Pero, ¿qué excusa podrán alegar aquellos que constantemente oyen estas palabras que les dirige el Cristianismo? «Andemos también por el espíritu». [1] «De qué sirve al hombre ganar el mundo entero, si pierde su alma». [2] «Nada es todo el brillo exterior, sino el hombre interior del corazón, en incorruptibilidad de un espíritu pacífico y modesto que es rico delante de Dios». [3] «Lo que sale por la boca procede del corazón, y eso es lo que hace al hombre impuro». [4] «Obedeced en todas las cosas á vuestros señores temporales, no sirviendo al ojo, como para agradar á hombres, sino con sencillez de corazón, temiendo á Dios». [5] «De corazón se cree para justicia». [6] «La pureza debe estar en el corazón». [7] «La oración debe salir del corazón puro», [8] para que nos la tenga en cuenta el Señor. «El hombre ve lo exterior, mientras que Dios penetra los corazones». [9] «Dios no se satisface con palabras vanas y con la sola buena voluntad», [10] sino que exige toda la seriedad posible, y según esto «examina los riñones y los corazones», [11] porque «el

(1) Gálatas, V, 25.
(2) S. Mateo, XVI, 26.
(3) I S. Pedro, III, 4.
(4) Colosenses, III, 22. Efesos, VI, 5 y sig.
(5) S. Mateo, XV, 18.
(6) Romanos, X, 10.
(7) S. Mateo, V, 8.
(8) II Timoteo, II, 22.
(9) I Reyes, XVI, 7.
(10) S. Mateo, VII, 21.
(11) Jeremías, XI, 20. Romanos, VIII, 27. Tesalonicenses, II, 4.



objeto final de todo mandamiento no es la justicia exterior, sino la caridad que sale de un corazón puro, de una buena conciencia y de una fe perfecta». [1]

¿Hay uno siquiera entre nosotros que desde su juventud no haya aprendido estas enseñanzas? Pero ¿las practicamos todas? ¡Ojalá pudiéramos creerlo y afirmarlo con toda verdad!

Es cierto que el Cristianismo ha producido un cambio tal en el mundo, que lo exterior, á lo menos en la vida religiosa, no puede estar tan vacío como lo estaba entre los antiguos. Sin embargo, ese aspecto exterior constituye, aún hoy día, el fondo de la vida de cierto número de hombres, hasta el punto que podría creerse que jamás han oído una palabra acerca de su interior. Constituyen estos tales gran parte de nuestra sociedad, y se envanecen de ello, creyendo que forman la más sana y la mejor. Siempre fuera de sus casas, siempre fuera de sí mismos, siempre en visita, siempre revoloteando de placer en placer, de distracción en distracción, no se diferencian mucho en su vida del modo de vivir de los antiguos. Si por hábito ó porque lo exige la moda, practican algún ejercicio religioso, sólo está presente su cuerpo, su espíritu y su corazón no salen de la frívola agitación en que viven constantemente. Por el contrario, hay otros que hallan insoportable semejante vida. Pero, como los primeros, están muy distantes de sí mismos. Presa de una actividad puramente exterior, como consecuencia de sus ocupaciones ó de sus caprichos, no tienen ni tiempo ni gusto para pensar en sí, y mucho menos para entrar en sí mismos. Los negocios, la ciencia, la política, las obras de caridad, las reuniones y mil otros lazos, pequeños ó grandes, encadenan sus espíritus, de tal modo, que no conocen la grandeza de sus necesidades. Y es tanto más de sentir cuanto que no son enteramente malas las cosas en medio de las cuales se olvidan de sí mismos. ¡Desgraciados! tratan de que transija su alma con esas frívolas vanidades, pero no pueden en-

(1) I Timoteo, I, 5.

gañarse por mucho tiempo, ni dejar de ver que se engañan, porque es demasiado pequeño lo que ofrecen, y demasiado grande lo que ella exige. Sin embargo, la actividad, aunque simplemente terrestre, satisface siempre al hombre porque le permite cumplir con parte de sus obligaciones. De este modo puede engañarse fácilmente, creyendo que ha cumplido con su deber, cuando ha omitido la parte principal, los deberes para con su alma.

De ahí el fenómeno de que, cuando se trata de dar á conocer esta verdad decisiva, que es insuficiente la actividad de que se hace uso no teniendo cuidado con la propia perfección, cuesta más convencer á los que más se entregan á negocios terrenales. Pero cuanto menos animados y realzados están esos negocios por la vida interior, tanto más degenera esa vida en exterioridades vanas y mecánicas, que producen por fin, para los hombres de honor y para los ciudadanos del mundo, esa moral estrecha y racionalista, que hace que nuestras ideas modernas estén conformes en un todo con las ideas paganas. Parece que oimos á un niño de nuestra época, cuando predicaba Lucilio esta moral: «La virtud, Albino, consiste en poder apreciar en lo que valen las solicitudes y los negocios de esta vida; la virtud del hombre consiste en saber el qué de cada cosa, en conocer lo que es recto, útil, honesto, bueno, malo, inútil, vergonzoso y deshonesto. La virtud consiste en saber fijar fin y término al deseo de amontonar, en saber apreciar verdaderamente las riquezas, en honrar lo que es digno de ser honrado, en ser enemigo público y privado de los hombres malos, y de las malas costumbres, y al contrario, defensor de los buenos hombres y de las costumbres buenas, glorificando á éstos, queriéndoles bien, y siendo sus amigos; en fin, en poner en primera fila los intereses de la patria, en segunda los de nuestros padres, y en tercer lugar los nuestros». [1]

**5. El falso espiritualismo.**—Ante tales medianías ya ha dado pruebas una vez más el Cristianismo de lo que es.

(1) Texto citado por Lactancio, *Inst.*, 6, 5.



Jamás se muestra más mesurado y sensato, que cuando ha de hacer lucir la verdad ante la obstinación de errores arraigados. Si hubiera sido una filosofía, como las doctrinas humanas, hubiera pensado que no podía arrancar al hombre esa al parecer indeleble tendencia hacia las cosas exteriores, sino empujándolo exageradamente en sentido opuesto. Hubiera formado entonces una doctrina semejante á la que forjaron el orgullo de los estoicos, el idealismo moderno, y la falsa piedad del Neo-Platonicismo, del Quietismo y del Budismo.

Cuando estaba para expirar el Paganismo, se ofreció con frecuencia esta doctrina con intención de curar el mal que sufría la antigüedad. «El hombre, enseña este otro extremo, se basta á sí mismo; él es él mismo, él solo existe, él es todo para sí; de nada tiene necesidad, ni de la humanidad, ni de sus semejantes, ni del mundo, ni de lo que ofrece el mundo. Todo lo que es sensible es malo, es nada. Sólo el espíritu tiene derecho á la existencia y el deber de ser independiente; nada debe ejercer influencia sobre él; no debe inquietarse por nada, ni entusiasmarse por nada, ni temer nada. Debe permanecer indiferente é insensible á todo. Puede pasarse sin nada; nada le hace falta y nada puede perder». [1] «Las cosas nada le dan; sólo él les da su importancia y su valor». [2] De nada se preocupa, porque nada hay digno de llamar su atención; ni su padre, ni sus hijos, ni sus hijas, ni la vida, ni la muerte». [3] «Está demasiado elevado para sentir necesidad de rebajarse, sea por lo que fuere; preocuparse con lo que le es exterior, sería profanar su grandeza; aun la vida común del cuerpo y del alma es mancilla para esta última». «No es que se encuentre en ella la causa del pecado, sino que el principio primero de toda maldad está en la unión del alma con el cuerpo». [4] De ahí la razón del desprecio que el alma

(1) Marco-Aurelio, 10, 1. Epicteto, *Man.*, 19, 7. Plotin., I, 4, 4.
(2) Marco-Aurelio, 5, 19.
(3) Epicteto, *Man.*, 14, 1; *Diss.*, 1, 12, 23; 3, 3, 15. Plotin., 1, 4, 7, 8
(4) Plotin, 1, 2, 3.

debe sentir por el cuerpo en cuanto le sea posible, y trabajar para apartarse de él en la misma medida. «Jamás se inquieta por lo que pueda hacer él; le abandona á sus bajas inclinaciones como á esclavo indigno de su solicitud». (1) Sólo una cosa tiene presente: negarlo á él, lo mismo que al mundo, en esta existencia que nos aparece exteriormente.

De esta manera el Espiritualismo exagerado conduce al más brutal culto de los sentidos y á la verdadera filosofía del desorden. Y es tanto más condenable y tanto más peligrosa, cuanto que en ella, con una falsa teoría, ha encontrado el espíritu el medio más conveniente para rechazar, con una piedad hipócrita y con cierta distinción, toda responsabilidad en los placeres de la carne. Los permite al cuerpo, con el cómodo pretexto de que no tiene porqué inquietarse de esa prisión cenagosa é indigna de su elevación. Por eso se comprende fácilmente que en todas las épocas, los más bajos desórdenes hayan tratado de cubrirse con el manto de esa falsa doctrina tan espiritual en apariencia.

Sería largo enumerar todos los sistemas que han preconizado ese falso espiritualismo, comenzando por Epicteto y Marco Aurelio para llegar hasta Schopenhauer y Stirner. Aquí es el sistema de Plotino, más allá el de Molinos, y en el otro extremo de la tierra, el coro de indos despreciadores del mundo. Por esta larga lista se ve que el mundo sólo puede moverse en los extremos. Ó se sumerge por completo en las cosas exteriores, ó niega categóricamente que lo exterior tenga valor alguno para el hombre y que sea digno de su atención. Por una parte, se acusa al Cristianismo de haber llevado al hombre á la desesperación, prohibiéndole entregarse sin regla ni método á los goces de la vida exterior; (2) y hasta se tiene el atrevimiento de creer que lo volvería loco, si llegara á espiritualizarlo durante su vida. Y por otra, con el Protestan-

(1) Molinos, *Thes. damn.*, 24, 41-51, 55.
(2) Rückert, *Culturgeschichte des deutschen Volkes*, II, 322.



tismo á la cabeza, no se le puede acusar lo bastante de ser verdadera religión de la sensualidad, incapaz de concurrir á espiritualizar al hombre.

**6. El Cristianismo une perfectamente lo interior con lo exterior.**—Pero así como en otro tiempo pasó el Maestro á través de turbas de enemigos que le rodeaban, así también ha continuado su camino el Cristianismo, exento de errores, sin preocuparse por las alabanzas del mundo, ni por el descrédito en que pudiera vivir de parte de los hombres. Si manifiesta el mundo que se deja arrastrar de agitaciones exteriores, allí está él exhortándole á que entre en sí mismo. Si el orgullo y el amor á las comodidades creen poder romper con los deberes de la vida exterior, escúchase su voz para dar á conocer la verdadera realidad de las cosas exteriores.

Dice á unos: «Si no abundare vuestra justicia más que la de los escribas y la de los fariseos, no entraréis en el reino de los cielos». (1) «No hagáis vuestra justicia delante de los hombres, para ser vistos de ellos». (2) «No todo el que dice Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos; sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ese entrará en el reino de los cielos. (3) Pero la voluntad de Dios es que seáis santos». (4) «Sed perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial». (5)

Enseña á otros: «No son justos delante de Dios los que oyen la ley; más los hacedores de la ley serán justificados». (6) Sed, pues, hacedores de la palabra, y no oidores tan solamente, engañándoos á vosotros mismos; porque si alguno es oidor de la palabra y no hacedor, éste será comparado á un hombre que contempla en un espejo su rostro nativo, porque se consideró á sí mismo y se fué, y luego se olvidó cual haya sido. Y así como el cuerpo sin

(1) S. Mateo, V, 20.
(2) Íd., VI, 1.
(3) Íd., VII, 21.
(4) I Tesalonicenses, IV, 3.
(5) S. Mateo, V, 8.
(6) Romanos, II, 13.

el espíritu es muerto, así también es muerta la fe sin obras». (1) «El que dice que conoce al Señor, y no guarda sus mandamientos, no tiene verdad en sí». (2)

Y no es posible dudar, si se dirige sólo al espíritu, ó también á la parte sensible de nuestro ser. Aun más, nos enseña con las más grandes instancias, que hasta nuestra naturaleza exterior debe tender al servicio de Dios; en esto consiste el deber del alma de llevar también el cuerpo á Dios. Si desprecia esta obligación, omite uno de sus principales deberes, y se hace culpable. La sensibilidad en sí no es pecado, pero mancilla al alma, si le deja libre el camino en vez de dominarla. Por eso está escrito: «Andad en espíritu, y no cumpliréis los deseos de la carne». (3) «Ni ofrezcáis vuestros miembros al pecado por instrumentos de iniquidad, mas ofreceos á Dios, como resucitados de los muertos, y vuestros miembros á Dios como instrumentos de justicia, que así como, para maldad, ofrecisteis vuestros miembros que sirviesen á la inmundicia y á la iniquidad, así, para santificación, ofreced ahora vuestros miembros que sirvan á la justicia». (4) Juntas las dos especies de preceptos forman la verdadera y sola regla de conducta proporcionada á la naturaleza del hombre.

Cada una de estas dos opiniones que hemos encontrado enseñoreándose del mundo, desprecian sus deberes, porque no los conocen. Según la primera, para nada se tiene cuenta el espíritu; se atiende exclusivamente al exterior. La otra trata al hombre, como si no viviera en la carne, como si fuera un puro espíritu. Sólo el Cristianismo atiende al hombre todo entero. El hombre es ser sensible, pero no sólo ser sensible; habita en él un espíritu vivo que lo anima; en ese espíritu tiene origen toda actividad. Cuando desaparece, desaparecen con él la vida y el movimiento. Es, pues, necesario tener en cuenta la vida moral del hombre

(1) Santiago, I, 22; II, 26.
(2) 1 S. Juan, II, 4.
(3) Gálatas, V, 16.
(4) Romanos, VI, 13, 19.



lo mismo que la vida física. Por eso, no se excluye totalmente la actividad exterior; es hasta prueba de la vida interior. Donde ésta no se manifiesta exteriormente, nadie cree en su existencia interior; el movimiento exterior tiene su raíz en el interior, y no puede existir sino en tanto que le anima el espíritu interior de vida. De éste parte, de éste recibe el valor y la capacidad. Cuando desaparece, inmediatamente cesan la fuerza y la actividad del primero.

Se ve, pues, que, en esta materia, sólo nuestra Religión responde á la naturaleza íntegra. Exige obras y actividad; de otro modo no cree en nuestra vida. Pero exige también que las obras procedan del interior; por eso ha dicho en este mismo sentido: «Entre nosotros nada tiene tanto valor como la fe que obra por la caridad». (1) «El amor es el cumplimiento de la ley». (2)

He aquí la razón por la cual las enseñanzas que recibimos de nuestra Religión están en oposición completa con el mundo, en el cual la vida se rige por consideraciones exteriores y por la violencia del convencionalismo. «Así hablad y así haced, como que empezáis á ser juzgados por la ley de la libertad. Mas el que contemplare en la ley perfecta, que es la libertad, y perseverare en ella, siendo no oidor olvidadizo, sino hacedor de la obra, éste será bienaventurado en su hecho». (3) La ley cristiana no se contenta con decir «¡Señor!» «¡Señor!» Exige también que se manifieste por actos exteriores la buena voluntad, pero no les da importancia alguna, si son violentados, ó si no están en perfecta armonía con la convicción y el celo del corazón. «La carne no es nada; pero el espíritu vivifica». (4) Las obras deben ser expresión natural, libre, no forzada, del sentimiento interior, no teniendo valor á los ojos de la ley cristiana sino con esta condición. Y sucede

(1) Gálatas, V, 6.
(2) Romanos, XIII, 10.
(3) Santiago, II, 12; 1, 25.
(4) S. Juan, VI, 64.

en todo lo mismo que en la vida religiosa. El cristiano debe ser fiel á su vocación, lo mismo en la familia y en la sociedad, que en el Estado. Pero, ante todo, debe comenzar por cultivar su interior, porque no tiene valor ni fuerza completa su actividad exterior, sino cuando brota de un interior bien dirigido, y es la expresión de la convicción personal y de la conciencia sincera.

**7. Encontramos en nosotros la noción de la ley.**— Se nos responderá que el Cristianismo es, sin embargo, una religión exterior. Nos impone una ley exterior, y una ley, por cierto, que estamos muy lejos de darnos á nosotros mismos, una ley que encontramos independientemente de nosotros, una ley que nos ocupa exteriormente, y que sin más cumplimientos manifiesta la pretensión de obligarnos. Además, nos somete esta ley á acciones exteriores que jamás nos hubiéramos impuesto á nosotros mismos, si no fuera tal el mandato que hace pesar sobre nosotros. Es verdad. Pero, pregunto yo: ¿Debe por esto considerársela como enemiga? ¿Tenemos derecho á considerar como extrañas las obligaciones que nos impone? ¿Vivimos acaso en la antigua grosería del Paganismo, para mirar como extraño y, por consiguiente, como enemigo todo lo que no viene de nosotros? «Sin duda, ha dicho San Agustín, con esa forma en la expresión, tan sucinta y de tan difícil compresión que le caracteriza, ha escrito Dios la ley en tablas de piedra, pero lo ha hecho así únicamente porque no leían los hombres lo que estaba escrito en su corazón. Es verdad que en ésta estaban escritos sus preceptos, pero es verdad también, que no los leían los hombres. Los puso Dios ante sus ojos para que se vieran forzados á verlos en su conciencia, y acercándose en cierto modo á ellos la voz de Dios exteriormente, fuesen como rechazados hasta su interior». (1)

Es el mismo pensamiento que expresó el Apóstol en es-

(1) S. Agustín, *Ps.*, 57, 1, 1; *Serm.*, 81, 2. S. Juan Damasceno, *Orthod. fid.*, 4, 22. Sto. Tomás, 1, 2, q. 99, a. 2, ad. 2. S. Buenaventura, 3, ad. 37, a. 1, q. 3. *Cat. Rom.*, p. 3, c. 1, q. 3.



tos términos: «Cuando los gentiles, que no tienen ley, hacen naturalmente las cosas de la ley, estos tales que no tienen ley, son ley á sí mismos, que demuestran la obra de la ley escrita en sus corazones, dando testimonio á ellos su misma conciencia, y los pensamientos de dentro, que unas veces los acusan y otras los defienden». (1)

En efecto, no es difícil probar que las doctrinas morales de la ley divina tienen todo su fundamento en la ley natural, esto es, en el conjunto de preceptos sobre el bien y el mal que encuentra grabados todo hombre en su naturaleza racional; y nadie pone en duda que, en muchos pormenores, no supera las pretensiones de la moral natural. En semejantes materias aparece á primera vista que ha de haber oposición. Pero si nos detenemos más en nuestro examen, nuestra razón se ve forzada en todo tiempo á confesar que reposan esos preceptos en los más sencillos principios de nuestra naturaleza moral, y pueden ser deducidos sin violentarla en lo más mínimo, aun cuando no haya necesidad incontestable de deducirlos. (2) Entonces, ¿cómo es posible encontrar hombres que afirman que les parece la ley contraria á la naturaleza, y como extraña tiranía? ¿Necesita el hombre más que entrar en su propio interior para hallar la ley de Dios, ó por lo menos, la confirmación de su existencia? Cada uno lleva la ley en si mismo, y la aprueba, aunque no sea él mismo el que la ha hecho. Jamás ha recibido un mandato un corazón generoso, sin que lo haya aprobado inmediatamente. Sus murmuraciones, y la tendencia á rebelarse contra la ley, tienen origen en la parte baja y animal del hombre, ó en su orgullo; pero siempre la aprueba la parte noble de su naturaleza.

Sólo falta, pues, que entre en sí mismo el hombre é interrogue interiormente á su misma naturaleza, y constantemente encontrará la confirmación de que la ley es algo

(1) Rom., II, 14, 15.
(2) Cfr. Sto. Tomás, 1, 2, q. 94, a. 3, q. 100; a. 3, q. 107; a. 2 y 3. Gonet, *Clypeus Theolog.*, p. 2, tr. 6, d. 3, 35-40. Colon., 1671, III, 529.

íntimamente ligado á la mejor parte de su naturaleza. Se dijo ya en este sentido: «Sed vuestros mismos legisladores»; [1] y por lo tanto puede decirse de los que saben leer en sí mismos que no se ha dado la ley para ellos; en todo caso, jamás se deshonrarán diciendo que sienten pesar sobre sí la ley que llevan en sí mismos como yugo extraño, pesado y enteramente contrario á su felicidad. [2] No podemos dejarnos aventajar en esta materia por el antiguo pagano que se expresaba con estas cáusticas palabras:

«Sí, hay una ley verdadera, la recta razón, conforme á la naturaleza, grabada en todos los corazones, inmutable, eterna, cuya voz nos señala nuestros deberes, cuyas amenazas nos desvían del mal, sin que sean perdidos para los buenos sus mandatos ó sus prohibiciones, ó sin que se muestren insensibles á ellas los malvados. Nada se puede cambiar, nada quitar de esa ley; no se la puede destruir; no hay pueblo ni senado que nos pueda librar de ella; no tiene necesidad ni de comentador ni de intérprete; lo mismo es en Atenas que en Roma; la misma es hoy que será mañana, que fué y será siempre; una, eterna, inmutable; abarca todos los pueblos y todos los tiempos. El soberano del universo, el Dios que la ha concebido, discutido y publicado, es el único que nos la enseña á todos; no obedecerla, es huir de sí mismo, es despojarse de su carácter de hombre, es imponerse el castigo más terrible, aun cuando escapemos á lo que consideramos como suplicios. [3]

**8. La inclinación al bien.**—Y no sólo encontramos en nosotros mismos la ley, ó, en otros términos, el conocimiento del bien; encontramos también la inclinación á realizar el bien; y para cumplirlo, es mucho más poderoso auxilio, que no sería su solo conocimiento. ¡Qué tristeza se experimenta, cuando se oye quejarse á muchos hombres de que obra contra su naturaleza la ley de Dios, que los

(1) Barnab., *Ep.*, 21.
(2) I Timoteo, 1, 8, 9.
(3) Cicerón, *De República*, 3, 17; apd Lactantium, *Inst.*, 6, 8.



violenta á causa de las exigencias que tiene con respecto á nosotros! Podrían tolerarse esas quejas, si vinieran solamente de almas vulgares que no conocen más que la satisfacción de sus más bajas inclinaciones. Pero las escuchamos también de espíritus que mirarían como la afrenta más deshonrosa el solo pensamiento de que se hicieran de ellos semejantes suposiciones. De hecho, no tenemos necesidad de rebajarlos; lo hacen ya ellos y en la más grande proporción. No está organizada la naturaleza del hombre de modo que se vea forzada á preferir lo que es contrario al bien mismo. Así se ve obligado á confesar Ovidio que «no sólo reconoce lo que exige la ley, sino que además lo aprueba». [1] El mismo San Pablo no podía hacer nada mejor que suscribir estas reivindicaciones. [2] Con esto, ¿quieren decirnos únicamente que es peor su naturaleza que la de los otros hombres, ó que por su propia falta, han renegado de ella hasta el punto de haber perdido esta naturaleza toda su natural inclinación al bien?

Si tal fué su pensamiento, tienen razón en cubrirse de confusión; pero con esto hacen gran agravio á la verdad. Lleva grabada en sí la naturaleza del hombre la huella del bien, siendo imposible hacerla desaparecer. «Entre todo lo que es natural al hombre se encuentra en primera línea lo que podría decirse que es lo más natural de todo, y que se enuncia así: «el hombre ama el bien, y trabaja para conseguirlo». [3] Por eso los espíritus nobles tienen más necesidad de riendas que de espuelas para no caer en los precipicios, arrastrados por el placer que les causa el bien, y para no causar daño ni á sí mismos, ni á la virtud, por el exceso de celo. Sólo los esclavos se dejan conducir por el látigo. Y ¿quién querrá pasar por la ignominia de ser contado entre los esclavos? ¿Cómo podría uno confesar públicamente de sí mismo que no le es natural el bien, que tiene su causa en la coacción? Sólo el que vive cons-

(1) Ovidio, *Metam.*, 7, 19.
(2) Rom., VII, 22.
(3) Sto. Tomás, 2, 2, q. 34, a. 5.

tantemente entre las cosas exteriores puede hacer uso de lenguaje semejante, y despreciar su naturaleza en lo que tiene de verdadera y de buena. Para volver á encontrar placer y gusto en hacer el bien, cuando uno se ha dejado absorber por el mundo exterior, no hay más que volver á entrar en su propio interior.

Una prueba mil veces repetida nos muestra que los que más se quejan de la dificultad del bien, son casi siempre los que, arrojados al torbellino del mundo, realizan tan poco bien, que es inútil hablar de ellos. Pero los que una vez han entrado en sí mismos, y han comenzado á trabajar con seriedad en su mejoramiento interior, experimentan en la realización del bien un placer desconocido hasta entonces, un placer que crece siempre más y más, á medida que cultivan esta primera obligación de la vida humana.

**9. La vida interior.**—En fin, la realización de la ley y la ejecución de todo bien, cualquiera que sea el lugar en que se cumple, no puede manifestarse en otra parte que en el interior de cada uno. Esta máxima es la más importante de todas; pero desgraciadamente, á juzgar por lo que se ve, es también una de las que considera el mundo más extrañas. Sólo para el mundo exterior vivían los antiguos griegos y los antiguos romanos. Vivir para sí era un pensamiento que no podía venirles á las mientes, porque no había quien les dijera que tenían un valor personal y un deber que cumplir para consigo mismos. Por eso sus goces, sus afectos, sus trabajos, los actos todos de su vida tendían hacia el exterior. Todos los momentos de que disponían pertenecían al Foro, á la Agora, al teatro, al circo, á los juegos públicos, á los festines, á los regocijos. No tenía para ellos atractivo alguno la vida silenciosa, pasada en el santuario de la familia. Jamás conocieron esa vida íntima del corazón con todas sus delicias y con todas sus tristezas, con todas sus penas y con todas sus recompensas. Y en el estado en que se encontraban, aun cuando se hubiera ofrecido alguien á comunicarles esta enseñanza, lo hubieran rechazado, hubieran huído de él como se huye de un desierto penoso y de un vacío insoportable.



Esta es la razón por la que no nos debemos extrañar si descendió tanto la moralidad en ellos, aun en los mejores. ¿Á quién compararé los hombres de este género? Sí, ¿á quién se parecen? «Á estos niños que están sentados en la plaza pública y que, al encontrarse, dicen: ¿hemos tocado la flauta delante de vosotros, y no habéis danzado, os hemos endechado y no habéis llorado?» [1] Así eran los antiguos; pero ¿podré afirmar, sin ofender á la verdad, que sigue diferente camino nuestra actual generación?

Bien diferente es el carácter del espíritu cristiano, con frecuencia tan mal comprendido y tan poco estimado hasta por los suyos. El cristiano no desprecia ni el mundo exterior, ni ninguna de las obligaciones que lleva consigo la vida social. Jamás se perdonaría, si un orgullo oculto ó la pereza, ó la falta de caridad, le impidieran, ni siquiera una vez, descender, como fiel servidor, á la práctica de los deberes de su vocación, y fuera obstáculo para compadecer las miserias de sus hermanos con caridad real y efectiva. No debe despreciar el cristiano ninguno de los dominios que el hombre está obligado á cultivar. Además, se le han abierto otros nuevos, debiendo mostrarse en todos mejor que los paganos honrando á su nombre. Debe servir al Estado con tanta fidelidad como el romano, dirigir su familia todavía mejor que el griego, practicar para con el prójimo y en la más vasta esfera posible, la caridad, esa virtud que ni siquiera llegó á presentir la antigüedad. Y permaneciendo fiel á todos sus deberes, puede todavía pensar en el embellecimiento de su existencia con los placeres que no están prohibidos. Porque en ninguna manera impide el sentimiento cristiano apreciar la vida como conviene con toda verdad; y los goces agradables del mundo sensible, las recreaciones, los placeres disfrutados en proporción moderada, dan fuerza al alma para cumplir mejor

(1) S. Lucas, VII, 31.

la tarea de su perfección moral. Pero debe obrar de otro modo que los hijos del mundo. No se diferencian los hijos de Dios de los hijos del mundo en las obras que hacen, sino en la manera de hacerlas y en el espíritu que preside á su cumplimiento.

Si preguntamos á los antiguos sobre lo que han hecho al imponerse tan grandes sacrificios por el bien común, no dejan por mucho tiempo subsistir nuestra duda. Hemos servido, nos dicen, al honor, á la utilidad, á la necesidad. Y esta misma opinión tienen los que, con desprecio de todo motivo religioso, se imaginan hallar hoy una moral nueva y más elevada que la moral cristiana. Todos los motivos que invocan, los toman fuera del hombre. Si preguntamos á un cristiano el porqué de su trabajo, nos contesta señalando un solo motivo, la conciencia. Sirve al Estado por deber de conciencia; trabaja en sus negocios por deber de conciencia, se somete á la obediencia por deber de conciencia; hasta cuando quiere recrearse y gozar de un placer, pregunta á su conciencia. No le viene del exterior el impulso que le determina á obrar, sino de su interior. La conciencia regula, modera y dirige toda su actividad. En él se encuentra también el fin que persigue en todo su trabajo. La conciencia le dice hasta dónde puede llegar, el límite en que debe detenerse, y el punto á donde ha de dirigir los esfuerzos de su actividad. Cuando, sin segunda intención, busca también el bien de la patria, de su familia, de su círculo, tampoco tiene más que un fin: cumplir con su deber, servir á Dios y al mundo según las exigencias de su conciencia. En todo trabajo lleva consigo el reino de Dios; de ese reino de Dios proviene todo el bien que hace; en todas sus obras domina una primera intención, afirmar más y más en sí ese reino de Dios. Por eso jamás se ahoga en el trabajo por urgente y considerable que sea; en todos sus cuidados, en todas sus penas, tiene siempre un lugar libre en su interior, para acogerse á él, para dar treguas á la disipación, para renovar su valor, para retemplar sus fuerzas debilitadas y para volver á comenzar, rejuveneciendo, la antigua y penosa labor con nuevo placer y con mayor anhelo. Por eso en nada le perjudica interiormente el trabajo exterior, cualquiera que sea, al contrario, se fortalece con la actividad exterior la vida de su alma. Sin duda alguna que del fondo de su corazón saca toda esa fuerza y todo ese entusiasmo para la actividad externa. Cuanto más se afirma en él el reino de Dios, más inagotables medios halla para extenderse exteriormente. Aquí están unidos íntimamente lo interior y lo exterior; pero lo exterior vive y recibe su vida de lo interior; y así debe ser, pues es el espíritu el que da la vida al cuerpo.



**10. Vacío de la vida exterior: plenitud y riqueza de la vida interior.**—En otros tiempos, este mundo interior estaba cerrado como un jardín de delicias, y era accesible sólo á un pequeño número de espíritus escogidos, los cuales, sin embargo, no vivieron nunca en él como en su casa y en país conocido. Hoy, el cristiano menos instruído, se halla en estado de poder conocer el mundo interior que consigo lleva, y el niño educado en el Cristianismo es ya muy superior á los sabios de la antigüedad. Porque, ¿cuál es el pensador del mundo antiguo que conoció su propio corazón hasta el punto de convencerse de la conveniencia de una vida que debía colocar sobre todos los negocios de este mundo, como lo hace el cristiano más sencillo que conoce y practica su fe? Para el hombre de mundo, y, por desgracia, hay que contar en este número muchísimos personajes instruídos y aún sabios, entrar en sí mismos, aunque no fuera más que un cuarto de hora, sería el fastidio más importuno. Y nuestras criadas cristianas gozan toda la semana recordando la tarde del domingo, en que dieron á sus almas algunas horas en lugar de emplearlas paseando. Para ellas el cielo está en la tierra; tienen tanto que hacer con su interior, que pasan como un soplo los pocos instantes que le consagran.

Ved ahí un nuevo mundo, un nuevo campo de trabajo abierto al hombre. En ese campo, cada uno es su

jardinero y su artista. Jamás se confía á un jardinero, que no lo sea en verdad, un jardín que produce flores encantadoras. Jamás habrá artista capaz de ejecutar una obra más perfecta que nuestro interior, si ponemos en su embellecimiento toda la atención de nuestro espíritu. En ese dominio, todos somos pretendientes de noble raza. Ninguna potencia terrestre puede entrar en él contra nuestra voluntad, y pisotear ese suelo inviolable y santo. Si queremos, todos dominamos en él como príncipes y reyes. Para esto, no hay más que tirar fuertemente de las riendas á la sensualidad, á los bajos instintos y á las inclinaciones del corazón. En tales condiciones, no hay rey que reine y gobierne en un imperio tan rico y tan santo. En ese santuario, cada uno es su propio gran sacerdote, que ofrece en el altar del corazón el sacrificio eterno de la oración y de la caridad, de la abnegación y de la práctica de las virtudes, y embellecida el alma por ese trabajo de purificación, vuela al encuentro de la santidad infinita.

Hemos encontrado aquí el centro de la vida moral, en el cual toda nuestra actividad, cualquiera que sea, debe tomar luz y calor, fuerza y dignidad; y con toda verdad podemos decir que hemos aprendido aquí á conocer la naturaleza toda entera. Y si no hiciéramos más que comenzar á cultivar con seriedad este nuestro reino, conoceríamos muy pronto la plenitud de fuerza y de paz que en él se encierra.

Se extraña el esteta Vischer de que los Santos de la Edad Media se nos presenten siempre con la cabeza inclinada á un lado, actitud que todos conocemos. Piensa que proviene de que tenían el centro de gravedad fuera de sí. [1] Pero se engaña. Llevaban así los Santos la cabeza, por lo mismo que se encorvan las espigas de trigo. No inclinan la cabeza porque esté fuera de ellos el centro de sus pensamientos y de sus sentimientos, sino porque sienten en sí tal plenitud de vida, que no pueden contenerla. Desearían que participase el mundo de ese manantial de

(1) Vischer, *Æsthetik*, III, 486 y sig.



santidad de que gozan ellos, y por eso dejan caer la cabeza sobre el hombro. El Seráfico pobre de Asís y la Virgen de Lima podían disimular tan poco aquella abundancia de vida que existía en ellos, que hubieran deseado comunicar su amor y los transportes de su alegría á los lobos y á los pájaros. El mismo exceso de fervor obligaba á San Pablo de la Cruz y á Santa Magdalena de Pazzi á templar con agua helada las abrasadoras llamas que devoraban su corazón. Ese mismo fervor penetró en el pecho de San Felipe Neri, traspasó el corazón de Santa Teresa con un dardo de fuego, y obligó á San Pablo á dar este grito de dolor: «El amor de Cristo nos estrecha, nuestra boca abierta está para vosotros y nuestro corazón se ha dilatado». [1]

De esta manera se renuevan, en el que así lo quiere, los antiguos días de los milagros. Si dejo á mi corazón que goce de todos los bienes que hay fuera de mí, queda vacío y sin consuelo. Se concibe fácilmente; ni la tierra ni el mundo entero pueden llenarlo; es demasiado grande, tiene un origen demasiado noble. Mas apenas he comenzado á vivir en mí, satisfácese al instante este insaciable corazón, y esparce por doquiera riquezas espirituales; no puedo ya contenerlo en mí mismo, y me parece que debe participar todo el mundo de esa plenitud que poseo. Y entonces vive en la abundancia aquel cuya vida parecía un desierto, se ha hecho rico aquel que era pobre, y ya es señor el que era esclavo. Encuentra todo esto en el momento en que acaba de comprender estas palabras: «El reino de Dios está dentro de vosotros». [2]

(1) II Cor., V, 14; VI, 11, 12.
(2) S. Lucas, XVII, 21.

## Apéndice

### IMPOTENCIA DE LA ANTIGÜEDAD PARA CURAR POR SUS PROPIAS FUERZAS LAS DEBILIDADES QUE SUFRÍA

¿En qué medida pudieron influir benéficamente en la moralidad de los antiguos el culto y lo que á la idea de religión pertenece? He aquí una cuestión que trataremos someramente aquí, dejando para otro lugar la solución exacta y precisa. Por el momento, ved á qué vamos á limitarnos. Es un hecho claro é innegable que la religión de los griegos, considerada simplemente como religión natural, en su esencia y en su origen, no sólo contenia muchos elementos que eran inmorales en sentido negativo, esto es, que no descansaban en ninguna base moral, sino que encerraba también elementos que podían y debían favorecer la inmoralidad de una manera positiva.

Sin embargo, no puede desconocerse que entre los griegos había una fe muy viva en esta verdad; que en todas sus relaciones dependía el hombre de otros seres más elevados, cuya autoridad, aunque no se considerase como respondiendo á la sublimidad moral de su estado y á la idea de la Santidad Divina, no era menos un gobierno justo, moral, regulado por la sabiduría, la justicia y la bondad. Los dioses eran semejantes á los hombres, y, por consiguiente, imperfectos, pero eran divinos en grados distintos. Si no siempre obraban por motivos morales y verdaderamente divinos, era sólo por excepción á la regla, perturbaciones aisladas y pasajeras en su situación. Aun los que se habían formado la idea más pobre de aquellas divinidades, no dejaban de estar convencidos de que sus rela-



ciones con el mundo y la humanidad tenían por fundamento la sabiduría, la justicia, la bondad, y de que no se podía participar de sus favores de una manera persistente, si no se tenían sus mismos sentimientos de piedad, si no se estaba conforme con los mandamientos del derecho y de la moral que habían predicado á los hombres, y que los hombres llevaban escritos en su corazón. Es indudable que no había en el Estado ninguna doctrina religiosa que tuviera la misión pública de conservar y de alimentar semejante creencia. No había sino costumbres, que, en su mayoría, no estaban basadas en ninguna idea moral, y que, por lo tanto, no podían favorecer la moralidad. Los que querían luces sobre los dioses y sobre las cosas divinas debían dirigirse á los que eran capaces de comunicarlas, como sucede siempre en cualquiera otra materia de enseñanza. Con preferencia se dirigían á los poetas, á los maestros ó á los iniciados en la sabiduría. Y si es cierto y reconocido por todos que había entre ellos muchos que pensaban realmente en el sentimiento religioso, y lo enseñaban y se esforzaban por conducir al verdadero objetivo, esto es, al temor de Dios y á la piedad, á la fe purificada de ideas capciosas é ilusorias; también es verdad que enfrente de aquéllos obraban otros de manera diametralmente opuesta, no pudiendo detener en definitiva la profunda decadencia moral del paganismo ni todos los esfuerzos juntos de los mejores y más ilustrados espíritus. [1]

Rica por demás en actos religiosos era la vida de los griegos, y, mirados por este lado, merecían ser llamados pueblo eminentemente religioso. Si hubieran sido sinónimas las palabras religioso y moral, hubieran sido un pueblo eminentemente moral, pero, aun reconociendo en ellos eminentes cualidades morales, difícilmente llegan sus admiradores, ni aun los más fervientes, á adjudicarles ese epíteto sin restricción alguna.

No son raros entre ellos los espíritus eminentes que por su grandeza moral merecen nuestro respeto; pero el pue-

(1) Schœmann, *Griechische Alterthümer*, 1855, I, 113 y sig.

blo, considerado en masa, deja aparecer sombras muy oscuras al lado de aspectos llenos de luz, sombras que no nos permiten elogiarle por una moralidad singular. Desgraciadamente, encontramos muchas huellas de inmoralidad y de impiedad en las manifestaciones exteriores de verdadera virtud y de piedad, cuya aparición es para nosotros estímulo que nos anima y nos llena de regocijo. El egoísmo y la falta de caridad, llevados hasta un odio mortal y una inhumanidad insultante, son fenómenos que se encuentran con muchísima frecuencia, ya en las guerras de Estado contra Estado, ya en las luchas interiores en que se desgarraron los partidos. La lealtad y la probidad se encuentran con frecuencia en las relaciones privadas al lado de la infidelidad, del fraude y de la astucia. En fin, su vida está frecuentemente manchada de vicios, y de vicios contra la naturaleza, que provienen de su desenfrenada sensualidad, vicios que, si no son aprobados, son, á lo menos, tolerados con indulgencia culpable.

Si, á pesar de todo, no negamos al pueblo griego el dictado de religioso, confesamos también que la inmoralidad era muy propia de su religión, y que, por lo menos, no tuvo fuerza para ejercer sobre la estabilidad moral de la vida benéfica y purificadora influencia. Y no hay que extrañarse. No podía tener esa fuerza su religión, porque en su origen no fué dirigida por ese lado; además, no podía obtenerla, porque no podía renegar de su origen. (1)

Dejábase ya sentir en la diversidad de pueblos que formaban el imperio romano la necesidad de una religión; al desaparecer la independencia de aquellos pueblos, habían perdido todo su valor y toda su importancia intrínseca las regiones nacionales. En realidad, no sólo había sido trasplantado á extrañas tierras el sistema religioso greco-romano del pueblo dominador, no sólo humeaban desde el Tigris hasta el Báltico los altares de Júpiter Capitolino, sino que aquel mismo sistema se había apropiado los cultos principales de los demás pueblos. Y si no se propagaron todos tan considerablemente como los cultos de Isis y de Mithra, dan, sin embargo, testimonio de la tolerancia de que gozaban los demás cultos, al lado del culto romano, los altares de las divinidades bárbaras levantados en las provincias más lejanas, quedando todo reducido á ceremonias vulgares que se conservaban gracias á las fiestas y á los regocijos públicos.

(1) Schœmann, *Griechische Alterthümer*, II, 116 y sig.



Prueba de la poca confianza que inspiraban las antiguas divinidades fué la precoz extinción de los oráculos; y la indiferencia con respecto á los nombres de los dioses demuestra que sólo se honraba una idea de la soberanía y del poder divino, una idea tal cual se encontró originariamente como base de las religiones de todos aquellos pueblos, pero idea que, ante la influencia de la diversidad de caracteres nacionales, se había fraccionado gradualmente en toda aquella turbamulta de producciones politeístas. Se puso entonces todo empeño en reducir aquellos mitos á una idea única, se los quiso representar bajo formas de divinidades, y unificarlos, fundiéndolos juntos. Pero tenían que ser infructuosas aquellas extrañas tentativas. Sea que pretendiera la imaginación de los poetas darles significación simbólica en sus combinaciones accidentales, sea que quisieran atribuir á sus antiguos mitos, sencillísimos en sí, la importancia de una idea religiosa, según las necesidades de la causa, todo aquello debía fracasar.

Como lo vemos en Macrobio y en los Neoplatónicos, esos esfuerzos panteístas muestran claramente la tendencia del espíritu de una época que se inclina á un monoteísmo transcendental, y que se esfuerza en vano por hallar satisfacción en una religión que le había transmitido la historia.

Ahora bien; como el Cristianismo satisfacía precisamente todas estas necesidades, colmó en lo porvenir este vacío moral que no había podido llenar, ó que había llenado incompletamente, la antigua religión.

Aparecía el hecho tanto más evidente en aquella época cuanto que la desaparición y la mezcla de todos los Esta-

dos particulares con sus costumbres y con sus derechos propios habían dejado ver mejor al hombre como individuo, al mismo tiempo que habían quitado todos los límites impuestos antes á su actividad por la nacionalidad y por la voz pública. Eminentemente apropiado el carácter del pueblo conquistador para regular las relaciones jurídicas exteriores de la vida individual con leyes conformes á la naturaleza de las cosas, deja al hombre sin recursos para las exigencias interiores de la moralidad. De este modo, con ventaja para el progreso de la humanidad, se justificaba aquella división del derecho civil y del derecho moral, proclamando el valor personal del hombre, cualquiera que fuese su condición civil, y por la posibilidad que se concedía á las exigencias de la moralidad para poder penetrar en los pueblos que hasta aquel momento se habían burlado de ella, ateniéndose á los usos sancionados por las costumbres públicas.

Sin embargo, faltaba todavía á aquel mundo interior del sentimiento moral una legislación que respondiera suficientemente al mundo constituído exteriormente según derecho.

Es verdad que quedaba la filosofía, y no puede negarse que el nuevo estoicismo, que participaba algo del Cristianismo, como participan de Sócrates los sofistas, trató de llenar aquellas necesidades, como lo hizo el Cristianismo, y á veces, con los mismos medios que él. Apareció entonces, por un lado, aquel aislamiento vanidoso á que convidó al hombre en nombre de las virtudes cristianas de humildad y caridad, pero estaba en contradicción directa con ellas. Por otra parte, á aquellas leyes morales tomadas aisladamente, faltaba la sanción divina, capaz de dar al Estoicismo el mismo carácter positivo que da al derecho humano. De este modo, hubiera sido accesible á los que no eran filósofos, y hubiera sido además protegido contra las dudas del escepticismo. El rigor sistemático que había experimentado recientemente con Sexto Empírico, muestra por demás que, juntamente con las diferentes for-



mas de Estado, moría de consunción el espíritu humano, y que no podía extenderse más su círculo de actividad, sino en más elevados dominios, en los de la Revelación. Además, hacía mucho tiempo que había abandonado aquella filosofía el espíritu de su fundador. Hija de los esfuerzos del espíritu del hombre, aspirando siempre á la libertad individual y á la mayoría de edad, sin haber podido resucitar aquel espíritu, cuando poco á poco iba desapareciendo, era en absolnto incapaz de crear una nueva forma en lugar de la forma fracasada, no siendo ella misma sino pura forma. Degenerando en mera exterioridad y en quimérico dogmatismo, á pesar del nombre de filosofía que llevaba, no pudo resistir á una Religión, que no sólo basaba su forma y sus dogmas en una autoridad superior, sino que adaptaba admirablemente todas sus enseñanzas al espíritu que entonces dominaba.

En tanto que había estado en oposición con el mundo exterior la vida de la individualidad, á los ojos de los hombres había tenido valor para ofrecer, en aras de la idea de libertad, los sacrificios reclamados por el Estado. Pero cuando perdió su importancia la vida pública, cuando se convirtió en algo vulgar, despertóse de nuevo la necesidad de adherirse á lo universal, á una idea. Y como nada parecido ofrecía el Estado, sintióse la necesidad de una Religión que, reconociendo completamente la dignidad individual del hombre y la sanción divina que preside á esa dignidad, abrió los ojos para mirar á más elevado fin, con cuya participación encontraría el hombre su propia dignidad, puesto que se había librado ya de las cadenas de la idea del antiguo Estado. La burguesía universal del Estoicismo no tenía más base que su misma cabeza; era incompleta y no se ocupaba en los demás; el imperio universal romano hacía también del hombre el servidor absoluto de otro hombre. Sólo una Religión universal, una república espiritual, fundada sobre la igualdad de todos ante Dios, y sobre el mandamiento de la caridad mutua, pudo atender á la necesidad moral de hacerse independiente del

mundo exterior, y comenzó de manera irresistible su manifestación.

Y lo mismo que exteriormente se sentía la necesidad de un estado universal como cuerpo, sentíase la necesidad de una religión como alma de ese cuerpo. Pero sólo el Cristianismo podía ofrecer un punto de reunión, como lo exigía, de un lado, el poder de la conciencia individual, y de otro, el sentimiento de la debilidad también individual. La doctrina del perdón de los pecados y del dogma de la inmortalidad del alma, satisfacieron de un solo golpe todos los deseos manifestados en las ceremonias siempre crecientes de los misterios, en las más variadas expiaciones, lo mismo que en todo el misticismo de la época precedente. Dieron al mismo tiempo á los partidarios del Cristianismo toda la fuerza de inmolación con que habían apuntalado su grandeza todas las repúblicas de la antigüedad.

Así se explica cómo, después de la fusión de todo el mundo civilizado, penetrados todos los pueblos del mismo espíritu, y de las mismas necesidades, pudo el Cristianismo obtener en menos de tres siglos, tan magnífico desarrollo.

Contribuyeron, sin duda, á aquel resultado la dispersión de los judíos, después de la ruina de su capital, y los cambios frecuentes de tropas que trasplantaron al Occidente tantas ceremonias de la religión oriental; pero nada pudo hacer arraigar aquellas ideas tanto como el Cristianismo, que no poseía más suelo que el corazón humano. Fué acogido con solicitud en las más humildes esferas, especialmente por los esclavos, á quienes compensaba de todas las humillaciones de la vida con la igualdad en la comunidad; por los sabios y eruditos, á quienes abría nuevos horizontes, proporcionándoles nueva materia de estudio; por las clases elevadas, á quienes aseguraba la tranquilidad que habían buscado en vano en las expiaciones y en las consagraciones de las religiones orientales. Y lo fué particularmente por la mujer, á la cual llega por la suavidad y delicadeza de sus doctrinas; por la mujer, que lo comunicó á las generaciones siguientes por medio de la educación materna. [1]



(1) Hermann, *Culturgesch. der Griechen und Rœmer*, II, 188 y sig.

## CONFERENCIA XV

### EL ORDEN DE LA JUSTA MEDIDA

**1. Puede obrarse de la misma manera, sin hacer lo mismo. La prueba es que hay en la doctrina de los antiguos filósofos paganos pasajes análogos á la del Cristianismo.**—Gozóse el siglo XVIII en atacar de esta manera al Cristianismo. Á cierto número de principios cristianos, se oponían sentencias análogas tomadas de escritores paganos, para demostrar así que nada contenía la doctrina de la Iglesia que pudiera revelarnos su origen sobrenatural. No hace mucho que algunos adversarios han renovado esa clase de combate pasado ya de moda. En su ingenuidad, creen á veces haber emprendido un trabajo completamente nuevo, imposible en anteriores épocas en que tan considerable era la ignorancia de la historia. Unióse á esos combatientes en los últimos días de su vida el viejo enemigo del Cristianismo, Bruno Bauer.

El niño terrible de la incredulidad contemporánea escribió con ese fin un libro entero: «El Cristo y los Césares». No le dejaban descansar los laureles cosechados tan fácilmente por otros escritores. Si adquirieron fama, pretendiendo que no es otra cosa el Cristianismo que el resultado necesario y natural de la civilización griega, á que dieron vida los romanos; que su doctrina es simple imitación de la filosofía estoica; [1] que el Cristianismo y la filosofía estoica de los últimos tiempos son dos plantas nacidas en el mismo suelo; [2] cree él que sin dificul-

(1) Engelkardt, *Das Christenthum Justin des Martyrs*, 480.
(2) Hausrath, *Neutestamentl. Zeitgeschichte*, IV, 302.



tad ha de concluir con tan detestable adversario, cree que va á hacerse un nombre, y lleno de esa esperanza, hace del Salvador y del César romano, productos de una sola y misma fuerza; y, como expresa él mismo con un ingenioso giro de palabras que no tienen sentido, hace del juez del mundo el hermano hostil y victorioso del dominador del mundo. [1]

Pongamos algunos ejemplos para mostrar cuán poco delicados son los procedimientos puestos en práctica, con tal que se consiga el objeto. Entre las diferentes pruebas de que no hizo San Pablo más que copiar á Séneca, reproduce Bauer la exhortación de la primera carta á Timoteo, en la cual recomienda el Apóstol á su discípulo, que padecía del estómago, que no beba sólo agua, sino que, de tiempo en tiempo, beba un poco de vino. Pero, he aquí que Séneca, en uno de esos momentos de debilidad propios de todo hombre, dice precisamente que es permitido al sabio, para distraerse un poco y para echar de sí ciertas ideas molestas, llegar hasta embriagarse ligeramente. He aquí un testimonio irrefutable de la afirmación de nuestro sabio berlinés. ¿Pudieron, tanto Pablo como el Cristianismo, tomar su doctrina de otra parte que de Séneca ó de las enseñanzas dadas en el Pórtico? [2]

El parisiense Havet, compañero fiel de Bauer, é imbuído en sus mismos sentimientos, da con el mismo fin la misma prueba y de la misma manera. Su corazón incrédulo no puede tolerar que considere el cristiano como algo extraordinario el acto del Maestro, que, devorado por ardiente sed en su dolorosa agonía, rodeado de furiosos enemigos que acibaraban con amargas burlas sus últimos momentos, levantó al cielo sus ojos desfallecidos, é hizo esta oración: «Perdónalos, Padre, que no saben lo que hacen». Qué hay ahí, dice, de extraordinario. Es el lenguaje de la época, el lenguaje de los estoicos. De la misma manera habla también Séneca. Rodeado de esclavos que no tienen más

(1) Br. Bauer, *Christus und die Cæsaren*, 1, 2.
(2) Íd., íd., íd., p. 64.

voluntad que la suya, en el pleno goce de todos los bienes de la tierra, se sienta en su *Villa*, y contempla desde allí los miserables manejos del mundo. No ve más que ladrones, hipócritas, ambiciosos; á nadie cede la gloria de ser honrado. Sin embargo, contra nadie se irrita, sino que se siente animado hasta llegar al soberbio desprecio de la humanidad que sufre, expresándose en estos terminos. «Perdonadlos; son verdaderos locos». (1) ¿Y no es lo mismo?, dice Havet. (2) Semejante lenguaje es demasiado ridículo aun para darle este calificativo; pero podemos decir muy bien que, si no se aplican con más exactitud los argumentos, se concluirá por probarlo todo.

Dejemos tales ruindades y vamos á los hechos. No puede dudarse que gran número de principios de moral cristiana pueden colocarse al lado de toda una serie de máximas sacadas de los antiguos poetas y filósofos, con las cuales tienen analogía. En los primeros tiempos de la Edad Media, que tan apasionados fueron por los antiguos clásicos, se llevó hasta el exceso esta comparación, y eso que apenas si se conocían las obras de los escritores de aquel tiempo. Se los compiló para poner, aun á los más ignorantes, en estado de baladronear algo, citando pasajes de la antigüedad. Esta manía se introdujo también en los libros de piedad, en los sermones, y hasta en las cartas familiares, y de tal modo, que lisonjea un poco nuestro sentimiento. Con frecuencia, en los siglos XVI y XVII, se dejaron dominar también de esta pasión los moralistas y los intérpretes católicos, pudiendo de esta manera burlarse fácilmente los incrédulos del siglo XVIII, cuando quisieron volver contra el Cristianismo este capricho; les habían preparado el trabajo más que suficientemente los sabios católicos.

Pero ¿cuáles eran las ventajas de semejante erudición? ¿Qué sorpresa puede proporcionar el sentido literal de dos textos separados de su contexto? ¡Cuántas veces, conside-

(1) Séneca, *Benef.*, 5, 17.
(2) Havet, *El Cristianismo y sus principios*, (2) I, 177.



rado cada uno desde el punto de vista en que lo colocó su autor, no tienen entre sí ni la más insignificante analogía!

Serviránnos de prueba algunos ejemplos. Tiene mucha razón Strauss, cuando dice que el Cristianismo recomienda la mansedumbre para con todos los hombres; añade después que lo mismo y aun mejor lo hace el Budismo, pues recomendó la compasión para con todos los seres vivientes mucho antes que el Cristianismo, por lo menos cinco siglos antes de la Era cristiana. (1) Pero el cristiano practica la mansedumbre con su prójimo por amor á éste, y por lo mismo que está destinado á la misma felicidad. El budista, para quien es mala é injusta la existencia personal; y la vida, si no es un crimen, es la más grande de las desgracias, y para quien es completamente desconocida una vida más elevada y eterna, considera la vida de los demás como la suya propia, esto es, un desierto sin fin. Por eso, no le manifiesta amor alguno, sino sólo compasión. Para él tiene tanta dignidad el animal como su ser personal; por eso lo cuida, y llegaría hasta desgarrar su pecho para reanimar con su sangre al tigre que está expirando. De esta manera hay consuelo para ambos. (2) Y aun presenta otra cuestión Strauss. No ha sido sólo el Cristianismo el que ha dado á todos los hombres el nombre de hermanos, porque tienen á un Dios por Padre; también, dice, lo hizo Epicteto. Sin embargo, una cosa es que sepa el cristiano que es hermano del Hijo único de Dios, y otra que el pagano llame á Dios su padre, casi en el mismo sentido en que damos al Rhin el título de padre y á la tierra el de madre; otra cosa es también que los estoicos panteístas den el título de padre á Júpiter. Éstos tenían con frecuencia estas palabras en la boca: todos los hombres deben ser hermanos é iguales entre sí. Ahora bien, esto fué lo que sucedió cuando la dominación universal del imperio romano redujo á polvo la independencia, no sólo de las provincias, sino también de toda per-

(1) Strauss, *Der alte und der neue Glaube*, 83.
(2) Wuttke, *Geschichte des Heidenthums*, II, 576 y sig., 582.

sonalidad, cuando hacía mucho tiempo que el orgulloso ciudadano de la capital del mundo había enseñado al español, al galo y al coronado africano á postrarse en el polvo. Sucede casi lo mismo al chino, que ve á todos los hombres iguales, exceptuando á los hijos del Cielo. Todos son semejantes para el ciudadano romano, no porque todos tienen la misma dignidad que él, sino porque todos valen muy poco, porque todos son igualmente el grano de arena sin libertad y sin voluntad que contribuye á formar un Estado inmenso. [1] Es evidente que esa doctrina nada de común tiene con la caridad cristiana, aun cuando parezcan idénticas las expresiones.

**2. Donde se encuentran la doctrina cristiana y la sabiduría del mundo, con frecuencia arrastra la primera á la segunda.**—Si en una multiplicidad de casos es innegable la semejanza de las expresiones, ¿por qué ha de ceder en desdoro y desventaja del Cristianismo? Porque, ó ha tomado este pensamiento de la Religión natural, y se presenta así centenares de veces, y entonces no reclama la verdad en cuestión como su propiedad sobrenatural y personal, sino sólo como elemento de conocimiento común á todos los hombres, que obliga á todos por la naturaleza y por la razón, ó bien lo ha producido por sí mismo de una manera tan independiente como lo hubiera podido hacer un poeta ó un filósofo; y entonces no habría más que una prueba en favor de este principio de que nos gloriamos todos con justo orgullo: que el Cristianismo ha tomado como punto de partida la verdad natural, y es la verdadera religión de la humanidad.

En ningún caso se encontrará debilitada la enseñanza de la doctrina cristiana, cuando dice que ya se halla el Cristianismo en la sabiduría natural. Y servirá de doble condenación para los incrédulos que se oponen al Cristianismo, y que no quieren someterse á la razón y á la experiencia naturales, sólo porque no quieren ser súbditos de la fe sobrenatural. Si buscaran la verdad sin prevención y

(1) Wuttke, obra citada, II, 151.



con sinceridad, la encontrarían por todas partes, que por todas partes se les presenta. El amigo de la verdad no se cuida más que de la verdad, y para nada tiene en cuenta al que la proclama. Sin embargo, si quiere ir más lejos é ilustrarse más en este capítulo, después de un examen sincero, hallará que, hasta en las materias en que parece que tienen el mismo lenguaje la filosofía y el Cristianismo, habla éste con más claridad, dando sentido más claro, y significado más exacto á las mismas palabras, mientras que la sabiduría del mundo oculta con frecuencia en una expresión, en sí misma exacta, errores serios que aparecen en los comentarios.

**3. No hay más que una moral general para todas las relaciones de la vida.**—Esto encontrará su confirmación muy pronto, á medida que sigamos nuestra marcha. Estamos convencidos de que toda actividad exterior y pública hacia un fin cualquiera, hacia el Estado, hacia la sociedad, hacia la familia, hacia la civilización, debe ser un ejercicio de virtud moral personal procedente del individuo y que no tiene valor, sino en cuanto procede de la propia conciencia.

Cualquiera que sea el objeto de esta actividad, artes, ciencias, vida doméstica, ó vida social, no pueden darse á esa actividad otras bases que las de la vida interior propia de cada uno. Facilita mucho esto la tarea que nos hemos impuesto de hacer una exposición de las obligaciones naturales del hombre. La moral humanitaria casi debe desesperar de ello, porque, según ella, puede decirse que no hay moral para el hombre, sino sólo una suma de preceptos, ó, mejor dicho, un compendio de reglas de conducta para los niños de las escuelas, para los diplomáticos, para los artistas, para los hombres de bien, para los criados, pero diferentes según los individuos. Éstos convienen á tal hombre y no son de importancia alguna para otro. Aquéllos autorizan al hombre de Estado, al escultor, al actor, á presentar al público cosas que condenarían en ellos, si se las permitieran como particulares. Para nosotros, el hombre no es

hombre en casa y cómico fuera, sino que siempre y en todas partes es solo y únicamente hombre. De ahí que no conozcamos más que una moral para todos los hombres sin excepción y para todas las condiciones de la vida. La moral cristiana se ha hecho para los hombres, no para los comediantes; para hombres completos, y no para una parte del hombre.

**4. No se ha tomado de la Ética pagana la doctrina del justo medio.**—Ahora, si desea saber el hombre cuáles son las obligaciones que le incumben en un caso particular, no tiene más que dirigirse á la ley y á la autoridad, á la razón y á la conciencia. Mas, aun cuando lo sepa, queda todavía la segunda pregunta: ¿cómo cumplir el deber conocido? Y aquí nos encontramos, en la moral cristiana lo mismo que en la moral natural, con un principio de influencia considerable sobre la vida moral. Se trata de saber dónde está el límite en que deben contenerse los esfuerzos para llegar á la virtud. Después de lo ya dicho, nos es por completo indiferente que el Cristianismo haya tomado, ó no, esta determinación de la sabiduría de los antiguos. Lo importante es que aquí, como en todo, sea notoria la armonía entre la doctrina natural y la Doctrina cristiana. Entre tanto, está fuera de duda que esta última no ha tomado ese principio de la filosofía griega. Lo ha recibido del Antiguo Testamento, en el cual se leen ya estas palabras: «No quieras saber más que es menester, porque no quedes estúpido». [1] «No declines á la diestra ni á la siniestra». [2] «Pon coto á tu prudencia». [3] Cierto que de ahí lo ha sacado el Apóstol, si es que lo ha tomado de alguna parte, cuando nos dirige esta exhortación: «Digo á todos los que están entre vosotros que no sepan más de lo que conviene saber, sino que sepan con templanza». [4] Como se ve, este concepto de la virtud es

(1) Eclesiastés, VII, 17.
(2) Prov., IV, 27.
(3) Íd., XXIII, 4.
(4) Romanos, XII, 3.



el mismo que el que formuló Aristóteles en sus tan conocidos preceptos: «La virtud, ó el acertado ejercicio de la actividad, consiste en evitar lo mismo lo demasiado mucho que lo demasiado poco, y en saber contenerse en el justo medio. Comienza la falta cuando se inclina tal ó cual á la derecha ó á la izquierda». [1] Fué, sin duda, introducida por Aristóteles la expresión adoptada hace tanto tiempo y que por su exactitud rigurosa hace recordar la Geometría. Platón la aprobó de la misma manera. Para él no es otra cosa la virtud que la buena constitución, la salud, el orden interior y la armonía del alma, siendo falsa é imaginaria, si ha tenido su origen en tal ó de cual forma, y no es más que un convenio entre diferentes pasiones.

La verdadera virtud, concluye, consiste en librarse de las pasiones, en cuanto es posible, y en dar de lado á toda intemperancia y toda exageración en la práctica del bien. [2] En pocas palabras, si no se halla en todas partes el contenido literal de la doctrina aristotélica, existe, sin embargo, como base en la naturaleza de toda buena filosofía, y generalmente de toda prudencia de vida fundada en la razón.—De suerte que no hizo Horacio, sino expresar la opinión general, y dejar hablar al buen sentido en frente de las exageraciones estoicas, cuando dijo: «Hay en todas las cosas un justo medio, ó límites fijos, más allá de los cuales no puede hallarse la razón». [3]

**5. Es también propiedad del espíritu cristiano el sentimiento que de la belleza y de la proporción tenían los griegos.**—Conocemos la admiración sin límites que se profesa á la antigua Grecia, y sabemos demasiado que esa admiración ha tomado actitudes hostiles con respecto al Cristianismo, queriendo atajarle el paso. No hay que decir que habíamos de encontrarla aquí de nuevo. En

(1) Aristóteles, *Ethic.*, 2, 6 (5), 6 y sig.
(2) Platón, *Phœdo;* 69, *b*, *c*, *Rep.*, 4, 8, p. 430, *e;* 4, 16, p. 442, *c*, *d;* 9, 11, p. 586, *d*.
(3) Horacio, *Sat.*, 1, 1, 106.

efecto, cuando considera el Humanismo esa idea de virtud como algo pura y exclusivamente griego, cuando encuentra en ella una nueva prueba de que el espíritu artístico de los griegos sabía unir la proporción y la armonía externas, no sólo en el arte y en la vida pública, sino aun en los esfuerzos morales, manifiesta una de tantas manías que le son propias. Hay siempre necesidad de atribuir á los griegos todo lo que encierra alguna bondad y alguna belleza; pero ya hemos visto que quien puede únicamente reivindicar este honor es la doctrina de la Revelación, contenida en el Antiguo Testamento é independiente de los modelos griegos.

Asimismo, se han penetrado tan vivamente los doctores cristianos de la doctrina platónica sobre la necesidad de la belleza y de la proporción, que para ellos toda falta de proporción y toda exageración es enfermedad del alma. Hace tiempo que expresó este pensamiento Shaftesbury: La vida de cada uno debe ser una obra maestra. Respondió entonces Mandeville que reunía las condiciones exigidas para enseñar semejante doctrina un Lord tan rico, que poseía tan delicada cultura como Lord Shaftesbury, y que podía embellecer tanto su existencia desde el punto de vista artístico. Pero él, pobre como era, ¿qué podía hacer para llevar á cabo esa obra maestra? Á pesar de todo, no ha hecho otra cosa el Lord hostil al Cristianismo que exigir lo que reclama el Cristianismo de todos sus adeptos. ¡Exacto! Debemos hacer de nuestra vida una obra maestra, pero que nadie crea que estas palabras significan la adquisición de cuadros, la asistencia á los teatros, á los conciertos y á los estudios de los poetas. Trátase aquí de algo muy diferente, y de este algo hace el Cristianismo un deber y un precepto para todos sus adeptos, sean los que fueren, ricos ó pobres, que posean mucha ó poca inteligencia del arte.

No es este precepto invención de la civilización moderna; ya enseñaban los más antiguos de nuestros Santos que la vida de todos los hombres debía ser una imagen



artística. No citaremos el testimonio de los grandes Doctores de nuestra Religión, Gregorio Nacianceno y Ambrosio, Agustín y Jerónimo, que enuncian este mismo pensamiento. Se nos diría que, juntamente con la educación clásica, adquirieron ellos esta idea en las escuelas griegas y romanas. Pero si recorremos la historia de todos los monjes austeros y de todos los religiosos de los primeros tiempos, también encontramos entre ellos hombres y mujeres como el Abad Evagrio y Santa Sinclética, que con todas sus fuerzas defendieron este principio. Con especial placer lo saludamos en el hombre que en su juventud huyó del tumulto de Alejandría para retirarse á la soledad del desierto de Egipto. Fué tan áspera la vida que allí llevó, que á muchos pareció sobrehumana. Hablamos de San Isidoro de Pelusa que, según el común sentir, es el modelo completo del antiguo monje oriental. Éste que no era, lo repito, ningún rico Lord inglés entusiasta del arte, sino un hombre rígido, un fervoroso asceta, escribía al Obispo Lampecio: «Así como consiste la belleza corporal en la exacta proporción de los miembros, así se halla la belleza espiritual en la exacta proporción de las virtudes. Según lo han dicho muchos sabios, los renuevos que salen demasiado hacia el exterior, crecen mal. Por eso describieron la virtud haciéndola consistir en el justo medio. Es muy exacto; pues ya se refería á esta verdad el sabio de la antigua alianza, cuando dijo: «No quieras saber más de lo que es menester». [1]

Hemos dicho más arriba que es necesario fijar sólidamente por el contexto el sentido de los textos sinónimos con que quiere cada uno demostrar su aserto. Porque puede resultar con frecuencia que la filosofía natural—por lo mismo que ya antes del Cristianismo expresó un principio en todo su tenor literal,—haya conocido la verdad incompletamente, y la haya desfigurado. Ahora bien, esto concierne particularmente al principio de que acabamos de hablar. Hasta ahora podemos decir que no hemos tratado de ningún punto de doctrina sin probar claramente que sólo

(1) Isidor., Pelusiota, l. 3, epist. 131.

en el Cristianismo puede encontrarse la verdad sin mezcla de error y sin estar desfigurado. Siempre se encuentra un escollo á uno ó á otro lado; aquí hay exageración, allí atenuación de la verdad. Sólo la idea cristiana ha sabido evitar esos extremos, y es curioso ver cómo ha tenido éxito en la cuestión que actualmente tratamos. Y esta doctrina ha tenido la misma suerte en las escuelas de los maestros laicos. Parece que han tenido el designio de preparar al Cristianismo la gloria de haber conservado el Justo Medio, aun en la doctrina del Justo Medio.

Puédese, si se quiere, llamar á este principio el pensamiento fundamental del Iluminismo alemán en el siglo último. Pero, concebido así, ¿qué sentido tiene? ¿Qué se proponen, sino la medida media, esos filósofos del mundo que con tanta precisión y con tanta originalidad nos ha pintado Erdmann como imitaciones perfectas de los sofistas, de los eclécticos, de los escépticos y en particular de los sincréticos, enemigos jurados todos de toda escuela con doctrina cerrada? Es precisamente lo que más les falta. Hacer de la fe agua pura, de la moral sopas de leche para niños, y de la Religión un comodín, dejar al hombre que ande solo por medio de la virtud burguesa tan fácil de adquirir, y de la honradez, enseñándole la habilidad para sacarle á todo la substancia y obtener provecho de un mal negocio, ved el más elevado fin á que aspiraban los representantes de esa filosofía popular, los Merian, los Lambert, los Sulzer, los Meiners, los Garve, los Nicolaï, los Moisés Mendelsshon, los Maupertius, los Engel, hombres todos, cuya máxima favorita era: ¡Todo, menos los sistemas! ¡Todo, menos los extremos! ¡Todo, pero sin fanatismo! ¡Todo, sin exageración! (1)

Es indudable que, en la actualidad, ese género de filosofía está muerto; pero continúa existiendo en la vida, sobre todo cuando se trata de religión. Todos conocemos á esos entusiastas del Justo Medio, como se llaman ellos á sí mismos, padres, madres, maestros, directores de la opinión pública que no ven más que un peligro, que en su espíritu no tienen más que un temor cuando rezan la última petición del *Padre nuestro*, el exceso. Ni siquiera piensan en que, al lado del exceso, puede existir también el defecto. Lo que más valor tiene á sus ojos, es una religión humana sin superfluidades clericales, una piedad de corazón, tranquila, sin ostentación, y una moral cómoda y que no cueste nada. Y aun pretenden con esto ser buenos y piadosos cristianos. Pero jamás se dejarán persuadir de que pertenece á la Religión cristiana la obra exterior superflua; y de eso, saben y entienden ellos más que los sacerdotes y que los frailes fanáticos.

(1) Erdmann, *Gesch. der Phil.*, (2) 1870, II, 257, 261, 283.



Es poco más ó menos lo que forma el miserable y raquítico contenido de la filosofía china; también para ella consiste toda la virtud en el Justo Medio. El Justo Medio, debe existir en el mundo para conservar el equilibrio. Cierto que no es esto dificultad para hallarlo. El Evangelio habla de una puerta baja y de un camino estrecho; lo que significa que son pocos los que llegan al fin. Pero no sucede lo mismo con el racionalismo del Justo Medio y de los chinos. Considerados en general, los hombres son buenos; los malos, forman raras excepciones. Sobre todo, nada de exigencias exageradas en lo que pueden dar. ¡Fuera la supererogación! ¡nada más que la moderación! No se necesita ni demasiado mucho, ni demasiado poco; ni demasiado calor, ni demasiado frío; no hay necesidad de estar ni demasiado alto, ni demasiado bajo, no hay que ir ni á la derecha, ni á la izquierda; no se quiere ni ira ni gozo, ni demasiado dolor, ni alegría sin medida; y ante todo, nada de exaltado entusiasmo. (1)

No es extraño que este Pelagianismo doméstico, esta fuga fanática de todo fanatismo, haya podido corromper á muchos en el primer instante, y que haya ido en aumento esta corrupción desde los tiempos de Wolff y de Voltaire. Entre tanto, dice con razón Wuttke: «Si China no ha tenido fanatismo, tampoco ha tenido ningún ideal; no

(1) Wuttke, *Gesch. des Heidenthums*, II, 41, p. 124 y sig., 127 y sig.

ha vivido de exageraciones, más tampoco de entusiasmos». [1] No conoce la supererogación religiosa; y no es porque sea su pueblo más inteligente que ningún pueblo de la tierra, sino simplemente porque no hay nada que pueda despertar su entusiasmo. Jamás se ha elevado sobre la vida prosaica de la tienda, sobre un fin puramente terrestre. No puede tener origen el fanatismo, sino donde hay algo más elevado, algo que se pueda comprender y alcanzar. Pero cuanto más lejos de la realidad se pone ese fin, mayor es el riesgo que se corre de llegar á una caricatura del entusiasmo. «En las gigantescas ramas de la más perfecta de las religiones, pueden los renuevos del entusiasmo, llegar á alturas prodigiosas; en las arenosas llanuras de los chinos, no se obtenen más que tallos achaparrados». [2]

Todo esto puede decirse igualmente del Racionalismo, que desgraciadamente, aun hoy día, ejerce su tiranía en la vida práctica. En realidad, no fué casual el que, en tiempo de su más grande desarrollo, escogiera nuestro racionalismo como divisa la trenza de los chinos. También exteriormente se manifiesta el parentesco del espíritu. En unos y en otros se nota la misma falta de ideal, el mismo horror á la grandeza y al imperio de sí mismo. Todo lo que es grande y heroico, es despreciado como fanatismo. Y, sin embargo, ¿hay peor fanatismo que ese odio contra todo lo que es noble y grande? Sí, el racionalismo está muy alejado de ese exceso en el bien, de que hemos hablado ya, pero no á causa de su racionabilidad, sino á causa del vacío ilimitado de su horizonte.

**7. Hedonismo, Justo Medio, Utilitarismo.**—Nadie creerá que sea esta la exacta y razonable significación del principio del Justo Medio; es en realidad completamente extraña al sentido en que lo toman la doctrina peripatética y la doctrina cristiana.

Pero existe todavía otra explicación de este principio fundamental, más opuesto á la doctrina cristiana que el

(1) Wuttke, obra citada, II, 116.
(2) Íd., II, 75.



que acabamos de ver, explicación que se ha dado cuando se ha discutido la materia que estamos tratando. Un erudito, cuyo nombre ha tenido gran resonancia, y del cual conservamos una obra de valor sobre la historia de los sistemas de moral, es el que se ha hecho culpable de semejante error. Tal es el ilustre Bautain, que en esta materia ha confundido la doctrina aristotélica y la doctrina cristiana con el Utilitarismo, formando así de ellas, un juicio tan falto de base como de exactitud. [1] Si formara causa común con ese sistema nuestra doctrina, merecería ciertamente ser censurada y rechazada. Semejante tendencia tiene sus raíces en el tiempo de la gran decadencia del mundo griego, siendo su principal representante Aristipo, discípulo de Sócrates, fundador de la escuela Cirenaica y padre del Hedonismo. No conocía más que un mal: «el dolor ó la pena; y un sólo bien, el placer. La medida y el dominio de sí mismo en el goce son los mejores medios para aumentar el placer; el colmo de la verdadera sabiduría es moderarse en el placer, desear, no lo que se puede conseguir, sino lo que no se posee, y esto con cautela; en gozar siempre del momento presente, sabiendo sacar de él el mayor gusto posible, pero no en tal proporción, que sea obstáculo para un goce posterior». [2] Como se ve, poco se diferencia esta opinión de la de Epicuro, según el cual «debe consistir la virtud en el estricto examen de los diferentes géneros de placer ó disgusto, y después en dar la preferencia á los que aseguran mejor el gran fin que se llama tranquila serenidad del corazón». [3] «Todo exceso de placer agota pronto al hombre, y le deja un dejo amarguísimo; por eso, añade, en toda clase de goces, exige moderación la prudencia, pero particularmente en los sensuales, pues sólo de esta manera puede hacerse de ellos más largo y mejor uso». [4]

(1) Bautain, *La moral del Evangelio*, 210-226.
(2) Diógenes Laercio, 2, 86 y sig.
(3) Íd., 10, 129 y sig.
(4) Cicerón, *Fin.*, 1, 11, 14; *Tuscul.*, 5, 33.

Semejante filosofía, que es la filosofía de los más refinados vividores, conviene tan bien al sentido corrompido del mundo, que no puede dejar de reclutar prosélitos en todo tiempo, y sobre todo en las épocas de decadencia moral. Así, pues, no hay que extrañarse de que desde la espantosa decadencia de costumbres del siglo pasado, se haya manifestado muchas veces, ya en forma grosera, ya en forma más refinada. De ahí ha salido la tan conocida doctrina del «Justo Medio» ó del pretendido «interés natural bien comprendido». Sus más ilustres maestros son: Bentham en Inglaterra, y Beneke en Alemania. Según esta escuela, el fin de nuestra actividad es «la utilidad». En otros términos: debemos substraernos á toda emoción desagradable, buscando, hasta la saciedad, los sentimientos que nos causan placer.

Según ella, la virtud es la capacidad de producir todo el bien posible; siendo el bien más elevado la «utilidad». Por consiguiente, el fin más elevado de la virtud es el egoísmo, esto es, la aspiración á la propia utilidad. Sin embargo, si, en su ilimitado egoísmo, pensase únicamente en sí mismo el hombre, podría causarse algún perjuicio. Por lo tanto, para saber moderarse con prudencia, debe pesar exactamente las pérdidas y las ganancias, y dejarse arrastrar del placer sólo en el caso de que tenga probabilidades de ser superior al perjuicio. Examinar exactamente el máximum de felicidad y el mínimum de desgracia, acrecentar en la mayor medida posible lo que es agradable, disminuir, en cuanto se pueda, lo que es desagradable; he aquí toda nuestra empresa. Resulta de ahí que es necesario cuidar mucho la facultad de pensar, porque podrían resultar enojosas consecuencias para el cerebro; fijarse mucho en la limosna que se da, para que no se resienta la fortuna; poner freno á la ambición, por miedo á que pueda turbar la tranquilidad.

Pero es necesario también tener en cuenta la manera como dependen de los demás las ventajas personales. No se debe cometer injusticia contra un tercero, porque, á su



vez, podría también perjudicarnos él. Débese, por el contrario, tratar de ser útil á los demás, porque siempre se puede necesitar algún servicio de ellos. No hay que decir que todo esto debe hacerse con el menor sacrificio posible. De esta manera, conduce naturalmente el egoísmo á la beneficencia, á la justicia, lo mismo en la vida privada que en la vida pública, y hasta á una conducta correcta con Dios: porque así lo exige el Justo Medio entre la indiferencia y la exageración. Debemos cumplir con nuestros deberes para con él, tanto como sea necesario, pero no deben exigirnos estos deberes grandes sacrificios. [1] Sí, esta doctrina, es también doctrina del Justo Medio, pero con ella, no hay virtud posible. Es la moral de los hombres honrados que á poco precio desean procurarse un buen nombre en el mundo. Considerada desde este punto de vista, no encierra nada desagradable. Según este principio, nadie tiene necesidad de pensar en dominarse, en hacer esfuerzos serios, en inquietarse sobre cuál es la verdadera bondad y la verdadera virtud del corazón. Y sin embargo, puede asegurar fácilmente las apariencias de un nombre ilustre. Para ello, sólo son necesarias dos cosas: conservar cierto prestigio exterior, y tener siempre y en todas partes presente su utilidad; porque, según esta doctrina, la bondad y la malicia de una acción, dependen únicamente del resultado externo. ¿Es útil? Es buena: ¿No es útil? Es una locura, un pecado. Ejecuta alguien una acción con intención recta y después de maduro examen; pero ha cedido en detrimento suyo, le ha causado un perjuicio: ha sido un loco, ha obrado mal. En estos casos el heroísmo viene á ser falta de juicio; la inmolación personal, fanatismo; dar sus biemes y su sangre por una causa santa, crimen; el sacrificio, hipocresía; la virtud, máscara tras la cual se oculta el más grosero egoísmo. Esto es tanto más triste, cuanto que, debemos confesarlo, nos ha-

(1) Bautain, 210-219; Stein, *Die pathol. Moralprincipien*, 149 y sig. Ahrens, *Rechtsphilosophie* (4) 1852, 47-60. Mohl, *Lit. der Staatswissenschaften*, III, 595, 635.

llamos en presencia de la pretendida virtud de nuestro gran mundo.

**8. Triple punto de vista en que hay que colocarse para determinar el Justo Medio.**—Según lo dicho, se ve que esta cuestión no es tan fácil de resolver como pudiera creerse á primera vista. Nos proporciona un ejemplo muy instructivo, y es que no basta presentar cualquier fórmula, por más clara, fácil y comprensible que aparezca. Con reconocimiento aceptarán siempre los espíritus modestos, que aspiran á la verdad, que la doctrina cristiana les dé una indicación que les permita descifrar el verdadero sentido de una cuestión.

Por lo que toca al sentido del principio actualmente en cuestión, quiere decir desde luego que el bien se halla entre dos extremos. Representémonos de un lado un atrevido titiritero que por algunos céntimos expone su vida con temeridad que raya en locura, y de otro lado un personaje delicado que tiembla por su salud á la menor corriente de aire que se siente en una iglesia y completamente inofensivo para millares de personas. Entre los dos, representémonos un médico á quien no impide cumplir con su deber el peligro cierto de un contagio; no tendremos necesidad de discurrir mucho para saber donde está la virtud. Está en el medio. Todos saben qué virtudes se mantienen en el término medio entre la grosera violación de las reglas de buena crianza, y la empalagosa afectación; entre el sentimentalismo y la insensibilidad; entre la estupidez de un espíritu afeminado y los arrebatos de la ira. Fácil es comprender que la verdad y el bien se hallan entre la exaltación y el rebajamiento de sí mismo, entre el desaliño y la extremada afición á componerse, entre la prodigalidad y la codicia, entre la ambición y el oscurecimiento de sí mismo.

Mientras se trata sólo de saber donde se halla la virtud, se contesta con la mayor facilidad; pero así y todo la virtud no aparece. Preséntanse después otras dos cuestiones, que no son tan fáciles de resolver. Así, aunque veo un campo situado en medio de otros dos, no sé, sin embargo, cuál es su extensión ni donde comienzan los límites que lo separan de los que están contiguos, y más allá de los cuales no puedo trabajar sin violar el derecho. Con todo, examinando exactamente, se hallará por fin lo que se busca sin que cueste mucho trabajo.



Pero sucede á veces que hay que hallar el Justo Medio entre límites que no siempre son inmóviles; y en tal caso hay que dar pruebas de mucha prudencia y de gran circunspección para no perjudicarse á sí mismo ni á los demás. Nadie puede trazar de antemano la ruta que deben seguir el piloto encargado de dirigir un buque á través de una corriente que cambia sin cesar, ó bien sobre bancos de arena movediza, ó el cochero que debe conducir su vehículo, ya á lo largo de una gran hilera de coches, ya junto á turbas amotinadas; tienen que hallarlo ellos mismos, y no tienen más medios que los ojos y la inteligencia. Ahora bien, estos dos casos se hallan también en el campo de la moralidad. Hay una clase de obligaciones, que impuestas una vez sólidamente, permanecen siempre las mismas, y de manera inalterable. Están determinados los límites por los dos lados y con la exactitud más rigurosa. En tal caso hállese el Justo Medio en la cosa misma á que se refiere el ejercicio de la virtud; pero no todo ejercicio de la virtud tiene por objeto una cosa tangible é inmanente. En este caso no puede precisarse de antemano el Justo Medio; pero en cada uno de los casos que se presenten, está obligado á hallarlo el que haya de cumplir un deber, no teniendo á su disposición para hallarlo más medios que la prudencia y la perspicacia. De ahí viene, se dice, que «el Justo Medio se encuentra, ya en la naturaleza de la cosa, ya en la inteligencia del hombre». (1)

Cuando se trata de lo mío y de lo tuyo, de dar y de recibir, de derecho y de deber, de obligaciones y de reciprocidad á esas obligaciones; en una palabra, cuando se trata de virtudes que entran en el dominio de la justicia, no es

(1) Sto. Tomás, 1, 2, q. 64, a. 2.

difícil decir, las más de las veces, cuándo está uno en lo justo, porque ya el justo medio está fijo y determinado por el objeto ó por el cumplimiento del acto en sí mismo. Si debo á uno cien pesetas, ya sé lo que debo hacer para satisfacer á la justicia. Si he prometido á otro prestarle un servicio en tal ó cual tiempo determinado, el mismo estado de las cosas me dice dónde se encuentra en un caso la falta, y donde en otro se halla la verdadera práctica de la justicia. Pero no es lo mismo cuando me hago á mí mismo esta pregunta: En este caso ¿no han pecado, éste por prodigalidad, y aquél por avaricia? Quien tema cargar con la responsabilidad de un juicio severo, reflexione antes de contestar, temeroso de perjudicar al prójimo. Esa manera de obrar ¿no es violación de las reglas de buena educación, celo imprudente, pretensión y orgullo? Y si es así, ¿dónde podrá detenerse la circunspección? ¿dónde comienza la timidez? ¿hasta dónde pueden llegar la caridad y la severidad? ¿dónde hay pasión? ¿dónde pecado? ¿qué duración puede darse al goce para no faltar á la moderación? ¿dónde terminan el deber de hablar y el derecho de callar? Y hay muchas más preguntas á que nadie podría contestar con ligereza. Todos dirán que, antes de contestar, es necesario conocer exactamente las circunstancias, examinar al que ha obrado de aquella manera, y tener en cuenta las personas de que se ha acompañado, quién resolvería esta cuestión, cuándo y cómo la resolvería. Quizá después de todo esto, se atreva á dar su opinión; pues podría suceder que una acción, defectuosa en cien casos, perfectamente justa en otros, fuera, sin embargo, condenable relativamente á las personas de que se trata, en razón de las circunstancias que las rodean, mientras sería excusable en otras colocadas en circunstancias ordinarias. La práctica de la virtud difiere según los casos particulares. No pedimos lo mismo á un militar que á un religioso, á una señora de elevada posición que á una sirvienta, á una madre que á una hija joven.

9. **Dificultades para obtenerlo.**—Se experimenta por lo mismo dolorosa impresión, cuando se ve á esta moral racionalista de hombres honrados imitando á la de los chinos, y lanzando una mirada orgullosa sobre las supuestas exageraciones de los cristianos, como si nada fuera tan fácil como la práctica de la virtud, á condición, sin embargo, de formarnos de ella una idea exacta. Obrando así, cada uno tiene naturalmente á la vista la suya, y, de hecho, creemos de buen grado que no hay mucha dificultad en practicar una virtud que con tanta elevación nos han pintado esos filósofos vividores. Mas, á pesar de todo, decimos con seguridad que no es tan fácil la virtud, y que en la práctica del bien, es bastante difícil alcanzar el verdadero punto. Ni quedarnos jamás por debajo de nuestra capacidad de obrar, ni aspirar nunca á traspasarla; he aquí una empresa que dista mucho de carecer de importancia. Debemos obrar con celo y con fervor, pero sin faltar jamás á la modestia y á la mansedumbre; debemos luchar para vencer todos los obstáculos, pero sin perder la tranquilidad interior, y sin turbarnos á nosotros mismos; debemos obrar con conciencia, pero sin ansiedad, con circunspección, sin perplejidades; debemos ser prudentes, pero no tímidos; activos pero no revoltosos. La verdadera medida exige de nosotros tranquilidad sin negligencia, energía sin rudeza, seriedad sin aspereza, condescendencia sin debilidad. Debemos dominarnos, pero no nos está permitido dejar que se entorpezcan nuestras facultades; debemos desprendernos de todo, y no despreciar nada; debemos servir á Dios y á nuestra alma, sin prescindir de los deberes que tenemos en el mundo. En todo debemos conciliar la tranquilidad y la razón, con el calor y fuego interior, harmonizando la delicadeza del corazón con la firmeza de la voluntad y, lo que es más difícil, no permitiendo que vengan á turbar nuestro espíritu falsas apariencias. Pero en ninguna parte se encuentra más frecuentemente este peligro que donde creemos con seguridad haber encontrado el bien. Por eso, cuanto mejor nos parece una cosa, con mayor escrupulosidad debemos examinarla para que no nos seduzca la apa-

riencia del bien y sea la virtud un escándalo para los demás. Verdad es que, por pura aversión á la virtud, muchos hablan de fanatismo allí donde todo se encuentra en el mayor orden.

Pero, desgraciadamente, tampoco es posible negar que hay realmente fanatismos y exageraciones que causan mayores escándalos que el mismo mal con toda su malicia descubierta, como sucede en la práctica del bien cuando no se tienen presentes ni el orden ni las proporciones convenientes. Ahora bien, «todo esto, dijo ya Aristóteles, no es muy fácil, y exige previsión, experiencia y atención». (1) El mismo pensamiento expresa San Agustín, pero con mucha independencia del filósofo griego. «De la misma manera, dice, que sólo da en el blanco el tirador que tiene mucho ejercicio y pone toda atención, así sólo el que pone atención y es celoso, podrá llegar al justo medio, y por él á la virtud. Los que se satisfacen con cualquier cosa, pueden ilusionarse y creer que basta con echarse á dormir y soñar virtudes. Pero no, la verdadera virtud exige lucha». (2) Cuestión es esta que no se les ocultó á los antiguos. «El camino de la virtud, dice Hesiodo, está regado de sudor. (3) Y Simonides canta:

«Según refrán viejo, construye su nido
»La virtud en altas y escarpadas rocas;
»Ninguna mirada llegar ha podido
»A tan altas cimas. Esperanzas locas
»Serían, tan arriba si llegar presume
»Quien copiosamente por todos sus poros
»No suda, ni en ello sus fuerzas consume»... (4)

Los que constantemente hablan de las exageraciones de la doctrina cristiana y del fanatismo de sus partidarios, pueden ver si tienen derecho á dar su opinión, cuando se trata de esfuerzos serios para la virtud. Es de temer que

(1) Aristóteles, *Ethic.*, 2, 9, 2, 3. Andronic. Rhod., *Paraphr.*, 2, 8.
(2) S. Agustín, *De quantitate animæ*, 16, 27.
(3) Hesiodo, *Opera*, 289 (Lehrs).
(4) Clemente de Alejandría, *Strom.*, 4, 7, 48.



abusen demasiado de palabras tan sagradas, y que confundan con la virtud lo mediano y lo superficial. «La virtud, dijo ya Andrónico de Rodas, está, es verdad en el medio, pero no es virtud toda medida media, ó mejor, toda medianía». (1)

**10. Necesidad y sublimidad de la virtud de la prudencia.**—Por eso, contra lo que dicen los chinos y los racionalistas, piensa también Aristóteles «que es difícil la práctica de la virtud en cada caso particular, siendo imposible llegar hasta ella sin la prudencia». (2) En este punto están conformes todos los Doctores cristianos. ¿Cómo puede ser, dicen, que en toda la serie de criaturas sean una excepción la deformidad y la falta de actividad, siendo, al contrario, en el hombre casi la regla general? No es, responden, porque su naturaleza sea de peor condición que la de los demás seres, sino porque el éxito depende de su propio y libre trabajo. Ahora bien, este trabajo libre sólo con dos condiciones puede tener efecto, con la aplicación y, sobre todo, con la circunspección prudente. Por desgracia, no piensa suficientemente que su honor consiste en poder ser él mismo la causa de su perfección; y busca la manera de libertarse de sus deberes, como de carga que le impone ese testimonio de superioridad. Sin embargo, esto no deja de ofrecer su encanto cuando oye uno decir á Eduardo Hartmann, en nombre de la conciencia personal de la época, que «es cuestión de gusto la observancia de la medida exacta y del justo medio». (3) En realidad, lo que se significa con estas palabras es sencillamente el miedo al esfuerzo moral y al trabajo intelectual. Á los que encuentren demasiado severo este juicio, les invitamos á acompañarnos de nuevo á la escuela de los Padres del desierto, para nuestra instrucción y quizás también para nuestra saludable confusión.

Cuenta uno de aquellos grandes monjes, el Abad Moi-

(1) Andronic. Rhod., *Paraphr. Ethic. Nicom.*, 4, 11.
(2) Aristóteles, *Ethic.*, 2, 6, 15 y sig.; 6, 1, 1 y sig.
(3) Hartmann, *Phænomenologie des sittlichen Bewusstseins*, 118.

sés, que, siendo muy joven, asistió á una conversación que tuvieron los Padres antiguos en la celda del gran Antonio, en la Tebaida. Versó la conversación sobre la virtud que con más seguridad lleva á la más alta perfección. Cada uno daba su opinión, y presentaba la que le parecía que tenía la cualidad pedida: el ayuno, la pureza del corazón, el desapego de las cosas del mundo, la humildad y la caridad; y apoyaban su opinión en numerosas é importantes razones. El Venerable Anacoreta esperó que terminasen todos, y por fin dijo: Bueno y verdadero es todo lo que acabáis de decir; sin embargo, ¡á qué locuras no ha llevado á muchos el exagerado deseo de mortificación! ¡Cuántos han tenido desastroso fin, como consecuencia de su irreflexión en el cumplimiento de las obras de caridad! Debe haber, pues, una virtud más elevada aún que las que acabáis de presentar, una virtud que preserve de descarríos á todas las demás virtudes, que son, por cierto, muy buenas en sí; es el don de la discreción razonable. Esta sola nos enseña á andar por el camino real, evitando los escollos que lo cercan; ella sola puede impedir la elevación sobre la justa proporción por exceso de celo, ó el entorpecimiento por una molicie perezosa; es ella ese ojo que nos ilumina, y del cual se ha dicho en el Evangelio, que «si fuere sencillo, iluminará todo nuestro cuerpo»; [1] ella la que tuvo presente la Escritura, cuando dijo: «Con la sabiduría se edificará la casa, y con la prudencia se afirmará». [2] Pero Antonio pensaba que esta doctrina, semejante al alimento fuerte de que habla el Apóstol, conviene solamente á las naturalezas perfectas y generosas, ó á esas naturalezas que, aunque débiles por sí, se han hecho enérgicas por el ejercicio y por la actividad en que han desplegado todos sus esfuerzos. [3]

Como consecuencia de este discurso, dice Moisés: «Convinieron todos los presentes en que á todos era necesaria

(1) S. Mateo, VI, 22.
(2) Prov., XXIV, 3.
(3) Hebreos, V, 14.



la prudencia, porque sólo por ella podían crecer con seguridad y vivir permanentemente las demás virtudes». [1] Todos pensaron, pues, exactamente como San Bernardo, cuando dijo que la prudencia «no es virtud semejante á las otras, sino la conductora de todas las virtudes y la maestra de la moral». [2]

En los siglos cristianos, pensó y habló la conciencia de los pueblos como los antiguos Padres y como los áridos Escolásticos. Tenemos delante una doctrina que hizo gran papel en la poesía popular de la Edad Media. También ella considera la virtud como «el Justo Medio». [3] «Entre dos defectos hay siempre una virtud», [4] dice Thomasino. Mas para distinguirla de todo lo que le es contrario y de todo lo que la desfigura, se necesita prudencia, ó, según la expresión habitual de la Edad Media, discreción. Para esta Edad, la discreción es la ciencia de juzgar de todas las cosas con exactitud, el arte de señalar á cada una el lugar que le conviene y de cumplir todos los deberes como deben ser cumplidos. Por eso nunca se cansan los poetas de elogiarla. [5] «Discreción y prudencia son virtudes inseparables». [6] «La discreción no es virtud como las demás, es el coronamiento de todas ellas». [7] «Sin discreción no hay verdadera virtud; sin discreción son trabajo perdido el sufrimiento, la ciencia y el arte». [8] Donde dice la Escritura: «La sabiduría es mejor que la fuerza, y vale más la prudencia que el poder de las armas», [9] la Edad Media dice:

«Discreto antes que valiente
»Ser quiere el hombre prudente». [10]

(1) Casiano, *Collat.*, 5, 2, 4.
(2) S. Bernardo, *Cantic.*, 49, 5.
(3) Meissner, 10, 4. (Hagen, Minnesinger III, 100).
(4) Thomasin von Zerclaere, *Der wœlsche Gast*, 9993 y sig.
(5) Meissner, 15, 3. (Hagen, III, 103). Thomasin, 7559 y sig.
(6) Heinrich, von Meissen (Frauenlob). *Prov.*, 376, 3 (Ettmüller, 213).
(7) Freidank, 1, 1, 2. Thomasin, 3879 y sig., 6165 y sig.
(8) Freidank, 126, 9 y sig. (Bezzenberger, 182).
(9) Prov., XXI, 22. Eclesiastés, IX, 18. Sabiduría, VI, 1.
(10) Thomasin, 8513 y sig.

Por eso, á los hombres ilustrados se les oye hablar por todas partes de la discreción: «de la discreción en el empleo de los bienes temporales», [1] «de la discreción en el goce de los placeres», [2] «de la discreción en la vida doméstica», [3] «de la discreción en la práctica de la amistad». [4] «El que no tiene discreción no tiene más valor que el que no sabe dominarse á sí mismo»; [5] y, por consiguiente, no tiene derecho á ser admitido entre los hombres cultos. Es tan gran defecto para todos la falta de discreción, que Wolfram no encuentra expresión más denigrante para estigmatizar á Meljahcanz, el terrible raptor de muchachas, que la de «hombre sin discreción». [6]

Véase á dónde van á parar los que dicen que la doctrina del justo medio es cuestión de gustos. En pocas palabras excluyen de la vida humana la prudencia, haciendo de la virtud, y perdónesenos la expresión, un juego de gallina ciega. Pero sale al encuentro el Cristianismo con su doctrina moral. Aunque la considera necesaria para el hombre todo entero, sin embargo, la tiene en cuenta especialmente para la razón humana. Por eso, cuanto más empeño pone la moderna moral anticristiana en pescar á río revuelto, tanto más obligados nos sentimos nosotros á glorificar nuestra fe como la religión de la razón prudente.

11. **Orden de la medida exacta.**—Esta doctrina hace aparecer otra gloria para el Cristianismo. La Edad Media habla de la virtud de la «medida exacta», ó, según su expresión, de la virtud, «der mâze», en términos más encomiásticos que los que usa para celebrar la discreción. [7] La pone sobre las demás virtudes, como divisa de sentimientos nobles y de esmerada educación; es superior hasta aquellas dos virtudes que tanto encomió la Edad Media: la lealtad y la constancia. Su antítesis «el exceso», [1] que designa con frecuencia con una palabra que significa desorden, [2] tiene para ella el mismo significado que «grosería, falta de educación»; para ella es la «hermana de la debilidad», [3] la «madre de todos los pecados», [4] exactamente como lo leemos de un modo admirable en las revelaciones de una vidente alemana de los tiempos modernos, Catalina Emmerich. [5] Por el contrario, saber moderarse, [6] ó guardar la justa medida, estaba bien á todos en todo. [7]

(1) *Parcival*, 171, 7 y sig. (Bartsch, 3, 165, y sig.).
(2) Walther von der Vogelweide (Pfeiffer), 68, 3.
(3) Hartmann von Owe, 2, *Büchlein*, 65 y sig.
(4) Hartmann, *Erec.*, 5070 y sig.
(5) Id., 1, *Büchlein*, 1015.
(6) *Parcival*, 343, 23 y sig. (Bartsch, 7, 173 y sig.).
(7) Winsbeke, 31, 1 y sig.; 35, 3: 50, 3. *Warnung*, 325 y sig. Hugo von Trimberg, *Renner*, 47, 93 y sig., 55, 11 y sig. Hugo von Langenstein, *Martina*, 25, 61 y sig. (Keller, 63). Zingerle, *Sprichwœrter des Mittelalters*, 99 y sig. Dante, *Purgat.*, 17, 97 y sig.



«Debe la justa medida
»En todo ser conocida». [8]

«Todo lo honraba la mesura; es el principio de todas las virtudes, y nos hace favorable á Dios». [9] «La constancia y la mesura son hijas de una misma virtud». [10] «El recato y la mesura convienen lo mismo á los hombres que á las mujeres». [11] «Si conviene más á la mujer el recato, y á los hombres la constancia y la lealtad, la mesura está igualmente bien en unos y en otras». [12] «Saber guardar recato es más bien ideal del caballero secular [13] que del caballero religioso», [14] «pero sobre todo es ideal del hombre». [15] Á la mujer buena sólo le exigía una cosa la Edad

(1) Lamprecht, *Alexanderlied*, 6764.
(2) *Parcival*, 171, 16 (Bartsch, 3, 1662). Hartmann, *Erec.*, 6527. Walther, (Pfeiffer), 72, 8; 80, 48; 169, 8.
(3) Thomasin, 9885 y sig.
(4) Íd., 13802.
(5) Emmerich, *Leben der heiligen Jungfrau Maria*, 51.
(6) Lamprecht, *Alexanderlied*, 6794, 7112.
(7) Íd., 4718. Thomasin, 722 y sig.
(8) Heinr. von. dem Türlin, *Crône*, 27, 12 y sig.
(9) Rinkenberk, 7 (Hagen, Minnesinger, I, 339.
(10) Thomasin, 12, 339 y sig.
(11) Friedr. von Sonnenburg, 1, 32. (Hagen III, 74).
(12) Heinr. von Meissen (Frauenlob); *Spr.* 262, 4 y sig. (Ettmüller, 150).
(13) *Parcival*, 13, 4. (Bartsch, 1, 364).
(14) Íd., 489, 2 y sig. (Íd., 9, 16, 82 y sig.).
(15) Íd., 2, 5 y sig. (Íd., 1, 35 y sig.).

Media: «permanecer siempre en la justa medida». [1] «Honor al hombre que vive según la justa medida, [2] y nunca sale de ella»; [3] «pero á la mujer que está adornada de las dos virtudes, el pudor y la moderación, se le debe la más alta recompensa». [4] En lugar de la moral del Cristianismo, pueden poner sus nuevos descubrimientos los que con ella no se sienten satisfechos; pero no les envidiamos el honor de reemplazar nuestra ley por una moral de medianía ó por un sistema de falta de moderación. Basta con que podamos dar á la doctrina y á la vida cristianas el hermoso nombre que con orgullo les dió la Edad Media: «El orden de la justa medida». [5]

**12. Belleza y encanto irresistible de la virtud bien proporcionada.**—¿Y cómo llegar á ese Orden de la justa medida? ¿Cómo poder ser armado caballero en esa Orden? Acaso el que desea llegar á la verdadera perfección ¿tendrá necesidad de muchas investigaciones sobre la naturaleza del bien y sobre los diferentes sistemas de filosofía, relativos á los deberes que debe cumplir? ¿Sólo el sabio ha de poder acariciar la esperanza de llegar á la perfección moral? Triste doctrina sería, porque habría millones de ignorantes excluídos de la virtud, mientras que nos enseña lo contrario la experiencia, esto es, que, con frecuencia, los menos ilustrados, los menos sabios, superan en aptitudes para la virtud á los más eruditos y á los más sabios. Una vida honesta no exige ni la agudeza de ingenio, ni la sutileza de la erudición; pero requiere otra cualidad que no es de adquisición difícil. «Puede la virtud, dice Santo Tomás, existir perfectamente sin la ciencia, pero es imposible adquirirla sin prudencia y sin buen sentido». [6] No hay más que, algunos pocos que pueden adquirir la ciencia, y, ¡cuánto no les cuesta esa adquisición! pero todos pueden

(1) *Parcival*, 3, 3 y sig. (Bartsch, 1, 63 y sig.).
(2) *Der Winsbeke*, 41, 5 y sig.
(3) *Passional* (Kœpke), 364, 22.
(4) *Die Winsbekin*, 5, 8; 6, 1; 7, 6.
(5) *Parcival*, 171, 13. (Bartsch, 8, 1659).
(6) Sto. Tomás, Summa theologica, 1, 2, q. 58, a. 4.



conseguir la prudencia; no se encuentra en los libros, con dificultad la enseñan los maestros; la facilita la práctica.

Por eso el filósofo griego [1] y el santo cristiano, que le han dado naturalmente toda su aprobación, [2] dicen que «no es posible el bien sin prudencia». Pero tampoco es posible ser prudente sin la práctica de la virtud de la prudencia. Fúndase esta virtud únicamente en la armonía de la inteligencia y de la voluntad, y en la del corazón y de la acción exterior. Los sentimientos más nobles, si no se han equilibrado exteriormente, los actos más hermosos, si se han ejecutado fuera de ocasión, los sacrificios más heroicos, si se han llevado á cabo sin medida y sin prudencia, hacen la virtud enojosa, risible y despreciable. Pero es digno de admiración el que en todos sus actos se acomoda á la medida cabal y justa, ya sean actos propios de la vida ordinaria, ya esos actos brillantes que forman la gloria del héroe cristiano. No predicamos la medianía cuando decimos que no debe pasarse del justo medio; exigimos que, para la conveniencia y para la belleza, se manifieste en todas las acciones el sentimiento moral, desde la virtud heroica, elevada al más alto grado, hasta el poco ameno cumplimiento del deber de cada día. Entonces aparecerán con toda evidencia las palabras que tuvieron ya en los labios los antiguos, á saber: que «el decoro y la moralidad, el bien y la belleza, son una sola y misma cosa». Así cesará esa censura sin fundamento de que es desagradable el bien y enojosa la virtud. Se hará también amable la piedad moviendo á la imitación. Y en presencia de sus despreciadores, se justificará la virtud por su natural y encantadora belleza, convirtiendo en admiradores entusiastas á los que habían comenzado á huir de ella.

¡Ojalá la comprendan y la practiquen en su vida los cristianos! Entonces el incrédulo tendrá que callarse y saludará con gozo y entusiasmo el conocimiento de su fe.

(1) Aristóteles, *Ethic.*, 6, 13, 2; 10, 8, 2.
(2) Sto. Tomás, *In Ethic.*, 1, 6. Lect. 11, c.

Así miraba en otro tiempo la reina pagana á los héroes de la Edad Media, verdaderos caballeros de la justa medida. Y después de contemplarlos un rato, exclamó, poseída de admiración y entusiasmo: «Veo ahora que los que estáis bautizados poseéis los más elevados dones, y que es merecido vuestro elogio, porque es magnífica la nobleza de vuestro continente, y brilla en vosotros la belleza unida á la fuerza viril». (1)

(1) *Parcival*, 329 y sig. (Bartsch, 6, 1474 y sig.).

## CONFERENCIA XVI

### CARÁCTER DE LA VIRTUD CRISTIANA

**1. El simbolismo religioso como termómetro de la cultura del espíritu. El ideal animal de las antiguas imágenes de los dioses: el carácter humano de los productos del arte cristiano.**—Uno de los mejores medios para determinar la elevación de la cultura intelectual de un pueblo consiste en examinar su simbolismo religioso. El simbolismo escoge un objeto de la vida natural, por medio del cual hace sensible una idea suprasensible. Cuanto más natural y sencilla es la imagen sensible, tanto más claramente expresa el simbolismo lo que debe significar; y cuanto más elevada es la idea oculta bajo la representación sensible, más soberanamente representa su papel. Por eso no puede hacer nada conveniente, sino con la doble condición de hallarse tan bien en sí misma, en el dominio de la naturaleza, como claramente conduce á lo suprasensible y al mundo del espíritu.

Considerado desde este punto de vista, no hay duda que pertenece el primer premio al simbolismo religioso de la Edad Media. Su inagotable variedad, su sencillez, la profundidad de su lenguaje, son cosas que desgraciadamente hoy nos son inaccesibles. Por el contrario, la civilización de la antigüedad, acusa en esta materia tal pobreza y tal impotencia, que no es posible cubrirlas con color alguno. Sólo hay un punto incomprensible, y es que están siempre obstinados los sabios en hallar profundos y grandiosos misterios en las ceremonias de Eleusis. Pero los antiguos no tenían misterios que ocultar. Si nos hablan

Así miraba en otro tiempo la reina pagana á los héroes de la Edad Media, verdaderos caballeros de la justa medida. Y después de contemplarlos un rato, exclamó, poseída de admiración y entusiasmo: «Veo ahora que los que estáis bautizados poseéis los más elevados dones, y que es merecido vuestro elogio, porque es magnífica la nobleza de vuestro continente, y brilla en vosotros la belleza unida á la fuerza viril». [1]

(1) *Parcival*, 329 y sig. (Bartsch, 6, 1474 y sig.).

## CONFERENCIA XVI

### CARÁCTER DE LA VIRTUD CRISTIANA

**1. El simbolismo religioso como termómetro de la cultura del espíritu. El ideal animal de las antiguas imágenes de los dioses: el carácter humano de los productos del arte cristiano.**—Uno de los mejores medios para determinar la elevación de la cultura intelectual de un pueblo consiste en examinar su simbolismo religioso. El simbolismo escoge un objeto de la vida natural, por medio del cual hace sensible una idea suprasensible. Cuanto más natural y sencilla es la imagen sensible, tanto más claramente expresa el simbolismo lo que debe significar; y cuanto más elevada es la idea oculta bajo la representación sensible, más soberanamente representa su papel. Por eso no puede hacer nada conveniente, sino con la doble condición de hallarse tan bien en sí misma, en el dominio de la naturaleza, como claramente conduce á lo suprasensible y al mundo del espíritu.

Considerado desde este punto de vista, no hay duda que pertenece el primer premio al simbolismo religioso de la Edad Media. Su inagotable variedad, su sencillez, la profundidad de su lenguaje, son cosas que desgraciadamente hoy nos son inaccesibles. Por el contrario, la civilización de la antigüedad, acusa en esta materia tal pobreza y tal impotencia, que no es posible cubrirlas con color alguno. Sólo hay un punto incomprensible, y es que están siempre obstinados los sabios en hallar profundos y grandiosos misterios en las ceremonias de Eleusis. Pero los antiguos no tenían misterios que ocultar. Si nos hablan

de misterios con tanto entusiasmo, es sólo para mostrarnos que se contentaban con la más triste expresión de las grandes ideas. Lo que conocemos de los símbolos de la antigüedad es suficiente para probarnos que eran tan insignificantes, y lo que es peor todavía, que eran tan repugnantes y tan vulgares, como el conjunto todo entero.

Por otra parte, esta censura alcanza igualmente á todas las mitologías y á todas las exposiciones artísticas de los antiguos, lo mismo á las de los egipcios, de los asirios y de los judíos, que á las de los griegos. Son tan impuros los símbolos que están más en uso y más extendidos, que no nos atrevemos á hablar de ellos. Podemos tratar de dar una explicación menos dura; sin embargo, no puede negarse que la elección de tales símbolos religiosos, supone á la vez deplorable aberración desde el punto de vista de la moralidad natural, y una ausencia lastimosa de todo sentimiento humano.

En cuanto á la parte menos enojosa del simbolismo de los antiguos, podemos afirmar que atestigua carencia absoluta de espíritu; y se aplica esto en particular á su simbolismo religioso, en que se toma como emblemas á los animales. Ammon con cabeza de carnero, Anubis con cabeza de perro, Thot con cabeza de ibis, el toro alado con cabeza de hombre. Nisroch en forma de águila, Nergal en forma de gallo, Asima en la de macho cabrío, Tartak en la de asno, Wichnú en la de pescado ó de tortuga; ¿qué son sino caricaturas de la divinidad todas esas figuras grotescas, con sus colas de pescado, sus trompas de elefante, sus alas de murciélago? Siempre y por todas partes se encuentra la mezcolanza más irracional de lo divino desfigurado y de lo humano mutilado.

Pero no tenemos motivo alguno particular para hacer recaer todas nuestras censuras sobre los orientales, porque no son superiores en esta materia los griegos, á quienes se atribuyen tan delicados sentimientos.

Quien examine atentamente el busto de Júpiter de Otricoli, aun cuando le sea desconocida la observación de



Winkelmann, [1] pensará con toda naturalidad que aquella estatua del dios griego «tiene tanto de león como de hombre». Hay muchísimas cabezas de Júpiter que, sin titubear, se podrían tomar por cabezas de león, si se ocultara la parte inferior de la cara. No dijo un despropósito Julio Braun al dar el nombre de «ternero gigante» á la asquerosa estatua de Hércules niño en el museo capitolino. [2]

¿Cómo se les pudo ocurrir á los antiguos artistas hacer pasar las facciones del rey de los animales por las de su dios supremo, y el busto de un toro por la imagen de Hércules? Nadie podrá negar que aquellos grandes maestros interpretaron con la mayor exactitud el espíritu de la antigüedad, y que acaso lo vaciaron con más fidelidad que los mismos antiguos poetas. Cuando querían modelar la estatua de una divinidad, no tenían más que un pensamiento: dar cuerpo, no á una forma divina, sino á la más alta concepción humana á que podían elevarse. Y ¿qué sucedía entonces? Una vez que habían reflexionado, su incomparable cincel producía una estatua completamente extraña á la humanidad perfecta y natural, pero semejante á la humanidad purificada y ennoblecida (en el sentido que daban ellos á estas palabras); ó más bien, una estatua magnífica, reveladora de la fuerza y de la pasión de un animal indomable, oculto bajo una espléndida envoltura humana.

Así hablan los críticos de la pura humanidad, con respecto á las antiguas estatuas de los dioses. Pero, ¿quién es el que querrá ver una representación de la más pura humanidad en esa descorazonadora mezcolanza de un gato y de una serpiente, bajo cuyos rasgos nos pintan los poetas á la madre del pecado? ¿Quién se atrevería á pretender contemplar el ideal de la verdadera mujer, y más aún, el de la verdadera humanidad (que no hablamos aquí de lo sobrenatural) al dirigir la vista á Juno Ludovisi viéndola en su

(1) Winkelmann, *Gesch. der Kunst der Alterth.*, B. 4, K. 2, 540.
(2) Braun, *Ruinen und Museen Roms*, 185.

glacial actitud, llena de indomable orgullo y pronta á encenderse cada momento en el fuego de un odio irreconciliable? Se la podrá encontrar bella; pero jamás inspirará confianza esa forma artística con su fría belleza sensible, porque nadie podrá imaginar que en aquel pecho pueda latir un corazón compasivo. Admiramos la perfección del arte en todas esas imágenes antiguas; pero en el mejor de los casos, ante ellas permanece seco el corazón, y con frecuencia se siente rechazado por un brutal é inhumano poder que parece salir de ellas.

¡Qué contraste, cuando nos detenemos ante una obra maestra del arte cristiano! No me es posible representarme un hombre que no se sienta embargado de gozo y de ternura ante los cuadros del amable Fra Angélico, y cuyo corazón no vibre de emoción y de confianza á la vista del magnífico Cristo de Leonardo, en que se revela una mansedumbre á la vez humana y celestial. ¡Quién no querría conocer por experiencia propia la influencia purificadora que ejerce en el corazón del hombre el espectáculo de un dolor profundo, pero comprendido con un sentimiento divino, cuando fija su atención en el sufrimiento lleno de dignidad, y en la humilde resignación de la Madre de Dios al pie de la cruz, debida al pincel de un Veit Stoss ó de un Diego Correa! Ante la Niobe pagana, no pueden inspirarnos verdadera compasión el inmenso sentimiento de dolor de la madre en su explosión patética y teatral, ni el orgullo con que aparece ante sus hijos, y que no cede ni un punto en la desgracia, ni su arisca é impotente obstinación. Pero si contemplamos á nuestra Madre de los Dolores, tenemos delante un dolor inmenso, insondable, amargo como el océano del mundo, y, sin embargo, sereno y tranquilo como el mismo cielo. Y es tan verdadero y tan natural, que, sin proferir una palabra, sin hacer un gesto, nos habla un lenguaje con que nos pinta de una manera sobrenatural, la perfecta sumisión á Dios, invitándonos con su sola mirada á unirnos intimamente á ella.

Sí, en verdad, aunque no tuviéramos más que un solo buen cuadro de la «Mater Dolorosa» cristiana, sería más que suficiente para ponernos á la vista la unión de lo natural y de lo sobrenatural, diciéndonos como por esa unión no sólo no queda rebajada la naturaleza, sino que es protegida, purificada y elevada á la más alta perfección.



**2. Nuestra inteligencia admira la virtud antigua; pero huye de ella nuestro corazón á causa de su dureza.**—Ofrécesenos aquí el mayor contraste entre la más elevada perfección cristiana y la perfección pagana. Nadie negará á la antigüedad los esfuerzos morales que hizo, y la gloria que le resulta de multitud de acciones grandiosas; pero mientras las admira nuestra inteligencia, no pocas veces está en contradicción con ellas nuestro sentimiento. En el ardor de su entusiasmo, hizo voto Jefté de ofrecer en sacrificio la primera persona que encontrase en su camino de vuelta de la victoria. Por desgracia, no pudo esperar su propia hija el momento de la llegada de su padre al hogar propio, y corrió á su encuentro. Y él, verdadero modelo de la antigua disciplina militar, no pudo decidirse á informarse del sumo sacerdote, como lo preceptuaba la ley, si era obligatorio su voto, atendidas las circunstancias tan imprevistas como inauditas en que lo había hecho. Entregó, pues, á una muerte prematura á su querida hija en toda la flor de su belleza virginal. (1)

Un día, en un combate, el valor y el amor á la patria, obligaron al joven Manlio victorioso á ir en persecución de los enemigos. Su padre, Manlio Torcuato, deja que se cumpla sin compasión la sentencia de muerte pronunciada contra el transgresor de sus órdenes. (2) ¡He aquí en toda su expresión la antigüedad! ¡He aquí de manifiesto toda virtud romana! Nos llenamos de admiración, pero al mismo tiempo temblamos de horror. Su regla es aquel derecho de hierro que hace cuartos el cuerpo del deudor y los reparte entre los acreedores; (3) aquel derecho de hierro,

(1) Jueces, XI, 34 y sig.
(2) Tito Livio, 8, 7.
(3) Aulo Gell., 20, 1.

que hubiera permitido que pereciera el mundo entero antes que renunciar al cumplimiento de la ley hasta en la última letra. Considerados desde el punto de vista de esta terrible rigidez, todos los pueblos piensan del mismo modo.

También el derecho germánico permite á los acreedores repartirse los trozos del deudor, si es incapaz de pagar. (1) Creían los godos que no podían satisfacer mejor á sus divinidades que derramando sangre humana. (2) Usar como adorno la piel de la cabeza de un enemigo vencido, servirse de su cráneo como de copa, era la mayor gloria que conocían los escitas. (3) Los egipcios hacían objeto de sus cantos y de sus sueños, el castigo de los pueblos y de los hombres impuros que honraban á los dioses extraños de una manera opuesta á la razón. El derecho de los asirios era dejar arrastrarse bajo las mesas, durante los festines y al lado de los perros, á los reyes que habían hecho prisioneros, después de sacarles los ojos. (4) El valor militar y el amor al país imponían á los damascenos la orden de aplastar con carros armados de guadañas á los enemigos de la patria vencidos.

La idea que de la justicia se habían formado los romanos era ver en un mismo día el honor del triunfo para el vencedor y la muerte para el vencido. (5) Aquella legislación draconiana que castigaba con la pena de muerte el robo de diez dracmas ó de una planta de jardín, y que no imponía ningún castigo severo al asesino ni al que robaba cien talentos en un templo, por la razón de que no hallaba ninguna razón; (6) la constitución de Solón con su inexorable ostracismo, sin hablar de la de Licurgo, que sacrificaba á la patria la familia, los hijos, la castidad de las jóvenes y la virtud de las mujeres; todo aquello era la verdadera expresión del viejo sentimiento pagano de justicia. Aquella desapiadada doctrina de los estoicos, que confesaba que nadie podía cumplirla, pero que abrumaba con su desprecio, considerándolo loco y retrógrado, al que no la seguía, es el punto más elevado que, como enseñanza de la virtud, puede ofrecer á nuestra imitación toda la antigüedad. No sólo se permitían, sino que se contaban como obligaciones el odio y la venganza contra el enemigo; (1) y bajo pena de deshonra, era impuesta la venganza sangrienta. Los ejemplos que nos ofrece la antigua virtud son una severidad, cuyas exigencias traspasan todos los límites, una lógica que llega á los extremos en su aplicación, y la consideración de la moderación y de los miramientos con respecto á la debilidad humana, como cobardía imperdonable.

(1) Grimm, *Deutsche Rechtsalterthümer*, 616, 690.
(2) Jornandes, 5.
(3) Herodoto, 4, 64, 65.
(4) Kaulen, *Assyrien und Babylonien*, (2), 195 y sig.
(5) Cicerón, *Verr.*, 5, 30.
(6) Plutarco, *Solon*, 17; Aulo Gell., 11, 18.



Podemos, sin duda, decorar todo esto con los dictados de «grandioso y sublime»; demos gracias á Dios de que nuestras exigencias revelen más mansedumbre y más humanidad.

**3. Contraste entre la virtud pagana y la virtud cristiana: ¿está formado por la oposición que existe entre el carácter viril y el carácter femenino, entre el carácter heroico y el carácter amable?**—Se ha pensado en formular así esta observación que se nos impone por sí misma. «El Paganismo responde mejor al carácter del hombre, y el Cristianismo al de la mujer». (2) El tipo cristiano es la glorificación de las cualidades amables; el tipo estoico la glorificación de las cualidades heroicas. Aun esa transformación que ha hecho nacer la victoria de la moral cristiana, destronando las virtudes viriles que habían reinado hasta entonces, y poniendo en su lugar las virtudes femeninas, nada tiene de cristiano, sino que es más bien resultado del desenvolvimiento de la antigüedad, resultado al que abrió paso la unión de la suavidad del espíritu griego y del estoicismo romano. (3)

(1) Nægelsbach, *Nachhomerische Theologie*, 246 y sig.
(2) Lecky, *Sittengesch, von Augustus bis Karl d. Gr.*, II, 297 y sig.
(3) Íd., íd., íd., I, 140, 207, 221.

No hay que añadir una palabra á lo que ya hemos dicho para mostrar que en esta materia no se separa de todo el mundo antiguo el espíritu griego. No es difícil hallarlo todo hermoso en Grecia, cuando se la contempla á través de la lente de las ideas que nos ha traído el Cristianismo. Pero si tomamos la vida de los griegos tal cual era en realidad, y tal cual la veían los griegos con sus mismos ojos, no significa entonces gran cosa aquel suave y amable carácter. En los últimos siglos que precedieron á Jesucristo, se hizo proverbial el carácter de los griegos á causa de su depravación; les era insoportable el país natal, y buscaban estado y condiciones mejores, ya en Roma, ya en Alejandría y hasta entre los bárbaros; lo cual no era muy á propósito para favorecer el ennoblecimiento de su carácter. Allí, como en todas partes, tuvo que crear un mundo nuevo el Cristianismo. Entre los pueblos de aquella época, ninguno le ayudó, aun cuando tomó de ellos todo lo que pudo utilizar para llegar á su fin.

Síguese, pues, de aquí, si tenemos buena memoria, que emprendió sus expediciones conquistadoras, precisamente cuando celebraba sus más magníficos triunfos la más severa idea de la virtud estoica, terminando el maravilloso edificio de la legislación romana. Si es cierto que la doctrina cristiana ha tomado mucho de la religión y de la moral naturales, ó las ha supuesto, no hay duda que debió aparecer en tiempos anteriores á aquellos y mejores para la humanidad. En aquellos últimos días, en que perecía extenuado el viejo mundo, nada quedaba de la verdadera naturaleza, de aquella naturaleza que hubiera podido acoger sin previa purificación. El espíritu que dominaba en los últimos tiempos del Paganismo estaba tan lejos del espíritu del Cristianismo, como del espíritu de los primeros tiempos del Paganismo. Es un hecho de capital importancia. Y sería insultar á la verdad histórica, si negásemos el origen independiente y la forma propia del carácter cristiano.

Conviene mucho hacer notar que la última filosofía propia de Grecia, la filosofía más extendida y más popular de toda la antigüedad, es precisamente el Estoicismo. Pero el Estoicismo y el Cristianismo están muy lejos de ser dos doctrinas que guarden entre sí conformidad esencial, ni aun siquiera semejanza. Cuando por casualidad están conformes entre sí algunas ideas aisladas, conformidad que es necesario atribuir, la mayor parte de las veces, al contraste general con la decadencia de la época, se ve que por su propia naturaleza están en la oposición más completa el Cristianismo y el Estoicismo. (1)



Examínese el desarrollo de la antigüedad tomando como punto de partida la psicología y la historia, y el único resultado final, el único y el mismo siempre, será que la filosofía estoica es la única que corresponde al espíritu antiguo, formando realmente un punto de partida en la marcha de toda la civilización antigua. ¿Queremos un testimonio de que jamás estuvieron acordes en el conjunto el espíritu estoico y el espíritu cristiano? No hay más que consultar la historia de la Iglesia, lo mismo en los tiempos antiguos que en los modernos. Hombres como Taciano, Tertuliano, Arnoldo, Pascal, y muchos otros jansenistas hubieran hecho incomparables figuras de estoicos. Pero eran cristianos, y como tales, no les permitía su carácter permanecer en el seno de la Iglesia, aunque, con respecto á ellos, usó siempre ésta de todos los miramientos posibles, á causa de los servicios que le habían prestado.

Confirma esta verdad el juicio general de la opinión pública; esto es, que no encuadra en el carácter cristiano el antiguo carácter estoico. Tenemos aquí presente el juicio de reprobación que se formó de un hombre que aparece entre las figuras menos comprendidas de la historia: el sombrío Alba. Aquel rudo general que anduvo de victoria en victoria, que con fidelidad y circunspección incomparables triunfó de todas las situaciones, hasta de las más desesperadas, y que solo olvidó una cosa: obrar con suavidad; aquel gran servidor de la patria, cuya abnegación es-

(1) Hermann, *Culturgeschichte der Griechen und Rœmer*, II, 174.

tuvo á toda prueba, cuyo único pensamiento no era sólo derrotar á sus enemigos, sino aniquilarlos; aquel gran militar y gran hombre de Estado, fué una fisonomía digna de los antiguos héroes romanos.

Si hubiera de compararlo con algún modelo de los tiempos antiguos, lo colocaría al lado de Fabio Máximo Cunctator, «el escudo y la espada de Roma»; al lado de Escipión el Africano y de Catón el Antiguo, para señalar bien la extensión de su grandeza. Con una severidad completamente romana y con una legislación draconiana, aniquiló á los enemigos de su señor, de su patria y de su fe, y murió con absoluta confianza, porque no le acusaba su conciencia de ningún pecado mortal. Postergado, con muestras de ingratitud mortificante, cuando se creyó poder prescindir de él, perseveró sin debilidades en la misma fidelidad y en el mismo cumplimiento del deber, porque el aspecto personal de las cosas le era desconocido. En la hora de la más grande desgracia, respondió sin titubear al llamamiento que se le dirigió, y á pesar de la seguridad que tenía de que era demasiado tarde y de que el mal éxito envolvería en sombrío velo su vida entera. Si hubiera vivido en la antigüedad, le hubieran decretado inmortal gloria sus contemporáneos, y los que después le hubieran sucedido. Si hubiera sido mahometano, hubiera eclipsado al Hadschasch de hierro, al cual se asemejó tanto por sus victorias, por su desinterés, por su energía y por su religiosidad. Pero era cristiano, y los enemigos del Cristianismo le consideraron de otro modo; prueba evidente de que, en el espíritu de éstos, las ideas cristianas han cambiado por completo las antiguas. La razón principal del juicio severo que se tiene formado generalmente del Duque de Alba, es porque vino al mundo dos mil años más tarde. Ya se desviaban de él los contemporáneos del terrible gran hombre, aun cuando eran menos sensibles que nosotros. Señal de que con la distancia ha cambiado el espíritu de los tiempos.

**4. Las virtudes cristianas de la caridad, de la castidad, de la humildad y de la paciencia.**—Cierto, han cambiado muchas cosas en el mundo.



Se cuenta entre las primeras el amor del prójimo, que fué primitivamente desconocido, y que conquistó después el derecho de soberanía entre los hombres. Hemos llamado ya la atención sobre el cambio que verificó en la faz de la tierra, apenas apareció esta virtud. Que haya podido poner freno á la más indómita y más insinuante de las inclinaciones, á la propensión á la sensualidad; que el entusiasmo y la caridad permitan al espíritu dominar fácilmente todas las debilidades de la carne; que el cuerpo esté también obligado á participar del eterno sacrificio de la caridad que todos debemos ofrecer á nuestro Creador; en una palabra, que sea posible la virtud de la caridad; he aquí doctrinas en que jamás pensaron aquellos rudos héroes y orgullosos filósofos de los primeros tiempos, doctrinas de las cuales se burlaban, considerándolas como impracticable locura. (1) Pero aquella impracticable locura se ha convertido en la verdad más evidente para millares y millares de débiles mujeres. La orgullosa insensibilidad, la prudente sumisión á todo lo que no puede evitarse, la estúpida arrogancia frente al destino, eran las cumbres más elevadas á que podían alcanzar los mejores representantes del Paganismo.

Pero también pertenece al Cristianismo la gloria de haber dado al mundo la voluntaria y pacífica abnegación en todos los dolores enviados por la voluntad purificadora de Dios; en otros términos, la paciencia. Su creación por excelencia es esta otra virtud que ni presentir pudo el Paganismo, la humildad. Es cierto que los mejores paganos reconocieron la estrechez de límites de la naturaleza humana; pero esta vía llevaba á los más potentes espíritus á la melancolía, al desprecio y al odio al resto de los hombres; y á otros, como á los últimos estoicos romanos, por ejemplo, á la filosofía de la tristeza sobre la inmutabilidad de las cosas, ó á la filosofía de la inacción; y á las

(1) Sobre Socrates. V. Zeller, *Philos. der Griechen* (2), II, I, 108.

almas bajas, como Luciano, á la burla bufona y biliosa. Reconocer las faltas de los demás, sin amargura y sin placer maligno, y saber mejorar á los individuos, tratándolos con miramientos, reconocer con gusto las ventajas del prójimo, y saber aprovecharse de ellas; descubrir las debilidades propias con penetrante y sincera mirada; confesarlas sin desaliento; salir con resolución á su encuentro para suprimirlas, son también novedades, en que de la manera más categórica se revela el contraste entre el espíritu cristiano y el espíritu pagano. (1)

Tenemos, pues, ante nosotros toda una serie de virtudes; la caridad, la humildad, la mansedumbre, la paciencia, la castidad, que deben considerarse como propias y exclusivas del Cristianismo. Y no quiere decir esto que, por su naturaleza, sean sobrenaturales. ¡No! Son simples prácticas del bien, que tienen como base un terreno puramente natural; pero suponen un espíritu de mansedumbre, de bondad, de paciencia resignada serena y fuerte á la vez, que fué extraño á la antigüedad. Fuele reservado al Cristianismo el ponerlas en práctica, porque sólo él ha sabido transmitir al mundo este espíritu.

**5. Hablando con propiedad, no hay contraste entre las virtudes aisladas, sino en el conjunto.**—Debemos hacer aquí una observación de considerable importancia, no sólo desde el punto de vista de la comparación entre el Cristianismo y el Paganismo, sino, sobre todo, desde el punto de vista de los diferentes grados en que se encuentra la civilización, y hasta de la marcha de la vida privada. Con frecuencia se han contentado para esto con colocar uno al lado de otro un principio sacado de una filosofía, y otro sacado de otra, ó bien con oponer uno á otro dos hechos diferentes, creyendo que es más que suficiente para probar su parentesco ó su oposición. ¡Superficial manera de comparar! Lo que debe decidir en último caso no es lo que dos pensadores han dicho, sino la manera como lo han entendido. No se establece la preeminencia entre

(1) Dœllinger, *Christenthum und Kirche*, (1), 483, s. 382, 407.



dos rivales por las obras que han ejecutado, sino por el espíritu que ha presidido á esa obra y por su valor. Por eso es imposible formar un juicio sincero sobre las relaciones de la antigüedad y del Cristianismo, fijándose únicamente en expresiones y en hechos aislados, en lugar de examinar su valor intrínseco, la profundidad de su significación y la relación que tienen con el espíritu que los ha producido. Sólo así se puede con toda imparcialidad y con todo amor á la verdad apreciar la semejanza que existe en un gran número de pasajes aislados de la moral cristiana y de la moral antigua.

Sin embargo, no hay duda que entre ellas hay diferencias muy importantes; pero esas diferencias no tanto consisten en la cantidad más ó menos grande de virtudes practicadas en el uno y en el otro lado, ni tampoco en que el Cristianismo ordena practicar esas virtudes con más pureza y con mayor perfección de lo que lo hacían los antiguos, sino sobre todo en las disposiciones morales producidas, de una parte, por las virtudes cristianas, y de otra, por las virtudes paganas. La disposición fundamental que daba vida á la virtud antigua, si podemos aún servirnos de esta frase, era ruda, dura, orgullosa; estaba tocada de dos defectos, que casi siempre tuvo la moralidad de la antigüedad; la estrechez de espíritu y la exageración. Existían entre los antiguos las palabras moderación y justo medio; pero rara vez respondía á ellas la realidad; por eso, no era difícil adquirir entre ellos la aureola de la virtud.

Entre la inmensa muchedumbre de virtudes se escogió una y se trató de desarrollarla de la manera más tortuosa, más peligrosa y más desmesurada que les fué posible. Se llevaba la justicia hasta la crueldad y hasta la barbarie, la energía de carácter hasta el ridículo, la franqueza hasta la grosería, la sobriedad hasta la trivialidad, y se tenía la seguridad de ser admirado y de llevar el nombre de héroe. No puede el cristiano llegar con tanta facilidad á ese resultado.

Tomar un caballo de los que sirven de juguete á un ni-

ño, montarlo, y oprimirlo hasta que caiga aniquilado, es en sí más reprensible que honroso. Aquí es donde especialmente cosecha sus frutos la doctrina del Justo Medio. En todas partes debemos cumplir con nuestro deber; en ninguna parte se nos pedirá nada de heroico ni de extraordinario; se nos exige únicamente solidez en todas las virtudes que nos interesan. Aunque traspasen los límites de lo ordinario los esfuerzos aislados, necesitarán mucho todavía antes de procurar á alguno el nombre de hombre capaz ó completo. Lo que da el golpe decisivo es el espíritu que da vida á los actos. Poco importa que haga uno mucho ó poco, basta con que haga lo que debe y lo que puede; pero lo importante es que esté todo animado de esa interior disposición que es la característica del Cristianismo.

Y hay algo aquí que no puede ser expresado, sino sirviéndonos de las palabras del Apóstol: «Lo que tiene valor á los ojos de Dios es el hombre interior del corazón, que consiste en la incorruptibilidad de un espíritu pacífico y modesto». [1] En todos los hechos y en todas las palabras del Maestro Divino brilla esa disposición á la vida interior, á la profundidad, á la mansedumbre, á la paz, á la caridad, á la gravedad y á la tranquilidad. Supo comunicar á los suyos esta disposición y les mandó predicarla; con ella, de un hijo del trueno hizo su discípulo muy amado; con ella cambió al cruel fariseo en el Apóstol de las gentes que decía á sus discípulos: «Mas nos hicimos párvulos en medio de vosotros, como una nodriza que acaricia á sus hijos. Y así, amándoos mucho, deseábamos con ansia daros, no sólo el Evangelio de Dios, sino hasta nuestras propias vidas, porque nos fuisteis muy amados». [2]

6. **El heroísmo cristiano, el martirio.**—Nada tenemos que objetar, si se considera ese espíritu, que para sí reivindica el Cristianismo, como el camino suave que anima las virtudes de la humildad, de la abnegación y de la

(1) I S. Pedro, III, 4.
(2) I Tesalonicenses, II, 7, 8.



paciencia. [1] Pero no pueden admitirse estos principios en el sentido de que la fe cristiana excluya la valentía, la energía viril y el sentimiento heroico; y si se le quisiera considerar así, protestaríamos inmediatamente. La doctrina del Justo Medio no destierra el heroísmo de la virtud cristiana. La disposición que inclina á la ternura al corazón humano no es tampoco obstáculo á la energía ni en la actividad ni en la pasividad.

Entre las virtudes que se propone enseñar la moral cristiana no estan sólo las virtudes que nombra, la modestia, la mansedumbre, la afabilidad; hay otra á que da el nombre de fortaleza. [2] Colocada entre la timidez y la temeridad, debe reprimir tanto la una como la otra, distinguiéndose así del fanatismo y de la cobardía; su papel es templarlas, moderarlas, á la primera, contra el peligro, á la segunda, contra una tensión demasiado violenta.

La doctrina cristiana cuenta también entre las virtudes la magnanimidad, que mueve al espíritu para las nobles y sublimes acciones, preservándolo de la estrechez de corazón y del apocamiento. [3] Pero es particularmente digno de consideración el concepto cristiano de la paciencia. No quieren ver muchos en ella sino una virtud pasiva y negativa. Preséntala nuestra Religión como virtud activa, no como subespecie del dominio de sí mismo, cambiado en mesurada y prudente moderación, sino más bien como energía y fortaleza, como victoria alcanzada contra todas las dificultades que se encuentran en el camino del bien. [4] Sí, según la doctrina de la Revelación, «la paciencia es más aún que la fuerza, es prueba de fortaleza superior á la victoria alcanzada sobre los enemigos». [5]

(1) Vischer, *Æsthetik* III, 486, *Gass in Herzogs Realencyclopædie für protestantische Theologie* (1) XIII, 748.
(2) Sto. Tomás, *Summa theol.* 2, 2, q. 123, a. 3.
(3) Sto. Tomás, 2, 2, q. 129, a. 6 et 7 et q. 136. Peraldo, *Summa virtut.*, I, p. 3, tr. 4, p. 9, 10. Viguerio, *Instit. theol.*, c. 6, § 3. Aguirre, *Pphilos. moral.*, 4, 2, 3.
(4) Sto. Tomás, 2, 2, q. 136, a. 4.
(5) Prov., XVI, 32. Sto. Tomás, 2, 2, q. 123, a. 6.

En estas expresiones se encuentra también la clave para apreciar en su verdadero valor la constancia cristiana en los tormentos de las persecuciones. Pocos son los adversarios que, como Gibbon, llevan la bajeza hasta atreverse á censurar á nuestros mártires, porque con frecuencia se lanzaron á la muerte con alegría de corazón, para procurar un fin glorioso á una vida deshonrada que, sin esto, hubiera tenido como fin la muerte de los criminales, ó hubiera quedado ajada con el exceso de sus faltas. (1) Son, sin embargo, muy frecuentes todavía las falsas ideas sobre el martirio, y así, sin considerarlo como puro fanatismo, no se ve en él sino una repentina efervescencia de noble entusiasmo, en una palabra, el fugitivo desbordamiento del sentimiento. Como ya lo hemos visto, nuestros doctores quitan de la idea de verdadera fortaleza toda exuberancia ó toda temeridad provocadora. Mas, como consideran el martirio como el más elevado ejercicio de esta virtud, (2) se sigue que, si alguno se precipitase al martirio sin necesidad, no podría reivindicar el glorioso dictado de mártir. Y así, desde los tiempos más antiguos prohibieron las leyes eclesiásticas todo sacrificio de sí mismo hecho muy á la ligera, y borraron del número de mártires reconocidos como tales, á los que se habían entregado á la muerte de ese modo, cuando semejante conducta no era autorizada por circunstancias especialísimas. (3) Nadie puede dudar que es esta una prueba de gran valor en favor de la justificación de la doctrina cristiana sobre las virtudes.

No negamos completamente la gloria de la fortaleza á aquellas muchedumbres fanáticas que, bajo los estandartes de Mahoma, se lanzaban espontáneamente á una guerra ofensiva. Pero en mucho mayor grado merecen que se les atribuya esta virtud los griegos que, á las órdenes de Leonidas, esperaron á sangre fría en las Termópilas la aproximación de un enemigo superior, y murieron por la defensa de su país.

(1) Gibbon, *Gesch. des Verfalles.*—Schreiter, 1800, III, 435.
(2) Rainer, a Pisis, *Pantheologia v. martyrium*, c. 1, ed. Nicolai, Lugd. 1655, II, 804 y sig. Cfr. Sto. Tomás, 2, 2, q. 124, a. 2.
(3) Concil. Illiber., c. 60.



Más sublime fué todavía la constancia de Régulo, que, fiel á la palabra empeñada, á pesar de la perspectiva de una suerte terrible, fué á entregarse á los crueles cartagineses, sabiendo perfectamente que eran incapaces de apreciar su magnanimidad. Pero á todos supera el mártir. No se entregan por sí mismos los cristianos; sus más grandes héroes, un Cipriano, un Atanasio conocían su propia debilidad; la temían, y huían del peligro. Celosos imprudentes y censores indiscretos consideraban aquello como un crimen; mas, cuando llegó el momento en que la conciencia les obligó á confesar su fe, no hubo ya amenaza, y lo que es más, no hubo aliciente capaz de alterar la fidelidad que habían prometido á Cristo, su rey y señor.

He aquí una débil joven, que se ha criado en el esplendor de una de las primeras casas del imperio; es tímida como una paloma; tiembla con el pensamiento de ser expuesta en público, llevada de aquel casto pudor que forma la primera defensa de la virginidad cristiana. Vedla en la plaza pública en manos de crueles verdugos, expuesta á las miradas de una turba bufona; ante ella están expuestos los instrumentos de la tortura, y á su sola vista se quebranta su tierna naturaleza. Sin embargo, ¿qué es aquel espectáculo comparado con la amenaza terrible que escucha de los labios del inhumano juez, dirigida contra lo que para ella es más santo sobre la tierra, su honor y su inocencia?...

Por una parte, sabe que una sola palabra que salga de sus labios basta para asegurarle la felicidad de la vida y para hacerla objeto del respeto universal, dándole puesto al lado de uno de los primeros magnates del reino. Y á pesar de los tormentos, sacrifica sus aficiones más caras, desprecia los ofrecimientos que pueden cautivarla mejor, porque pone por encima de todo aquello la fidelidad á sus con-

vicciones. Si eso no es valor y fortaleza viril, habrá que decir que jamás ha conocido el mundo esas virtudes. Y si en casos semejantes, á todos sin excepción impone la doctrina cristiana la obligación estricta de obrar como ella, ¿cómo podrá decirse que el Cristianismo exige la abnegación y no la fuerza? ¿Cómo podrá decirse que está destinada á producir nada más que poltrones la Religión que enseña á amar al enemigo, á soportar las injurias, y á tener en gran estimación la pobreza? (1)

**7. La religión cristiana no es la religión de los cobardes. Es una maravillosa mezcla de debilidad y de fortaleza.**—¡No! no es el Cristianismo la religión de los cobardes; hay quien da á sus virtudes el nombre de «virtudes mujeriles»; pero ¡quién sabe si el motivo de ese desdén es el no estar ellos suficientemente templados para el combate que imponen al hombre! «Nuestra concupiscencia, se nos ha dicho, debe estarnos sometida, y debemos dominarla». (2) ¿Qué hacer, cuando no se somete voluntariamente? Es necesario «ceñirse los riñones como hombre». (3) Pero, ¿quiénes son los que pueden someterse á esto? No son ciertamente los que se burlan de nuestra doctrina, diciendo que es buena para señoritas, que es demasiado pueril exigir al hombre que vigile todos los movimientos de su corazón, y que se ruborice del más insignificante pensamiento impuro. Además se nos ha dicho también: «que no os venza la ira». (4) Pero no quiere ceder la ira, y ya se dice á sí mismo aquel á quien asalta: Ya he sufrido demasiado, no puedo sufrir más semejante afrenta. Mas entonces llegan á sus oídos estas palabras: «No has resistido hasta derramar sangre». (5) Si pueden vencerse á sí mismas débiles mujeres, ¿no podrán lo mismo los hombres? Las más de las veces, esta es la respuesta que conviene á los que quieren

(1) *Cartas judías*, 48. Apd. Valsecchi, *Fundam. relig. Christ.*, l. 3, p. 2, c. 6, 2. Venet., 1770, 450.
(2) Génesis, IV, 7.
(3) Job., XL, 2.
(4) Job., XXVI, 18.
(5) Hebreos, XII, 4.



cubrir su propia vergüenza so pretexto de que el Cristianismo no es sino religión de mujeres. ¡No! ¡No! No es el Cristianismo Religión de cobardía; es religión de luchas y combates.

La causa de que tenga tantos enemigos entre los hombres, es que no les deja ningún descanso, escuchándose constantemente su grito de guerra que resuena en sus oídos: «Obrad varonilmente, tened valor, fortaleced vuestras manos temblorosas, y sostened vuestras rodillas que languidecen; sed fuertes en el Señor, y podréis todo en aquel que os fortalece». (1) ¡Y será esa doctrina, doctrina de debilidad! (2) ¿Cómo se explican esa mezcla de altivez y de humildad que se encuentra en el carácter cristiano, y que no puede comprender el que no lo es; esa contradicción entre la desconfianza de sí mismo y la seguridad que no retrocede ante los más difíciles sacrificios; ese noble heroísmo que rechaza todo lo que no es permitido, á pesar de las más seductoras promesas, y después, á su lado, ese rubor honesto, esa timidez virginal?

**8. La energía viril suavizada y completada por la perseverancia femenina que ennoblece la gracia de la mujer y fortifica su debilidad; tal es el carácter de la virtud cristiana.**—Nadie espere hallar solución á semejante enigma, si no sabe apreciar el nuevo carácter creado por el Cristianismo. No es aquí el hombre el rudo é inculto héroe, tal cual lo celebraron los grandes poetas de la antigüedad. Y si alguien quisiera hoy imitar á aquellos héroes, todos les rehusaríamos el honor que con gusto tributamos á Aquiles, á Ayax, á Escévola, á Furio Camilo, á Thierry y á Volker. Hoy no le exigimos más que una virtud moderada, una virtud humana; pero virtud que ha de ser constante, en el campo de batalla, en presencia del enemigo; en tiempo de paz, frente á los que se burlan de la Religión y de la moral; ante el respeto humano, lo mis-

(1) 2 Paral., XV, 7. Salmo, XXVI, 14; XXX, 25. Is., XXXV, 3. I Cor., XVI, 13. Efesos, VI, 10. Filipenses, IV, 13.
(2) S. Ambrosio, *Off.*, 1, 36, 179.

mo que ante las promesas y las amenazas. Podían muy bien dar rienda suelta á su rabia aquellos terribles republicanos de la antigüedad ante el adversario que huía, y oponer sus pechos al venablo de su enemigo mientras acariciaban la esperanza de un resultado glorioso; pero también ¡con qué prontitud desenvainaban la espada para quitarse la vida á la simple apariencia de un fracaso! Poco les importaba sacrificar vergonzosamente los intereses de la patria; poco les importaba su honor; se les había enseñado á interpretar esto como «miedo», [1] como «falta de prudencia», [2] y á considerar la desgracia como «incapacidad». [3]

Tales fueron también nuestros abuelos, los germanos. Antes del combate, se ocultaban bajo sus escudos; cuando llegaba la hora de pelear, se precipitaban sobre el enemigo, con el hacha en la mano, sedientos de sangre, no como héroes, sino como locos y posesos. Después, apenas cesaba aquel estado irracional, se daban mutuamente la muerte por los motivos menos honrosos, por avaricia, por sentimiento de haber perdido la fortuna, por escapar á la pesadumbre que los oprimía; [4] ó bien, cuando tenían una desgracia que llorar, hacían como Thierry; se apoderaba de ellos la desesperación, y se comían un brazo, una mano, un dedo sangriento. [5]

Lo mismo sucede entre los indos, los cuales, con incomprensible dominio de sí mismos, se mantienen en medio de braseros llenos de fuego, sin que se inmute su fisonomía; se matan por cuadrillas, sea porque teman una enfermedad que amenace invadir sus chozas, [6] sea por la perspectiva que se les presenta de ver alterada su belleza por la viruela. [7]

(1) S. Agustín, *Civ. Dei*, 1, 17.
(2) Plutarco, *Compar. Dionys. cum Bruto*, 3, 1.
(3) S. Agustín, *Civ. Dei*, 19, 4, 4.
(4) Weinhold, *Altnordisches Leben*, 472 y sig.
(5) Rabenschlacht, 893, 3 y sig.; 894, 6 y sig. (Martin).
(6) Wuttke, *Gesch. des Heidenthums*, I, 189.
(7) Waitz, *Anthropologie der Naturvœlker*, III, 102.



Luego, por lo mismo que el Cristianismo exige del hombre más suave virtud, le pide mayor perseverancia en esa virtud.

Así como, de un lado, ha hecho más manso al hombre, así, por otro, ha fortificado á la mujer. La alabanza más hermosa que ha sabido tributar á la mujer la Revelación, ha sido llamarla mujer «fuerte». [1] Cierto que también la antigüedad conoció modelos de fortaleza en una Efigenia y en una Antígona; pero es mayor la fortaleza de que debe dar pruebas la mujer cristiana; y lo que por esto comprende el Cristianismo no es la fortaleza poco femenina de una Medea, de una Amazona ó de una lacedemonia. No es sólo la fuerza la que debe constituir su ornamento, sino la fortaleza casta, fiel al deber, caritativa, amable en todo é inquebrantable, de una Inés, de una Mónica y de una Isabel.

Preséntase aquí de nuevo la máxima que ya hemos citado [2] y adoptado, pero en diferente sentido: «No hay hombre ni mujer, porque todos vosotros sois uno en Jesucristo». [3] «Cada uno de vosotros se ha hecho una criatura nueva; las cosas viejas ya pasaron». [4] Se ha suavizado la rudeza de la virtud del hombre, sin que se haya perjudicado á su fortaleza: se ha fortalecido la debilidad de la mujer, pero han quedado su mansedumbre y dulzura, haciéndose con esto más amable, más graciosa; se han igualado las prerrogativas de los dos sexos en un hombre nuevo que ha creado el Cristianismo. Si ha aumentado en fortaleza viril la virtud de la mujer en la nueva Religión, en esta nivelación ha ganado mucho más el hombre. No puede negarse, sin embargo, que la mujer es incontestablemente superior al hombre en la perseverancia, en la abnegación para llegar á lo que es objeto de su entusiasmo, en la tranquila fidelidad para cumplir los deberes de su esta-

(1) Prov., XXXI, 10.
(2) Véase más arriba, Conf. XII, 5.
(3) Gálatas, III, 28.
(4) II Cor., V, 17.

do, y en el valor para soportar los reveses de la fortuna. Mas sería perder miserablemente el tiempo entretenernos en probar que, bajo estos cuatro aspectos, ha ganado mucho con el Cristianismo la virtud en general.

Muchas veces (y no siempre con la mejor intención) se ha tratado de hacer un paralelo entre San Luis y Marco Aurelio. Con entusiasmo aplaudimos ese paralelo, porque no puede dejar de ceder en provecho nuestro. ¡Qué pobre contraste forman aquella taciturna melancolía del Emperador estoico, aquel profundo descorazonamiento, aquella necesidad insensata de pasar de una superstición á otra, aquella debilidad ante los desórdenes del Estado y de su casa, la pérdida de un tiempo precioso, en lugar de la prontitud en la acción, con el jovial sentimiento caballeresco, con el profundo amor de la justicia, con el tierno afecto á los poetas, y el noble placer de la lucha en el rey cristiano! ¡Cómo se engañaron aquellos poderosos señores que desatendían atrevidamente sus deberes con la esperanza de que la mansedumbre del hijo de la piadosa Blanca de Castillla no tendría ni fortaleza ni valor para resistirlos, ó de que no le dejarían tiempo sus ejercicios de piedad!

Se ha echado en cara á Felipe II la fría respuesta que dió al comunicarle la noticia de la destrucción de la *Armada invencible*: «Mandé mis buques á combatir contra los hombres y no contra Dios». Es cierto que era demasiada calma ante tan gran desastre; no queremos discutirlo, pero es cierto que, cualquiera que sea el juicio que de él se forme, Felipe II no era un hombre ordinario. Debió conocer su talento, muy calculador por desgracia, que con aquella derrota quebaba aniquilado su brazo. En todo caso, no era su declaración expresión debida á la estupidez, ni á falta de penetración de la magnitud de la desgracia. Considerada en sí, es incomparablemente más digna su conducta que la de Augusto que, al recibir la noticia del descalabro sufrido por uno de sus ejércitos, se mesaba los cabellos llorando; en lugar de equipar otro más poderoso,



recorría de un extremo á otro el palacio, con la barba en desorden, rasgados los vestidos, y atronando el espacio con descompasados gritos: «¡Varo, Varo, devuélveme mis legiones!»

Cuenta Plutarco que el gran Pericles, el más grande hombre de Estado que produjera Atenas, y cuya palabra resonaba á través de Grecia como el estampido del trueno, quedó desolado por la muerte de su querido hijo Parolos: «Cuando le quitó la corona fúnebre, se apoderó de él tal emoción, que se puso á dar grandes gritos de dolor, y á derramar abundantes lágrimas». (1) Lejos de nosotros el pensamiento de censurar á un padre que llora sobre la tumba de su hijo, pero confesaremos, sin embargo, que hay otra clase de dolor que nos llena de más sublime sentimiento, es el dolor de una mujer, la Madre de los cristianos, que tenia más motivos que nadie para lamentarse y para llorar. No tenía más que un hijo, le amaba con un amor superior al amor de todas las mujeres; tuvo que entregarlo á los verdugos para ser condenado á la muerte más ignominiosa; le vió con sus propios ojos morir lentamente en un terrible suplicio, insultado, hasta en su agonía por sus envidiosos é irreconciliables enemigos. La más tierna de las Vírgenes, la más amante de las Madres, soportó un dolor que jamás ha desgarrado corazón alguno como desgarró el suyo. Una palabra basta para representárnosla: «Estaba de pie junto á la cruz». He aquí el triunfo de la virtud cristiana en la mujer.

**9. La belleza épica y trágica de la virtud cristiana.** —¿Por qué no querrán entrar en lucha con la virtud cristiana los estoicos y sus panegiristas con todas sus heroicas virtudes? En verdad que no tienen motivo alguno para evitar esta contienda. Verdad es que el esteta de Tubinga, llama «debilidad repelente» á la resignación cristiana de Luís XVI en la prisión, y es cosa probada que no fué un gran carácter aquel desgraciado príncipe mientras nada turbó su reposo; pero con la admirable constancia en

(1) Plutarco, *Péricles*, 36, 7.

su infortunio y en la muerte, conquistó la grandeza que le faltó durante su vida. El estoico, en su heroísmo, se hubiera dado la muerte; el príncipe cristiano la esperó sin turbarse. En medio de los injuriosos tratamientos de que fué víctima, podia invitar á sus enemigos á examinar si latía su corazón más fuertemente que de costumbre. Es cierto que, según las ideas de los antiguos y de los que se han formado según ellas, aquello no era heroísmo: pero nos permitiremos poner en duda semejante negación. ¿Son acaso jueces competentes en materia de heroísmo? Si nos representa Homero, no á un pobre alfeñique, sino al mismo Marte, dando terribles gritos, como «nueve ó diez mil guerreros», [1] á consecuencia de una herida que había recibido; ¿donde buscar después de esto el espectáculo del dominio del hombre sobre sí mismo?

La Edad Media, mejor que la antigüedad, era incapaz de semejante exageración. Apenas si algún poeta de segundo orden, como el de Lohengrin, trataba de revelar su debilidad, con análogas expresiones, por otra parte, muy suavizadas. [2] No se hubiera perdonado á una hija bien educada, si, como entonces se decia, hubiera dado libre curso á su dolor al estilo pagano, esto es, sin medida y contra todas las reglas del decoro. Pero ni á sospechar llegó la antigüedad esa fortaleza de alma. Al contrario, creía cumplir un gran deber en la furiosa é indomable expresión del dolor.

Imposible representarse nada más espantoso que la forma con que nos pinta Sófocles al gran héroe del antiguo mundo, Hércules, bajo la impresión de los dolores que le causó su fiel esposa al enviarle la túnica de Neso.

«Loco por el dolor que sus entrañas
»Despedaza, el gran Hércules al siervo
»Agarra de una pierna, y furibundo
»Contra la roca dura
»Que bañan del océano las olas

(1) *Il.*, V, 860.
(2) *Lohengrin*, 6, 722, 2. (Junghans).



»Estréllalo. De sangre y de cerebro
»Se ve saltar horrible mezcolanza.
»Revuélcase en la tierra, estremecidos
»Sus miembros, dando aullidos espantosos,
»Cuyo eco repercute desde el monte
»Aspero de la Locrida
»Hasta los promontorios eubeos.
»Y dominado ya por el cansancio,
»Después de revolcarse,
»Después de tantos gritos que ha lanzado,
»Después de maldecir la cruel esposa,
»Y el terrible himeneo de la hija
»De Eneas el piadoso, el himeneo
»Aquél que de su vida es el suplicio,
»De contemplar el fuego Hércules cesa
»Que lo consume y en derredor suyo
»Su túrbida mirada triste lanza». [1]

¿Donde se encontrará el sentimiento de la verdadera grandeza, si ante semejante conducta, se llama debilidad á la firmeza del piadoso rey, y á los dolores de cuerpo y alma incomparablemente más grandes que han sufrido tantas vírgenes cristianas? ¿Á dónde han llevado el sentimiento del heroísmo y de la grandeza de alma nuestros poetas y nuestros críticos cuando han dicho:

Que únicamente los combates son dignos
De proporcionar materia á los cantos heroicos;
Que una de las más espléndidas obras maestras de estudio
Son los aburridos combates de los caballeros fabulosos,
Y dejan de cantar
El más noble valor de la paciencia y el heroísmo del mártir? [2]

¿Hay grandeza en que, con el ciego furor del león prisionero tras los barrotes de su jaula, se precipite á la muerte el hombre furioso, dando gritos despavoridos, blasfemando, acusando á Dios de injusticia, al mundo de ruindad, y á sí mismo de locura? ¿Es que no es infinitamente más elevada la paciencia del cristiano que, en su debilidad, se somete á la más terrible desgracia, porque le enseña su fe que se la envía la mano de Dios para purificarle?

Se nos habla constantemente de la concepción grandio-

(1) Sófocles, *Trachin.*, 779 y sig. (Ahrens).
(2) Milton, *Paraiso perdido*, 9, 28 y sig.

sa de la epopeya y de la tragedia de los antiguos. Pero ¿es algo verdaderamente épico y trágico el que vaya á chocar el culpable con una frente y un puño de bronce contra el escudo de bronce del inexorable destino, hasta saltar chispas, volando hecha pedazos su cabeza? ¿Hay algo trágico y épico en que, por jactancia, vaya á precipitarse un criminal en el abismo que se ha cavado él mismo? ¿No es más sublime y más consolador ver á un hombre de noble corazón agotar sus fuerzas y derramar su sangre, permaneciendo fiel á su deber y á su vocación, con un valor que nada es capaz de alterar, que ser testigo de salvajes bravatas dirigidas á la ley y al derecho? Se admira á los gigantes que gastaron todas sus energías en querer tomar por asalto el cielo, y se quedan muy fríos, y no sienten los aguijones de la emulación en presencia de José en la casa de Putifar, de José, á quien no pueden seducir para obrar contra su conciencia y contra la fidelidad que debe á su señor, ni la perspectiva de los más grandes peligros, ni la tentación más seductora. Cierto, no hay que reflexionar mucho para confesar que los esfuerzos de la castidad ante las seducciones de la sensualidad, que la fidelidad inquebrantable, á pesar de la calumnia y de la ingratitud para con el cumplimiento del deber, que la grandeza del sentimiento que pisa todo lo terreno para atender sólo á las cosas invisibles, que el amor á Dios, á las convicciones de la fe, á la pureza del corazón, amor que es más fuerte que la muerte, son desde el punto de vista de la estética [1] cosas, no sólo bellas, sino sublimes y dignas de aprecio y estimación.

Si reconocemos la sublimidad trágica y épica de muchos de esos combates que nos cuentan los antiguos poetas, tenemos en ellos la medida para apreciar toda la grandeza de los combates de los héroes de nuestra fe. Grandeza hubo realmente en los antiguos que dieron la vida por su patria; más grandeza hubo en los mártires que derramaron su sangre por su fe. Pero el que ha empeñado el combate más grandioso que jamás se ha empeñado por la libertad y por la vida, es Aquél que en el Huerto de los Olivos se sometió libre y conscientemente, por pura compasión por nosotros, al asalto de un combate que hizo brotar la sangre por todos sus poros, nuestro Salvador; Aquél, decimos, cuya muerte superó infinitamente en importancia y en sublimidad á todos los sacrificios y á todas las acciones más bellas y más sublimes de los héroes tan celebrados en las leyendas antiguas.

(1) Cfr. Dursch. *Æsthetik*, 138 y sig., 167 y sig., 178.



**10. Secreto de su invencible fuerza.**—Pues bien, dejamos que corra esa afirmación de que el Cristianismo es religión buena para las mujeres. Al decir esto, sólo una cosa han hecho nuestros adversarios; han descubierto el secreto de su inexpugnable fuerza. En el combate, es más fuerte y más animoso el hombre, cuando sabe la clase de enemigo con quien ha de luchar. Pero el Cristianismo no tiene que hacer uso de esta violencia, no es religión agresiva como el Islamismo, es religión de amor, de sufrimiento y de martirio. La perseverancia en el sufrimiento y en la paciencia constituyen la fortaleza de la mujer; el huracán echa abajo esas robustas encinas que no pueden doblarse, mientras que la flexible caña que está á su lado sale vencedora en la lucha. Sabiendo suavizar la ruda fuerza antigua con tanta facilidad abatida, se ha hecho «invencible» el Cristianismo. [1]

Se nos llama también seres femeninos. Todos saben que en la guerra de un sexo contra el otro tiene más seguridades de vencer el débil. Cuando quiere, sus mejores armas son su debilidad y su falta de medios. Y cuando se trata de un ataque, la penetrante insinuación de sus modales da con frecuencia la victoria donde había fracasado primeramente el ardor del hombre. Pero, en realidad, nuestra religión no quiere ni hombres ni mujeres. Quiere hombres llenos de fortaleza, fieles á sus convicciones, abnegados, perseverantes, y, por consiguiente, hombres modestos, suaves y llenos de mansedumbre; pide hombres que reco-

(1) II Cor., XII, 10.

nozcan humildemente como propiedad suya la humana debilidad, y que se sirvan del conocimiento de sus faltas para vencer esa debilidad; quiere formar hombres que estén tan lejos de la presunción, como de la timidez; de la violencia como de la flojedad; hombres que no se eleven sobre los otros, que se tengan á sí mismos en poco, y que, sin embargo, no huyan de ningún deber, hombres que se consideren capaces de cometer todas las faltas posibles, que no se desanimen por ninguna de ellas, pero que, por ellas, aparezcan más humildes, más circunspectos, más resueltos, y que comprendan mejor los omnipotentes auxilios de la gracia; en fin, hombres en los que se realice la palabra misteriosa del Apóstol: «La virtud se perfecciona en la enfermedad». (1)

(1) II Cor., XII, 9.

## CONFERENCIA XVII

### ORIGINAL, NO COPIA

**1. Variedad, independencia en la naturaleza, y á la vez, armonía en el todo y en sus partes.**—Sostenía un día Leibnitz que hay tal diversidad entre todas las cosas que se hallan en el cielo y en la tierra, que no pueden encontrarse dos cuya semejanza sea exacta. Las damas de la Corte de Hannóver complaciéronse en probar al sabio que estaba en un error, y pensaron que para demostrarlo bastarían algunas hojas de árboles iguales. Hubieran triunfado, en efecto, si las hubieran podido encontrar. Hubiérase podido tachar de locura la tentativa de aquellas señoras, si no hubieran tenido la excusa de la mezquina envidia que tenían de la gloria del filósofo. ¿Podían estar tan ciegas y tener tan poca experiencia para dudar con seriedad de la afirmación del gran hombre? ¿Quién se atrevería á encontrar ni siquiera dos pedazos de mármol enteramente iguales? En el cielo no hay dos estrellas de igual claridad. Donde nuestros ojos no descubren diferencia alguna, halla el análisis espectral un mundo de las más opuestas diversidades, que abren caminos enteramente nuevos á nuestros conocimientos de los cuerpos celestes. ¡Cuántas veces ha jugado una mala pasada á un aficionado á jardines esa invencible inclinación de la naturaleza á las formas originales y siempre variadas! ¡Cuántas veces, en el campo, hemos escuchado en la noche, con admiración, y muchas veces más tiempo del que hubiéramos deseado, la inagotable diversidad de voces de las cantoras de los estanques! Parecía que, á la luz de la luna, no que-

nozcan humildemente como propiedad suya la humana debilidad, y que se sirvan del conocimiento de sus faltas para vencer esa debilidad; quiere formar hombres que estén tan lejos de la presunción, como de la timidez; de la violencia como de la flojedad; hombres que no se eleven sobre los otros, que se tengan á sí mismos en poco, y que, sin embargo, no huyan de ningún deber, hombres que se consideren capaces de cometer todas las faltas posibles, que no se desanimen por ninguna de ellas, pero que, por ellas, aparezcan más humildes, más circunspectos, más resueltos, y que comprendan mejor los omnipotentes auxilios de la gracia; en fin, hombres en los que se realice la palabra misteriosa del Apóstol: «La virtud se perfecciona en la enfermedad». (1)

(1) II Cor., XII, 9.

## CONFERENCIA XVII

### ORIGINAL, NO COPIA

**1. Variedad, independencia en la naturaleza, y á la vez, armonía en el todo y en sus partes.**—Sostenía un día Leibnitz que hay tal diversidad entre todas las cosas que se hallan en el cielo y en la tierra, que no pueden encontrarse dos cuya semejanza sea exacta. Las damas de la Corte de Hannóver complaciéronse en probar al sabio que estaba en un error, y pensaron que para demostrarlo bastarían algunas hojas de árboles iguales. Hubieran triunfado, en efecto, si las hubieran podido encontrar. Hubiérase podido tachar de locura la tentativa de aquellas señoras, si no hubieran tenido la excusa de la mezquina envidia que tenían de la gloria del filósofo. ¿Podían estar tan ciegas y tener tan poca experiencia para dudar con seriedad de la afirmación del gran hombre? ¿Quién se atrevería á encontrar ni siquiera dos pedazos de mármol enteramente iguales? En el cielo no hay dos estrellas de igual claridad. Donde nuestros ojos no descubren diferencia alguna, halla el análisis espectral un mundo de las más opuestas diversidades, que abren caminos enteramente nuevos á nuestros conocimientos de los cuerpos celestes. ¡Cuántas veces ha jugado una mala pasada á un aficionado á jardines esa invencible inclinación de la naturaleza á las formas originales y siempre variadas! ¡Cuántas veces, en el campo, hemos escuchado en la noche, con admiración, y muchas veces más tiempo del que hubiéramos deseado, la inagotable diversidad de voces de las cantoras de los estanques! Parecía que, á la luz de la luna, no que-

ría su coro interrumpir las alabanzas dirigidas al Creador.

Cuanto más se sube en el reino de las criaturas, tanto más rica es su variedad. Talle y rasgos de la cara, actitud y maneras de expresarse, voz y mirada, todo esto da á cada hombre su sello. Cuando llega un amigo á mi puerta, antes que entre, ya me dicen su tos, sus pasos, su modo de llamar, quién es el que me va á dar el placer de visitarme, y en qué disposición de humor y de carácter se halla.

Pero, á pesar de esta diversidad, por todas partes encontramos perfecta armonía. Consideremos la naturaleza como más nos agrade, encontraremos siempre algunos detalles ordenados con tan maravillosa delicadeza, que nos producirá el conjunto la impresión de perfecta armonía. Para un ojo sensible, hay indescriptibles encantos en considerar la distribución de los colores que encontramos en la campiña que atravesamos en nuestra excursión. Los aterciopelados musgos, los sombreados surcos, los tallos humedecidos de rocío, el estanque con sus ondas negruzcas, todo esto, visto una mañana de primavera, se armoniza con tanta perfección con los sombríos lindes de los bosques que cierran el paisaje y con el quejumbroso canto del pájaro solitario, como, durante el invierno, la nieve que cubre las colinas al otro lado del lago, y el bosque con sus reflejos de plata, se armonizan con las brillantes superficies de los hielos que hieren nuestra vista, como el brillo vaporoso del sol poniente en el estío con las purpúreas tintas de las alturas forestales y con las doradas ondulaciones de los campos y campiñas que se extienden á nuestros pies.

**2. Falta de naturalidad de muchos sistemas filosóficos y heréticos.**—La libertad del hombre nos permite ver que, tanto en su vida moral como en su vida intelectual, puede prescindir de esa ley general de la naturaleza. ¿Y le es ventajoso? Es cuestión que, desde el punto de vista cristiano, y para nosotros principalmente, no necesita ser examinada, atendido lo que hasta el presente



hemos tratado. En todas las discusiones particulares que hemos sostenido, hemos podido tocar el mismo resultado final: que deben estar en completa armonía la vida moral y la naturaleza.

Sin embargo, no son pocos los que desconocen esta verdad. Ya decía Sócrates que, en el fondo, la virtud es «una». Siguióle Platón en su juventud; encarnizados partidarios de la unidad de la virtud fueron los cínicos y los megarienses; (1) y en la escuela estoica ocupó también lugar preferente esta doctrina, que pretendió muchas veces penetrar en terreno cristiano. Excepción hecha de algunos disolutos de la Reforma, el más celoso campeón de esta idea fué Justo Lipse, el más sabio renovador del Estoicismo en el siglo XVI. Para él todas las demás virtudes están sobre el mismo pie. «Es una falsedad, dice, colocar una virtud en un grado superior á otra, y hacer como los Escolásticos que colocan la prudencia más alta que la fortaleza, y ésta antes que la templanza. Todas las virtudes están ligadas entre sí por lazos indisolubles. El que tiene una, las tiene todas». (2)

Fácilmente podemos representarnos cuál puede ser el porvenir de la vida, cuando se aplican á ella semejantes principios. Por desgracia, parece que no vivimos sino para ser testigos de ello. El fastidio insoportable que se apodera de nosotros á la vista de la monótona falta de natural en los jardines franceses modernos, la uniformidad en la falta de carácter de un estilo, que nos hace intolerables una larga permanencia en muchas ciudades recién construídas ó reconstruídas, son nada en su comparación. Si no ha podido soportar el mundo más que un filósofo que se reía constantemente y otro que lloraba sin interrupción, ha contraído, por otra parte, el hábito de hallar placer en las rarezas de los pensadores de esa especie. ¡Y quién no conoce cuánto martirio nos causa el que no cesa de llorar por insignificantes incomodidades, ó nos persi-

(1) Zeller, *Philosophie der Griechen* (2) II, I, 99, 6.
(2) Stœckl, *Geschichte der Philosophie des Mittelalters*, III, 314 y sig.

gue constantemente con sus agudezas! ¡Qué desgracia tan grande, si, al desaparecer esos hombres, dejasen escuela! Sí, nada más insoportable que tratar con hombres que tienen siempre la misma manera de pensar, de hablar, de saludar, y cuyos cumplidos y cuyas frases están vaciados en el mismo molde; son los que en la sociedad moderna hacen tan cargantes las relaciones; son causa de que, sin quererlo, haya producido tanta uniformidad en los espíritus nuestra cultura superficial y exterior. Cuando se ha andado un día por ferrocarril, y á todas horas se desocupa el coche para ser ocupado por nuevos compañeros de viaje—hablo de compañeros que han recibido cierta educación, y no de gentes vulgares,—está uno casi seguro de ver veinticuatro veces las mismas caras, las mismas barbas, las mismas modas, de recibir los mismos saludos y de tener las mismas conversaciones.

He aquí lo que hace cansado, poco interesante y, por decirlo de una vez, enojoso el trato de los hombres. Mas, si de intento se cultiva esta uniformidad, es señal de que no está intacta la naturaleza humana, porque nada hay menos natural que obligar á la naturaleza humana, tan noble y tan libre, á entrar en un molde igual para todos sin excepción, ó á ser extendida en una cama de Procusto, hasta hacer semejantes, con la semejanza que tiene un huevo con otro, á centenares y millares de personas hasta en los rasgos de la cara, en la colocación de las manos, en la mirada, en el andar y en la manera de hablar. Por desgracia, en esa violación de la naturaleza, han puesto sus deberes principales muchas sectas religiosas, como los Jansenistas, los Mennonitas, los hermanos Moravos, y han tenido no despreciable éxito en sus miras irracionales.

**3. Bacon y Kant.**—Quizá tuvo á la vista Francisco Bacon excentricidades tales en el seno de las sectas inglesas. En todo caso, según él, prosperaban en ellas de una manera sorprendente. Sin eso, no se explica cómo un hombre tan prudente se dejó fascinar por tan irracional concepto de la moral. Mientras predominaban las tenden-



cias á endosar á toda moral un solo uniforme, formándola según un solo patrón, niega él, por otro lado, con igual exageración, que los hombres tengan algo de común en su conducta, y pretende que no es posible una moral concebida según reglas generales. «Con la simple glorificación palabrera de la virtud, no podemos moralizar á los hombres en conjunto ni en particular. Debe estudiar el moralista las particularidades del alma del hombre, con el mismo cuidado que pone el médico en el estudio de las del cuerpo. Puede entonces dictar á cada uno preceptos especiales, según sus disposiciones y según su estado particular, porque en Ética, lo mismo que en Medicina, no se conocen las panaceas. El agricultor tiene en cuenta las propiedades especiales del suelo, porque no todo terreno conviene á toda clase de árboles. De la misma manera, debe el moralista examinar las diferentes aptitudes de los caracteres. Pues precisamente lo que hace falta en toda la moral hasta hoy es ese conocimiento fundamental del hombre. No trata ésta más que de principios abstractos hechos para hombres abstractos. Pero en su aplicación no hay más que pura charlatanería, como en el empleo de esos remedios que tienen la propiedad de curar todas las enfermedades». [1]

Á las limitadas miras del filósofo inglés, opone Kant miras personales que no tienen más extensión. Fiel á su doctrina, cae en el extremo opuesto al de Bacon, y se propone la cuestión sobre si debe ser popular la moral, entendiendo por esta palabra «popular», no sólo la forma de exposición, sino también el contenido. Pero «sería popular, si sus principios fundamentales no excediesen al alcance ordinario de la inteligencia del pueblo, esto es, si estuvieran contenidos en la experiencia general, que á lo más puede dar lugar á reglas para cierto número de casos particulares, pero no origen á ninguna ley general. Ahora bien, una doctrina moral no puede tener valor, sino cuando da reglas que se aplican de una manera general, sin

(1) Kuno Fischer, *Francis Bacon*, (2) 1875, 387.

admitir excepciones ni para un caso ni para una persona en particular. Por eso, concluye, no debe sacar sus preceptos de la experiencia, sino establecerlos *à priori*, sin cuidarse, ni de la antropología, ni de la psicología». [1]

Con dificultad se conseguiría hallar dos principios más opuestos que las doctrinas de esos dos filósofos, cuya influencia ha sido tan considerable, y que no están acordes más que en ser los dos igualmente extraños á la naturaleza del hombre. Quiere el uno una ley moral que prescinda de intento de la naturaleza humana, y que de la misma manera y sin excepción imponga deberes á todos, sin ocuparse ni en las personas ni en las circunstancias. Tiene razón el otro en exigir del moralista antes que todo conocimiento del hombre, pero no le permite aplicarlo, sino cuando, para cada caso en particular, haya hecho minuciosas investigaciones en cuanto á la persona y á su situación. Podrá entonces formular una regla que será aplicable sólo en aquel caso.

Según Kant, el plebeyo debe vaciar su manera de obrar en el mismo molde que el príncipe, la niña debe conducirse como un hombre, el enfermo hacer el mismo servicio que el que goza de buena salud, el estudiante pensar y obrar como el sabio, y otras muchas cosas más que no pueden pesar más sobre el uno que sobre el otro, precisamente porque no se preocupa la ley ni de la antropología ni de la psicología, y responde á la naturaleza del uno tan bien como á la del otro. Según Bacon, son absolutamente inconcebibles las ideas y las reglas generales. De modo que se necesita un código especial para las sirvientas, otro para las doncellas, otro para los criados, uno nuevo para el dueño de casa, otro para los hijos y otro para las hijas, y así hasta el infinito. Se necesita también una casuística que se renueve todos los días; son necesarios tantos moralistas distinguidos, cuantos son los hombres capaces de obrar; y cuando alguno ejecuta una acción sin haber tomado antes consejo de uno de éstos ó de todos, obra contraria-

(1) Kuno Fischer, *Gesch. der neuern Phil.*, 1860, IV, 102 y sig.



mente á la moral, porque obra sin ley. Según Kant, el mundo entero no vendría á formar más que un cuartel en que se ejercitasen en la misma teoría todos, hombres, mujeres, niños y viejos. Y según Bacon, dispénsesenos la frase, pero es difícil encontrar otra más exacta, parecería el mundo un inmenso picadero, donde se amaestraría á cada uno como á un caballo que tuviera la facultad de pensar. Suponiendo que sea incapaz el hombre de todo pensamiento y de toda acción independiente, los dos están conformes.

**4. ¿Es posible una Religión del mundo, ó una Religión que tenga alcance universal? ¿Dónde se encuentra el verdadero respeto al hombre, en el Cristianismo ó en el Racionalismo?**—Donde se admiten estos principios, se comprende fácilmente la afirmación del segundo fragmento de Wolfenbuttel «en el cual se dice que, no es posible una religión universal». Pero se ha presentado el Cristianismo con la pretensión de ser esa Religión considerada imposible, y de establecer leyes que tengan para todos el mismo valor. La ley debe tener «como fin el bien general» [1] y «un valor que se aplique á todos». [2] Debe tener, por lo tanto, «fuerza comprensiva universal». [3] Si se concibiera de una manera tan general como quiere Kant, esto es, si se adaptase á todos los casos, no se adaptaría á ninguno exactamente. Lo sabría el malhechor para entregarse á sus fechorías; y el hombre de conciencia jamás estaría suficientemente instruído sobre su voluntad. Si, en el sentido de Bacon y del racionalismo moderno, tratase de organizar con una casuística sin fin, toda posibilidad particular imaginable, atentaría á la libertad de los subordinados, y se perdería en mezquindades. Además le sería difícil encontrar el gran sentimiento del todo, lo mismo que la intención que debe existir en cada caso particular. [4] En el primer caso, sería inútil; en el segundo,

(1) Sto. Tomás, 1, 2, q. 90, a. 2.
(2) Id., 1, 2, q. 96, a. 1.
(3) Aristóteles, *Ethic.*, 5, 10 (14), 4, 6. Aguirre, *Philos. moral.*, 5, 10, 4-6.
(4) Trendelenburg., *Naturrecht* (2) § 75, 172.

despótica é irracional. No es posible una ley que se adapte á todos los casos particulares, ni tampoco es necesaria para la felicidad.

Sin embargo, puede existir muy bien una ley que obligue á todo el mundo, y que, con la claridad y con la precisión deseables, entrañe toda la universalidad que se pide. Para eso se necesita: primero conceder al hombre bastante penetración de espíritu, y bastante buena voluntad, buen sentido é inteligencia para hacerse á sí mismo una aplicación razonable y concienzuda de ella; (1) después, atribuirle bastante independencia personal para que tenga derecho á trabajar por sí mismo en ese desarrollo, según las reglas de la justicia atemperada por la moderación. (2) Es verdad que no se ha calculado este concepto de la ley para hombres que, semejantes á los esclavos, no pueden moverse libremente por sí mismos; pero no estima en tan poco al hombre el Cristianismo; le trata con tanto respeto como al mismo Dios, (3) porque cuenta siempre con su inteligencia, y edifica siempre sobre su buena voluntad.

Por lo tanto, ni una sola palabra diremos para justificar á nuestra Religión, cuando Renán, Straus y todos los que participan de sus opiniones, sea en totalidad, sea en parte, le lancen la perpetua acusación de no ser práctica para la vida, porque, ya por orgullo, ya por incapacidad, no se ocupa sino en un limitado número de dominios que pertenecen á la vida moral y á la vida pública y para nada se preocupa de las exigencias ordinarias del hombre. ¿No sorprende esa acusación salida de los labios de los que fueron los primeros en acusarla de haber encerrado al hombre desde la cuna hasta el sepulcro, en una camisa de fuerza, cuyas mallas no le dejan libertad, ni aun le permiten respirar durante el sueño? ¡Oyéndolos, no es tan es-

(1) Aristóteles, *Polit.*, 3, 6. 8, 10 (11, 13, 14); Cfr. Brandis, *Handbuch der Geschichte der griech.-rœm. Phil.*, II, 1599 y sig., 1662.
(2) Sto. Tomás, *In Ethic.*, 5, lect. 16, *Summa theol.*, 1, 2, q. 96, a. 6, 2, 2, q. 120.
(3) Sabiduría, XII, 18.



trecha esa camisa como pretenden! Tiene, más bien, mangas tan largas, pliegues tan amplios, que muchos espíritus fuertes parece desean una nodriza para vestírsela. Están constante y completamente trabados por las ideas de Bacon, ó más bien del racionalismo. En éste, sobre todo, se tienen escrupulosamente en cuenta las exigencias de Renán á propósito de la Religión, llevando hasta el extremo, y en los más insignificantes pormenores, la condescendencia para la vida ordinaria del hombre.

La filosofía del racionalismo, el tipo de la sabiduría pedante del profesor, Cristiano Wolff, cree en *sus concepciones racionales sobre la acción del hombre* no haber movido á éste á la virtud suficientemente, cuando no le ha enseñado expresamente que no se debe sonar en la mesa, ni introducir en la boca grandes trozos; que si se halla comiendo un pobre al lado de una persona distinguida, debe dejar siempre la mejor parte para esta última, y que ni siquiera debe empolvarse el cabello, si, por casualidad, ha de servir de molestia ó de incomodidad á alguno. (1) Y preguntamos: ¿es digna del hombre tal ingerencia en los pormenores de la doctrina moral? ¿no es enclavar á la humanidad en una silla de niño? ¿y puede censurarse á nuestra Religión porque no se arroga el derecho de tratar al hombre tan desdeñosamente? Cierto que podemos estar orgullosos de nuestra fe, cuando oímos tan singulares acusaciones. Sí, con legítimo orgullo decimos: Una vez más ha honrado el Cristianismo á la naturaleza racional y libre del hombre, y le ha demostrado más confianza, que ese pueril y mezquino racionalismo, que no sabe conocer que lo degrada, precisamente cuando cree realzarlo.

**5. La diversidad en las disposiciones naturales como fundamento de unidad en la vida de los pueblos y de los hombres.**—Pero, respetando la libertad y la naturaleza del hombre, nuestra Religión ha puesto igualmente las bases para la firme y permanente unión de toda la hu-

(1) Biedermann, *Deutschland in XVIII, Jahrh.*, II, I, 432.

manidad. Sólo partiendo de este principio, podia presentarse con alguna esperanza de éxito, y sin injusticia, como Religión universal. Donde es lastimada ó violada la naturaleza, es imposible, ó no tiene estabilidad, la unión para el bien común. Se la podrá obtener por la violencia exterior, por el miedo á un peligro, por el odio al común enemigo ó por la necesidad de combatirle; sí, podráse llegar ahí por la violencia externa, pero cuando se haga pedazos el círculo de hierro, no habrá cimiento interior que mantenga la unión. Ahora bien, una unión que no tenga más que la base moral, debe tener por necesidad el punto de apoyo en la verdadera naturaleza del hombre; y para que sea sólido ese punto de apoyo, debe dejar libre el juego ó movimiento de cada particularidad legítima de la naturaleza humana. «La actividad, dice un antiguo axioma, sigue á la naturaleza y responde al ser». En consecuencia, la moralidad y todo trabajo de cultura, si quieren llegar á su fin, deben regularse atendiendo á la naturaleza del hombre.

Pero en ninguna parte se observa más profunda diversidad que la que existe en nuestras disposiciones espirituales. En virtud de fines sapientísimos, ha dejado de comunicar Dios á cada uno de los hombres la plenitud de los dones con que ha querido enriquecer á la naturaleza humana; los ha dado á cada uno en determinada proporción. Difícilmente, se dice, se encuentran reunidas la aptitud para las matemáticas y la buena disposición para el estudio de las lenguas. Se distinguen también la memoria y sus fenómenos. No podrían concederse con más grande diversidad los talentos para las diversas ramas en que se ejerce la actividad humana. De ahí también las inclinaciones y las aptitudes particulares de los diferentes pueblos, si no se han desviado de su virtud primitiva. La formación, la instrucción, la educación, las relaciones, la profesión, confunden de tal manera las diferencias que existen ya por naturaleza, que sería difícil hallar, en toda la vasta extensión de la tierra, dos hombres que se parecieran com-



pletamente por sus aptitudes, por sus inclinaciones y por sus costumbres.

Y ahí precisamente se hallan la causa y la posibilidad de unión para la vida social. Más tarde, veremos en la cuarta parte cómo puede prosperar un edificio social sano, conociendo como conviene esas propiedades y esos límites de la naturaleza humana. Esa educación irracional que quiere hacer de cada individuo un hombre universal, no es la última razón de nuestra disolución social. Sólo donde se reconoce cada uno como un ser aislado en sí mismo, en sus aptitudes, por el lugar que ocupa, y por la profesión que ejerce, sienten todos que tienen necesidad unos de otros, no sólo para atender á la utilidad personal, sino como dice el proverbio árabe, del «acero y de la piedra» para que el uno dé al otro algo de lo suyo y recíprocamente. Por eso, cuanto más naturales son la cultura y el desarrollo moral de una sociedad, tanto mejor déjanse ver las propiedades particulares de los individuos, de un lado, y tanto más vivamente se manifiesta, de otro, el sentimiento de cohesión.

Pero si una cultura falsa, tal cual se presenta desgraciadamente hoy, y en forma universal, tuviera la pretensión de representar en cada detalle la expresión de la humanidad entera, tendría como resultado la pérdida de la naturaleza individual y el desmembramiento de la sociedad. ¡Cómo se ha rebajado y se ha hecho vulgar el carácter de los hombres! ¡Qué uniformes son sus pensamientos y sus acciones! ¡Cómo dependen unos de otros en sus fines y en sus maneras de obrar! ¡Cómo se han desfigurado los trajes, los trazos de la escritura y hasta los rasgos de la cara! Por eso falta la libre unión de todos para formar un plan de vida completo, la alegría en los sacrificios recíprocos, la fortaleza para resistir exteriormente y la unidad para el interior. Si una doctrina moral y un sistema político no cuentan con estas condiciones, ya pueden merecer el honor de pertenecer al Kantismo; no se ocupan ni en antropología ni en psicología; por eso han conseguido que se los

juzgue inhumanos y contra la naturaleza. Si no pueden tirar de la rienda á los hombres y á la naturaleza, les será imposible conseguir que en ellos reine la armonía, debiendo confesarse los primeros culpables.

**6. Siendo la religión cristiana religión de equidad, religión que puede establecerse y extenderse por todas partes, es católica por naturaleza.**—En todo tiempo ha sabido preservarse de este error el Cristianismo. Y puede decirse muy alto; la religión cristiana es, con preferencia á todas las demás religiones, la religión de la justicia. Ella sola entre todas puede gloriarse de hacer justicia á cada una de las dotes legítimas del hombre, á cada una de sus disposiciones, y á cada una de sus necesidades. Ella sola puede gloriarse de no haber tenido predilección por ninguna de esas dotes, de no haber elevado á una con perjuicio de las otras, sino de haberlas santificado á todas y de saber dirigirlas al servicio de Dios. Y mientras el hijo de familia ve una armonía universal y completa y una universalidad que abarca la vida entera, los espíritus superficiales, los extraños que se quedan á la puerta, no han vivido lo bastante para ser testigos de su verdad y de su energía, no viendo por todo sino contradicciones y estrecheces. De este modo ha sabido ella elevar el estado de la virginidad sin perjudicar al matrimonio, y conciliar la libertad con la obediencia, procurando la primera con la segunda. [1]

Es también ella la religión que tiene derecho á ser libremente practicada en todos los actos de la comunidad viviente. Donde domina la verdadera vida cristiana, no sólo están siempre abiertas las iglesias, sino que aun fuera de las iglesias, las capillas, las cruces, las imágenes, invitan á la oración. En las calles públicas y en la soledad de las montañas, encuentra siempre estímulo el sentimiento de adoración, y alimento la satisfacción de ese sentimiento. ¡Qué medios de santificación no tiene en las oraciones siempre nuevas, en las cuaresmas, en las misiones

(1) Dœllinger, *Christenthum und Kirche*, 1860, 382.



y en las predicaciones! ¡Qué variedad de otros medios para insinuarse en los diferentes caracteres con las cofradías, con las reuniones y con las Órdenes! Las diferentes fases de la piedad encuentran en ella su expresión, y se adaptan á los deseos del corazón, [1] siendo toleradas todas en ella, con tal que ellas se toleren entre sí. [2]

Pero es también el Cristianismo la religión de la expansión libre, porque es católica por naturaleza. Decían los platónicos que no es buena para el pueblo la filosofía que no puede acomodarse á él, y que sólo los sabios son capaces de comprenderla. Según los mismos, debe contentarse con la aprobación del pequeño número de los que pueden formar juicios, y huir intencionalmente de la plebe. [3]

Aun en nuestros días hemos visto á un filósofo poner toda su felicidad en la ilusión de que no le comprendía el pueblo, y ha tenido muchos imitadores que han ocultado la verdad á los demás.

No sucede lo mismo en el Cristianismo: «En la casa de mi Padre, nos dice su Divino Fundador, hay muchas mansiones». [4] Ahí pueden encontrar lugar á su gusto los caracteres más diferentes; nadie tiene derecho para molestar á los demás en el estado que ha escogido, estando cada uno en armonía con todos. «De las calles y de las encrucijadas vienen los pobres, los lisiados, los ciegos y los cojos, se reunen en los caminos y á lo largo de los cercados»; [5] pero «también los poderosos de las naciones y sus reyes, y se levantan los príncipes para adorar al Señor»; [6] y todavía hay lugar para muchísimos más. Juntos todos, forman un todo magníficamente armonioso, reinando la más grande concordia; porque no pertenece á esa sociedad el que falta á la caridad y á la paciencia. «Hay repartimientos de ministerios, mas uno mismo es el Señor; hay repartimientos

(1) Herzog, *Realencyclopædie für prot.. Theologie*, (1), XII, 699.
(2) Bernard., *Apolog., ad Guilelm.*, 4, 8.
(3) Lactancio, *Inst.*, 3, 24.
(4) S. Juan, XIV, 2.
(5) S. Lucas, XIV, 21-23.
(6) Isaías, LX, 11; XLIX, 7.

de gracias, mas uno mismo es el Espíritu; hay repartimientos de operaciones, mas uno mismo es el Dios que obra todas las cosas en todos»; [1] «uno mismo el Espíritu, santo, único, de muchas maneras, sutil, discreto, ágil, benigno, estable, constante, seguro, que abarca todos los espíritus». [2]

**7. Belleza de una comunidad regida por sus principios fundamentales.**—En esto consiste la maravillosa hermosura de una sociedad ordenada según los principios cristianos. Y con razón dijo Francisco de Baader, que «sólo pueden temer al Cristianismo los que no conocen el espíritu cristiano». [3] Y se comprende. El antiguo concepto pagano del Estado ha adquirido predominio nuevamente, y se asusta ante la idea de que cada individuo pueda reclamar su parte; esto consiste en que no concede más lazo de unión que la coacción externa. Sin embargo, el espíritu del Cristianismo no vacila un instante en garantir al particular su independencia, porque cree que en ella consiste precisamente la primera condición de toda unidad que tiene verdadera vida. Se puede llegar sin independencia de las partes á una suma, á un agregado de individualidades, cuya cohesión puede mantenerse por medio de un lazo exterior sólido; mas nunca se formará un todo cuyas partes se consideren obligadas interiormente á formar una unidad libre y orgánica.

La imagen de esta sociedad cristiana y de esta unidad no es una masa de piedra que ignora la unión que existe entre sus partes: no es un bocoy en que se echa todo confusamente, es el cuerpo humano vivo, concurriendo cada miembro á formar el todo, teniendo cada uno su forma particular, su fuerza propia y su peculiar actividad; pero formando el cuerpo la reunión de todos y poniendo en ejercicio cada uno su actividad para el bien del todo. «El cuerpo tiene muchos miembros, y todos los

(1) I Cor., XII, 4-6.
(2) Sabiduría, VII, 22. 23.
(3) Erdmann, *Geschichte der neuern Philosophie*, III, II, 627.



miembros del cuerpo, aunque sean muchos, forman, no obstante, un solo cuerpo; el cuerpo no es un solo miembro, sino muchos, y si dijere el pie: Porque no soy mano, no soy del cuerpo, ¿deja por eso de ser del cuerpo?; y si dijere la oreja: Porque no soy ojo, no soy del cuerpo, ¿deja por eso de ser del cuerpo? Si todo el cuerpo fuese ojo, ¿dónde estaría el oído?; y si todo fuese oído, ¿dónde estaría el olfato? Mas ahora Dios ha puesto los miembros en el cuerpo, cada uno de ellos así como quiso. Y si todos los miembros fuesen uno, ¿dónde estaría el cuerpo? Dios templó el cuerpo, dando honra más cumplida á aquel que no la tenía en sí, para que no haya disensión en el cuerpo, sino que todos los miembros conspiren entre sí á ayudarse unos á otros. De manera, que si algún mal padece un miembro, todos los miembros padecen con él; y si un miembro es honrado, todos los miembros se regocijan con él». [1]

Cuando se sostiene una sociedad sólo por la fuerza, es cierto que cada miembro está obligado á contribuir con su parte al todo, pero no le da más que aquello á que no puede negarse; lo demás lo guarda para sí. Cuando, por el contrario, están interiormente unidos los miembros por el espíritu de independencia y de libertad, la utilidad de todos está aún en lo que cada uno busca para sí. Es el comunismo realizado de la manera más excelente. «No podemos todos poseerlo todo, pero podemos tener parte en lo que poseen los demás». [2] Y esto sucede donde cada una de las partes del todo posee intactos los dones de su propiedad, y sin obstáculo despliega la actividad con que fué enriquecida, concurriendo por lo mismo con independencia y libertad al fin de la totalidad.

**8. Idea que de los deberes de estado y de la actividad se ha formado el Cristianismo.**—De ahí también el concepto de los deberes de estado y de la actividad. «Cada uno permanezca en la vocación en que fué

(1) I Cor., XII, 12-26.
(2) S. Pedro Damián, *Opusc.* 9. *de eleemos. præf.*

llamado». [1] Uno no puede hacerlo todo, ni pueden todos hacer lo mismo y del mismo modo. Por eso está escrito: «Quién eres tú que juzgas al siervo ajeno; para su Señor está en pie ó cae. Pues no nos juzguemos ya más los unos á los otros; antes bien, pensad en no poner tropiezo ó escándalo al hermano; que cada uno de nosotros dará cuenta á Dios de sí mismo». [2]

Tal es la enseñanza que recibimos de nuestra fe. No hace diferencia alguna entre estado y estado; cada estado lleva en sí mismo la razón de ser, no habiendo ninguno que sea mejor ó más distinguido, porque todos son la manifestación de los dones concedidos por Dios, y determinan el lugar indicado por Él. Lo que, sin embargo, no impide que haya unos más útiles que otros al bien común; pero todos tienen importancia, porque de todos tiene necesidad para su existencia y para su prosperidad. Nadie debe avergonzarse de su estado, sino que, penetrado cada uno del sentimiento de su condición, produzca para él bien de todos los frutos propios de sus condiciones, de sus inclinaciones y de sus convicciones; no frutos que procedan del gusto ó del capricho, no frutos artificiales y de extraña imitación, sino los frutos que cada árbol pueda llevar, los frutos que pueden producir el deber, el estado y la aptitud interior. «Cada uno, como propuso en su corazón, no con tristeza, ni como por fuerza; porque Dios ama al que alegremente da». [3] En todo debe dominar una sola cosa, y es que cada uno esté profundamente convencido en su corazón de la verdad y de la legitimidad del motivo que le determina á obrar. [4]

**9. Libertad, independencia, variedad en el carácter cristiano.**—Casi ningún extranjero ha sabido apreciar esto en los españoles, italianos y franceses del mediodía. Su desenvoltura, su calma indolente, su independencia de

(1) I Cor., VII, 20.
(2) Romanos, XIV, 4, 12, 13.
(3) II Cor., IX, 7.
(4) Romanos, XIV, 5. S. Francisco de Sales, *Filotea*, 3, 1, 36.—Schram, *Theolog. myst.*, § 350, 355, 377, 474. Pinamonti, *Guía de las almas*, Ch. IX.



carácter, son prueba de que el espíritu cristiano favorece la verdadera naturaleza y la verdadera independencia, donde ha sabido mantenerse mucho tiempo ese espíritu, prescindiendo de todo atentado corruptor.

Si examinamos los juicios que de la civilización de la Edad Media han formado nuestros historiadores y las descripciones de viajes sobre la vida de los pueblos meridionales, aparecerá verdadera la queja de Gœthe, á saber, que hay muy pocos hombres naturales, que hay pocos que comprenden la humanidad íntegra. Y tenemos que confesar que tal censura encuadra perfectamente, sobre todo en los alemanes. Por esto, no pueden comprender la independencia particular y la diversidad asombrosa de costumbres que caracterizan á los hombres y á los pueblos, donde tan hermosamente se revela esa independencia y esa individualidad favorecida por el Cristianismo.

Seguramente que no siempre ha sido el odio á la vida cristiana el más grande y poderoso obstáculo de nuestra época para juzgar equitativamente á la Edad Media. Con frecuencia se halla el principal motivo únicamente en la gran diferencia de caracteres entre aquellos tiempos y nuestros días. Verdad es lo que Tiberio decía, aunque tomado en sentido totalmente distinto, de Curcio Rufo, á saber: «que parecía que se había dado origen á sí mismo». [1] Puede decirse también de todos los caracteres de la Edad Media. Y esto es precisamente lo que nos hace tan extraños á aquel período. Siempre y únicamente vemos por los otros. ¿Qué hacen éstos? ¿Qué dirán? ¿Por qué hacer esto? Aquél no lo hace. Tal es la eterna lucha en que vivimos entre el respeto humano y nuestra conciencia. Maleamos de esta manera nuestro carácter, porque jamás obramos según nuestra naturaleza, sino según lo que hacen ó aprueban los demás. Pero ni aun por afecto ni por admiración de los que son mejores que nosotros, conviene seguir conducta semejante. San Francisco de Sales no aprueba que, por amor ó por debilidad, hagamos nuestros

(1) Tácito, *Anales*, 11, 21.

los defectillos de los amigos, de los padres y de los maridos, y censura á los amigos de San Basilio por haberse «dejado llevar hasta imitar sus imperfecciones, su lentitud en el hablar, su espíritu absorto y pensativo, y hasta la forma de su barba y su andar». [1]

Y con razón. La vida moral debe ser una obra superior: quien aspira á la virtud, debe ser su propio artista. No todos tienen la capacidad requerida para copiar cualquier dibujo, es cierto, pero no quiere decir esto que no se deba copiar, aunque sea imperfectamente. En la vida moral, nadie se hace perfecto con sus propias fuerzas, y nadie puede prescindir del ejemplo de los que han llegado á la perfección. Por este medio llegó San Antonio á un grado de santidad eminente, porque jamás vió un hombre bueno sin que tratase de imitarle; [2] pero le imitaba á su modo, que no es posible imitar todo lo que vemos. Y lo mismo sucede respecto de los Santos. No todo es para ser imitado. Hay en ellos cosas magníficas y dignas de admiración, que en otros serían afectadas y desfiguradas, llegando hasta ser defectos.

Por eso no está prohibido sentirse uno cubierto de confusión; animado por alguna acción de un hombre perfecto. Puede uno sentirse arrastrado á imitarle; pero hay que examinar las propias fuerzas, la naturaleza y la condición propias, y aun cuando se tengan á la vista los modelos más perfectos, sería bueno, sin embargo, tratar de perfeccionarse independientemente. Es lo que sobre todo quiere significarse cuando se dice que la vida del hombre debe ser una obra maestra. Por poca vena de artista que tenga uno, no se sujeta á la servil imitación; sin que se dé cuenta, resultan originales el paisaje y los rasgos de la fisonomía que reproduce fielmente la tela. Quien conoce su pincel, halla en él las huellas de su espíritu, porque le imprime el sello propio de su gusto y de su manera de considerar las cosas.

(1) S. Francisco de Sales, *Filotea*, 3, 32.
(2) S. Atanasio, *Vida de S. Antonio*, 1, 6, (Bolandos).



Del mismo modo debemos atender á los modelos morales. Si los copiamos en nosotros mismos, como consecuencia de verdadera convicción y según las indicaciones de nuestra conciencia, tomará en nosotros el modelo diferentes rasgos y concluirá por ser copia natural, independiente y viva.

En el firmamento de la vida cristiana brillan millares de estrellas grandes y pequeñas. Todas han tenido delante un modelo, todas se han formado según él; y, sin embargo, no es una copia cada una de ellas, sino que cada una es para sí su mismo original. ¡Qué figuras tan independientes y tan enérgicas Gregorio Nacianceno, Basilio el Grande, Gregorio Niceno, aquellos tres grandes capadocios, ligados por una amistad tan íntima y tan estrecha y por tan admirable elocuencia y tan sorprendente erudición, aquellos cumplidos batalladores en los combates contra los mismos adversarios, aquellos hombres perfectos por la participación de una misma vida! Cada uno es un nuevo modelo. Ved allí á Efren, el temor personificado del juicio de Dios; á Domingo, la calma viviente del espíritu cristiano; á Vicente Ferrer, que no sabe predicar sino de los terrores del fin del mundo; á Francisco de Sales, que, al contrario, no habla sino de la bondad de Dios; á Susón, que no respira más que amor y dolor de amor; á Agustín, que es todo luz y fuego; á Tomás de Aquino, en quien parece se ha encarnado el espíritu de penetración; á Pablo el ermitaño, que se retira al desierto, y no piensa más que en sí; á Vicente de Paúl, que en medio de millares y millares de empresas, piensa en todo menos en sí mismo. Todos son discípulos verdaderos y completos, copias fielmente imitadas de un solo Maestro y de un solo Modelo; todos son independientes representantes del espíritu cristiano; todos son ejemplos que nos muestran la altura á que puede llegar la naturaleza humana, si verdadera y constantemente es perfeccionada con ayuda de la gracia.

**10. Sin embargo, hay caracteres completos.**—Cada

uno tiene su vocación particular y sus peculiares disposiciones; y sin embargo, por las particularidades y caracteres que los distinguen de otros, cada uno es hombre completo en el más verdadero sentido de la palabra; porque nadie puede serlo todo en sí solo. Sería infaliblemente su ruina intelectual y moral, si quisiera cada uno imitar todos los rasgos que caracterizan á los demás. Por eso es de temer que no alcance por completo su objeto esa especie de educación que quiere hacer de todos los niños verdaderos pozos de ciencia y producir hombres y mujeres prematuros, debilitando las facultades intelectuales, y ahogando las energías morales.

Pero si es imposible que el que quiere llegar á la perfección realice en sí todas las perfecciones que puede adquirir el hombre, hay que decir que tampoco es necesario. Todos pueden ser seres completos, sin ser todo en todas las cosas. Sólo ha llegado ahí un hombre. Aquél que unió á la naturaleza humana la inmensidad de la divinidad. [1] Los demás tienen bastante con trabajar para perfeccionar, en el más alto grado posible, la parte especial que les tocó en suerte, y basta para eso que sean un todo; porque en la naturaleza humana, viviente y indivisible, están ligadas estrechamente todas las disposiciones y todas las capacidades. Cuando se perfecciona una de estas capacidades ó disposiciones exacta y naturalmente, y no á expensas de las otras, se ennoblecen con ella todas las demás. Por eso enseñan los Padres y los Teólogos de la Iglesia que están estrechamente ligadas entre sí todas las virtudes. [2] El que practica una, suponiendo que la practica con toda verdad y con toda perfección, [3] practica igualmente todas las otras. El que posee una, posee siempre muchas, y si los Santos llegaron á todas las virtudes, es porque practicaron

(1) Colosenses, III, 11.
(2) S. Agustín, *Trin.*, 6, 4, 6; *Ep.* 167 (291). S. Gregorio Magno, *Moral.*, 22, 2; Ezequiel, II, 10, 18. Sto. Tomás, 1, 2, q. 65, a. 1; q. 73, a. 1.
(1) Felipe de la Stma. Trinidad, *Theol. myst.*, II; tr. 2, d. 3, a. 3. (1874, II, 234-238); Juan de Sto. Tomás, *Curs. Theol.*, V, d. 17, a. 2, d. 2.



una con toda perfección. [1] Freidank se expresa exacta y admirablemente cuando dice:

«Como el joven se asocia con el joven,
»La virtud acompaña á la virtud». [2]

De donde se sigue que, para ser perfecto, nadie tiene necesidad de practicar completamente todas las virtudes. Basta primero que practique aquella que más en evidencia pone su naturaleza, sus tentaciones, su profesión, su estado y sus relaciones exteriores, y en segundo lugar, que la practique con toda la perfección posible. Nada importan ni el estado ni la profesión, porque no hay ningún estado, como no hay ninguna profesión, que sean obstáculo á la virtud; al contrario, son medios para llegar á la perfección, con tal que se soporten con buena voluntad las fatigas que exigen, y que se cumplan con exactitud las obligaciones que imponen.

Entre sus Santos, no cuenta la Iglesia sólo monjes contemplativos, misioneros, obispos, vírgenes y religiosos que han consagrado exclusivamente su vida á llegar á la perfección. Venera también Santos, que en forma verdaderamente natural y verdaderamente cristiana, han desarrollado sus aptitudes puramente humanas, y, como sabios, hombres de estado y artistas, no han vivido en el mundo en apariencia, sino según su vocación. Es idea fundamental de la Religión cristiana que todos los que desarrollan perfectamente sus dones naturales no son sólo hombres perfectos, sino también modelos para los cristianos de todos los tiempos y de todas las generaciones. Además, si practica alguno con tanta fidelidad como perfección sus particulares deberes de cristiano, deberes que no añaden mucho á los deberes puramente humanos, sino que los determinan de una manera más precisa, [3] entonces le da la Religión cristiana el premio

(1) S. Ambrosio, *Luc.*, V, 63.
(2) Freidank, 52, 18 y sig. (Bezzenberger, 114).
(3) Sto. Tomás, 1, 2, q. 94, a. 3; q. 99, a. 3 ad 2; q. 100, a. 1; q. 106, a. 1 ad 2.

de cristiano perfecto y de Santo, no siendo, por el contrario, reconocido como cristiano perfecto ó como Santo el que tenga lunares en el cumplimiento de sus deberes de hombre.

Aquellas mujeres cristianas, Nonma, Macrina, Antusa, Mónica, que arrancaron al intolerante Libanio esta exclamación de asombro: «¡Que admirables son esas mujeres cristianas!», durante sus días de aquí abajo, parecieron vivir nada más que para sus hijos y para su familia; y así precisamente se hicieron santas. La vida de un Fray Angélico, de un Jiménez de Cisneros, de un Tomás Moro, de un Godofredo de Bouillón, de un San Luís, de un Suárez, de un Mabillón y de tantos otros, prueba suficientemente que la erudición, la caballería, la fidelidad á su vocación, cualquiera que sea, no sólo no crean enemigos al Cristianismo, sino que forman la base de la más alta perfección cristiana, donde se observa fielmente su verdadero espíritu.

**11. La gracia y la santidad en harmonía con la naturaleza.**—Escandalízanse muchos de las debilidades y de las flaquezas humanas que se encuentran en las vidas de los Santos. Complácense otros en poner de muestra á la luz del día y como un gran triunfo una falta que han descubierto en la vida de un pobre cristiano. Después, por añadidura, exclaman: «Ved cómo conduce necesariamente la Religión al rebajamiento de la naturaleza humana». En lo contrario está la verdad. Hasta las flaquezas humanas en las vidas de los Santos muestran que es una infamia pretender que la Religión sea enemiga jurada de lo natural. La gracia no destruye jamás la naturaleza; la verdadera piedad, jamás destruye las inclinaciones naturales; ni el amor de Dios ha hecho desaparecer nunca las verdaderas tendencias humanas. El cristiano es siempre hombre; á mayor abundamiento, sus aspiraciones son llegar á ser hombre completo; no tiene por qué avergonzarse, tiene hasta derecho para gloriarse de ello.

Todos nuestros escritores sagrados escribieron bajo la influencia del Espíritu Santo, y todos escribieron con su estilo propio. Todos nuestros Santos tienen su carácter peculiar. ¡Qué originalidad en el Apóstol San Pablo! Difícilmente se puede imaginar que pueda haber quien se le parezca entre todos los hombres pasados y futuros. En sus principios, no respira sino rabia; después se hace celador intrépido; ayer era un tigre, sediento de sangre extraña; hoy sólo desea derramar la suya. Independiente de todos, se hace, sin embargo, siervo de todos. Padre severo con vara, nadie será débil sin que también lo sea él. (1) Por esto, no sólo no se ha aniquilado, sino que se ha ennoblecido; ha llegado á ser un hombre completo, un santo perfecto; y por eso se sentará sobre uno de los doce tronos, para juzgar, no sólo á los que han cerrado sus oídos y sus corazones á su predicación cristiana, sino también á aquellos que se han quedado atrás en el cumplimiento de sus deberes puramente humanos. Cerca de él estará entre los Apóstoles el muy amado Discípulo. Entre los dos, Pedro, su príncipe y su jefe, más grande que ellos en debilidad y en fortaleza. Los tres difieren entre sí por las cualidades especiales que los caracterizan; pero los tres son completos como hombres, completos como santos é iguales en magnificencia. ¿Puede imaginarse mayor contraste en la más hermosa asamblea?

Sobre la montaña de la Transfiguración apareció el Señor entre Moisés y Elías, y ambos brillaban con el mismo esplendor, y ambos estaban igualmente cerca del Santo de los Santos. El primero es el más manso de los hombres; (2) el otro es el hijo del fuego, é hizo que quedasen devorados por el fuego los desgraciados mensajeros que le habían tratado sin respeto. (3) Millares de Santos rodean el trono del Cordero; todos lo han copiado; todos se han formado según Él, pero todos lo han hecho de diferente manera, y no sólo tratando de aventajarse los unos á los

(1) I Cor., IX, 19; IV, 21. II Cor., XI, 29.
(2) Números, XII, 3.
(3) IV de los Reyes, I, 12.

otros en santidad—porque no hay diferencia, sino en los grados, no en las cualidades,—sino, ¡cosa admirable! haciéndose todos Santos, unos de una manera, otros de otra, cada uno, según sus preferencias. [1] Todos forman el más grande contraste; á todos anima el mismo espíritu, pero tan diferentes como las naturalezas, han sido los medios empleados para perfeccionar aquel espíritu.

¡Qué hombre tan singular Hilarión! Sobre su cuerpo extenuado no lleva más que un vestido de penitencia que causa miedo; jamás ha lavado ese vestido, deja que se caiga á pedazos, creyendo que es un mal la elegancia en un penitente. [2] Y, sin embargo, le siguen millares de personas, y van tras él de desierto en desierto, de isla en isla, á donde quiera que huye delante de ellos. En su descuidado exterior, sienten perfectamente el espíritu maravilloso que le anima, y que, como al Apóstol, le hace considerar «todo adorno como estiércol». [3] Esta conducta singular del hombre maravilloso es seguramente una excepción entre los Santos, uno de esos ejemplos que, como se dice vulgarmente, son para alabar y no para imitar. No hemos querido omitir este hecho, para hacer resaltar más la importancia de este punto, á saber, que no puede censurarse tal manera de obrar, que tampoco la aprueba uno para su propia persona y que aun se le podía imitar mucho menos. Es necesario juzgar á cada uno por sí mismo y apreciar su conducta según su propia y personal originalidad. Y entonces se explicarán y se excusarán muchas cosas en una persona, aun cuando no se hagan soportables en otra. Apenas si hay un Santo que haya seguido á Hilarión en su camino. Al contrario, podría mejor decirse que ha caracterizado más ó menos á todos el cuidado que han tenido con el exterior de su persona. Por amor á la limpieza, dejaba Catalina de Sena su vestido de penitencia; creía que la limpieza exterior debía responder á la pu-

(1) S. Bernardo, *In f. Omn. Sanct.*, s. 5, 1.
(2) S. Jerónimo, *Vita Hilarion;* 10, (Vallarsi, II, 17).
(3) Filipenses, III, 8.



reza interior. [1] Felipe Neri aborrecía de corazón todo desorden y toda suciedad exterior, particularmente en los vestidos. [2] En su pobreza, se acordaba también Santa Teresa de la decencia y de la limpieza. [3] Hasta en su lecho de muerte recibió con reconocimiento los hábitos limpios. [4]

Tales son las enseñanzas que recibimos de los Santos; en nuestros juicios sobre los hombres, nos enseñan á distinguir lo ordinario de lo extraordinario, después á reservar para lo primero la imitación y para lo segundo la admiración.

Si consideramos así sus acciones, con sus ejemplos aprenderemos á formar en nosotros la misma independencia de carácter, y, por consiguiente, aquella solicitud, aquella lucidez de juicio que, en las mismas circunstancias ordinarias ó extraordinarias, nos haría capaces de hallar exactamente lo que nos conviene. Enseña Domingo algo que no traspasa los límites de lo ordinario cuando aconseja á los predicadores del Evangelio que no usen vestidos mundanos para ir á predicar la fe, sino conformes con la pobreza evangélica. [5] Otón de Bamberg, por su parte, obró por convicción, y bajo la inspiración del Espíritu Santo, cuando partió á conquistar para la fe un nuevo país. Llevaba un brillante séquito, é iba ricamente vestido. No se avergonzaba de todo aquel aparato de príncipe, porque sabía que los Pomeranios, á quienes iba á convertir, aborrecían la pobreza, y jamás hubieran querido escuchar de los labios de un pobre la doctrina del Evangelio. [6] La cristiandad honra á los dos como Santos. Luís Gonzaga [7] y Eladio [8] no ven más que la celda que habitan; Bernardo ca-

(1) Raymund. Cap., *Vida de Sta. Catalina de Sena*, 1, 3, 61, (Balland).
(2) Barnabœus, *Vida de S. Felipe Neri*, 21, 276, (Bolland).
(3) Ribera, *Vida de Sta. Teresa*, 4, 1, 8, (Bolland).
(4) Bòlland, *Comment. in vit. S. Ther.*, 1009.
(5) Teodorico de Apolda, *Vida de Sto. Domingo*, 1, 2, (6), 29, 30.
(6) Ebbo, *Vida de S. Antonio*, 2, 1, 39, 40, 43.
(7) Cepari, *Vida de S. Luís Gonzaga*, 2, 1, 128.
(8) *Vitæ Patrum*, 5, 4, 16.

mina un día entero á lo largo del lago de Ginebra sin notarlo; [1] de tal manera estaban en su interior engolfados en la contemplación de su Dios.

San Benito enseña á los suyos que escojan siempre los sitios más deliciosos para edificar sus Monasterios, para elevar más fácilmente sus corazones á Dios, con el constante espectáculo de las bellezas de la naturaleza.

Cada uno obra según sus principios; cada uno obra según sus convicciones y según su conciencia; por eso obran todos con justicia. De este modo los contrastes se igualan y concurren al mismo fin.

Pedro Damiano y Gregorio VII, aquellos dos inseparables hermanos de armas, que lucharon toda su vida en el mismo campo, eran tan diferentes en sus caracteres y en sus miras que, queriendo designar ingeniosamente el primero la oposición recíproca de sus naturalezas, tenía gusto en llamar á Gregorio su «San Satán». [2] La Congregación de Santos, que, en su unión íntima, transformaron la Ciudad Santa y el mundo después de la gran tormenta del siglo XVI, aquel Pío de voluntad de hierro, Felipe Neri y Félix de Cantalicio, tantas veces insultados, el austero Carlos Borromeo, el inocente joven Luís de Gonzaga, lo mismo que su rígido padre San Ignacio, aquellos sabios dignos de ser colocados en el catálogo de los Santos, tales como Baronio, Belarmino, Toledo y Lemos, sin olvidar á Sixto V, el terrible restaurador del orden público, el gran político, [3] ¿será posible en menos palabras indicar más señalados contrastes? ¿Podrían hallarse caracteres más independientes los unos de los otros; caracteres

(1) Gaufrid. *Vida de S. Bernardo*, 3, 2, 155, (Bolland).
(2) S. Pedro Damián, *Ep.*, 1, 19; cfr. 1, 11.
(3) Bien podía el autor haber citado entre estos grandes caracteres á S. José de Calasanz que durante cincuenta años, en las postrimerías del siglo XVI y en los comienzos del XVII, fué en Roma la admiración de todos los Pontífices y el consuelo de las clases desheredadas para las cuales fundó las Escuelas Pías, adelantándose en tres siglos al pensamiento de nuestros cacareadores amantes del pueblo. Fué todo un carácter, uno de los hombres más completos que hayan existido, y por lo tanto uno de los más grandes Santos. (Nota del Traductor).



que hayan acentuado en más grande medida la marcha de su desenvolvimiento hacia la perfección, cada uno según las disposiciones propias de su naturaleza, y que, sin embargo, estén más estrechamente unidos por los lazos de una misma actividad y de un mismo espíritu?

**12. Serían más frecuentes los Santos, si hubiera más hombres fieles á la naturaleza.**—Á donde quiera que me vuelva para hablar de la perfección, siempre y en todas partes, oigo como respuesta esta exclamación: «¡Ha! los Santos: sí, eran Santos!» Pero, ¿no eran también hombres los Santos? ¿y no lo somos también nosotros? En vez de lanzar esas exclamaciones, ¿no sería mejor que nos hiciéramos estas preguntas? ¿Cómo se hicieron Santos? ¿Cuál es la manera de hacernos Santos? ¿Cómo podremos llegar nosotros á ser Santos?

La idea que se ha formado el mundo de los caminos que conducen á ese fin, y de las complicadas máquinas que, según él, son necesarias para llegar allá, es cosa que asombra. Lo que no causa sorpresa alguna es ver como el mundo y la piedad se hacen ridículos sin alcanzar jamás ese fin y, sin embargo, ¡es tan fácil y seguro el camino que á él conduce!...

Más todavía: ¿cómo llegaremos á ser Santos? Comenzando, como ellos, por ser hombres completos, perfectos y naturales; después, entregándonos, como ellos, para lo que quiera hacer de nosotros el Creador; y en fin, desarrollándonos, como ellos, conforme á nuestras disposisiones naturales. No se consigue por la ciega imitación de las personas que no tienen ni nuestras aptitudes ni nuestra vocación. Para alcanzar ese fin, debe cada uno perfeccionarse á su manera, según sus inclinaciones y en los límites fijados por su deber, por su vocación y por su especial condición en el mundo. Y todo esto sin violencia, con sencillez, sin afectación, sin cuidarnos de la manera de obrar de los demás, y sin juzgarlos, porque sus preferencias pueden ser dirigidas tanto hacia un modo de obrar como hacia otro.

¿Por qué son hoy tan raros los Santos, que cree el mun-

do extinguida la raza? Porque hay demasiados hombres que no comprenden la santidad, y que, aunque la comprendan, no tiene valor para ser naturales. Dadnos hombres sencillos, verdaderos, naturales; con ellos, aun hoy día, con la gracia de Dios, haremos Santos, si se han hecho ya ellos hombres completos sin la gracia.

Una pregunta más: ¿Por qué tenemos tan pocos hombres? Y entiendo por hombres los hombres verdaderamente dignos de este nombre, los hombres completos. Porque ya no tenemos Santos. La imperfección es enfermedad de la naturaleza. La virtud es su santidad. Cierto que la virtud y la santidad cristianas son más que la simple naturaleza, pero se encuentran en la naturaleza perfecta. (1) Dénos Dios Santos, y verá de nuevo el mundo la maravilla en que apenas si tiene fe. Verá hombres completos, hombres naturales.

(1) S. Basilio, *Hexam.*, 9, 4.

# CONFERENCIA XVIII

## ECCE HOMO

**1. Cuán benéfica y necesaria para el hombre es la influencia personal del hombre.**—Entre los más grandes consuelos y los más puros goces de la vida hay que enumerar la felicidad de encontrar aquí abajo, en este mundo de imperfección, un hombre de quien no es posible separarse, sin tener el firme propósito de llegar á ser mejor. Raro, muy raro es que tal hombre se halle; pero, gracias á Dios, los hay por todas partes. Digno de lástima es, en verdad, el que no ha tenido la felicidad de encontrar alguna vez á ese hombre; porque no puede imaginarse la rapidez con que una palabra, por breve que sea, que sale de un corazón verdaderamente piadoso é interior, nos eleva sobre las miserias de la tierra, ilumina las tinieblas de nuestra alma, despierta en nosotros el entusiasmo para todo lo que es bueno y noble, y nos ayuda á vencer las dificultades en apariencia insuperables; ¡Y bien sabe Dios cuán innumerables son en la vida esos instantes en que amenaza aplastarnos al mundo! En vano trabajamos por buscar en nuestras propias reflexiones ó en los libros remedio á nuestros sufrimientos, fuerza para el sacrificio y victoria sobre nuestras pasiones. Está como oscurecida nuestra inteligencia, enervada nuestra voluntad y debilitadas todas nuestras energías. Estamos como el pájaro ante la boca de la serpiente pronta á engullirlo; queremos sacudir nuestras fuerzas paralizadas, pero nos debilitan más y más todos nuestros esfuerzos. No es capaz de levantarnos y de darnos paz y consuelo para afrontar nuevos

do extinguida la raza? Porque hay demasiados hombres que no comprenden la santidad, y que, aunque la comprendan, no tiene valor para ser naturales. Dadnos hombres sencillos, verdaderos, naturales; con ellos, aun hoy día, con la gracia de Dios, haremos Santos, si se han hecho ya ellos hombres completos sin la gracia.

Una pregunta más: ¿Por qué tenemos tan pocos hombres? Y entiendo por hombres los hombres verdaderamente dignos de este nombre, los hombres completos. Porque ya no tenemos Santos. La imperfección es enfermedad de la naturaleza. La virtud es su santidad. Cierto que la virtud y la santidad cristianas son más que la simple naturaleza, pero se encuentran en la naturaleza perfecta. [1] Dénos Dios Santos, y verá de nuevo el mundo la maravilla en que apenas si tiene fe. Verá hombres completos, hombres naturales.

(1) S. Basilio, *Hexam.*, 9, 4.

## CONFERENCIA XVIII

### ECCE HOMO

**1. Cuán benéfica y necesaria para el hombre es la influencia personal del hombre.**—Entre los más grandes consuelos y los más puros goces de la vida hay que enumerar la felicidad de encontrar aquí abajo, en este mundo de imperfección, un hombre de quien no es posible separarse, sin tener el firme propósito de llegar á ser mejor. Raro, muy raro es que tal hombre se halle; pero, gracias á Dios, los hay por todas partes. Digno de lástima es, en verdad, el que no ha tenido la felicidad de encontrar alguna vez á ese hombre; porque no puede imaginarse la rapidez con que una palabra, por breve que sea, que sale de un corazón verdaderamente piadoso é interior, nos eleva sobre las miserias de la tierra, ilumina las tinieblas de nuestra alma, despierta en nosotros el entusiasmo para todo lo que es bueno y noble, y nos ayuda á vencer las dificultades en apariencia insuperables; ¡Y bien sabe Dios cuán innumerables son en la vida esos instantes en que amenaza aplastarnos al mundo! En vano trabajamos por buscar en nuestras propias reflexiones ó en los libros remedio á nuestros sufrimientos, fuerza para el sacrificio y victoria sobre nuestras pasiones. Está como oscurecida nuestra inteligencia, enervada nuestra voluntad y debilitadas todas nuestras energías. Estamos como el pájaro ante la boca de la serpiente pronta á engullirlo; queremos sacudir nuestras fuerzas paralizadas, pero nos debilitan más y más todos nuestros esfuerzos. No es capaz de levantarnos y de darnos paz y consuelo para afrontar nuevos

combates y nuevas pruebas, sino la mirada dirigida á un semblante amigo, la comunicación de nuestras penas á un corazón que sepa comprenderlas, y la poderosa palabra de un hombre superior que sabe tomar parte en ellas.

En el campo científico sucede con frecuencia que, sin auxilio de maestro, puede hacer grandes adelantos un espíritu dotado de cualidades especiales. Pero ahí también son excepción singular los autodidactos; no pueden desprenderse de muchísimos defectos y de no pocas imperfecciones: En la vida moral no pueden existir semejantes personajes: ¡son tan grandes los peligros de equivocar el camino, tan frecuentes las dificultades, para que pueda alguien caminar con seguridad, y no quedar aniquilado sin la ayuda de un apoyo ejercitado y probado! ¡En este terreno, desgraciado el que es sabio á sus propios ojos! ¡Pobre del que está sólo! [1] En el camino de la vida interior, tienen los más fuertes horas de peligrosa debilidad, y los más sabios, momentos de perplejidad completa. Está plenamente probado, y no hay excepción, que el hombre tiene necesidad de quien le sostenga en este terreno.

**2. El ejemplo debe juntarse al precepto.**—Mas para nosotros no es grande la utilidad, si entre las palabras y los ejemplos de ese maestro no hay armonía. Cuando se trata de enseñar y dirigir, tiene la acción diferente valor que la palabra. En el momento en que le pedíamos consejo sobre la manera de salir de nuestra medianía, y de evitar nuestra pasión, parecíanos convincente su palabra. Nos separamos de él con la firme resolución de violentarnos; pero pasan algunos momentos, y aparece la fría duda en nuestra inteligencia, y se pregunta nuestra voluntad, si en la vida práctica es posible ejecutar lo que nos ordena. ¿Y qué auxilio invocaremos entonces? No hay más que uno. Concluirá toda duda, desaparecerá toda perplejidad, en el momento en que le veamos semejante á nosotros por la fortaleza, y superior por la virtud, cumpliendo lo que nos había predicado.

(1) Prov., III, 7. Eccl., IV, 10.



¿Qué decir de los que no comprenden las doctrinas elevadas? Para ellos no hay más que el ejemplo; para ellos no son convincentes las palabras, sino cuando el ejemplo despierta uno de esos entusiasmos que llevan hasta la imitación. Por eso, no basta al maestro que su inteligencia posea la verdad, y que enseñen el bien sus labios; es necesario que obligue á los hombres á su aceptación. Nada es aquí la palabra; lo es todo la acción. Hombres de mediocre moralidad han expuesto doctrinas excelentes. Pero ¿han servido de mucho esas doctrinas? Ha habido otros que han sido santos, y no han pretendido erigirse en doctores. Á pesar de todo, han transformado y mejorado millares de personas. El premio, como se ve, es para el que, poderoso en obras y en palabras, nada enseña antes de practicarlo. Es el verdadero maestro en pos del cual se marcha fácilmente:

«Con placer al maestro
»Seguimos, cuando enseña con ejemplos
»Mejor que con palabras; todo nuestro
»Entusiasmo es para él, si, en la enseñanza,
»Á la buena palabra
»La buena acción añade, y entendemos
»Que, bueno en sus palabras, es mejor todavía en sus acciones». [1]

**3. Los antiguos tenían maestros, pero no tenían modelos de virtud. Reunidas en una sus doctrinas aisladas, no formaban un todo.**—No podemos negar que, si nos fijamos en la palabra, tienen para nosotros cierto encanto las doctrinas de muchos antiguos. Ahí está principalmente la Ética estoica que, con sus sonoras palabras, ha seducido á gran número. Sin embargo, prescindiendo de que imponían al hombre un yugo intolerable, jamás han sido puestas en práctica. Se ven obligados á confesar los mismos estoicos que ninguno de los grandes hombres, honrados por ellos más que los demás, ha realizado jamás el retrato de su sabio: ni Sócrates, ni Antístenes, ni Zenón, ni Cleanto, ni Crisipo. Pues bien, las otras escuelas se parecían á esta. Muy bien podía decir Cicerón en nom-

(1) Thomasin von Zerclaere, *Der Wælche Gast*, 647 y sig.

bre de todas: «No tenemos ya la representación sólida y real del verdadero derecho, de la verdadera justicia. No hemos conservado más que una sombra, una débil imagen; y ¡ojalá la siguiéramos!» (1)

Dignos de lástima eran aquellos paganos, á los cuales no se puede negar el mérito de haber tenido muchas veces sublimes aspiraciones; pero no conocieron ni las doctrinas de fácil práctica, ni los modelos de virtud... ¿Qué digo? ¡No tenían modelos!... ¡Y mucho más les hubiera valido no haber tenido ninguno! Pero tenían fe en los dioses que, por excepción acaso, practicaban una buena acción entre cien acciones criminales, quedando perplejos en los mejores casos entre el bien y el mal. Imposible tomar á uno de ellos como modelo del bien. Acaso pudiera impedirles la cólera de aquellas divinidades ejecutar lo que ellas se permitían impunemente, pero era imposible contenerse en los placeres por temor al pecado, y hacer el bien por amor ó por veneración á ellas. (2) Veían en aquellos dioses, hombres que se abandonaban á todas las bajezas de la sensualidad, hombres que, bajo las amenazas de severísimos castigos, exigían el bien de parte de los mortales, mientras que, sin vergüenza ni pudor de ningún género, quebrantaban ellos aquellos preceptos; hombres á cuyos ejemplos y seductores artificios no podían resistir, no habiendo seres más elevados que exigieran la devoción. Pero quedaban perplejos los pobres mortales, que con frecuencia eran mejores que sus divinidades, sin saber si debían seguir ó sus malos ejemplos, ó las leyes en lo que tenían de bueno, ó su propia razón.

Quedaban los hombres; pero, lo mismo que entre los dioses, quedáronse los paganos sin modelos entre los hombres.

Mas hay que decirlo en justicia; atendido el conocimiento del bien y del mal, de lo verdadero y de lo falso, tal cual existía en aquella época, era de todo punto imposible llevar ese modelo á una verdadera perfección, digna de ser imitada. Al lado de gran número de ideas, que forzosamente habían de arrastrar al hombre muy por debajo de su dignidad; al lado de gran número de otras, que, desconociendo su naturaleza, exigían de él imposibles, había en el paganismo muchas verdaderas ideas sobre el bien; pero semejábanse á miembros mutilados. Un giron era objeto de la fe de los pueblos, y otro permanecía envuelto en el misterio. Enseñaba una cosa un filósofo, y otro filósofo otra diferente. Aquellas partes no eran capaces de formar un todo, porque les faltaba la cohesión. Y aunque se hubiera encontrado en aquel terreno una imagen viviente de la virtud, representando de la manera más clara todas las obligaciones morales y todas las aptitudes del hombre, jamás se hubiera podido entusiasmar á los demás hasta conducirlos á su imitación.

(1) Cicerón, *Off.*, 3, 17.
(2) Cfr. Nægelsbach, *Nachhomerische Theologie*, 317 y sig.



**4. El Cristianismo reconoce todo lo que había de verdad en estas doctrinas, llena sus vacíos, y forma con ellas un todo viviente y comprensible.**—Se precia el Cristianismo de tener por misión enseñar una moral perfecta, sirviéndose de ella para conducir al hombre á la perfección. Mas para conseguir su objeto, debía quitarse de encima una triple carga.

Debía, primero, dejar subsistir intacto todo lo que había de verdadero y humano en las doctrinas morales establecidas hasta entonces. Una religión que aspira á la gloria de la perfección, á ningún precio puede crear nada puramente nuevo. Con mucha frecuencia han dirigido sus miras á esa gloria las instituciones y los sistemas humanos. No siempre tuvieron por objeto sus esfuerzos la verdad misma, pero han quedado satisfechos cuando han demostrado que, hasta ellos, nadie ha podido hallar la verdad; para ellos, vale más que tener razón, granjearse aplausos por la novedad. No sucede lo mismo con la Religión de la Verdad. Si quiere hacer sus pruebas como ellos, nada debe rechazar de la verdad que existía antes que ella, ni aun la parte más oculta y más insignificante, por-

que en el supuesto de que no la apreciase, ó de que quisiera reemplazarla por otras, probaría que no es su fin dar á conocer la verdad, sino la apariencia de la verdad. Pero, sin envidia de ningún género, sino con gozo especialísimo, se ha apropiado la Religión cristiana todo lo que de bueno y de verdadero halló en el mundo, por insignificante que fuera, y cualquiera que fuera su origen. Y basta con esto para probar que ama la verdad.

En segundo lugar, no sólo ha reunido todos los girones de la verdad que ha encontrado esparcidos por una parte y por otra; ha hecho más, ha presentado á la luz meridiana toda la verdad. Y hablamos aquí sólo de la verdad natural y considerada desde el punto de vista de la moral. Más adelante la examinaremos como Religión sobrenatural.

Ahora bien, un sistema que quiere ilustrar al hombre sobre su destino natural moral, debe comenzar por contestar á tres preguntas: ¿Qué es con respecto á la naturaleza? ¿Qué con respecto al mal? ¿Cuáles son las obligaciones del hombre para consigo mismo? Ved la respuesta, por decirlo así, unánime, que han dado los antiguos á la primera pregunta: «Existe la naturaleza con todas sus alegrías, con todos sus bienes, y con todos sus placeres para que se engolfe en ella el hombre». Es la respuesta de Mahoma y de toda filosofía y de toda religión que no conoce ascetas. El estoico y el cínico desprecian la naturaleza por orgullo, no porque eviten el engolfarse en ella, sino para darse ante el mundo apariencias de elevarse sobre ella; el budista la niega completamente, ya por estupidez, porque no la comprende, ya por pereza, desesperando poder mejorarla.

No la desprecia el Cristianismo, ni se pierde en ella; nos enseña á conocer sus peligros y los medios de purificarla y ennoblecerla.

En cuanto al mal, sólo una filosofía conocía la antigüedad: «Huir de él todo lo posible». Niéganlo enteramente los estoicos para alimentar su orgullo con la locura del pueblo; lo niegan como si fueran ellos naturalezas superiores, insensibles, como si, diferentes de los demás hombres, no tuvieran sentimiento. Hace de él abstracción de manera tan completa el budista, que se divierte con él, y no tiene más que un deseo, desaparecer pronto con él. Ninguno comprende el mal con relación al alma y á la moralidad; ven en él un espantajo ante el cual retrocede horrorizada la naturaleza sensible. Si ellos no lo han conocido quizás sino á medias, Zoroastro y Manú lo trataron con extremada rigidez.



Contra esas opiniones nos enseña la verdad cristiana que no debemos buscar el verdadero mal, sino en los daños que recibe el alma en su vida íntima; que es necesario combatir ese mal y vencerlo á costa de todos los sacrificios; que no puede hacerse abstracción del dolor, sino sufrirlo con paciencia. «No os dejéis vencer por el mal, nos dice, sino triunfad del mal por el bien». [1]

Esta es la respuesta de los griegos á la tercera pregunta: «No te impongas muchos cuidados. Eres un hombre: sé hombre; considérate como eres, y vive con tu naturaleza». Á su vez, Buda, habla de esta manera: «Sí, eres hombre por desgracia, pero debes dejar de serlo; no exista para ti el hombre, tu más elevado fin es el aniquilamiento personal, tu desaparición en el todo».

Entre estos dos extremos se halla el Cristianismo con su doctrina, la única que responde á la realidad, la única que es tan humana como hecha para ennoblecer. «No busques lejos, dice esta doctrina, lo que puedes y lo que debes ser. En ti hay mucho bien, pero no es perfecto; por desgracia, hay también mucho mal. El primero forma la la verdadera naturaleza; perfecciónalo. En cuanto al mal, castígalo. Llegarás á ser así lo que debes ser: hombre completo. Hazte hombre. El medio para llegar á serlo es no hacer mal, dirigir seriamente todos los esfuerzos hacia la verdad y hacia la perfección».

Si se hubiera detenido ahí la doctrina cristiana, hubie-

(1) Romanos, XII, 21.

ra manifestado sin duda la verdad más completa y más perfectamente que las otras, pero se hubiera parecido á ellas, quedando en el estado de doctrina. No hubiera sido completa su misión. Consistía su principal tarea en refundir en una unidad viviente lo que había tomado de los antiguos y lo mejor y más nuevo que había traído ella. Porque no consiste su valor en escombros aislados, separados unos de otros, por preciosos que sean, sino en un todo viviente. Pero aun no basta esto. Si no quería pasar sin llamar la atención ni convertirse únicamente en escuela fructuosa de sabios, sino llevar á la práctica sus principios, necesitaba presentar sus preceptos bajo una forma imitable. Debía, pues, ser capaz de ponernos á la vista una fisonomía viviente, en la cual se realizase, lo mismo en sus pormenores que en sus grandes rasgos, todo el conjunto de su sistema doctrinal. Y esto de manera que fuese capaz de formarse sobre ella como modelo cualquiera á quien quisiera obligar. En una palabra, debía personificar sus ideas en un ideal.

**5. Empresa difícil de una Religión universal en el establecimiento de un sistema de doctrina y de un ideal que deba durar siempre.**—No es menudo empeño para una Religión querer aparecer con la pretensión de pasar por Religión universal. Pues bien, no sólo ha establecido la Religión cristiana doctrinas que son siempre y en todo lugar aceptables, sino que ha creado un ideal que domina todas las diferencias de tiempo, de lugar, de estado, de educación, de edad, de sexo; un ideal que, á pesar de todo esto, permanece humano con toda verdad y de una manera tangible; un ideal que puede imitar todo el mundo. El empeño es grande; hasta parece irrealizable. Podemos fácilmente representarnos el sentimiento que experimentaríamos, si se nos pusiera delante un niño de la Edad Media, como modelo único, según el cual debíamos formarnos. ¡Qué diferencia, al contrario, si hubiéramos de reconocer por nuestro ideal á un Gotama, á un Zoroastro, á un Mahoma y hasta á un Sócrates anticuado, pasado



por el tamiz de la ideas modernas! Puede suceder que á su manera sea un carácter tolerable para su época y para las ideas de sus compatriotas; pero, en extraños climas, ¿podrá servir de modelo á las generaciones futuras? Podrá comunicar poderosos anhelos morales á espíritus dotados de facultades especiales; pero, ¿qué hará con el hombre ordinario, víctima de las necesidades cotidianas de la vida, ó con la debilidad de un niño? Por otra parte, si desciende hasta los pobres, hasta los niños, hasta las mujeres, ¿no sacrificará á los hombres robustos y á los espíritus superiores?

**6. Podía hacer un ensayo el Cristianismo, porque su Maestro era un hombre nuevo, un hombre verdadero y completo.**—No ha entrado el Cristianismo en todas estas consideraciones; ha intentado el pavoroso ensayo.

Hasta él, ningún sistema había tenido éxito, porque, como todos nosotros, eran hombres sus fundadores. Podía el Cristianismo acometer la empresa, porque su Maestro era incontestablemente un hombre nuevo; un hombre que, golpeado, no golpeaba; un hombre que no volvía desprecio por desprecio, que se abandonó voluntariamente al poder del que le juzgó injustamente; (1) un hombre manso y humilde de corazón; (2) un hombre que redujo á sus enemigos al silencio, requiriéndolos á que le convencieran de pecado, (3) un hombre como no lo había visto jamás el mundo. Era, en efecto, un hombre nuevo.

Y, sin embargo, era verdadero hombre.

Y aunque se cierne en alturas inmensas sobre todas las decadencias de la tierra, está muy alejado del orgullo de los estoicos, de aquel orgullo que despreciaba al hombre. No vive en el mundo, no va con el mundo, pero no rechaza al mundo. No huye de él, no lo busca, no lo teme. No tiene necesidad del mundo, pero permite que se le acerque el mundo; más aún, va á su encuentro, cuando necesita

(1) I S. Pedro, II, 23.
(2) S. Mateo, XI, 29.
(3) S. Juan, VIII, 46.

de Él el mundo. Lleno de entusiasmo por el cumplimiento de su misión, por el honor de su Padre, no deja, sin embargo, traslucir nada del ciego fanatismo de Mahoma. Tierno y manso como la misericordia hecha hombre, no desciende á la debilidad de carácter de Marco Aurelio, que elogia hasta el mal, y habla siempre de paz hasta donde no hay paz. Lleno de santa tristeza á causa de los pecados y de las miserias del mundo, no se engolfa como Buda en un sentimental y estéril dolor sobre la incorrigibilidad del mundo; pero, por interés, por sincera compasión, conserva la fuerza de curar, y, donde es necesario, la gravedad para castigar. Gozando en sí mismo de un reino de felicidad que no puede hacerle olvidar ni todo el mundo que le rodea, jamás cae en el aislamiento egoísta y misántropo de un Diógenes, de un Espinosa ó de un Schopenhauer. Ve el pecado mucho mejor que Sócrates, y siente su injusticia mucho mejor que todo el pesimismo, pero no se burla irónicamente del pecador, y no desecha la caña quebrada. Tiene relaciones con los pecadores, pero, como Antístenes, no participa de sus obras; los confunde sin decir una palabra, únicamente por la virtud que sana con acercarse, virtud tan saludable y tan dulce, que llega hasta ellos, y renuncian para siempre al pecado. Lleno de tierno amor, no se avergüenza de derramar lágrimas de dolor sobre el cadáver de un amigo. Invitado á un alegre festín, aparece lleno de amable mansedumbre, haciendo recaer la conversación sobre una instrucción piadosa, edificando con su ejemplo á todos los convidados, sin distinguirse por eso de los demás con una conducta singular y enojosa.

Sólo los hipócritas se ofenden de su afabilidad cuando les habla. Los grandes imploran sus favores, y se los concede sin orgullo; mas su amor pertenece también á los pobres, á los encorvados por las miserias de la vida, á los desesperados, como si fueran de su misma alcurnia. Con particular condescendencia, atrae á sí á los ignorantes que no hallan maestros. Con ternura inexplicable, eleva hasta



su Corazón Sagrado á los que tienen el corazón contrito, y á quienes rechaza con horror el orgullo de la justicia. Cuando está fatigado por la labor de la conquista del mundo, descansa en medio de los niños. Hasta el mismo tentador se atreve con Él, como con nosotros, y no lo evita. Permite que llegue hasta Él la tentación, para ser nuestro modelo. Le asusta, como asusta á toda criatura, el temor de la muerte acompañada de todos los terrores. El gran sacrificio de la obediencia le cuesta la misma violencia que á los demás hombres. Ha cumplido toda justicia para con Dios y para con los hombres en los sufrimientos y en el dolor, en las lágrimas y en la debilidad, en la energía del alma y en el cumplimiento del deber. Extraño á las ruidosas manifestaciones de disgusto, sabe, sin embargo, reprender con energía. Su aspecto deja traslucirse la humildad y la más benévola condescendencia, y no obstante, es la nobleza infinita. Tierno, grave, majestuoso, en uno solo de sus rasgos lleva la imagen de la mansedumbre, de la paz, de la dignidad. Nada hay muelle en Él, nada violento, nada rebuscado; nada de simple apariencia; es todo verdad pura. Están en Él tan en armonía el exterior y el interior, como jamás se ha encontrado en ningún hombre que no se haya formado con toda perfección á su ejemplo. Exteriormente, toda su conducta es el límpido espejo de su alma apacible, tranquila y santa. No hay vaguedad en su ojos, ni desaliño en su apostura, ni desequilibrio en su movimiento. Cada uno de sus actos es el sello de la majestad, de la moderación y de la delicadeza. En su semblante, en su aire, en su ademán, nada hay de severidad, nada de rudeza, nada de aspereza, como tampoco nada que pueda revelar la lisonja ni una exagerada amistad, nada que pueda despertar inclinación impropia. Sus palabras, llenas de generosidad y rectitud, á nadie ofenden. Toda su conducta respira benevolencia y condescendencia, sin hacer sentir por esto cuánto se prodiga. Parece no tener inclinación, gusto, ni dictamen propios. Sabe también penetrar en todas las situaciones del

corazón; sin imponerse, sabe hacer que piensen mejor los que á Él se llegan; y sin que nadie penetre sus intenciones, alegra los corazones y los edifica. Su prudencia es el asombro de todos (1) y se llenan todos de admiración ante la gracia de las palabras que salen de su boca; (2) su sola aproximación, mueve á pureza y á piedad. Predica sin hablar una palabra; guarda silencio con paciencia y con mansedumbre, y, sin embargo, lo que menos le falta es la energía para castigar. Sabe desarmar la astucia de sus enemigos con tranquilidad sublime, y librarse de sus lazos con notable perspicacia. Se irrita, pero en su enojo permanece dueño de sí mismo; no se empaña el espejo de su alma. Es de tal sencillez, como jamás se haya visto otro, excepto su Santísima Madre. Y precisamente esa sencillez seduce, encanta y domina. Ni el más fino conocedor de los hombres, ni el ojo más perspicaz, pueden descubrir en Él ni pesadez, ni precipitación, ni enojo, ni indecisión, ni provocación. No da paso que no sea en seguro, no dice una palabra superflua; sus miradas, sus movimientos, son mesurados, tranquilos, llenos de majestad, y, sin embargo, no se descubre en Él rastro de singularidad y ficción. Todo en Él es natural y sin artificio, todo sencillo, todo calculado por la fuerza de comprensión de todas las cosas, y, no obstante, está todo lleno de una grandeza sobrehumana que impone respeto.

En verdad sólo á Él pertenece la gloria de ser «el más hermoso de los hijos de los hombres». (3)

Ningún rasgo verdaderamente humano falta á aquella rica vida, y ningún rasgo sale del cuadro del conjunto. Ninguna disonancia llega á turbar la tan admirablemente proporcionada armonía de aquel todo; el carácter y la actividad de la vida entera están maravillosamente acordes para formar la unidad perfecta. En cuanto hace, se lee con toda uniformidad y colorido el pensamiento dominan-

(1) S. Lucas, II, 27.
(2) S. Lucas, IV, 22.
(3) Salmo XLIV, 3.



te de la gloria de Dios y de la salvación de los hombres. Con ese pensamiento, ora, cura, enseña; ese pensamiento le lleva al templo y al desierto; le fortalece en su agonía, le hace consentir en la separación de su alma y de su cuerpo, cuando todo está consumado. Pero no es sólo un hombre nuevo y un hombre verdadero, es también, en toda la acepción de la palabra, un hombre completo.

**7. Cristo como Ideal para todas las clases de hombres, para todos los pueblos y para los dos sexos.**— Así se comprende fácilmente cómo han podido reconocer en Él su ideal todos los hombres, y naturalmente los primeros, los pobres y los humildes. Con esto está resuelta la más grande y en el fondo la única dificultad. Un Maestro que ha pronunciado una palabra que antes que Él nadie había pronunciado: «Dejad que se acerquen á mí los pequeños»; (1) un Maestro que quiere dar la prueba de su misión sublime, trayendo á los pobres un mensaje de alegría; (2) tal Maestro y sólo ese Maestro puede ser el Maestro de todos.

Tampoco es extraordinario que haya sabido arrastrar á los grandes genios y á los sabios; muchos, fuera de Él, intentaron lo mismo, y algunos consiguieron su objeto. Pero jamás supieron ellos descender hasta los humildes y hasta los niños, hasta los débiles de espíritu y hasta los pobres, hasta los esclavos y hasta los que eran víctimas del desaliento y de la tristeza. Era admirable—y habla el mundo todavía hoy como de un hecho extraordinario—que en el sentimiento de su propia miseria no excluya Buda de su compasión inactiva ninguna de las criaturas que participan de su misma miseria. En cuanto á los demás maestros de la antigüedad, los hacía más duros é inhumanos para con sus semejantes la experiencia de su propia necesidad. Pero jamás pudo imaginar el mundo que, quien personalmente nada sabía de miserias, durante toda su existencia en el mundo, pudiera salir de la pleni-

(1) S. Lucas, XVIII, 16.
(2) S. Mateo, XI, 5.

tud de la paz interior de que gozaba, para vivir con los desgraciados, y para ayudarles á su costa. Era tan extraño para los antiguos, que les pareció sin duda un rebajamiento más bien que una virtud.

Y supera también la concepción y el poder del mundo aceptar la miseria de los otros, en lugar de la felicidad propia, y manifestar la elevación de su espíritu descendiendo hasta los pequeños, los ignorantes y los débiles, pues, para cautivarlos y levantarlos, se necesita una fuerza moral incomparablemente mayor que para cultivar y levantar aquellos cuya inteligencia va por sí misma al maestro. Si sabe dar á los fuertes el pan de los fuertes, nada hay superior á saber dar á los débiles la leche dulce y nutritiva.

Pero Cristo ha sabido reunir en sí las dos cosas: se hace comprensible á los pequeños y superior á los grandes; se acerca á los pobres, y no por eso es enemigo de los poderosos. Descendiendo hasta los más desheredados, eleva á todo el mundo, á pobres y á ricos, hasta su luz y fuerza consoladoras. Aun para los espíritus más contemplativos, aun para los que se atreven á lanzarse con su vuelo á las más elevadas esferas del espíritu humano, aun para los que tienen sed de asemejarse á Dios, y acaso para ellos especialmente, es un ideal á que no pueden llegar. Precisamente se sienten más atraídos hacia el cielo cuando contemplan á Cristo dando la leche á los niños, y partiendo el pan para los pobres, que cuando les abre las insondables profundidades de los misterios que ve en el seno de su Padre.

Durante su vida entera dió constantemente pruebas de ser perfecto judío. No se hallan en Él señales de aquel cosmopolitismo sin patria que ya en su tiempo comenzó á dominar en Grecia y Roma. Con fidelidad y á conciencia practicaba todas las costumbres de su pueblo; buscaba sólo las ovejas perdidas de la casa de Israel; [1] prohibió á sus discípulos dirigirse, mientras viviera Él, á

(1) S. Mateo, XV, 24.



los pueblos extraños. [1] Mas, aunque hijo fiel de la patria, no derramó todo su espíritu en los estrechos límites de la misma. Entusiasmábase Sócrates de no pertenecer á Grecia, sino al mundo. [2] Sin embargo, era exclusivamente griego, y llevaba en el fondo de su ser el sello propio de los griegos. Y, si no queremos presentarlo distinto de como le conocemos, sino tomarlo tal cual es, basta confesar que no todos pueden tomarlo como modelo. No es lo mismo Cristo: todos, judíos y paganos, griegos y bárbaros, levantan á Él los ojos con admiración y entusiasmo. Viviendo en medio de su pueblo, y siendo por lo mismo figura completamente conocida y plástica, si vale la frase, todo es, menos nacional: es verdaderamente universal. Popular entre los suyos, lo es también en toda la tierra. No era imitación del carácter de tal ó cual pueblo, sino original, un ideal nuevo y perfecto, un hombre verdadero y completo, que no poseía las tendencias exclusivas de cada tipo particular de pueblo, y sin embargo, todos hallan en Él lo que les da la vida y la fuerza. Y probó con esto que aun en los más estrechos límites en que se encierran los hombres y los pueblos—y ¿donde podrían encontrarse más gravosos que los del antiguo pueblo judío? —nadie puede hallar obstáculo para ser hombre verdadero y completo. Luego, si es así, pertenece á la humanidad toda, y ante Él desaparecen las diferencias de raza, de lengua y de costumbres.

Desaparece también ante este Ideal la diferencia de los sexos. En Él hallan, lo mismo el hombre que la mujer, el más alto modelo de perfección. Jamás hubo voluntad viril que uniese tanta fortaleza y tanta reflexión á tanta tranquilidad; jamás hubo corazón de madre que se mostrara capaz de tantos sacrificios y de tan gran simpatía. El mundo no había conocido un alma tan pura, tan pacífica, tan apacible como el ojo del niño ó el inmaculado corazón de la virgen, y cuyo candor se refleja á la vista de todos, mejor

(1) S. Mateo, X, 6.
(2) Epicteto, *Diss:* 1, 9, 1.

que en el cristal de las aguas se refleja el azul de los cielos. Pero hay en Él una limpidez de espíritu que lo domina todo, y que no puede compararse sino con el sol. Y eran la perfección más alta á que pueden elevarse uno y otro sexo, aquél carácter de profundidad insondable que unía la mansedumbre á la gravedad y la ternura á una firmeza inquebrantable; aquella armonía entre la contemplación y la actividad, entre la vida interior y la vida exterior, entre el retiro y la decisiva intervención contra la corrupción de los tiempos; y todo en una sola persona.

En las delicadezas de su amor generoso, en aquellas delicadezas superiores á la de la mujer misma, en su reserva y en su pureza más que virginal, entre sus combates contra el mundo y entre sus sufrimientos, da muestras de un valor y de una energía que confunden á todos los héroes. Apareció personificado en Él, como no lo ha estado jamás en hombre alguno, el carácter propio de la nueva virtud, esto es, la fuerza viril, atemperada por la dulzura femenina, la fortaleza del hombre en la lucha con el mal, admirablemente armonizada con la constancia de la mujer en los sufrimientos y en los sacrificios; por eso se sienten unidos estrechamente con Él los niños y cuantos tienen corazón puro. Sosiega el joven la tempestad de amenazadoras pasiones dirigiendo á Él los ojos, y con su solo recuerdo, se fortalece el hombre, presa de las amarguras de la vida; pensando en Él, recibe energías la madre para cumplir su pesado deber, cuando vacila su abnegación bajo la carga que pesa sobre ella, y acordándose de su sacrificio, olvida la joven el que hizo, cuando con espíritu de abnegación, cambia la más brillante vida del mundo con las solicitudes por la humanidad que sufre y que se arrepiente, ó con los combates llenos de vicisitudes que conducen á la santidad.

**8. Su importancia no es semejante á la que se atribuye á otros hombres notables, sino que de Él parte una fuerza motriz que debe durar siempre.**—Los hombres grandes tienen en la historia valor é importancia que duran siempre; pero no desafían á todas las épocas su influencia y su fuerza impulsoras, ni pueden resistir sus obras los estragos del tiempo; es tanto más rápida la caída, cuanto que más altos han subido. Alejandro pudo prever la ruina de su imperio; Pericles debía sobrevivir á su obra; Miguel Ángel llevaba en su propia grandeza el germen de la decadencia del arte. Cierto es que las ideas á que dan vida los grandes pensadores tienen un valor que jamás perece, pero serán perfeccionadas por otras, y, por lo mismo, serán superfluas. Después de Euclides, Newton; después de Copérnico, Kepler; después de éstos, otros, y estos otros serán seguidos todavía por otros, que aminorarán su influencia en las futuras edades. La prueba más convincente que tenía Napoleón de la grandeza de Cristo era que el tiempo, ese gran destructor, al cual nada resiste, no había limitado el dominio de la caridad que había venido á traer Él. En aquellas horas de profunda reflexión á que le llevaba la soledad de sus últimos días, decía: «He arrastrado á muchedumbres que morían por mí. No quiera Dios que haga comparaciones entre el entusiasmo de los soldados y la caridad cristiana, que son tan diferentes como su causa. Pero, en fin, era necesaria mi presencia, la electricidad de mi mirada, mi acento, una palabra mía; entonces encendía yo el fuego sagrado en los corazones. Es verdad que poseo el secreto de aquel poder mágico que exaltaba los espíritus, pero no sabría comunicarlo á los demás; ninguno de mis generales lo recibió ni lo adivinó en mí. Tampoco he poseído el secreto de eternizar mi nombre y mi amor en los corazones, y de obrar prodigios sin auxilio de la materia. Ahora que estoy en Santa Elena, ahora que estoy enclavado en esta roca, ¿quién pelea y conquista imperios para mí? ¿Se piensa en mí todavía? ¿Quién me ha permanecido fiel? ¿Cuántos años duró el imperio de César? ¿Cuánto tiempo se sostuvo el entusiasmo de los soldados de Alejandro? ¿Concebís un muerto que haga conquistas con un ejército fiel y dedicado á su memoria? Con-

cebis un fantasma que tenga soldados sin sueldo, sin esperanzas para este mundo, y que sepa inspirarles perseverancia, soportando toda clase de privaciones? ¡No! Si viviendo todavía, no he podido conservar el calor en aquellos corazones egoístas que tantas veces conduje á la victoria, ¿cómo, frío con el hielo de la muerte, podré mantener ó despertar su celo?» [1]

¡No, por cierto! No es la obra de un hombre fantástico, de un hombre imaginario. Sólo un hombre vivo, un hombre verdadero, después de millares de años, puede enardecer á los hombres como en otro tiempo lo hicieron la palabra viva que salía de su boca, y el poderoso encanto de su amable presencia. Alejandro y Augusto, Teodosio y Carlomagno descendieron á la tumba persuadidos de que sería reducida á la nada su obra, porque ni entre los genios que los rodeaban, ni entre sus hijos, había en quien inculcar sus miras y su prodigiosa actividad. Pero dejó este mundo Cristo con la conciencia de haber comunicado su propio espíritu á los más pobres pescadores de Galilea, en la medida en que podían recibirlo, para convertir á los incrédulos, para santificar á los pecadores, para transformar el mundo, y para dar cima al edificio, cuyos cimientos había echado Él. Conoció el secreto de transformar á los más débiles y á los más insensatos á los ojos del mundo, de tal modo que los hizo capaces de enseñorearse de la sabiduría y del poder de toda la tierra. Llevó consigo la certidumbre de que en los siglos más remotos harían pensar en Él los Apóstoles que por Él habían de recibir gozosos la muerte. Y revelaba una verdad evidente, cuando decía que los que creyeran en Él, harían en lo porvenir las mismas obras que Él; [2] sabía que no serían capaces los siglos de disminuir su influencia, y así ha sucedido.

**9. En los otros la palabra ó las obras lo son todo; en Él lo es la persona.**—Con gratitud aceptamos todavía hoy una palabra de verdad de gran número de sabios de los tiempos pasados; para nosotros lo son todo, sus palabras y sus obras, siéndonos por completo indiferentes sus personas. Sólo á la persona de Jesucristo se unen nuestro espíritu y nuestro corazón; sólo en Él es obra la palabra, siendo también su doctrina su persona misma; en Él la doctrina es la vida. Debieron y deben enseñar los otros que no es la persona del que habla, sino la cosa dicha, lo que uno debe tener en consideración. De otro modo, perdería su fuerza nuestra palabra. Sólo Él ha podido decir: «Aprended de mí». [1] Sólo Él ha podido atreverse á prometer: «que el que le sigue, no anda en tinieblas; sino que tiene la luz de la vida». [2] Sin Él, nada es su doctrina; sin Él, nada es su obra. ¡Cuántos hay que conocen y hasta poseen su verdad, y para los cuales está como muerta! Y se comprende perfectamente: los desgraciados tienen su palabra; pero á Él no le tienen. El que le halla, aun cuando no sea capaz de comprender ni una palabra salida de su boca, ha hallado la vida. Aunque perdiéramos el Evangelio y todos los libros que explican su doctrina, no habría por qué inquietarnos demasiado, mientras poseyésemos su vida. Sin su persona es nada su doctrina; pero le poseemos á Él, poseemos también su palabra, y más todavía, porque hizo mucho más de lo que dijo. En su vida, nos da millares de ejemplos que no ha consignado por escrito. Los extraviados han encontrado en Él el camino; los ciegos, la luz; los desesperados, el consuelo, y los muertos, la vida. Le han seguido los pecadores, y los pecadores públicos, y se han hecho sabios y santos; se han sentido arrastrados hacia Él los pequeños y los débiles, y han crecido como gigantes. Los que se creían grandes y puros, para confusión suya, han podido ver, al acercarse á Él, cuán pequeños eran; y sin embargo, no los rechaza su amorosa virtud; se ha posesionado de ellos con poder irresistible, y por Él se han hecho más grandes y más puros. Pero cualquiera que haya sido

(1) Beauterne, *Sentiments de Napoléon sur le Christianisme*, apd Bouniol. Ch. V, passim. (París, Bray, 1867).
(2) S. Juan, XIV, 12.



(1) S. Mateo, I, 29.
(2) S. Juan, VIII, 12.

el número de los que hayan tratado de imitarle, cualquiera que haya sido el ardor y la constancia que en esa imitación han manifestado, jamás ha podido llegar á parecerse á Él ni el amor, que es el mejor artista. Hasta el más perfecto se ve obligado á confesar que está de su perfección á profundidades infinitas.

10. **¿Qué es un gran hombre?**—Á veces es algo pródigo el mundo en su distribución de aureolas de «hombres grandes». No podemos reconocer como tal sino al que, como Saúl, pasa á todos los hombres, por lo menos de los hombros para arriba. Sólo podemos dar ese nombre al que cierra una era y abre otra nueva, abre nuevas vías y crea nuevas maneras de pensar, dejando en pos de sí una escuela, cuya influencia es fecunda y poderosa, y que imprime á una esfera más ó menos extensa el sello de su superioridad personal. Pero la naturaleza, más bien demoníaca que puramente humana, de muchos de ellos, nos obliga á borrar gran número de la lista. Entre los que quedan, todos llevan consigo sus debilidades y sus errores, como los llevamos también todos nosotros; y á veces los hacemos más grandes, por las proporciones que les damos, de lo que son entre sus semejantes. Si tienen algún defecto de que no pueden desprenderse, nos consuela ver que han sido formados del mismo barro que nosotros, y que, como nosotros, no son más que pobres hijos de los hombres. Sin embargo, no titubeamos en cubrir con mano benévola los defectos de aquellos cuya gloria nos enorgullece, tanto más cuanto que por sus debilidades nos han asegurado con toda certeza que eran de la misma carne y de la misma sangre que nosotros.

11. **Escasez de grandes hombres ó de hombres completos. Imposibilidad de considerarlos como ideal; Cristo no es un «gran hombre» y ni un «hombre completo»; es el hombre completo por excelencia.**—Y qué sucedería, si pusiéramos en ellos el ideal de nuestra imitación. ¿Podríamos tomar como modelo á un Alejandro, á quien, á pesar de él mismo, abrumaba una felicidad pavorosa, que no dejó sin satisfacer ninguno de sus deseos, y que por sus brillantes acciones superó á los mismos héroes de la fábula? ¡No! No puede imitarse á un hombre para el cual era desgracia una felicidad sin límites. No pueden servir para la imitación ni de sus admiradores más entusiastas, hombres como Rafael y como Gœthe, que, divirtiéndose, hacían lo que no podían ejecutar sus rivales, á pesar de toda la intensidad de trabajo que llevan consigo las necesidades de la vida y la aplicación que exigen; hombres como Gœthe, que, perseguidos, apurados por la felicidad, se sienten desgraciados.



Los que en medio de sus éxitos han permanecido á lo menos dueños de su destino, como Ciro, Augusto, Carlomagno, Inocencio III, no han cosechado, la mayor parte del tiempo, sino lo que habían sembrado otros.

Tuvieron demasiada felicidad para que puedan servirnos de ideal. Jesucristo comenzó por ser pequeño como un simple mortal cualquiera; creció lentamente; llegó á la edad de hombre en medio de continuos combates, y esto, si no del modo ordinario y común á los demás hombres, á lo menos, por caminos puramente humanos y accesibles á todos los hombres. Si triunfó, no fué con victoria grandiosa, sino con una lucha continuada de año en año; no con actos sobrehumanos, sino con la más modesta práctica de la virtud, con una paciencia inquebrantable, con la tan enojosa locura de la Cruz, con su muerte. Su debilidad era su fuerza. Más débil que todos, con su vida y con su muerte los ha vencido á todos.

Conocemos muchísimos hombres grandes, que son objeto de nuestra admiración, pero sería no pequeña ridiculez el empeño de imitarlos; por lo tanto, no pueden ser para nosotros un ideal. Tenemos muchos hombres completos; los hallamos á granel entre los santos, y no es menor el número entre los que no son santos; pero todos tienen naturaleza limitada, y todos ellos han desplegado sus perfecciones en muy limitado y determinado teatro, propio únicamente de ellos; no se les puede imitar, sino en muy pe-

queña proporción; de esos hombres completos pocos fueron grandes, y es más limitado todavía el número de los hombres grandes que fueron hombres completos; y más raros aún los que fueron hombres grandes y completos á la vez.

No es Cristo hombre grande como los que han tenido este nombre; no puede ser puesto en parangón con ninguno de los grandes hombres de la historia, ni es tampoco hombre completo en el sentido en que lo han podido ser ellos. Cerniéndose sobre los pueblos y sobre los tiempos, sobre los sexos y sobre las edades, el único nombre que nos puede ser permitido darle es de hombre completo. Sí, sólo Él, aunque sea carne de nuestra carne y hueso de nuestros huesos, sólo Él es el modelo más perfecto del hombre, el único á quien no podemos atribuir debilidades humanas, el único que, en la medida más colmada y más perfecta, ha mostrado en sí todo lo que, en cuanto á perfección, reclamamos de los hombres. Sólo Él es el hombre verdadero y completo, y, como á Él place llamarse, el Hijo del hombre.

**12. Cristo, Ideal para todos, para el hombre y para el Cristiano; primero hombre, después cristiano; de suerte que no hay hombre completo, sino por Cristo.**—Hay que notar que los grandes hombres son inimitables, pero sólo Él, que es más grande que todos ellos, sólo Él es imitable. Es el único, el verdadero ideal para todos los que quieren ser hombres completos, verdaderos hombres. Por grande, por elevado que aparezca, puede ser y es imitado por los hijos y por las madres, por las vírgenes y por los hombres, por los héroes y por los débiles, por los pobres y por los enfermos, por los sirvientes y por los amos, por los sabios y por los ignorantes, por los reyes y por las princesas. Y no sólo es imitable en algunos rasgos aislados de su carácter, sino en todas sus fases, porque Él solo es el verdadero hombre, el hombre completo sin debilidades y sin defectos.

El que constantemente siente en sí la naturaleza humana, debe dirigir la vista á Cristo, como á su más elevado modelo. No sólo honra en Él el cristiano el modelo



de santidad sobrenatural, sino que deben formarse, según Él, cuantos quieran llegar á la verdadera perfección de que es capaz la naturaleza humana. El cristiano ve realizadas en Él, y en el más alto grado de santidad, no sólo las virtudes á que le impulsa su fe de cristiano, sino también todas las perfecciones á que está obligado como hombre.

Es, pues, Jesucristo el coronamiento del orden sobrenatural, pero es también la preparación, como ideal de la vida natural. Antes de levantar el edificio, es necesario echar los cimientos; los cimientos son la naturaleza; el edificio es la gracia. La gracia supone la naturaleza, no en el sentido de que proceda de ésta—es la gracia creación de lo alto, enteramente nueva y muy superior—sino en cuanto edifica sobre la naturaleza. Donde no está sana la naturaleza, no puede prosperar la gracia; pero, al prosperar, perfecciona la naturaleza. La naturaleza halla desde luego en la gracia todo su perfeccionamiento.

Hay que comenzar por ser hombre; después se llega á ser cristiano. Sólo los verdaderos hombres, los hombres completos, pueden ser verdaderos cristianos, cristianos completos. O más bien, no hay verdaderos hombres, hombres completos, sino donde hay verdaderos y perfectos cristianos. Mas no se llega á ese doble fin, sino por Aquél que, en el día en que triunfó del hombre viejo el hombre nuevo, fué dado como espectáculo al mundo entero por el representante del mundo antiguo con estas palabras: *Ecce Homo.* «¡Oh hombre! Desde el principio estás gastando tus fuerzas en vanos é inútiles ensayos para elevarte á la verdadera humanidad. Mira, pues, al Hombre, fórmate á su imagen, y serás también hombre. Hace muchos siglos que estabas privado de felicidad y de paz, porque parecía apartarse de los caminos que tu seguías el Dios sin el cual no puedes vivir. Mira, pues, y contempla á ese Hombre. Sigue sus huellas; puedes estar cierto que, si le copias hasta ser hombre completo, hallarás á Dios y, con Dios, tu último fin». [1]

(1) S. Agustín, S. 141, 4.

## Apéndice

### IMPORTANCIA DE LA HUMANIDAD DE CRISTO Y DEL ASPECTO VERDADERAMENTE HUMANO DE SU VIDA PARA NUESTRA VIDA MORAL

Lessing y Kant han pretendido que no era de gran importancia la personalidad histórica de Cristo. Trataremos de esta doctrina, cualesquiera que sean los que le han dado origen.

Muchos se han unido estrechamente á Cristo pensando que bastaba con creer en su palabra y observarla. Fijan su atención en la personalidad de otros hombres, como lo hemos visto con frecuencia en el curso de estas discusiones; pero desprecian por completo la de Cristo. No siempre saben los cristianos todo lo que deben á Cristo. Los enemigos de la fe lo saben á menudo mejor que muchos de los discípulos de Cristo. Por eso distinguen con tanto cuidado entre su persona y su palabra; ó, como dicen, haciéndose traición á sí mismos, entre su persona y lo que constituye el núcleo permanente de su doctrina. El mundo ha escuchado muchas palabras; y á esas palabras se han venido á juntar otras más retumbantes, aun cuando significan poco y no conducen á nada. Puédese elegir todavía entre éstas, interpretarlas y cambiarlas; se puede también prescindir de ellas, y éste es el fin que se persigue. Hasta la palabra de Cristo la interpreta cada uno á su gusto; se pueden quitar algunos girones á su forma primitiva, desechar lo que no gusta y conservar lo que gusta, pero es preciso tomar su persona tal cual es; no permite que se la descomponga ni se la altere. Si bien



falseando la verdad, puede presentarse su doctrina como el resultado final natural de toda la civilización antigua. Pero es algo tan distinto Cristo, algo tan grande, tan único, tan perfecto, que, aun cuando se hiciera abstracción completa de su carácter sobrenatural y divino, nos veríamos obligados á confesar que tal perfección de la naturaleza humana ni es resultado de otra civilización precedente, ni, sobre todo, resultado de una civilización humana.

Esto es lo que deja traslucir involuntariamente Fichte, cuando dice que el mandamiento que nos impone Cristo de creer en Él y de imitarle, ateniéndonos á los principios modernos, es absurda y monstruosa exigencia.

Que Dios haya perdonado al desgraciado filósofo la blasfemia contenida en estas palabras, blasfemia que tan directamente va contra la naturaleza divina de su Hijo único. Quisiéramos excusarlas, pues creemos que no han sido pronunciadas con pensamiento blasfemo. Nos parece que más bien son la expresión del miedo de que, considerada desde el punto de vista de su naturaleza humana la personalidad de Cristo, ponga á la vista un ideal de perfección demasiado elevado, y deje tan poca latitud, que no haya más remedio que, ó seguirle en todo, ó negarle por completo.

Tal es la ventaja que lleva á todos los sistemas de moral la moral del Cristianismo, y esto considerada únicamente desde el punto de vista humano. Puede esta moral ofrecer un ideal de perfección completa y puramente humana, de que le es imposible separarse. Y no sólo puede, sino que lo hace. Mientras los otros no nos ofrecen más que fantasmas, ésta es doctrina real, visible, palpable, en una palabra, doctrina viva y hecha verdaderamente para los hombres. Aunque Pelagio, los Racionalistas y otros enemigos de la fe, que le siguieron, negasen el hecho de la Redención, contentándose con buscar la importancia de la obra de Cristo en su doctrina y en su ejemplo, no es esto motivo para apartar nuestra atención de la primera

y llevarla á la segunda. Constituye precisamente nuestra gloria el que, con su ejemplo, nos ha enseñado Dios á ser hombres verdaderos y completos, cosa que nadie había hecho hasta Él.

Para poder ocultarse la pusilanimidad y la cobardía, invocan no pocas veces el pretexto de la divinidad de Cristo. Cuando dice: «Ejemplo os he dado para que hagáis vosotros lo que he hecho Yo», [1] significa evidentemente que pudo vivir de una manera perfecta, pues era Dios; mas ¿podía por eso dejar de ser hombre y hombre verdadero como nosotros? ¿Acaso no le ha costado el mismo trabajo que á nosotros sufrir y vencer? ¿No es Él «el que en los días de su mortalidad, ofreciendo con gran clamor y con lágrimas preces y ruegos á Aquél que le podía salvar de muerte, fué oído por su reverencia: y á la verdad, siendo Hijo de Dios, aprendió la obediencia por las cosas que padeció, y consumado, fué hecho autor de salud eterna para todos los que le obedecen?» [2] Sí, es nuestro consuelo «tener un pontífice que puede compadecerse de nuestras enfermedades, mas tentado en todas las cosas, excepto el pecado». [3] Lo que destruye toda objeción, tanto de parte del creyente como del incrédulo, es que nada ordenó antes de dar ejemplo en todo lo que mandaba. [4] «En todo lo que hizo el Maestro, nos dió ejemplo para vivir nosotros». [5] «Cada uno de sus actos es una enseñanza para nosotros». [6] «Cada una de sus acciones y cada una de sus palabras son para nosotros una regla de piedad y de virtud; porque tomó la naturaleza humana para que pudiéramos dirigir la vista, como á cuadro bellísimo, á los ejemplos de piedad y de virtud que nos dió, sacando de ahí admiración y entusiasmo para imitarle». [7] «Por

(1) S. Juan, XIII, 15.
(2) Hebreos, V, 7, 8, 9.
(3) Íd., IV, 15.
(4) Hechos Apost., 1, 1.
(5) S. Agustín, s. 75, 2.
(6) S. Gregorio el Grande, *Dialog.*, 1, 9; 3, 21.
(7) S. Basilio, *Constit. monast.*, 1, 1; Lactancio, 4, 26, 26.



eso, en el día del Juicio vendrá del cielo del mismo modo que subió, esto es, como hombre», [1] á fin de hacer imposible toda excusa.

Si hay en alguna parte un principio de fe que tenga importancia capital para la apología de la moral cristiana, debe ser el de la verdadera humanidad de Jesucristo.

Es algo que no perece, aun cuando se trate de las doctrinas sobrenaturales del Cristianismo, y de los esfuerzos hechos para llegar á las más elevadas alturas de la santidad. [2]

Destinada está á extraviarse toda mística que no reconozca la importancia de la humanidad, de la vida puramente humana y de la pasión de Cristo. La historia de esa mística nos ofrece los ejemplos más tristes en los Begardos, en los Iluminados y en los Quietistas. [3] Todo el alcance de aquella cuestión que trataron los escolásticos con este título: *Del poder del alma de Cristo*, resulta de aquellos errores que, á causa de su espiritualidad al parecer elevada, llevan en sí más de un atractivo. [4]

Por eso se dejó seducir algún tiempo Santa Teresa por algunos libros, pensando que haría mejor en vivir contemplando la divinidad de Cristo, que dejándose llevar de la idea de su humanidad. Pero debió pesarle amargamente de semejante conducta, y advierte á todas las almas, aún á las favorecidas por tan elevados dones, que no se dejen fascinar por semejante error. [5] Con razón expresa este pensamiento Tauler: «Jamás llegará á subir tan alto el hombre, que vaya más allá que nuestro Señor»; y Susón

(1) Hechos Apost., I, 11; Sto. Tomás, 3, q. 59, a. 2.
(2) Scaramelli, *Mystiq.* I, II, 11-13.—Schram, *Theol. myst.*, § 105, 110, 270, 324, *Coroll.*—Rodríg., II, 7, 1-9.—Godínez-Reguera, *Theol. myst.*, 1, 2, q. 1; I. 4, q. 4 (I, 475 y sig., 865 y sig.).
(3) Schram, *Theol. myst.*, § 107, schol.—Godínez-Reguera, 1, 2, q. 1, n. 24 y sig.
(4) Sto. Tomás, 3, q. 13; q. 8, a. 1, 3, 5, 6.—Salmant., *De incarnat.*, d. 23.—Gonet, *Clypeus, de incarn.*, d. 19.—Juan de Sto. Tomás, *Cursus theol.*, VII, d. 15.
(5) Sta. Teresa, *Vida*, c. 22. *Moradas*, 6, 7.—Ribera, *Vida de Sta. Teresa*, 4, 4, 80 (Bolland.).

dice: «Deja constantemente á Jesucristo en el fondo de tu corazón y en el fondo de tu alma, de modo que lo formes en ti, que lo veas siempre en ti, y consideres la perfección de su vida, de su trato y de su corazón, como era Él, sencillo, pacífico, casto, humilde, paciente y lleno de todas las virtudes. Mi humanidad, parece decirnos Cristo, es el camino que debéis seguir; mi pasión es la puerta por donde debe entrar el que quiera llegar al fin que tú buscas». [1]

Porque no comprenden esto, ignoran muchos las delicias que hay en visitar las iglesias entrando en relaciones con el Maestro en el Santísimo Sacramento. ¡Qué!, dicen, ¿no está Dios presente en todas partes? ¿no puedo doblar la rodilla lo mismo al aire libre que ante del Tabernáculo? Sin duda alguna; pero en el Sacramento tienes algo que no encontrarás en parte alguna. Está allí tu hermano que siente, que piensa, que llora, que se regocija lo mismo que tú en tu pobre corazón humano, no obstante, tan rico. La divinidad de Cristo, de cuya presencia gozas en el Sacramento, no es otra que la que llena los cielos y la tierra, las iglesias y los bosques, el interior de tu habitación y el interior de tu corazón. Pero la humanidad unida á la divinidad no la tendrás sino en esas horas de confianza familiar y de dulce amistad.

«No hay más que un mediador entre Dios y los hombres». [2] «El Cristo, como Dios, es el fin á que aspiramos; como hombre, es el camino que seguimos para llegar á ese fin». [3] Es el camino, pero es también la verdad y la vida. «Si buscas la verdad, anda por el camino que conduce á ella; si quieres la vida, sólo la encontrarás en ese camino. Es el fin hacia el cual te diriges; es el camino por el cual has de llegar hasta Él. No puedes llegar á Él, sino por Él

(1) Denifle, *Das geistliche Leben*, (1), 166, 307 (3.ª edición, 148, 311).
(2) I Timoteo, II, 5; cfr. S. Agustín, s. 240, 5, 293, 7; *Civ. Dei*, 9, 15, 2; Sto. Tomás, 3, q. 26, a. 2; Gotti, *De gratia Christi*, q. 3, d. 5.—Scheeben, *Mysterien*. 389 y sig.
(3) S. Agustín, s. 123, 3; *in Joann. tr.*, 34, 9.



mismo». [1] «No vas á Cristo sino por Cristo», [2] «no vas á su divinidad sino por su humanidad». [3] «La divinidad es el fin, la humanidad, el camino». [4] «El camino es el Cristo en su humanidad, el fin, el mismo Cristo en su divinidad». [5]

(1) S. Agustín, *In Joann. tr.*, 13, 4.
(2) Leo Magn., s. 66 (Ballerini).
(3) S. Agustín, s. 141, 4, *in ps.*, 134, 5; *in Joann. tr.*, 69, 2.
(4) Íd., *in Joann. tr.*. 42, 8.
(5) Íd., 14, *lect.*, 2, c.

# PARTE TERCERA

## MARCHA HACIA EL FIN DEL HOMBRE COMPLETO

---

### CONFERENCIA XIX

#### PRIMERA DECISIÓN QUE HAY QUE TOMAR

**1. ¿De dónde viene el que sea tan rara la perfección y tan frecuente la degeneración en el hombre?** —Es un hecho atestiguado hace mucho tiempo, y repetido con frecuencia por los sabios, que entre las criaturas no hay ninguna que venga al mundo más desprovista de medios de defensa, y que más necesidad tenga de auxilio extraño, y que más tiempo necesite para llegar á su desarrollo, que el señor de la creación terrestre. Puede esto, es verdad, ser útil, al ponernos á la vista la grandeza del hombre, porque, en general, cuánto más elevada es la perfección á que se destina una cosa, mayor necesidad tiene de larga preparación y del auxilio de los seres que le rodean.

Pero no es menos desoladora esta observación. Mientras que en las demás especies de seres es excepción la degeneración, en el hombre, que posee tantos medios de auxilio y tantos cooperadores, es tan rara la perfección, que podría decirse que las deformidades forman la regla. De ahí, aquella humillante verdad que expresa así la antigua canción: «Hay en la tierra un pájaro tan raro como un cisne negro, y que apenas se encuentra entre mil; ese pájaro es el hombre perfecto».

Si fueran todos los hombres de la especie de aquellos de

quienes se ha dicho: «Se imaginan que la vida es un juego», [1] no sería difícil la explicación del fenómeno. No hay que extrañarse de que jamás lleguen á la perfección, que ni siquiera presienten, personas que pasan su preciosa vida ante una mesa de juego, ó ante el espejo de su vida. Pero hay muchos que añaden con el antiguo filósofo: «No hemos sido hechos para el juego y las diversiones, sino para cosas serias, graves é importantes»; [2] y, sin embargo, jamás piensan en desarrollarse ni en el sentido de su perfección ni en el de hombres completos. ¿En qué son culpables? ¿por qué tiene tan poco felices resultados la educación de las mejores madres? ¿por qué tienen tan deplorable fin los principios de vidas tan ricas en talentos y que hicieron concebir las más felices esperanzas?

**2. El hombre es un ser doble que tiene que ser retocado para llegar á la unidad.**—El hombre se compone de dos partes que, por naturaleza, son diferentes entre sí, y tienen por lo tanto muy diferentes tendencias. La una procede de la tierra, y es terrena; la otra procede del cielo, y es celestial; la una se deja arrastrar por los placeres de los sentidos; la otra aspira á los bienes del mundo sobrenatural, porque «todo ser ama á su semejante». [3] Así lo quiere la naturaleza de las cosas.

Podemos comenzar aquí por hacer abstracción completa de toda corrupción de que pueda ser víctima el hombre. Pocas palabras se necesitarán para demostrar que no puede ser natural esa contradicción que llevamos actualmente en nosotros mismos, y que existe entre nuestra naturaleza superior y nuestra naturaleza inferior; que no es nuestra naturaleza la que nos hace tan difícil el bien, y nos facilita tanto el mal. Pero no hablamos ahora del hombre caído; nuestro empeño es únicamente conocer las obligaciones y las capacidades que tiene el hombre en virtud de su naturaleza, hecha abstracción del pecado y de la elevación del estado sobrenatural. Mas, considerado así, hallamos en Él doble serie de tendencias, porque, siendo un ser compuesto de dos principios tan diferentes, debe llevar en sí doble tendencia. Si esa doble tendencia ha tomado el carácter de lucha y de lucha difícil, como sucede hoy, no está la falta en la naturaleza, sino en el pecado. Pero aunque no existiera el pecado, habría en el hombre cierta divergencia, siquiera no fuera una contradicción ú hostilidad como las que existen en la actualidad. Y aun cuando fuera lo mismo que fué al salir de las manos del Creador, no podría llegar á su destino sin trabajo muy serio, sin decisión.

(1) Sabiduría, XV, 12.
(2) Cicerón, *Off.*, 1, 29.
(3) Eclesiástico, XIII, 19.



En nuestro ser, la parte intelectual es la más poderosa sin disputa; podría esperarse que consiguiese ella la victoria sobre la parte más débil y que la hiciese servir á sus exigencias. Sin embargo, mientras que esta parte perdida en un mundo extraño, no toma su fuerza sino de alturas muy lejanas, completamente ocultas á nuestros sentidos, nuestra otra mitad sensible se halla como en su casa, y toma su fuerza de los numerosísimos aliados que la rodean, y que halla entre su vecindario más próximo. Recuerda esto la tan intencionada fábula antigua del combate entre el hijo de los dioses y el gigante hijo de la Tierra. Cada vez que hacía caer Hércules á Anteo, hallaba éste nueva fuerza por el contacto con su madre la Tierra; si no lo hubiera suspendido en el aire para ahogarlo, jamás hubiera podido vencerle.

Pero no puede combatir así contra la sensualidad nuestra naturaleza espiritual. No tiene á ello derecho. No debe tratar al cuerpo con todas sus necesidades como á enemigo mortal é irreconciliable. No puede aniquilarle; sería trabajo de poco tiempo y en demasía contra la naturaleza. El Cristianismo ha rechazado siempre esas ideas del ascetismo, aunque, como más tarde veremos, nos manda ejercer sobre la sensibilidad caída y rebelada un dominio más severo que el prescrito por la pura moral natural que prescinde de la caída. El papel del espíritu es sólo obligar

á la sensibilidad á someterse á él, porque ella está privada de razón y es la parte más débil para trabajar de consuno en el cumplimiento del gran fin de nuestro ser, la perfección moral. Para llegar á ese fin, todo el hombre, la razón y la sensibilidad, la voluntad y las pasiones, deben emplear su actividad en perfecta unidad. No hay, pues, que olvidar que se trata, no de aniquilar la naturaleza sensible, sino sólo de someterla á la obediencia del espíritu.

**3. El primer deber es someter la sensibilidad al dominio de la razón y del ascetismo.**—En consecuencia, el primer deber que ha de cumplir el que quiere llegar al estado de hombre completo es someter la sensibilidad á las exigencias de la razón. Existiría este deber, como ya lo hemos dicho, aunque la naturaleza humana no hubiera sido corrompida por el pecado. Aquella malhadada perversión tuvo como consecuencia el que se halle con frecuencia la razón frente á la sensibilidad como frente á un enemigo, y, por consiguiente, forzada á tratarla como á enemigo, y á recurrir á la fuerza para someterla. Pero, aun sin el pecado, hubiera tenido obligación el espíritu de tratarla como á sirvienta, transformándola poco á poco en cooperadora, aunque de orden inferior, para alcanzar el verdadero destino del hombre. Por ahí debe comenzar toda la actividad moral del hombre. No decimos por esto que no debe pensar en otra obligación antes de haber cumplido ésta perfectamente. No son pocos los que han caído en semejante error. Dirigen todos sus esfuerzos á la sensibilidad, creyendo que se aplicarán en vano á otro trabajo, mientras no haya perdido ésta todo sentimiento de placer y toda posibilidad de complacerse en ulteriores emociones. Si, hoy, en pleno Cristianismo, hay personas que ofrecen todavía incienso á la perversa idea del neo-platonismo. ¡Como si la única ocupación del hombre consistiera en libertar al espíritu de los peligros de la naturaleza sensible!

Pero no es éste sino el primero y menos importante de



los deberes del hombre. Éste no debe cumplirlo, sino para pasar á otros más elevados y más importantes, no queriendo decir tampoco que no debe pensar sino en los últimos, cuando ha llenado cumplidamente el primero. Jamás llegará á satisfacer sus verdaderos y propios deberes, ó tardará en llegar mucho tiempo, porque no tan fácilmente se somete la sensibilidad al espíritu de una manera permanente. Y suponiendo que tuviera éxito, no sería tal la adaptación, que fuesen superfluas la vigilancia y la circunspección. La sensibilidad trata de despertarse pronto y de conquistar los dominios perdidos. Con repentinas explosiones, ha probado más de una vez al que la creía muerta y pensaba estar ya al abrigo de todo peligro, que no estaba sino adormecida, y que basta un momento de descuido para que recobre las antiguas energías.

**4. Precisamente se estrellan en este escollo la mayor parte de los hombres.**—Es muy natural que no piense en el cumplimiento de un deber moral más vasto y más elevado, quien no trabaja seriamente para someter al espíritu la naturaleza sensible. Sin ascetismo no hay doctrina moral que pueda ser utilizada; no hay sana moralidad. Es trabajo perdido y pura quimera querer fascinarse á sí mismo y engañar al mundo, alegando que se puede aspirar á todas las virtudes, dejando en libertad á la sensibilidad, y no poniéndole traba alguna. Ahí está el porqué de tantas infidelidades á los deberes de hombres y, naturalmente, á los deberes de cristianos.

Hablando sin rodeos y sin segundas intenciones, para la mayor parte no hay más que un motivo legítimo que explique su aversión á las exigencias de la moral natural y á las de la moral sobrenatural. Es un hecho real que, si no se comienza por combatir las inclinaciones sensuales, no se puede llegar á observar los demás mandamientos que las dos morales prescriben. «El que quiera llegar á la cima de la escala, dice el proverbio, debe comenzar por los primeros escalones». Si desechasen esta condición la moral y la religión, no tendrían más

enemigos. Si, sin temor alguno, pudieran largar las riendas á sus apetitos sensuales, ya no encontrarían imposibilidad ni en los preceptos de la fe, ni en la oración. Pero la gran piedra de escándalo de una verdadera doctrina moral, como es la del Cristianismo, ni es la espiritualidad, ni el lado sobrenatural de sus dogmas; es que comienza su predicación como en otro tiempo San Pablo dirigiéndose á Félix, (1) y quiere inculcar, sobre todo, la castidad, la templanza y el dominio de sí mismo.

Por eso hay también tantas personas á las cuales falta la decisión, y jamás llegarán al primer peldaño que conduce al hombre completo.

En las numerosas dificultades que se encuentran en el camino que conduce á ese fin, la primera, y por desgracia también la última, es la necesidad de hacer á la naturaleza sensible sierva del espíritu. De ahí la indecisión y la irresolución que les impiden dar el primer paso serio; no dejan de agradarles las elevadas cimas de la vida moral, la hermosa y noble proporción que se vislumbra en el bien, la vida interior y la perfecta posesión de sí mismo, pero «nadie aborrece su propia carne y su naturaleza sensible». (2) Y el amor que por ellas sienten, lleva á muchos á cuidar desordenadamente sus más impetuosas inclinaciones. Pierden de ese modo la fuerza para resistirles con seriedad, y para rehusarles lo que pretenden, imponiéndoles algún sacrificio, cuando sea necesario. Tampoco pueden resolverse á trabajar con seriedad en su mejoramiento, permaneciendo siempre indecisos ante un fin tan extraño.

**5. Magnitud y peligros de la empresa.**—Y el paso más difícil que tiene que dar el hombre en el camino de sus destinos, es ese primer deber, que consiste en someter la sensibilidad á nuestra naturaleza racional. Sin embargo, está muy lejos de ser tan difícil como se lo presentan los que jamás han intentado un esfuerzo de perseverancia para desatar los dulces lazos de los placeres de los sentidos y de las seducciones del mundo. Mas tampoco sería justo engañar al hombre á este respecto. Su primer paso exige esfuerzos, y es imposible hacerlos sin seriedad y sin firmeza. Sí, bueno será que lo sepa, para que después no se lamente, diciendo que se le ha arrastrado con falsas promesas por un camino que jamás hubiera emprendido, si hubiera conocido las dificultades. Lo decimos con franqueza: la perfección moral es cosa grande y seria; comienza por trabajos largos y llenos de peligros. Largos, porque la parte sensible de nuestro ser ni puede sucumbir en la primera batalla, ni se asusta con los malos tratamientos. Es necesario conducirla poco á poco con dulce severidad, hasta que dócilmente se someta por sí misma á más elevado fin. Largos en particular, porque, como ya lo hemos dicho, jamás, mientras viva el hombre, desaparecerá la sensibilidad. Peligrosos, porque esta parte de nuestro ser, que es la más débil, tiene necesidad de muchos comedimientos para no destruirse por completo y hacerse incapaz de prestar su concurso en la cooperación con que debe intervenir para caminar á nuestro destino. Peligrosos, en particular, porque para fortificarla, estamos obligados á darle nuevas energías por medio del alimento, del sueño, del recreo, de los placeres sensibles, y de tantas otras cosas más, de donde saca fácilmente nuevas fuerzas para rebelarse contra el dominio del espiritu.

(1) Hechos Apost., XXIV, 25.
(2) Efesios, V, 29.



Cierto es que las almas bajas no sienten las rudas y penosas fatigas que todo esto proporciona al hombre; cierto es que tales almas pueden considerar como sus más elevadas aspiraciones lo que otras mirarán como su rebajamiento más profundo, ó de lo cual se quejarán como de persistente peligro para la mejor parte de su ser. Pero los que no resisten á las inclinaciones de su alma á todo lo noble, con frecuencia suspiran con amargura ante las cadenas que por ese lado los oprimen. «Sé, exclama uno de los más sublimes espíritus de la humanidad, y que no es otro que

el gran Agustín, sé que debo tomar los alimentos sólo como remedios; pero lo que es suficiente para la necesidad, no basta para el placer. Á veces, es difícil conocer si concedemos un auxilio á las exigencias de la necesidad, ó un exceso á las pérfidas solicitaciones de la avaricia. Sonríese nuestra pobre alma ante esta incertidumbre, encantada de encontrar una excusa para cubrir con el pretexto de la salud una complacencia culpable. Es verdad que hay ahí algo que inquieta muy poco á otros cuyo corazón está menos perplejo ante el bien; para mí, que con frecuencia soy un enigma á mis propios ojos, es verdadera enfermedad. Mis oídos se dejan sorprender muy pronto, mis ojos no tardan en quedar cautivos; se apodera de mí fácilmente un insaciable deseo de conocer algo nuevo, y trato de excusar todos estos desvaríos, dándoles el nombre de concupiscencias. Sin embargo, ¡cuántas bagatelas y cuántas frivolidades despreciables seducen cada día mi curiosidad! ¿Quién podrá contar mis caídas? Llena está toda mi vida de tropiezos. Mi corazón se llena de objetos vanos y de ideas frívolas. Á menudo mis oraciones son interrumpidas y turbadas; y cuando quiere elevarse la voz de mi corazón, viene á impedir un acto tan importante una serie de pensamientos miserables que no sé de dónde salen». [1]

**6. La voluntad tiene el deber y la capacidad de restablecer la unidad en el hombre.**—Sí, todos gemimos bajo el peso de esas pruebas que creo que nos son á todos conocidas. Y digo lo creo, porque son desconocidas solamente de los que prefieren arrastrar las cadenas del esclavo á tentar un esfuerzo para recobrar la libertad. Y precisamente las almas más nobles se quejan más amargamente de esas miserias. No deben, sin embargo, conmovernos desmesuradamente. Gracias á los cuidados que de nosotros ha tenido el Creador, que no ha querido enviarnos sin defensa al combate de que depende nuestro todo, hemos sido provistos de una fuerza capaz de poner fin á esa lucha de que somos nosotros el teatro. Entre la razón y

(1) S. Agustín, *Confesiones*, l. 10, c. 30, 39.



la concupiscencia, ha colocado Dios la voluntad, [1] esa potencia que distingue al hombre de las otras criaturas terrestres, y por la cual es el único entre todos los demás seres que puede llegar á ser dueño de sí mismo. Y ha dado á esa facultad cualidades excelentísimas que le permiten llegar á ese fin.

Le ha dado primeramente gran independencia de la naturaleza sensible, y lo que vale más todavía, verdadero dominio sobre esta naturaleza. Ésta puede, sin duda, llevar delante de la voluntad la antorcha que le permita hallar su verdadero camino; pero, en independencia y en virtud propia, es superior la voluntad á todas las facultades del alma. Depende la razón de facultades inferiores de nuestro ser, de la imaginación y de la percepción de los sentidos, y en tal grado, que puede ser más ó menos turbada como consecuencia de algún accidente producido en estas últimas. Y aunque es verdad que no está la voluntad completamente exenta de la influencia de las pasiones, nunca y en ninguna circunstancia se siente obligada á ceder; puede siempre seguirlas ó rechazarlas; [2] puede también refrenar todo movimiento desordenado de la sensibilidad. [3]

Añádese, en segundo lugar, como ya lo hemos dicho más arriba, [4] que, en virtud de su inclinación natural, se dirige siempre al bien esta facultad. Ha sido creada la voluntad para el bien mejor que el ojo para la luz, porque puede enfermar el ojo hasta no poder soportar la luz y verse obligado á buscar las tinieblas; pero la voluntad no puede desviarse completamente del bien. Aun cuando quiera el mal, debe representárselo bajo cualquier apariencia de bien. [5] De lo contrario, no podría dirigirse hacia él; de tal manera es conforme el bien á su naturaleza. [6]

(1) Sto. Tomás, 2, 2, q. 155, a. 3, ad 2.
(2) Íd., 1, q. 115, a. 4.
(3) Íd., 1, 2, q. 74, a. 3, ad 2.
(4) Véase más arriba, Conf. VI, 10 y sig.
(5) Sto. Tomás, 1, q. 19, a. q.; 1, 2, q. 78; a. 1, ad 2.
(6) Íd., 1, 2, q. 8, a. 1.

Así, pues, tiene el hombre en su voluntad el poder de reunir los elementos de su ser, cuyas tendencias se dirigen en sentido contrario, y de conducir á la virtud al hombre completo. Puede y debe, es cierto, prescribir la razón leyes á nuestra actividad, porque ha recibido de Dios, en don, el poder de discernir con certidumbre lo bueno de lo malo; pero le falta energía para someter á la obediencia la sensibilidad, cuando ésta se rebela. Ahora bien, la voluntad tiene ese poder en grado suficiente. En definitiva, falta suya es, si no obtiene, como resultado, exacta unidad en el hombre, si no alcanza á hacer de él un hombre completo. Digo si no alcanza la unidad *exacta*, porque también habría unidad, aunque se sometiera la razón á la concupiscencia. Mas, ¿quién querría considerarla como verdadera unidad? ¿Quién querría ver un hombre completo en quien permitiera que se produjeran en él tales fenómenos? ¿Quién tendría pensamientos tan mezquinos que considerase razonable la subordinación del espíritu á la carne, de la razón á un instinto ciego, del amo al sirviente?

Jamás se lo perdonaría á sí mismo el desgraciado que se permitiera cometer un crimen tan contrario á la naturaleza. Querría justificarse; pero no lo lograría por largo tiempo. Ante él se levantaría constantemente lo mejor que hay en su naturaleza, y que no puede hacer desaparecer. Continuamente le representaría que el honor, la dignidad y la nobleza, van acompañados siempre de obligaciones.

Si la voluntad lleva en sí el poder sublime que puede hacer reinar en nosotros la paz, esto es, el poder de someter la sensibilidad á la razón, también tiene la obligación de servirse de ese poder. Comprende demasiado bien esa voz, de la cual no puede huir, porque le habla desde el fondo de su corazón: «Tienes delante la vida y la muerte; se te dará lo que escojas». (1) Eres dueño de tu suerte, eres el artista de tu grandeza ó de tu caída. Gradualmente puedes descender hasta el fondo del abismo, ó, de peldaño en peldaño, subir hasta la altura de la inmortalidad. Entonces, ¡arriba! ¡Avergüénzate de parecer cobarde! ¡Muéstrate digno de tu grandeza!

(1) Eclesiastés, XV, 18.



**7. Cobardía de la voluntad.**—Mas ahí se halla escondido para muchos el escollo de la perdición. Constantemente se repiten las palabras: «No comprende el hombre su honor; prefiere colocarse al nivel de los animales, y hacerse á ellos semejante». (1) Fuerte es la sentencia, pero verdadera. Muchos la consideran fuerte en demasía, y piensan que rebaja al hombre de manera poco conveniente. ¡No es así por desgracia! No comprende su honor el hombre, porque no quiere comprenderlo; tiene miedo á su honor y á su poder; teme al libre albedrío, porque es demasiado cobarde para soportar la obligación y la responsabilidad que pesan sobre él. De ahí es que unos niegan completamente el libre albedrío; y otros buscan pretextos para hacer creer en la imposibilidad de resistir á la naturaleza sensible y de someterla á la obediencia. «La carne es débil», ha dicho el Maestro, (2) pero nada se dice de que el mismo Maestro ha dicho que el espíritu tiene la voluntad. Todas esas causas de justificación, que se alegan para legitimar las tendencias de los sentidos, traen á la memoria las excusas de Aarón: «¿Qué he hecho? He echado oro en el fuego y ha salido este becerro». (3) Pero con tales palabras no puede ocultarse la verdad; y la verdad es que no recae la falta sobre la sensibilidad no libre, sino sobre la voluntad libre. En la cobardía de la voluntad se halla la primera y fundamental razón de que haya tan pocos hombres que resulten hombres completos, y que den los primeros pasos para dirigirse hacia su fin. La sensibilidad no es más que la ocasión, aunque es la verdadera causa en la mayor parte de los que no alcanzan su fin. Pero la falta propia es de la voluntad. Con frecuencia sucede que la voluntad se horroriza de su propia fuerza, cuyas consecuencias son tan terribles. «No he nacido para la guerra:

(1) Salmo XLVIII, 13, 24.
(2) S. Mateo, XXVI, 41.
(3) Exodo, XXXII, 24.

amo la paz. ¿Para qué incitar al enemigo al combate? Conozco que ya es en mí bastante cruel la guerra, y no siento deseo alguno de entrar yo mismo en acción para avivarla más y más. ¿Ha de durar eternamente esta lucha? No me habléis de combates; prefiero el reposo».

**8. La vida es una caballería; el hombre es un caballero.**—¡Qué ilusión tan vergonzosa! ¡No has nacido para la guerra!... Si llamas guerreros á los mercenarios y á las almas de los esclavos que obedecen á la violencia, tienes razón para no alistarte en sus filas; pero piensa un momento siquiera en tu patria y en tu origen. Estás en país extranjero, es verdad, y te hallas perfectamente. Si caíste en esa esclavitud degradante, allá en los tiempos más remotos, eso es una falta personal. ¿Es que te han enervado de tal manera esos servicios humillantes, á los que te rebajas con tanta frecuencia, que no conoces ya la sangre generosa que corre por tus venas? ¿Has olvidado por completo la real y caballeresca raza de que desciendes? Perteneces á un pueblo en que todos los guerreros son voluntarios, y en que sólo se estima la raza á que pertenecen los guerreros más nobles, los parientes del rey. ¿Es posible que no lata de gozo tu corazón á los solos nombres de guerra y de combate? Aquiles fué disfrazado por su madre, á la edad de nueve años, con vestidos mujeriles, y puesto entre las hijas de Licomedes. Quería de este modo sustraerlo á la guerra santa contra Troya. Mas apenas oyó hablar de guerra el niño, se dió á conocer inmediatamente; no podía ocultar por más tiempo su sangre de héroe. Y tú que no eres niño, sino que eres dueño de ti mismo, tú que estás destinado para ser rey en tu misma casa, ¿tiemblas cuando escuchas el sonido de la trompeta que te llama á la guerra? Golpea con el casco la tierra el corcel; desprecia el miedo y desafía á la espada; hecha espuma, relincha, y cuando suena el ataque, ¡Vamos! dice. Y entre tanto ¿pensaría en huir y hablaría de paz el ginete que lo monta, aquel ginete magníficamente equipado y cubierto de escudo y de corazón?



¡La paz! ¡Hermosa palabra! Y sólo el que ha nacido para la guerra, un Ismael, cuyo brazo se levanta contra todos, y contra el cual se levantan todos los brazos, puede dejar de encontrar en ella toda clase de dulzuras. Pero es necesario que sea paz oportuna, paz que pueda obtenerse sin deshonor y sin perjuicio. Mejor es la guerra honrosa que la vergonzosa paz. Pero ¿puede imaginarse paz más vergonzosa que aquella en que el destinado para reinar en su propio reino se somete por debilidad á un esclavo rebelde que se hace tanto más arrogante, y sabe dominarse tanto menos, cuanto que le ve más incapaz de hacerle resistencia? Si hay casos en que la paz no puede ser sino el precio de la victoria, es éste ó ninguno.

Pero la victoria es el fruto de una guerra legítima llevada hasta el fin. ¿Quién puede hablar de paz, cuando no se ha iniciado seriamente la guerra? Cada cosa en su tiempo. «Hay tiempo de plantar y de arrancar, de matar y de curar, de abrazar y de desprenderse de los brazos, de amar y de aborrecer; tiempo para la guerra y tiempo para la paz». (1) No te canses, no te desalientes, porque «no has resistido todavía hasta derramar sangre». (2) Quiere decir que se engañan, y que «llaman paz lo que no es paz». (3) Bueno es aspirar á la paz, pero hay que comenzar por ir á la guerra para conseguir paz durable y verdadera. ¡Arriba, pues! ¡Acuérdate de la generación de caballeros de quien desciendes! ¡Acuérdate de tu vocación real y de tu nobleza! Á todo caballero le está bien la consigna de los antiguos héroes: «Maldito el que tiene envainada la espada, impidiéndole derramar sangre». (4)

Después de muchos años de vida espiritual pasados en gran severidad, pero en una severidad algo exterior, estaba un día en oración el bienaventurado Enrique Susón, cuando llegó á meditar las terribles palabras que en sus

(1) Eclesiastés, III, 1, 8.
(2) Hebreos, XII, 3, 4.
(3) Ezequiel, XIII, 10.
(4) Jeremías, XLVIII, 10.

sufrimientos había pronunciado Job: «Lucha es la vida del hombre en el mundo». [1] Apenas había comenzado, cuando un joven elegante y robusto le llevó espuelas y vestido de caballero, que le puso, diciendo: «¡Sé caballero! hasta ahora no has sido más que soldado, y Dios quiere que seas caballero!» Mirando Susón las espuelas, dijo con extrañeza: «¿Qué he llegado á ser? ¿en qué me he convertido? ¿es posible que yo sea ahora caballero? Pues que lo soy, quiero serlo de veras». Y habló así al joven: «Si quiere Dios que yo sea caballero, preferiría ganar las espuelas en un brillante combate». Á lo cual dijo el joven, vuelto de medio lado y sonriéndose: «Tranquilízate, no te faltarán combates. El que quiere librar el combate espiritual de Dios, entrará en una lucha mucho más terrible que las en que han bregado los héroes de todos los tiempos, cuyo carácter épico tanto gusto tiene en cantar y divulgar el mundo». Entonces se apoderó del Santo el miedo, porque no han tenido vergüenza de confesar los Santos que no les era extraño lo humano, y se puso á temblar de pies á cabeza, hasta que cayó en tierra. Postrado así, oró á Dios desde el fondo de su corazón, pidiéndole que le descargase de tan terrible peso su dulce y paternal bondad; pero que, sin embargo, se cumpliera en él su voluntad. [2] Otro día, viajando por el lago de Constanza con uno de sus más distinguidos vasallos, le dijo éste que trataba de reunir á los señores para un torneo, en el cual se distribuirían honores y recompensas á los que mejores pruebas de valor dieran. «¿Y qué recompensa será esa?», preguntó Susón.—«La dama más hermosa de las presentes, dijo el vasallo, le pondrá un anillo en el dedo». «Pero dime, amigo, interrumpió Susón, dime ¿qué hay que hacer para ganar el honor y el anillo?» «Sólo ganará el premio, respondió el vasallo, el que habiendo sostenido el mayor número de asaltos, y recibido mayor cantidad de golpes, no se desaliente, sino que se porte brava y varonilmente, per-

(1) Job, VII, 1.
(2) *Seuse's Leben*, 22 c.



maneciendo firme en su alazán, á pesar de todos los encuentros que sostenga».—«¿Bastará con que salga uno vencedor al primer encuentro?» dijo Susón.—«No, respondió el otro, debe continuar el torneo hasta el fin; y aunque sea tal el ardor del combate, que despidan llamas sus ojos, y le salga la sangre por la boca y por la nariz, debe soportarlo todo, si quiere ganar el premio».—«¿Y qué sucederá si llora, ó si se manifiesta triste por haber sido derrotado?» —«Jamás debe hacerlo, añadió el vasallo, y aunque tenga el corazón hecho pedazos, como sucede á muchos, debe manifestarse siempre jovial, sino quiere exponerse al desprecio y á las burlas, y á perder honor y anillo».

Impresionado con aquel discurso, dió un profundo suspiro el siervo de Dios, y dijo: «¡Ah! ¡Dios mío y Señor mío! Si á tales sufrimientos se exponen los caballeros de este mundo por tan insignificante recompensa, muy justo es que se trabaje mucho más, cuando se trata del eterno galardón. ¡Amantísimo Dueño mío! ¡Ojalá me halles digno de ser tu caballero espiritual! Sufriré voluntariamente todo cuanto quieras». Y era tal la reflexión que acababa de hacer, que se puso á derramar abundantes lágrimas. [1]

9. **Los verdaderos caballeros del espíritu.**—¡En verdad que muchas veces podríamos derramar lágrimas abundantes nosotros, viendo que hombres que no se asustan ante la espada, son vencidos por la pasión del vino ó por otra pasión más vergonzosa todavía! ¡Especial la debilidad de los hombres! Se avergonzarían de tener miedo en presencia del enemigo, y no pueden resistir á las lisonjas y á los asaltos de la carne. Revólver en mano defienden su propiedad contra los ladrones, y son incapaces de impedir á sus ojos que despojen á su alma con el desarreglo de sus miradas. Disparan los cañones sin inmutarse, y no sienten cuánta degradación hay en su situación, cuando ni siquiera pueden soportar la palabra menos irritante y la mirada menos despreciativa.

En verdad que nos es imposible reconocer un valor ver-

(1) *Seuse's Leben*, 47 C.

dadero y perfecto en un ardimiento que sabe tomar por asalto las ciudades, y no puede vencerse á sí mismo; que con ciego furor se lanza á las más arriesgadas empresas, y no sabe soportar con calma algunos dolores, ni rehusar ciertas dulzuras. Sí, es mucha verdad que no se necesita menos heroísmo para seguir nuestras propias convicciones sin importársenos mucho de los juicios del mundo, y para resistir á las perversas inclinaciones que sentimos en nosotros mismos, cuando las condena nuestra sana razón, que para presentarnos en la liza, arma al brazo contra un enemigo armado de pies á cabeza. Puede suceder que procuren menos honor á los hombres esos combates, que tienen su origen en la lengua, en los ojos, en la envidia, en la concupiscencia, en la ira, en el respeto humano, y sobre todo, en los placeres de los sentidos en lucha con la voluntad; pero es cierto que exigen no menos alientos y no menos energía que los de la caballería. Y si hay hombres que sucumben en esa lucha interior, mientras no revelan debilidad alguna en otras acciones más grandes en la apariencia, deben confesar, con el rubor en la frente, que tienen necesidad de subir más de un escalón difícil para ser perfectos caballeros.

Tales eran los verdaderos caballeros del espíritu de que nos hablan nuestros Libros Santos, aquellos caballeros que desafiaban la rabia de un Nabucodonosor y de un Nerón, y que, inmutables, seguían los consejos de su conciencia, haciendo frente á la muerte misma. Se apagaban los hornos encendidos para ellos, se enmohecía el filo de lás espadas, olvidaban los leones la sed de sangre que les diera naturaleza, y ellos permanecían firmes en medio de los tormentos, inquebrantables en los calabozos, inflexibles en presencia del desprecio y de las burlas. Ningún sacrificio les parecía demasiado grande para guardar sus convicciones.

Tampoco estaban excluídas las mujeres de las filas de la caballería. Porque aquí no se trata de las fuerzas del cuerpo, sino de las energías del espíritu. Por eso sucedió



más de una vez que niños débiles y tiernas doncellas alcanzaron en aquella lucha coronas más brillantes que las de los más valientes guerreros. Ofrecieron magníficos espectáculos ante Dios y ante los hombres, á pesar de todas las amenazas y de todas las promesas. Fieles á la palabra empeñada, no dejaron arraigar en su corazón más amor que el que santifica todas las energías. Amor, fidelidad, pureza, eran estas las únicas palabras que comprendían, las únicas inclinaciones que les comunicaban ardimiento. Por ellas, se atrevían á todo, lo evitaban todo, lo sacrificaban todo, lo sufrían todo.

Jamás titubearon ante los tribunales, jamás dieron muestras de la menor debilidad. Á todos pueden aplicarse las palabras: «Hermosos y brillantes como ordenado ejército de escuadrones». [1]

Jamás hubieran alcanzado semejante resultado, si para hacer invencible su espíritu, no lo hubieran ejercitado antes en los combates de su propio interior, en aquellas luchas, en apariencia deshonrosas y siempre difíciles, contra los placeres de la carne, la vanidad del corazón, la molicie, la pereza y el sentimentalismo. «¿Qué diremos, exclama San Gregorio el Grande, qué diremos al contemplar ese espectáculo ante el cual nadie puede permanecer insensible, cobardes como somos? Vemos débiles doncellas que llegan al cielo á través de paredes de bronce, mientras que á nosotros nos desarma la rabia de la ira, nos enerva la sensualidad y nos hace bambolear la ambición. ¿No debemos avergonzarnos de sucumbir en la paz, cuando se cubrieron ellas de heroísmo en medio de los combates?» [2]

**10. La voluntad tiene una misión grandiosa y llena de responsabilidad.**—Se ofrece aquí á nuestra voluntad un trabajo importante, serio y sublime á la vez; hállase todo lo que por su naturaleza puede impresionar fuertemente á un espíritu elevado: honor y nobleza, deber y conciencia. En el fondo de nuestro corazón hay dos poten-

(1) Cantar de los Cantares, VI, 9.
(2) S. Gregorio el Grande, *In Evang. hom.*, 11, 3.

cias enemigas que se disputan la victoria; y «allí en donde el árbol cae, allí se queda». Entre esas dos potencias que se hacen la guerra, está la voluntad, sin la cual no puede obtenerse la victoria, y sin que pueda dispensarse de manifestar su decisión. Permanecer inactiva, sin declararse por el uno ó por el otro bando, en tales circunstancias, no sólo sería vergüenza y cobardía, sino algo de imposible realización. Si en un imperio se rebelan contra el poder á que deben estar sujetos los que en virtud del derecho están sometidos á la obediencia, el deber de restablecer la tranquilidad incumbe al que dispone de la fuerza. No es neutralidad mostrarse inactivo en caso semejante; es olvido del deber, y tomar parte en la rebelión. El que no está en favor del deber, está contra el deber. «El que no reune, dispersa». [1] Pero es reo de imperdonable traición el que, con el silencio y la inacción, confirma á los sediciosos en la rebelión, cuando sin gran trabajo pudiera llevarlos al buen camino, y más, cuando los que se dejan arrastrar á la revuelta, ya por debilidad, ya por falta de conocimiento de su estado y condición, estarían, seguramente, dispuestos á dar oídos á la voz de la razón, si seriamente hubieran sido llevados al conocimiento de sus deberes. Semejante hombre se hace culpable, no sólo ante aquel á quien debía servir como los demás, sino también ante los sediciosos á quienes ha engañado.

Colocada entre el deber y la traición, capaz de ser señora de su propia suerte, pero expuesta también al peligro de caer en la más indigna servidumbre, libre para conservar la dignidad por la cual llega hasta la imagen de Dios, ó para perder por su debilidad el gran rasgo que la distingue de los animales, ¿cómo podrá titubear un momento la voluntad en presencia de sus obligaciones, aunque le cueste los más grandes esfuerzos sobre sí misma? Cuando luchan juntos el honor y la vergüenza, la vida y la muerte, ¿puede acaso dudar del lado en que debe colocarse el que se encuentra en medio de la contienda? «Como ha

(1) S. Gregorio el Grande, *In Evang. hom.*, 11, 3.



nacido el pájaro para volar, así ha nacido el hombre para trabajar». [1] Pero la vida, dicen los filósofos, está en la actividad. Si el trabajo es la vida, la inacción es la muerte; por tanto, con justicia es la muerte eterna patrimonio del que teme el esfuerzo para ser dueño de sí mismo. ¿Por qué ha escogido la muerte por herencia?

Tenemos mucha razón en decir que tal es la función de la voluntad en el hombre. No á todos ha sido dado llamar la atención en el mundo; pero á todos queda el recurso de un reino grande y maravilloso: es el reino del propio interior. Juntos todos los dominios de los príncipes, no pueden igualar el valor que encierra en sí ese reino sagrado, el reino de Dios que está en nosotros. Sus súbditos, todos nobles y ricamente dotados, son los órganos y los miembros del cuerpo, los apetitos y las pasiones que tienen su asiento en los dominios en que se ponen en contacto el alma y el cuerpo, las potencias inferiores del alma, la potencia de la percepción, la potencia imaginativa y la fuerza motriz. Mas por eso precisamente están poco inclinados á hallar fácil la obediencia. Ahora bien, el dominio de ese vasto reino está en manos de una princesa real de sentimientos nobles y de pensamientos sublimes, si bien no es bastante fuerte para reinar sola en un reino compuesto de súbditos tan díscolos y tan difíciles de gobernar. Esa princesa es la más alta facultad del alma, la chispa divina que dejó caer Dios en el hombre, la razón. Y el gran Rey que la escogió por esposa, ha puesto á su lado un general encargado de dirigirla, hasta que la haya colocado en su propia morada, un guía de noble y caballeresca raza, que tiene á sus órdenes todas las fuerzas del reino, la voluntad. Á ella incumbe la obligación de velar para que la esposa del Rey no sea víctima de ninguna violencia en el reino que es también suyo. Ella da las órdenes y tiene en su mano el poder de ejecutarlas. Si sabe mantener la paz en sus Estados, no sólo cumple con sus deberes, sino que obliga al mismo Rey á estarle agradecido. Y ciertamente,

(1) Job, V, 7.

cuando éste llegue para tomar posesión de su reino, le dará una recompensa real por los servicios que le haya prestado.

En verdad que nuestra voluntad tiene una vocación naturalmente propia para suscitar en ella los mayores entusiasmos. Jamás ha tenido ningún príncipe tanta confianza con un caballero, como ha tenido Dios con la voluntad al darle tan importante cargo. Jamás ha habido hombre de Estado alguno encargado de velar por un reino tan magnífico y de tan gran valor á los ojos del Rey de cielos y tierra. Jamás ha tocado á un general, que ha cumplido enérgicamente con sus deberes, premio de victoria tan sublime como el reservado á la voluntad que ha llegado al término de sus combates: el reconocimiento y la recompensa de un Rey Todopoderoso.

# CONFERENCIA XX

## LUCHA CONTRA LA MEDIANÍA

**1. La medianía y la tibieza son en cierto sentido peores que la malicia completa.**—La Edad Media, cuya energía y sed de actividad eran tan considerables, no conoció expresión más ignominiosa para el hombre que decir de él: «Anda descaminado». Se quería decir que en el camino de la vida se había dejado encadenar por los lazos de la sensualidad ó de cualquier otra pasión, perdiendo así un tiempo precioso, mientras que, siguiendo alegres y contentos la marcha, llegaban los otros al fin. Como indeleble vergüenza se consideraba en aquella época quedarse á mitad de un viaje comenzado, ó dejar sin acabar la obra á que se había dado principio. En general, era menos deshonroso no comenzarla. De este modo dejaba hablar la Edad Media á la naturaleza no corrompida.

Es para nosotros espectáculo tristísimo ver á un héroe como Sansón, en otro tiempo terror de los enemigos de su pueblo y asombro del mundo por sus altos hechos, permanecer encadenado á una pasión deplorable y perder el tiempo en pueriles locuras en casa de Dálila. La misma impresión nos produce la fábula de Hércules al servicio de la reina Onfala. No podemos dejar de irritarnos contra aquel héroe en traje mujeril, armado de una rueca y viviendo en medio de mujeres. Tal caída, después de vida semejante, nos parece que es todo lo que se puede soñar de más infamante en un hombre. Cuando un niño grande como Heliogábalo considera negocio de Estado y de la más alta importancia la orden de llevarle todas las telas de araña

cuando éste llegue para tomar posesión de su reino, le dará una recompensa real por los servicios que le haya prestado.

En verdad que nuestra voluntad tiene una vocación naturalmente propia para suscitar en ella los mayores entusiasmos. Jamás ha tenido ningún príncipe tanta confianza con un caballero, como ha tenido Dios con la voluntad al darle tan importante cargo. Jamás ha habido hombre de Estado alguno encargado de velar por un reino tan magnífico y de tan gran valor á los ojos del Rey de cielos y tierra. Jamás ha tocado á un general, que ha cumplido enérgicamente con sus deberes, premio de victoria tan sublime como el reservado á la voluntad que ha llegado al término de sus combates: el reconocimiento y la recompensa de un Rey Todopoderoso.

## CONFERENCIA XX

### LUCHA CONTRA LA MEDIANÍA

**1. La medianía y la tibieza son en cierto sentido peores que la malicia completa.**—La Edad Media, cuya energía y sed de actividad eran tan considerables, no conoció expresión más ignominiosa para el hombre que decir de él: «Anda descaminado». Se quería decir que en el camino de la vida se había dejado encadenar por los lazos de la sensualidad ó de cualquier otra pasión, perdiendo así un tiempo precioso, mientras que, siguiendo alegres y contentos la marcha, llegaban los otros al fin. Como indeleble vergüenza se consideraba en aquella época quedarse á mitad de un viaje comenzado, ó dejar sin acabar la obra á que se había dado principio. En general, era menos deshonroso no comenzarla. De este modo dejaba hablar la Edad Media á la naturaleza no corrompida.

Es para nosotros espectáculo tristísimo ver á un héroe como Sansón, en otro tiempo terror de los enemigos de su pueblo y asombro del mundo por sus altos hechos, permanecer encadenado á una pasión deplorable y perder el tiempo en pueriles locuras en casa de Dálila. La misma impresión nos produce la fábula de Hércules al servicio de la reina Onfala. No podemos dejar de irritarnos contra aquel héroe en traje mujeril, armado de una rueca y viviendo en medio de mujeres. Tal caída, después de vida semejante, nos parece que es todo lo que se puede soñar de más infamante en un hombre. Cuando un niño grande como Heliogábalo considera negocio de Estado y de la más alta importancia la orden de llevarle todas las telas de araña

de Roma para examinarlas con la diligencia y atención de un estadista; [1] cuando un medio loco como Domiciano se complace en cazar moscas, [2] no hay más que guardar silencio. Pero es ciertamente intolerable que un Galieno que tenía todas las prendas de un gran general, de un poeta y de un sabio, emplease sus talentos en acicalarse, en rizarse el cabello, y en comer bien en el momento en que amenazaba al Estado el mayor peligro; y [3] que, negligente para aprovecharse de la victoria que había alcanzado, abandonase al enemigo derrotado los más bellos países de sus Estados con esta maligna broma, de que «eran vestidos viejos buenos para tirarlos». [4] En pocas palabras, lo que irrita, según nuestra opinión, es la inacción de algunos á quienes no falta ni capacidad ni inteligencia, ó esa actividad mediocre, inoportuna, indigna de las cualidades del que la revela; en otros términos, el cobarde descanso en medio del camino que se debe recorrer, y la vuelta atrás después de un buen principio.

En este asunto, está perfectamente conforme con el nuestro el juicio de Dios. «Sé tus obras, dice, que ni eres frío ni caliente; ojalá fueras frío ó caliente; mas, porque eres tibio, que ni eres frío ni caliente, te comenzaré á vomitar de mi boca». [5] La naturaleza de Dios y su ser son actividad pura. Nada aproxima al hombre á Dios, su Creador, tanto como la actividad viviente, cuando está conforme con su naturaleza. [6] Nada le aleja tanto como la falta de uso de sus facultades, contentándose con darles cierta apariencia de actividad, ó empleándolas solamente á medias, ó de un modo que no responde á su naturaleza. Sin embargo, no puede ponerse en duda que, por su naturaleza, es peor que el bien hecho á medias el mal completo. Pero aquí no comparamos el mal y el bien imperfecto, sino sim-

(1) Lampridio, *Héliogabal*, 25.
(2) Suetonio, *Domit.*, 3.
(3) Trebelio, Polión, *Gallien*, 16.
(4) Íd., 6.
(5) Apoc., III, 15, 16.
(6) Sto. Tomás, 1, 2, q. 55, a. 2, ad 3.



plemente la actividad y la falta de actividad, ó más bien, la falta de conveniencia en la actividad del hombre. Mas sucede con frecuencia que también para el mal tiene necesidad de gran derroche de fuerzas.

De la misma manera que en todo mal se halla siempre contenido algún bien, que es desfigurado por la falta del hombre, [1] así también, para ejecutar ese mal, se necesita cierta actividad humana mucho más poderosa que la reclamada para muchos bienes. Por lo cual, no escogió mal la frase el que dijo que tienen que atormentarse mucho más los malvados para ir por el camino de la perdición, que los buenos para ir por el de la perfección.

En sí la actividad es siempre buena; no está el mal en la actividad como tal, sino en servirse de la actividad con mal fin. Y en ese sentido se ha dicho que no está tan en contradicción con la naturaleza de Dios el cumplimiento mismo del mal, como esa medianía enfermiza que lleva en sí, es verdad, apariencias de vida y de actividad, pero que hace tan poco uso de las facultades del hombre, que sin resolución se dirige contra las cosas que son obstáculo para su verdadero destino. Una malicia no disfrazada tiene más verdad y por lo mismo vale más en sí que un absurdo falto de buen sentido, que se encubre tras la engañosa careta del bien. Un malvado tiene que dar pruebas de energía, aun cuando obre con mal fin. Por eso hay esperanza de que pueda emplear alguna vez su actividad para el bien. Pero es «inconstante en todos sus caminos» [2] el hombre que no tiene más que una mitad de hombre de corazón, ó una mitad de hombre de acción.

**2. Con frecuencia es causa la medianía de que haya tan pocos hombres completos.**—De esta manera, las palabras y los hechos nos dan toda la razón, cuando consideramos la medianía como motivo fundamental de la casi absoluta carencia de hombres completos. Los indecisos que no se atreven á dar el primer paso adelante, por lo

(1) Sto. Tomás, 1, q. 48, a. 2, 3; 1, 2, q. 79, a. 2.
(2) Santiago, I, 8.

17

que á ellos toca, están seguramente lejos del fin de la perfección humana; pero son los menos, y son tanto más capaces de recibir la verdad, cuanto que ya de antemano saben que no han dado el primer paso para llegar á ser hombres, y con mayor razón, hombres completos. Pero es muy considerable el número, por no decir que es la mayoría, de esos medios hombres que quedan satisfechos con una honesta medianía, afirmándolos en su indiferencia la particular circunstancia de encontrar por todas partes una colección muy rica entre sus semejantes. Dando entre tanto pruebas de un poco de actividad, bien que de actividad insuficiente, viven en buena opinión de sí mismos, y ahí está la razón de que con dificultad puedan ser objeto de mejoramiento serio. Sí, puede suceder muy bien que estén persuadidos de andar por buen camino, y de que han llegado al fin, cuando apenas si han hecho un esfuerzo serio para llegar.

3. **Corazones dobles.**—Como la peste, es contagiosa esa enfermedad del género humano que se llama medianía; se presenta bajo numerosas y variadas formas; nos ofrecen de ella el ínfimo grado aquellos de quien dice la Escritura: «¡Ay del que es de corazón doble, y del pecador que va sobre la tierra por dos caminos!» (1) Son los desgraciados que tienen la enojosa maña de vivir piadosamente con los piadosos, y de imitar á los perversos cuando se presenta la ocasión. Tienen siempre dos lenguas; según las necesidades, habla la una de Dios en términos magníficos, y se burla la otra de sus mandamientos y de sus servidores. Sus ojos están en movimiento continuo; y en un momento dado, adquieren increíble habilidad para descubrir lo que place y lo que es útil á los que les rodean. Por eso llevan siempre consigo un magnífico guardarropas, y cuando lo juzgan oportuno, saben cambiar de traje en un abrir y cerrar de ojos, vistiéndose de piel de cordero, de zorra ó de león. Esos hombres, se dice, parece que han nacido en los palacios de los grandes ó en los círculos diplomáticos; y se

(1) Eclesiástico, II, 14.



cree con tanta mayor facilidad, cuanto que muchas veces se les llama *diplomáticos*. Pero también se encuentran con profusión en las esferas inferiores. Aquí, ¡bendito sea Dios! gozan de menos consideraciones que en las esferas superiores; aquí, se les tiene en tan poca estima, que generalmente se les vuelve la espalda, hablándoles de este modo: «Nadie puede servir á dos señores, enemigos el uno del otro». (1) Nadie quiere tampoco saber de ellos. ¿Obran piadosamente? Se piensa entonces «que el que quiere hacerse amigo de este siglo se hace enemigo de Dios». (2) ¿Siguen al mundo? El mundo no tiene confianza en ellos, porque penetra perfectamente su medianía. Y como no llevan el corazón abierto, ni para los unos ni para los otros, experimentan el desvío de todos, porque «no tendrá buen éxito el que entra en dos caminos». (3)

Aunque así sea, dejémoslos. Es un gran mérito para nuestra época haber hecho la vida tan amarga á semejantes hombres; parece que se va extingiendo la raza, por lo menos en los círculos ordinarios.

4. **Dos Señores.**—Mucho más numerosos, aunque no mejores que los anteriores, son aquellos contra los cuales, en su celo ardiente, pronunciaba estas palabras el profeta: «¿Hasta cuando cojearéis de los dos pies?» (4) Hay hombres que obran como los antiguos filisteos, cuando «colocaban el Arca de Dios en el templo de Dagón, junto á Dagón». (5) Los hay que se proponen lo imposible, «unir la luz con las tinieblas». (6) No caen éstos en el defecto de falta de sinceridad como los primeros, que se rebelan con pleno conocimiento de causa; parece que quisieran dar á cada uno todo su corazón, como si tuvieran muchos, ó más bien, engañan á todos, haciendo creer que pertenecen á cada uno. ¡No! No obran así. Quieren amar y servir sólo

(1) S. Mateo, VI, 24.
(2) Santiago, IV, 4.
(3) Eclesiástico, III, 28.
(4) III Reyes, XVIII, 21.
(5) I Reyes, V, 2.
(6) II Cor., VI, 14.

con un corazón, pero desean que se lo repartan muchos dueños. Ya se inclinan á uno, ya á otro, sin entregarse completamente ni al uno ni al otro. No son engañadores como los primeros, sino bobos; se engañan á sí mismos, porque, en realidad, no sirven á nadie; en el fondo, quieren guardarse el corazón.

Decía un antiguo proverbio italiano: «Si no quieres amo, ten dos». Esta máxima puede tener resultados varios en la vida social; pero no sucede lo mismo en la vida espiritual, en que, cuanto mayor es la prudencia con que quieren obrar, tanto mayor es el castigo que sufren. ¿No pudiera suceder que la tentativa que hacen para colocar su corazón en dos dominios que se excluyen mutuamente, sirviera sólo para destrozar el corazón? Se ven obligados á dividir su interior, y «esa división, tiene que llevarlos á la ruina», (1) porque «perecerá todo reino dividido contra sí mismo». (2) Así como con las débiles fuerzas de que dispone el hombre, se acomoda difícilmente á dos dueños, del mismo modo, con dificultad podrán dos dueños repartirse un reino tan pequeño, el reino de su corazón; es poco ancha esa cama para que puedan descansar los dos en ella: tiene que caer uno de los dos. «Es tan estrecha manta, que no puede cubrir á dos personas». (3)

El día anterior á la gran derrota, propuso Darío á Alejandro la amistosa repartición del mundo, y contestó Alejandro que «así como el mundo no podría soportar los rayos de dos soles, tampoco podría soportar la tierra dos reyes á la vez. En consecuencia, le dijo, sométete ó prepárate para el combate de mañana». (4) ¿Qué hubiera respondido, si le hubiera propuesto vivir en buena armonía con un asociado al trono en un reino tan pequeño como el reino de nuestro corazón? No quiere un hombre repartirse el reino con otro hombre; ¿y estará Dios satisfecho si

(1) Oseas, X, 2.
(2) S. Mateo, XII, 25.
(3) Isaías, XXVIII, 20.
(4) S. Justino, 11-12.



entre él y las criaturas dividimos nuestro corazón tan estrecho, y nuestro amor tan débil? ¡Imposible! Según un antiguo proverbio de exactitud admirable, hay dos cosas que no admiten partición: el dominio y el amor.

**5. El reino de Dios y su justicia.**—Está claro que no puede evitar la censura de medianía ante Dios y ante los hombres quien no da su corazón á un sólo dueño con exclusión del otro. Cuál sea ese dueño, lo sabemos. Es precisamente el que no tiene necesidad de servicio alguno para sí, y que hace que cedan en provecho nuestro todos los servicios que le prestamos. (1) Es Aquél cuyos obsequios nos hacen á nosotros felices y perfectos. Es Aquél sin cuyo servicio nos es imposible llegar á la perfección. Pero difícilmente puede creerse que á ciencia y paciencia pueda alguien poner ante sus ojos otro fin que la adquisición de la propia perfección.

Por otra parte, si no puede alcanzarse esa perfección, sino sirviendo á Dios, se deduce que sólo se esfuerza por llegar á la perfección el que seriamente y de todo corazón se entrega al servicio de sólo Dios. Quien escoge sólo á Dios por dueño, jamás evitará la censura de medianía ante el tribunal de la razón. No es más que medio hombre el que busca algo fuera de Dios: es medio hombre el que no sirve á Dios con todo su corazón; medio hombre el que no pone como fundamento de su vida la regla evangélica: «Buscad primero el reino de Dios y su justicia». (2)

Si prescindimos de los que se han hecho completamente infieles á su vocación, no habrá quien se oponga á este principio, confirmado por la voz de la naturaleza y de la razón. Sin embargo, mucho me temo que más de uno de los que aplauden esta doctrina, se halle en el centro de las filas de hombres mediocres. Quizá mis censuras tengan acritud, lo reconozco, pero no puedo ir contra la verdad; y me dice la verdad que, bajo este concepto, hay gran número de hombres á medias. Buscan, es verdad, el reino de

(1) Véase más arriba, Conf. VIII, 7.
(2) S. Mateo, VI, 33.

Dios, ¿pero buscan también su justicia? ¿No hay para creer que la temen y la evitan? Á todos gusta la humildad; pero ¿cuántos están dispuestos á sufrir humillaciones? No hay nadie, ni aun los impuros, que no pueda amar ni estimar la castidad; pero ¿quieren ser todos puros y castos? Todos alaban la modestia, pero se huye del recato. ¿No es inconcebible medianía? Todos con gusto comprarían el reino de Dios, pero asusta su justicia. ¿Qué es la justicia? Es la virtud que constantemente da á cada uno lo suyo. La justicia del reino de Dios consiste en que demos á Dios todo lo que le corresponde: el hombre completo, con todas sus facultades y con todas las operaciones de sus facultades, y esto por siempre. Á carencia absoluta de justicia equivale la justicia que no es sincera, que es débil ó que no es sino una mitad de justicia, y esto á los ojos de Dios, [1] que no quiere partir su gloria con las criaturas. Á sus ojos, es lo mismo buscarle con medios no proporcionados, que querer participar de sus favores sin hacer uso de los medios necesarios para obtenerlo. Y con razón; porque lo mismo le es que quiera yo llegar á Él sin emplear los medios necesarios ó que me sirva de medios insuficientes. En los dos casos hay medianía deplorable.

**6. Interior y exterior.**—Sí, hay muchos que emplean medios con los que creen llegar á conseguir su fin, siendo completamente insuficientes tales medios.

Se encuentra particularmente este funesto error en la conducta de los que aparentan creer que basta con querer relegar exclusivamente á lo interior la justicia de Dios. Con intento especial hablamos solamente de esta medianía. No negamos que hay otra especie opuesta á ella: es la medianía que cree que basta servir á Dios con los labios, mientras que «están lejos de Él sus corazones», [2] que habla solamente de la virtud y del placer en las obras puramente exteriores; es esa santidad de las obras que, contentándose con una envoltura muerta, posee en grado

(1) Isaías, XLII, 8.
(2) S. Mateo, XV, 8.



muy débil el espíritu vivificador que exigen la razón y el Evangelio, haciéndolo pasar á las obras insensiblemente, si vale la frase. Pero de tal modo va contra la naturaleza, es tan degradante esa medianía, que, por honor á la naturaleza humana, apénas si creemos que se pueda caer en ella por debilidad ó inadvertencia. Además, es más rara en el mundo de lo que piensan los que tienen siempre en la boca censuras contra la exterioridad y contra la apariencia de santidad, cuando se encuentran con una piedad viva y activa. Pero el error contrario, está muy extendido.

Añadiremos que de buena fe pueden creer algunos que basta la virtud interior, aunque no se manifieste exteriormente. Con muchísima frecuencia se debe tal error únicamente al puro respeto humano. Para substraerse á las burlas de hombres insensatos, se persuaden muchos de que no es necesario que reciba la Religión formas visibles. No negaremos que, en efecto, hay apariencias de razones que pueden causar ó producir este error. También enseñamos nosotros que se atiende menos á la acción que á la intención de que procede la acción: que lo que da á la acción la importancia que tiene no es la apariencia exterior, sino la intención interior. Entonces, dirá alguno, ¿para qué el culto exterior?

¿Tenemos necesidad de una Religión sensible? ¿No basta la vida honrada? Ruego á Dios desde el fondo de mi corazón, ¿es necesario que junte las manos? ¿Para qué esos edificios de piedra que se llaman iglesias? ¿Para qué todo su ceremonial? ¿Hemos de creer, como los paganos, qué tiene Dios necesidad de dones exteriores? ¿Para qué un ejercicio activo, cuando nuestro valor interior nos lo da sólo el corazón? ¿Es que no dijo ya el mismo Maestro: «El Padre quiere adoradores que le adoren en espíritu?» [1]

Así hablan muchos, y con la mejor buena fe del mundo; pero se alucinan, no menos que los que se contentan con una vida puramente exterior. Están acordes estas dos ca-

(1) S. Juan, IV, 23.

tegorías de hombres en que las dos desdoblan al hombre, y de modo tal, que les disgustaría sobremanera quien se atreviera á servirlos en armonía con sus principios. ¿Cuál de las dos quedaría peor parada, si las tratase el prójimo según sus opiniones? Fácil es verlo. Seguramente que si uno se declara satisfecho por creer que lo ha hecho todo honrando á Dios con los labios, ó celebra la virtud con discursos llenos de unción, sería lo mismo que si le pagase uno de sus deudores lo que le debe, pero con perversa voluntad interior, lo mismo que si le diese exteriormente muestras de respeto un subordinado, y lo despreciase en el fondo de su corazón. Y ¿qué pensaría, cuando se encontrase con quien está conforme con sus opiniones, el que considera bastante dar á Dios culto interior, no cuidándose para nada del exterior? ¿Quedaría satisfecho si, por una habilidad maravillosa, hubiera alguien que tuviera las mismas intenciones que él, y si, teniendo solamente voluntad tácita de cumplir los deberes de justicia que para con él tiene, en ninguna manera pensase en conformar la realidad de sus actos con su intención? Suponiendo que pueda presentarse el hecho, trataría ciertamente de hallar la solución verdadera: esto es, que «estaba bien hacer unas cosas, y no omitir otras». (1)

Apenas viera que se volvían contra él sus propios principios, no tardaría en poner las cosas en claro, y se vería obligado á convenir en que, en el hombre, no es tan indiferente el exterior como antes afirmaba.

¡Sí! El exterior es reflejo del alma. Nadie hay que sea verdaderamente interior, y que no se manifieste de algún modo exteriormente. No sucedería lo contrario, sino imponiéndose de intento una violencia ó una ficción contra la naturaleza, como obstáculo á la armonía que debe existir entre el interior y el exterior. Pero, como según el principio: es necesario tener á uno por bueno, mientras no dé pruebas de su malicia, no debiendo suponerse en él la ficción sin motivo particular, prevalece la opinión general-

(1) S. Lucas, XI, 42.



mente recibida de que por el exterior de cada uno puede concluirse lo que es interiormente. Fundándose en esta manera de considerar las cosas, nos indica la sabiduría un espejo cuádruplo con el cual podemos leer en el alma de los demás: «Por la vista es conocido el hombre, y por el aire de la cara se distingue al cuerdo; el vestido del cuerpo y la risa de los dientes, y el andar del hombre, dan muestras de él». (1)

Por el contrario, lo exterior tiene grande influencia en lo interior. Todo educador sabe apreciar bien la influencia que ejerce en el espíritu el uso de las cosas sensibles. Lo comprenderán los hombres, cuando se dediquen á las diferentes artes para embellecer su espíritu; lo comprenden los padres, los amigos, los maestros, cuando educan á sus hijos, enseñan á sus discípulos ó dan testimonio de sus sentimientos á sus amigos. ¿Podrá excluirse solamente de la moral y de la religión esa persuasión que es la más natural de todas, y de la cual está penetrada toda la vida? Si fuera yo puro espíritu, me contentaría con dar en mi espíritu testimonio de mi ternura y de mi reconocimiento á mi amigo y á mi bienhechor; mas, así como vive y actúa mi alma en un cuerpo sensible, que se revela exteriormente su actividad de un modo conforme á su naturaleza, y que en compensación tiene el exterior gran influencia en la vida del alma, así también no puedo quedar satisfecho con experimentar sólo en el fondo de mi corazón sentimientos de obediencia, de aprecio, de amor y de respeto para con ella. Tal es la razón por la cual debo expresar mis sentimientos en forma humana, aunque estuviera contento con la forma espiritual; pero esta forma humana se compone necesariamente de acciones sensibles.

Ni quiere ni puede Dios hacer excepción alguna en esta ley. De Él sale, y á Él debe volver todo lo que es verdaderamente natural. Cierto que es espíritu; ¿pero se sigue de ahí que debamos honrarle nosotros de una manera puramente espiritual? ¡No! Aunque sea espíritu, da valor,

(1) Eclesiástico, XIX, 26, 27.

sin embargo, á nuestra naturaleza sensible; mide nuestros servicios, no por su naturaleza, sino por la nuestra, lo que es gran felicidad para nosotros. Si sólo según su naturaleza hubiera querido ordenar lo que exige de nosotros, no hubiera tenido necesidad, sino de adoración espiritual. Entonces, ¡desgraciada la debilidad humana! ¿Cómo podíamos satisfacer á Dios con nuestra pobreza, si no quería juzgarnos, sino según es Él mismo? ¡Ah! no saben lo que dicen los que pretenden que es necesario calcular la naturaleza de las operaciones humanas por el nivel de la espiritualidad divina. Con las mismas palabras con que creen eximirnos de las prácticas exteriores, nos imponen una carga de actos espirituales que nadie podría soportar. Cierto es que esta carga no les pesa mucho, porque se cuidan tan poco de moverla con la punta del dedo, como de las prácticas exteriores. (1) No tememos decir que ha sido para nosotros gran felicidad el que sienta Dios más humanamente que esos hombres ciegos. Calcula lo que desea de nosotros, no según su naturaleza, sino según la nuestra; es buen Padre para todos. Cuando en el día de la fiesta del padre, le presenta la madre á su hijito, estoy seguro de que, cualquiera que sea padre, no sólo aparentará estar satisfecho al recibir los votos que por su felicidad balbucea su pequeñuelo, y las líneas apenas legibles con que ha querido sorprenderle, sino que se regocijará realmente y desde el fondo de su corazón. No regula por sus exigencias personales las acciones de su hijo, que sube el primer escalón de la ciencia; las regula por su capacidad. Con la misma seguridad debemos creer que agradece Dios con su bondad paternal lo que le ofrecemos, aunque sea extrema nuestra pobreza, y que está plenamente satisfecho, si ve que hacemos lo que está de nuestra parte para obrar en conformidad con nuestro poder y con nuestra inteligencia. Tanto derecho tiene á que utilicemos en este sentido todo lo que nos ha dado, como á que le reconozcamos como Señor y Creador. Considera nuestro cuerpo con todo su or-

(1) S. Mateo, XXIII, 4.



ganismo como una de sus obras más perfectas, y no como algo cuya importancia es tan exigua, que pueda mostrarse indiferente en relación con el culto que debemos tributarle. De Él han salido todas las fuerzas de nuestra naturaleza; á Él deben volver. Por lo tanto, no puede contentarse con un culto puramente interno. De ahí esta reprensión: «¿Por qué me decís, Señor, Señor, y no hacéis lo que os digo?» (1) De ahí estas palabras, cuyo alcance no puede medirse: «El que tiene mis mandamientos y los guarda, ese me ama». (2)

Porque se diga que busca Dios adoradores en espíritu, no podemos deducir que excluye los actos externos. El bienhechor que exige agradecimiento interior, no prohibe por eso que se manifieste ese agradecimiento con actos exteriores. No exige sólo Dios adoración en espíritu, sino adoración en verdad. Pero no hay verdad en la gratitud, cuando todos los días se presenta un pobre á la mesa de su bienhechor, y ni siquiera le saluda en la calle; no hay verdad, cuando en el fondo de su corazón reconoce un deudor que tiene obligaciones para con su acreedor, y no quiere confesarlas en público; no hay verdad, cuando pretende un súbdito que basta reconocer al príncipe como príncipe, y que no es necesario pagar los impuestos y obedecerle. Consiste el verdadero respeto para con Dios en que la determinación interior del corazón sea bastante viva para producir espontáneamente, sin violencia de ningún género, acciones externas semejantes á un fruto maduro.

En una palabra, si un amigo no espera de otro amigo, un padre de un hijo, un rey de un súbdito, que les den únicamente la mitad de lo que les deben, tampoco deja Dios de tener derecho á exigir que se consagre á su servicio el hombre todo entero, cuerpo y alma, cabeza y corazón, acción y sentimiento.

**7. Fuerza completa, acción completa.**—Debe ser-

(1) S. Lucas, VI, 46.
(2) S. Juan, XXIV, 21.

vir á Dios el hombre con cada una de las partes que lo constituyen, porque no sería servirle, haciéndolo con la mitad de su actividad, con la mitad de su voluntad, con la mitad de su inteligencia. ¿Para qué consagrar á Dios el hombre todo su cuerpo y toda su alma, y reservarse un pequeño miembro del cuerpo, y un insignificante rincón de la cabeza, sirviéndose de él para dejarse llevar con más facilidad por su voluntad y sus caprichos? Ese tal pretende servir á Dios sinceramente, y hasta llega á creerlo con toda seriedad. Pero desgraciadamente, falta al todo una insignificancia; no puede sujetar ni su lengua ni sus ojos. Poco es, es verdad, pero es demasiado; es un defecto en el todo. Es el antiguo hombre incompleto que aparece de nuevo; «su religión es vana». [1] Ó se encuentra el vicio en la voluntad. ¿Qué es sino deplorable medianía esa voluntad débil, que tan fácilmente podría estar conforme con el deber y con la convicción personal, si pudiera llegar á ellos sin esfuerzo alguno? Sí, ¡si sólo el simple poder fuera una resolución completa y verdadera de la voluntad! Pero no es sino la mitad de la voluntad. Esa pereza para la actividad, para la cual todo sacrificio es pesado; esa exaltación sentimental, que cree haber hecho bastante y por mucho tiempo, cuando, violentada, ha hecho brotar algunas lágrimas, cuando ha acudido á oir una pieza de música religiosa, ó un sermón de un elocuente orador, ó un baile ó un concierto organizados con un fin benéfico; esa actividad negligente, para la cual es bueno cualquier trabajo, con tal que lo haya cumplido bien ó mal; ese miserable proceder que cumple, es verdad, con su deber, pero con pena y lentitud, sin ardor interior, sin gusto, sin placer, ¿no son pura medianía? No puede negarse que quieren el bien todos esos hombres, pero sólo como aquél de quien se dijo: «Quiere y no quiere». [2] Desean que se haga el bien, pero no salen del miedo que les imponen las dificultades que encuentran en su camino, semejantes á

(1) Santiago, I, 26.
(2) Prov., XIII, 4.



aquél que exclamaba: «El león está afuera; si salgo me destrozará en medio de la calle». [1] Trabajan, pero siempre suspirando, como «la puerta que se abre y se cierra y no hace más que volverse sobre su quicio». [2] Sirven á Dios, pero le privan de la alegría del corazón, de esa médula de nuestras acciones que se reserva Dios como obsequio predilecto, porque «ama al que da con alegría». [3] Siempre la vieja medianía.

**8. Perseverancia.**—Si después de mucho trabajo y de muchos esfuerzos, llegamos por casualidad á ejecutar una acción completa, en los momentos que siguen nos sentimos como tentados á asustarnos de nuestro heroísmo. Parece que tenemos miedo de perseverar en esa actividad, no sea que resulte un hombre completo. Esta es la más deplorable de todas las medianías. Nos imponemos mucho trabajo, hacemos grandes sacrificios, y nos retiramos, cuando podíamos esperar la madurez de los frutos. En verdad, «que hubiera sido mejor no haber comenzado, que dejar la obra sin acabar». [4] ¡Ah! sabe muy bien el Espíritu de Dios por qué nos dirige estas tan terribles palabras: «¡Ay de aquellos que perdieron la paciencia!» [5] ¿Por qué el más manso de todos los maestros ha pronunciado esta espantosa amenaza: «Ninguno, que pone su mano en el arado, y mira atrás, es apto para el reino de los cielos?» [6] Porque conoce demasiado al mundo; porque sabe que son muchos los que, después del primer entusiasmo, pierden el valor y la energía; porque sabe perfectamente que, entre todas las medianías, es la inconstancia la causa más ordinaria de que no lleguen á la perfección tantos hombres. Quieren, sí, practicar la justicia del reino de Dios; pero su justicia, su propia justicia es como «el rocío de la mañana

(1) Prov., XXVI, 13.
(2) Íd., íd., 14.
(3) II Cor., IX, 7.
(4) S. Agustín, *De continentia.*, 14, 31.
(5) Eclesiástico, II, 16.
(6) S. Lucas, IX, 62.

que se evapora» [1] apenas comienza á calentar el sol; ó como la semilla que ha caído en terreno pedregoso. Crece, es verdad, rápida y alegre, pero, como no tiene raíces, es de corta duración; sobrevienen días áridos, llegan los grandes calores, y se seca prontamente. [2] Pero el mundo ha perdido una vez más la esperanza de ver un hombre completo. Está obligado á contemplar, más de lo que quiere, la multitud de hombres á medias, que aumenta cada día.

**9. Juicio de los hombres sobre la medianía. Impresión que produce en Dios; perjuicio personal que causa.**—Nadie, ni aun los que forman parte de ese número, pueden ver sin amargura esos hombres á medias. Nadie, según la expresión del poeta, puede dejar de reirse á la vista «de un cuadro compuesto de un hombre á medias, completado por un extraño agregado de miembros heterogéneos». [3] Si viéramos tal deformidad en un ser vivo, huiríamos de él con horror. Si se apodera de nosotros un disgusto profundo á la vista de una obra de arte mutilada; si sentimos hasta indignación contra el que ha puesto en tal estado, no hay ciertamente un hombre tan desprovisto de sentimiento, que no experimente viva emoción, cuando ve á una criatura en la plenitud de la vida, y de su misma naturaleza, detenida en su desarrollo, ó mutilada en algunos de sus miembros, por alguna brutalidad ó por algún accidente. Y ¿podrán verse sin dolor y sin disgusto mutilados é incompletos en millares de personas el espíritu y la vida del espiritu?

¿Cuáles serán los sentimientos de Dios, testigo de nuestra medianía? Después de haber creado un inmenso mundo de bellezas, con su amor y en su ternura más que paternal, quiso reunir todas sus fuerzas creadoras para terminar su obra. Quiso producir una obra maestra que fuera el coronamiento de todo; pudo muy bien creer que con ella había superado todas las maravillas artísticas salidas

(1) Oseas, VI, 4.
(2) S. Mateo, XIII, 20-21.
(3) Horacio, *Arte Poética*, 1 y sig.



de sus manos. No sin razón, pone el poeta estas hermosas palabras en boca del divino artista:

«De mi boca el creador
»Soplo aquí ya ha hecho nacer;
»Hermosísimos paisajes,
»Y con risueño color
»Ha pintado sus celajes,
»Mi mano: y desparecer
»Debe ante ese cuadro bello
»Al que mi amor un destello
»De mi imagen quiso dar:
»Pintura que mi mirada
»Ha llegado á embelesar». (1)

Y en verdad que lo había embellecido de tal modo, y lo había enriquecido con tan real dote, que podía decir muy bien:

«Hemos investido al hombre
»Desde los tiempos primeros
»De amplísima dignidad,
»Dándole ilustre renombre.
»Sometió á Él nuestra bondad,
»Soles, estrellas, luceros,
»Todo cuanto hay en el cielo,
»Cuanto se mueve en la tierra,
»Cuanto en los mares se encierra,
»Las aves que los espacios
»Surcan con ligero vuelo,
»Zafiros, perlas, topacios,
»Lo animado é inanimado,
»Lo que corre y lo que vuela,
»Amor de predilección
»Para Él hemos reservado;
»Es rey de la creación.» (2)

Y ¡oh sorpresa! ¡En qué estado vuelve á encontrar el artista divino al hijo de sus amores, cuando, después de andar errante mucho tiempo, vuelve á Él por fin, porque en el mundo entero no halla un corazón que se abra para Él, después que ha mancillado su belleza en insensatas orgías! Aquí, falta la cabeza; allí, el corazón; más allá el pie; al otro lado la mano. ¿Es posible que, en mutilación tal, reconozca el escultor divino la obra perfecta que salió

(1) Calderón, *El pintor de su deshonra* (Auto sacramental).
(2) Íd., *Redención* (Bartsch, 475 y sig.).

de sus manos? Y como responden los actos á tal deformidad, ¿podrá verlos con gusto y complacencia paternales? Debió de sentir que pasaba por su mente divina un pensamiento semejante al que expresa el poeta con estas tristes palabras:

«¡Pobre esposa! despojada
«De tu corona: antes fuiste
«Esplendoroso ornamento
«De toda la creación...
«¿Merecí así ser tratada?
»¿Esta recompensa diste,
»Amor?—Si no me llevara
»Á pintarte así el amor,
»Y á presentarte tan bella,
»Yo jamás á ser llegara
»De mi deshonra el pintor». (1)

Se prescribía que fuera sin defecto el animal escogido para el sacrificio; (2) no solo en la antigua ley sino también entre los paganos. ¿Era ciego ó estaba débil? ¿le faltaba un miembro? ¿era deforme? No lo aceptaba Dios. ¿Y había de hacer excepción en el hombre? ¿Había de quedar satisfecho con acciones á medias ó incompletas? Aun cuando no fuese bien claro el lenguaje de las Escrituras, ¿no lo dice el natural sentimiento de la conveniencia? «No ofrezcáis al Señor dones defectuosos, porque no los recibirá». (3) Sólo le agradan los frutos más hermosos, los animales más sanos, los dones más completos. En la medianía de los obsequios, Él, que sondea y escudriña el corazón y los riñones, no puede ver sino lo que hay, esto es, desprecio de Él mismo, y, sin embargo, se lo debemos todo.

Pero no es sólo el mundo, ni sólo Dios, los que tienen derecho á quejarse de nuestra medianía; también nosotros tenemos motivos muy serios para ello, porque la medianía, como la perfidia, á nadie pagan peor que á su autor. Nadie será más atacado por el enemigo, que el hombre incompleto que se atreve á irritarle, puesto que, por su manera de obrar, le revela su debilidad y su timidez. Á

(1) Calderón, *El pintor de su deshonra.*
(2) Levítico, XXII, 22.—Deut., XV, 21.
(3) Eclesiástico, XXXV, 14.



cada movimiento se infiere heridas dolorosas, porque con frecuencia al levantarse «cae en las ortigas y los espinos, de que está cubierta la tierra que ha cultivado, y en el vallado que ha hecho en su camino». (1) En verdad que no le faltan los sufrimientos que han soportado otras almas ardientes, y quizá sufra más aún que ellas. Pero mientras están segando los celosos, «él siembra siempre sin recoger jamás, come y no se sacia, bebe y no se embriaga, se cubre y no se calienta, y si llega á ganar algún salario, lo pone en saco roto». (2) De este modo, jamás llegará á su fin y perderá un tiempo precioso. Apenas si da el primer paso donde hace ya tiempo que «debía ser maestro y modelo de los demás». (3) Como no ataca al mal en su raíz, pululan las malas costumbres con el mismo vigor cuando pasa años luchando, que cuando lucha por primera vez. Recibe muy pocos consuelos de Dios, porque Dios trata á cada uno según sus méritos, y lo rechaza el mundo, puesto que, para conceder sus favores, también exige el mundo que se le pertenezca por completo. De este modo, se encuentra cohibido en sí mismo. Y ¿qué paz podrá encontrar en sí, si arrastra penosamente una vida á medias? En la tierra, sólo la gravedad y la lucha pueden conducirnos á la paz; pero el que teme el combate más que la muerte, y lo evita siempre que puede, se priva para siempre de la recompensa reservada á los que han combatido valerosamente.

**10. Llegar á ser hombre completo es empresa llena de azares. Una proposición: formar una nueva asociación de la humanidad.**—Díjose uno cierto día: «¡Ea! es necesario ser hombre». Hermosa frase, cuyo alcance quizá no conoció el mismo autor. Que sea la piedra lo que es, no es extraño; algo más es que con pureza sin mancilla se desarrolle la flor. Si vamos subiendo por categorías de seres más elevados, aparecen los defectos cada vez más

(1) Prov., XXIV, 31; XV, 19.
(2) Ageo, I, 6.
(3) Hebreos, V, 12.

frecuentes, y más rara también la perfección. Necesita buscar mucho un pintor, antes de encontrar un hombre que le sirva de modelo. ¿Qué es lo que tendrá que hacer para encontrar un hombre completo? Es muy natural. Cuantas más cualidades tiene un ser, cuanto más ricamente dotada está su naturaleza, cuanto mayor importancia tiene su misión, tanto más fácil le es extraviarse y más próximo está el peligro que, de no alcanzar su destino, le hacen correr sus debilidades y su medianía. Por lo tanto, es empresa atrevida querer ser hombre, porque no es negocio baladí para cada uno el honor de su propio nombre en todas sus fases y en toda la extensión de la palabra. Educar las múltiples aptitudes de nuestro ser, y todas igualmente, de modo que la una no perjudique á la otra; conocer claramente los numerosos deberes y exigencias de la Religión, cumpliendo con ellos con exactitud; tener clara idea de su vocación, de la moral que debe practicar en la familia, en la sociedad, consigo mismo, con sus subordinados, con sus semejantes, con sus superiores, con aquellos á cuyas necesidades espirituales ó físicas alcanza nuestra caridad; llegar siempre á punto; y mostrarse hombre completo en todas las circunstancias, aún en medio de las más variadas situaciones de la vida, todo esto es trabajo importantísimo.

Pero, aunque difícil ese trabajo, no es imposible. Y es muy conmovedor ver á la naturaleza humana, en todo el desarrollo de sus maravillosas disposiciones y de sus dones sublimes, recibiendo la recompensa de sus ensayos para conseguir su fin. Oigan todos estas palabras de aliento: «¡Ten valor para llegar á ser hombre!» ¡Hermoso espectáculo, cuando se armoniza todo en el hombre, el ardor interno y la acción externa, la cabeza y el corazón, la convicción y la palabra! ¡Hermoso espectáculo, cuando toda la cabeza, todo el corazón, toda la voluntad, toda la acción, pero la voluntad satisfecha y la acción sana, están siempre y en todo acordes! ¡Hermoso espectáculo, cuando se someten á su dueño todas estas cualidades reunidas, persiguiendo el mismo fin uniformemente y con la concor-



dia más completa! ¡Hermoso espectáculo, hallar un hombre que merece el dictado de tal!

Si fuera mayor mi influencia entre los hombres, les propondría que nos diéramos todos la mano para formar una nueva fraternidad. Es tan considerable el número de sociedades, que no llamaría mucho la atención una más, á no ser que tuviera gran superioridad sobre las otras. Quiero decir, una sociedad para formar hombres completos. Pertenecería á ella todo el que no retrocediese ante la magna empresa de llegar á ser verdadero hombre; pero nadie sería admitido, si no prometía formalmente emplear todos los medios que están al alcance de su debilidad para combatir con resolución esas medianías, hasta llegar á ser un todo completo, aunque durase el combate toda la vida. De ningún pretendiente exigiremos el título de hombre completo. La «Sociedad de la verdadera humanidad» se compondría sólo de hombres que tuvieran á honra aspirar á ser hombres completos y que favorecieran mutuamente sus esfuerzos. El saludo que emplearíamos en nuestras relaciones y que serviría para animarnos á dirigirnos al fin, sería este: ¡Seamos hombres! ¡Tengamos valor para ser hombres!

## CONFERENCIA XXI

### EL REINO DEL CIELO PADECE FUERZA

**1. No se llega á la verdad sin padecimientos intelectuales: no se llega al bien sin desgarramientos del corazón.**—Predicaba un día Livingstone á sus negros. ¿Dónde? No lo recuerdo; pero no importa: La enseñanza que quiero sacar es tan buena, como si el hecho hubiese ocurrido entre blancos. Basta saber que hablaba á negros. En medio del sermón, enajenado enteramente un jefe indígena, da un salto, se pone en pie, y exclama: «Padre, tengo que cambiar mi corazón, porque es orgulloso é irascible; dame el remedio». Ante tan importante conversión, estaba perplejo Livingstone; no sabía qué hacer. Como verdadero misionero protestante, y como genuino representante de la sociedad bíblica, sabía que no había más remedio que su Biblia: la abre, y lee un pasaje al arrepentido negro. Pero conocía mejor éste que el hombre de la Biblia la insignificancia de aquella medicina: «¡No! dijo inmediatamente, me hace falta un remedio, un remedio que quiero beber, y que me curará. Necesito sanar pronto, muy pronto».

En el mismo estado que aquél negro se encuentran muchos blancos. Boticarios parecidos son evidentemente esos historiadores, cuyas acusaciones contra el Cristianismo hemos referido antes, y que no le perdonan el no haber dado á Clodoveo y á sus francos, lo mismo que á los paganos recién convertidos, en general, un licor hechicero que los hubiera rejuvenecido instantáneamente. [1] Abundan en todas las clases de la sociedad. He aquí uno perseguido por

(1) Véase más arriba, Conf. V, 21.



su conciencia: entra un instante en sí mismo; acaso va á confesarse, porque para él se trata menos de conversión, que de quedar en paz con su conciencia. Pero durante la noche no ha recibido medicina alguna capaz de rejuvenecerle; se va desalentado. He aquí esos hombres de Estado que hace siglos vienen maniatando á la Iglesia. Ven, no sin maliciosa sonrisa, cómo hasta la juventud comienza ya á burlarse de las bellaquerías de los clérigos y de la estupidez del pueblo. Pero no tarda en dar sus frutos la mala semilla, y el pueblo va mostrando lo que es, cuando no tiene ni fe ni piedad. Entonces sería bastante buena la Iglesia, si pudiese ofrecer pronto remedio para adormecer y domar al pueblo desencadenado.

Pero no hay en la vida moral remedios semejantes, y el Cristianismo en particular no tiene que ver nada con los charlatanes. Sólo los que á éstos se parecen, ofrecen curaciones maravillosas. El hábil médico, no cura sino lentamente. Si Livingstone hubiera conocido bien el Cristianismo, en toda la Biblia no hubiera encontrado más que estos dos textos para presentarlos al rey negro: «El Reino de los cielos padece fuerza»: [1] «Con vuestra paciencia poseeréis las almas». [2]

Ningún sabio cae del cielo, dice el proverbio. Pero según la marcha ordinaria de las cosas, sucede lo mismo con los hombres perfectos. Lo mismo que sale del suelo pequeña y débil la encina, y necesita años y años para llegar á su completo desarrollo, lo mismo que desde la más grande debilidad, hasta la virilidad más robusta se eleva gradualmente la parte corporal del hombre, así también éste necesita tiempo para recorrer el camino de su perfeccionamiento espiritual. En la tierra, cuanto más elevado es un ser, mayor es la perfección á la cual está destinado, y más penoso y lento es su desarrollo. No es raro que sean más vigorosos y prometan más los principios del pino cuya cima amenaza á los cielos, que los de una débil planta.

(1) S. Mateo, XI, 12.
(2) S. Lucas, XXI, 19.

Mientras que una planta, como la que al principio preparó á Jonás tantos consuelos, para proporcionarle después tantas amarguras, surge potente en algunas horas y desaparece casi en las mismas, se necesita tiempo para que alcancen los cedros el desarrollo que les permita desafiar á los siglos. Sucede lo mismo al sabio y al hombre perfecto. Sólo con el ejercicio y con el esfuerzo llegan á ser lo que deben ser. Cuanto más continuo y constante es su desarrollo, tanto más conforme á la naturaleza es su perfeccionamiento y tanto más durable la solidez á que alcanza; y si grandes son los obstáculos que debe sobrepujar, también es glorioso su triunfo. Por eso tuvo razón un pensador, cuando habló de este modo: «Tened miedo á lo fácil; así como no se llega á la verdad sin fatigas intelectuales, tampoco se llega al bien sin que muchas veces se sienta destrozado el corazón». [1]

**2. Sólo puede ser bueno el que ha sido víctima de esos tormentos.**—Es una de esas verdades que más de una vez provocan fácilmente esta respuesta: «Dura es la palabra, ¿quién puede oirla?» [2] Para honra de la humanidad, espero que no se hallará nadie que no conteste con un alegre sí á esta pregunta: «¿Quieres ser perfecto?» Pero sé también que, para muchos, seré causa de un doloroso suspiro si inmediatamente añado: «Muy bien, manos á la obra». ¿Quién podrá desear otra cosa que la virtud? Si se pudiera llegar á ella sin esfuerzos, ¿hallaríamos un sólo hombre incompleto ó un sólo malvado? Nadie niega que es necesario hacerse bueno, pero lo que asusta á más de uno es que no se pueda llegar á serlo sin trabajo.

Se tropieza aquí con una nueva piedra de escándalo. «¡Ah! exclaman, ha sido fácil á los Santos hacerse perfectos, pero me están cerrados á mí los caminos de la virtud! Centenares de veces he tratado de refrenar la cólera, y he visto que son inútiles mis esfuerzos. Está hecha de tal modo mi naturaleza, que siempre viene á manifestarse la

(1) Baader, *Vorles. über Societætsphil*, 10, S. W. XIV, 114.
(2) S. Juan, VI, 61.



violencia. Cierto es que tenía razón el poeta cuando dijo: «Cazad por la fuerza la naturaleza; se revuelve, se escurre á través de los injustos desprecios que le hacéis, y concluye por triunfar de ellos». [1] Nadie da lo que no tiene. Practiquen la mansedumbre y la paciencia los que las tienen por naturaleza; yo no las tengo, y jamás llegaré á tenerlas. Más vale que me dispense de un trabajo inútil, que exponerme á las censuras de la conciencia, dirigiendo mis esfuerzos sin esperanza y sin fruto á cosas que para mí son demasiado elevadas».

**3. ¿Es disposición de la naturaleza el fundamento de la virtud?**—La misma opinión llevó á Platón tan lejos del camino de la verdad. «Toda virtud, dice, supone de parte de los hombres disposiciones naturales; por lo cual, pueden reducirse éstos á tres clases. En el grado más bajo de la escala están y estarán eternamente, porque jamás les permitirá subir más arriba su naturaleza, esos hombres de cobre, cuya aptitud para la virtud del grado más ínfimo, el dominio de sí mismos, tiene determinados límites á este respecto. Vienen después los hombres de plata que, por sus capacidades naturales, están en aptitud de practicar la virtud de segundo grado, la fuerza. Al tercer grado, al de la perfecta aptitud para la virtud, sólo pueden llegar aquellos espíritus de oro, á quienes ha dado en herencia la naturaleza el talento filosófico». [2] Luego, se elevará muy alto en el bien quien en su nacimiento fué felizmente dotado; pero puede abandonar la esperanza de elevarse sobre sus disposiciones naturales el que heredó una naturaleza desgraciada; le haría expiar su presunción un desengaño tanto mayor cuanto mayores sean los esfuerzos hechos.

Difícil es encontrar doctrina más repelente, más orgullosa y más demoledora; sólo faltaba que se diese entrada en la virtud al particularismo del insoportable espíritu de casta. Sólo faltaba que, á pesar de todos sus esfuerzos,

(1) Horacio, *Epist.*, 1, 10, 24.
(2) Platon, *Rep.*, 3, 21, p. 415. Eusebio, *Præparatio evangelica*, 12, 43.

fuesen condenados á no rebasar jamás la medida de las virtudes propias de sus ordinarias ocupaciones, hombres que toda su vida se han entregado á trabajos penosos, y que á pesar de todos sus sufrimientos, permanecen eternamente pobres; hombres que se diría que han nacido únicamente para el sufrimiento; y sólo porque no han nacido con disposiciones extraordinarias para el estudio de la filosofía!...

**4. Cada uno tiene para el bien una aptitud inamisible: la virtud es una facilidad para la cual cada uno lleva en sí la disposición.**—De tal modo se revela el sentimiento moral contra semejante opinión, que no podemos ni pensar en ella. Á poco que se reflexione, se verá como está mal fundada, siendo lo único que hay de verdad en ella este principio: «Para la virtud se necesita aptitud natural». [1] Así como no se desarrolla una planta sin la semilla y sin el germen, así como no es posible conocimiento alguno racional en un ser que no tiene disposiciones racionales, tampoco cabe virtud donde no hay disposiciones morales. Pero felizmente se encuentran en la naturaleza del hombre estas disposiciones. «Por su naturaleza está nuestra alma emparentada con la virtud». [2] Nuestra razón lleva en sí las primeras ideas fundamentales de la moralidad, y nuestra voluntad, la inclinación á obrar conforme á ellas, [3] no siendo capaz de aniquilar las semillas del bien, ni toda la malicia imaginable. Jamás perderá sus aptitudes el hombre mientras no cese de ser hombre, siendo esto posible, si pudiera despojarse de la naturaleza humana. [4] De donde se sigue que, por naturaleza, nadie es incapaz de ser virtuoso.

No hay duda que es gran auxilio para llegar al bien la inclinación natural á la práctica de una virtud particular. El que por naturaleza tiene corazón tierno, practicará las

(1) Aristóteles, *Ethic.*, 2, 1, 3, 4; 6, 13, 1. *Polit.*, 7, 12, (13), 6.
(2) S. Basilio, *Regula fus.*, 2, 1, 2; *Hexaëmer. hom.*, 6, 4.
(3) Sto. Tomás, 1, 2, q. 51, a. 1; q. 63, a. 1; 1, 2, q. 85, a. 2, ad 3.
(4) Belarmino, *De gratia et lib. arb.* 5, 12, 7; Cfr. Scheeben, *Mysterien des Christenthums*, 233.



virtudes de la mansedumbre y de la misericordia con más facilidad que el que tiene corazón frío y duro. Pero, ¿quién pretenderá que éste último es incapaz de practicar la virtud de la caridad? ¿Quién no admitirá que, cuando haya llegado á practicarla, será para él más bello ornamento esa virtud que para el que á ella se siente inclinado por efecto de una disposición especial que tiene su naturaleza? ¿Quién no conoce, aunque no quiera, que esa mansedumbre y esa amenidad, que ha conseguido á costa de inmensos sacrificios un carácter violento, impresionan más dulcemente que las que provienen de la nativa bondad del alma?

Tampoco hay duda que puede llegar á un alto grado de perfección el hombre, aun sin una disposición natural superior á la medida de general aptitud para la moralidad. «No es la virtud, como ya lo dijo Aristóteles, simple disposición de sentimiento, no es vana inclinación, no es simple potencia, no precede á nuestros esfuerzos; es el producto de nuestro trabajo. Es necesario que, á la aptitud natural que para ella se tiene, vengan á unirse la actividad de la razón y el trabajo de la voluntad. Nace la verdadera virtud sólo cuando, con su trabajo personal, ha hecho nacer en sí el hombre cierta facilidad en sus disposiciones naturales. Pero la causa de la virtud somos nosotros, porque nace del ejercicio. No se adquiere con el propio saber, pues no es pequeño el número de los que hablan y forman juicios sobre ella, y están, sin embargo, muy lejos de ella; sólo con la intención y la buena voluntad firme se puede llegar á ella». «Y en efecto, dice el más grande pensador de la antigüedad, tres cosas son necesarias para adquirirla. Primero, conocerla claramente; segundo, que no sólo se manifieste interés por ella, sino que se tenga intención de adquirirla; en fin, que se la busque con valor y con perseverancia». [1]

**5. La facilidad es fruto de un hábito constante é intencional.**—Si se quiere, se puede dar el nombre de

(1) Aristóteles, *Ethic.*, 2, 1 y sig.; 6, 1 y sig.; 5, 13; 10, 9 (10).—Sto. Tomás. *Ethic.*, 2, l. 11.—S. Antonino, IV, 1, 2; L. 14, 3, 1.

virtud á la inclinación natural que lleva á cada uno á la práctica especial del bien, por ejemplo, de la limosna; pero será necesario entonces tomar en más lato sentido este nombre, y ver en esa inclinación una buena disposición que conduce á la virtud. Considerada ésta como tal, nada de meritorio tiene en sí, porque se da al hombre sin su propia cooperación. «Debe ser purificado y perfeccionado por el trabajo personal todo lo que de honroso ha puesto en nosotros la naturaleza, para que pueda ser digno de alabanza». (1) «Sólo por el hábito y por la actividad continuada en forma duradera, merece la facilidad adquirida, en lo más estricto de la palabra, el nombre de virtud». (2) Hay muchos que en este punto se forjan ilusiones. ¡Es tanta la felicidad de haber sido dotados de un corazón naturalmente tierno! ¡No es posible soportar sin emoción la mirada de Aquél que dió su vida por sus amigos y murió en una cruz entre ignominias y tormentos! Nos basta esto para despertar la convicción de que reinan en el corazón el amor del prójimo y la devoción. Sin embargo, hay que pensar en la invencible aversión que experimentamos á veces hacia un antiguo amigo que nos ha ofendido, hacia un próximo pariente que nos dice la verdad con formas bastante ásperas; hay que recordar las dificultades que se experimentan para sacrificar la inclinación arraigada en nuestro corazón, ó para cumplir uno de sus deseos en obsequio del que con tanta generosidad derramó su sangre por nosotros. Nos convenceremos entonces de que en esa compasión no hay un verdadero amor del prójimo; que esa emoción no lleva consigo verdadera generosidad para con el Redentor, y que ni siquiera se la puede considerar como disposición verdaderamente religiosa. En efecto, no es caridad, es compasión natural; no es devoción, es movimiento enteramente involuntario y puramente humano, determinado por la vista de un hombre que sufre en una cruz.

Aquí se nos ofrece de nuevo en toda su fuerza la máxima: «Dos personas pueden obrar de la misma manera, sin hacer la misma cosa». No es extraño que dé pruebas de paciencia un flemático; pero que la practique un colérico, aunque en apariencia sea menos perfecta, es ciertamente efecto de un gran dominio de sí mismo. Lo que nos parece paciencia en el primero, no es virtud, es simplemente indiferencia natural, y á veces, culpable dejadez de espíritu. Sin embargo, proclamaré en alta voz la virtud del flemático, si valientemente se entrega á una acción que exija energía, porque sé la violencia que ha debido hacerse para elevarse hasta allá. La prontitud en prestar un servicio, la amabilidad y la franqueza, son seguramente cualidades muy recomendables. Si las encuentro en un melancólico, sé que son fruto de larga y encarnizada lucha con las inclinaciones contrarias, y que por lo tanto son verdaderas virtudes; pero si las hallo en un temperamento sanguíneo, me guardaré bien de atribuirles de buenas á primeras más importancia que á la manifestación quizá muy inconsciente de disposiciones puramente naturales. Sólo creeré que, gracias al trabajo que se ha impuesto, ha llegado á ser verdadera virtud la disposición natural, cuando le vea aplicarse con atención y reflexión á la formación de su disposición natural, y, como añade el filósofo, constantemente, y con el fin expreso de afianzarse más y más en las bellas disposiciones de su temperamento. Cualesquiera que sean las predisposiciones del flemático para la calma, la melancolía y el recogimiento interior, cualquiera que sea la inclinación del colérico á la violencia, y del sanguíneo al buen humor, todos deben educar sus disposiciones naturales con largos y continuos ejercicios á fin de comunicarles esa facilidad que se adquiere con asiduidad bien dirigida. Sólo por este medio se hacen cualidades recomendables la intención y la aptitud que, de suyo, no eran en ellos loables ni meritorias.

(1) S. Agustín, *Civ. Dei.*, 2, 29, 1.
(2) Sto. Tomás, 1, 2, q. 65, a. 1.



**6. Primero hay que formar las disposiciones naturales. Pequeñez de espíritu; grandeza de miras.**—No hay duda que el que, por inclinación natural, está ya cer-

ca de la adquisición de una virtud, se la apropiará con más facilidad que el que por temperamento se halla á ella poco inclinado, ó el que tiene dificultades particulares para su práctica. Por eso nunca se tendrá suficientemente en cuenta este importante principio: «Salvo excepciones motivadas por la vocación ó por otros deberes, debe cada uno esforzarse, cuanto pueda, para llegar á la perfección, á que se siente vivamente solicitado en su alma. La primera perfección de un objeto es su naturaleza, la segunda la actividad, la tercera el fin á que se llega únicamente con la actividad. Siendo producida por la naturaleza la manera de obrar, debe estar enteramente conforme con ella. Ningún desarrollo, ningún perfeccionamiento puede alcanzarse, sino perfeccionando las inclinaciones basadas en la naturaleza. Esta verdad, tan conforme con nuestra razón como con nuestro sentimiento natural, nos muestra la naturalidad que hay en toda moral sana, y principalmente en la moral cristiana».

Siempre experimentará el flemático predilección por la circunspección y por la calma, por la ejecución lenta y reflexiva de sus negocios, por la puntualidad, por la firmeza inquebrantable en todos los incidentes que puedan sobrevenirle, por la probidad, por la delicadeza de conciencia y por la discreción. Sería para él faltar á la naturaleza y á la prudencia, no dirigir todos los esfuerzos hacia estas estimables cualidades, conduciéndolas á la mayor perfección posible. Las virtudes más propias de los coléricos son los grandes proyectos, el ardoroso entusiasmo, la grandeza del alma y la energía. El melancólico llegará más fácilmente á la más alta perfección en la intensidad de la vida interior, en el vigor del pensamiento, y en la predilección por el retiro. No hay quien, además de las disposiciones generales para el bien inherentes á cada uno, no haya recibido de Dios dones particulares, que hay que desarrollar con preferencia; y en este sentido debe tomarse el axioma: «Que la perfección moral debe ser una originalidad». (1)

(1) Sto. Tomás, 3, q. 29, a. 2; 1, 2, q. 3, a. 2; 1, p. 89, a. 1.



Dos extremos tenemos que evitar con respecto á esta doctrina, cuya influencia sobre la vida moral es tan considerable. De un lado, está la universalidad, llevada al extremo, que es una de las enfermedades más temibles de la época, que lo ofrece todo á todos, satisfaga ó no, y que por lo mismo, forma necesariamente hombres sin carácter, así como la polimatía da erudición superficial. De otro lado, están los que quieren la exclusión de toda universalidad en el carácter moral. Para éstos consiste la perfección en perseguir hasta el último extremo una disposición ó una manía cualquiera. Y va á veces tan lejos esa predilección por el exclusivismo, que no considera grande y bello, sino lo que lleva hasta la mayor perfección una tendencia exclusiva de importancia casi nula. Lo que hace decir á Felix Mendelssohn que no le gusta la universalidad, ni cree en ella. Según él, para que sea hermosa y grande una cosa, es necesario que esté limitada á un solo punto, con tal que en este punto llegue á la mayor perfección. (1) Rothe toma este pasaje, y lo elogia como magnífica sentencia. (2)

Fácilmente se puede uno dar cuenta del gran peligro moral á que conducen estos dos excesos; el último lleva infaliblemente á la estrechez de corazón y á la pedantería, á la ridiculez de carácter y á insoportable terquedad de la voluntad; no hay que buscar en él al hombre completo. El primero conduce necesariamente á la disipación del pensamiento y á la desidia del corazón. Pero una cosa es la superficialidad, la falta de carácter, y otra la universalidad de la ciencia y de la personalidad, contenidas en los límites de una sabia moderación. Una cosa es el exclusivismo y otra los límites y las defectuosidades inherentes á nuestra naturaleza. Soportemos los últimos, que son para nosotros motivos de humildad, y tratemos á toda costa de corregirnos de los primeros, como defectos que son de nuestra naturaleza.

**7. Igualación de nuestras debilidades.**—Sería, pues,

(1) Félix Mendelssohn, *Reisebriefe*, (2) 77.
(2) Rothe, *Ethik*, (2) I, 470 y sig.

absurdo querer llegar á la perfección tratando de adquirir una buena cualidad que admiramos en un extraño, mas para la cual no hay aptitud alguna en nuestra naturaleza; lo mismo decimos de la educación. En ésta como en aquella, debe perseguirse particularmente como fin la perfección del conjunto de dones naturales que se poseen; por lo tanto, hay que comenzar por conocerlos bien.

Pero sería error creer que con esto estaría terminada la obra. Así como tiene cada uno sus aptitudes, así tiene también sus debilidades propias; es precisamente su propiedad peculiar, que lleva consigo la limitación que le es propia. La circunspección del flemático, cualidad en sí excelente, excluye la susceptibilidad y la movilidad del sanguíneo, excluyendo á su vez, estas últimas la circunspección del primero. Pero si llevase al extremo el flemático la cualidad que le es propia, llegaría á hacerse molesto; tendría el sanguíneo una ligereza insoportable y todo lo revolverían de arriba abajo. Mas hay muchos casos en que el sanguíneo tiene absoluta necesidad de aquella inquebrantable constancia que falta á su disposición natural, y que opone el colérico á cuantos obstáculos se le presentan. Hay casos en que está perdido el melancólico, si no llega hasta la franqueza ingenua, hasta la expansión del sanguíneo; y casos en que daría un mal paso el flemático, si no tomase por modelo, hasta cierto punto, la susceptibilidad del sanguíneo y la fuerza y la energía del colérico. Si, por el contrario, degenera en malicia la jovialidad natural del sanguíneo, como sucede con mucha frecuencia, si degenera el espíritu de retiro del melancólico en humor tétrico, en susceptibilidad y desconfianza, y esto por falta suya, claro está que es de absoluta necesidad una especie de igualación en todas esas cualidades. Si en estos diferentes casos, no completase ni mejorase cada uno su carácter, apropiándose las cualidades de otro, no sólo sería detestable mezquindad toda su vida, sino que estaría llena de imperfecciones culpables.

**8. Campo de batalla para cada uno.**—Quien quiera



hacer desaparecer esas mezquindades y llegar al estado de hombre completo, tiene ante sí un vasto campo de batalla; puede entrar en él, pues no le han de faltar serios y prolongados combates. Sus disposiciones particulares no le harán imposible la adquisición de ciertas virtudes preferidas, á las cuales le lleva con asombrosa facilidad otra aptitud natural, siquiera encuentre todavía grandes dificultades que, para ser vencidas, exigen no pequeños sacrificios. Pero constituye todo el mérito y toda la grandeza de un carácter perfecto el ser resultado de esfuerzos constantes.

Dijo un día el fisonomista Zopiro que había estudiado atentamente los rasgos de Sócrates, que aquel hombre tenía las más perversas inclinaciones y una naturaleza de difícil dominio. Causó gran hilaridad entre los discípulos del filósofo, porque le habían conocido de temple muy distinto. Pero les hizo notar Sócrates que, en realidad, había venido al mundo con malas inclinaciones, y que sabía él mejor que nadie cuánta reflexión y cuánta vigilancia había necesitado para triunfar definitivamente de ellas. (1) Falsa ó verdadera esta relación, (2) nos muestra que hasta los paganos consideraban posible y honroso el mejoramiento de los defectos de nuestro natural con un atento trabajo personal.

Por el contrario, es cierto que nos ofrece la historia de los Santos muchos ejemplos de individuos que pudieron cumplir brillantemente esta tarea. Cuantos conocieron la amabilidad y mansedumbre exquisitas de San Francisco de Sales, las consideraron como don extraordinario hecho á su temperamento, no siendo pocos los que secretamente deseaban poseerlas. Quizás no les hubiera sido imposible llegar á semejante estado con más facilidad que él, porque tenía marcada propensión á la ira, y con aquella propensión hubiera podido llegar á todas partes menos á la mansedumbre. Dice, hablando de sí mismo, que le hervía en las venas la cólera como hierve el agua en una olla, y que

(1) Cicerón, *Tuscul.*, 4, 37; *Fato*, 5.
(2) Zeller, *Philosophie der Griechen.*, (2), II, I, 53.

sólo triunfaba de ella, agarrándola por los cabezones, extrangulándola y echándola á sus pies.

Sin embargo, necesitó veintidós años de constante vigilancia, de asiduo examen de conciencia y de obstinada represión, para llegar á aquella tranquilidad y á aquella mansedumbre que hacían pensar á cuantos le veían que aquel hombre no tenía amarguras en el corazón, ni podía enojarse, aunque quisiera. (1)

En la historia de la Orden de los Carmelitas, se cuentan maravillas de una religiosa. Había nacido con un temperamento verdaderamente africano; de carácter ardientemente sensual, sentía en sí salvajes accesos de cólera. Pero siguió la lucha contra el calor y violencia de su sangre, con tan enérgica constancia y con tan heroica energía, que debería causar no poca vergüenza á nuestra debilidad. Había resuelto obtener la victoria sobre su perversa naturaleza, y la obtuvo; pero necesitó cuarenta años para conquistar la paz y para dominar por completo su carácter rebelde. (2) ¿Quién podrá contar los asaltos, las heridas, las caídas deplorables y repetidas, las rehabilitaciones, que fueron necesarias durante meses y años á una pecadora, para llegar á ser una Magdalena, casta y embriagada de amor divino; á un fariseo orgulloso y lleno de furor, para convertirse en un Pablo; á un cobarde renegado, para ser la inconmovible roca que se llama Pedro? Hay hechos que no refieren los historiadores de esos y de otros Santos, y son la parte más instructiva de su vida y que nos llena de confusión.

**9. Sólo con la violencia se adquiere la virtud.**— Inútil será entrar en muchos pormenores para demostrar que no se obtiene todo esto con el simple deseo ó con la simple voluntad. Aquí de nada sirven todas las oraciones y todos los suspiros; todas las lágrimas no producen resultado alguno. Todo esto no nos baja del cielo. ¡No! Es necesario conquistarlo; es necesario que nos cueste algo; lo

(1) Lager, *Leben des heiligen Franz von Sales*, II, 273, 278.
(2) *Francisco del Sacramento*, Gœrres, *Mystique*, I, 417-420.



que no cuesta no vale. Debemos también conocer por experiencia que la perfección es, no sólo el tesoro más grande del hombre, sino su única verdadera propiedad. Por eso, durante nuestra vida, debemos trabajar en vencer los antiguos hábitos y las naturales inclinaciones, en poner una virtud en lugar de cada defecto, y en no dejar incompleta ninguna buena inclinación. Para todo esto se necesita violencia y violencia grande. Por esto se encuentra ciertamente la verdad en estas palabras que salieron de los labios de la Verdad: «El reino de los cielos padece fuerza, y los que se la hacen, lo arrebatan». (1) Y se ha dicho también: «¿Qué sabe el que no ha sido tentado?» (2) Podrá éste tener virtud, pero será virtud débil, virtud, que quizás sucumba al primer encuento. No sabiendo nada de victorias, mal puede hablar de la bondad perfecta. Sólo aquél cuya virtud es semejante á la encina, que se hace robusta con luchas continuas, puede saber lo que es la verdadera perfección, y lo que son las derrotas de los enemigos.

**10. Sólo con los esfuerzos se conserva la virtud.**— Es también necesaria la violencia, aun cuando haya llegado uno á afirmarse en el bien.

No hay quien, durante su peregrinación por la tierra, posea la virtud como bien inamisible. Ha visto la historia gigantes de la virtud, hombres por cuya firmeza se hubiera llegado á dar la propia vida, y, sin embargo, han caído, y no ha sido pequeña la caída. Cuanto más grande es un tesoro, tanto más podemos temer que nos lo arrebaten. ¡Hay tantos enemigos que espían la más preciosa de todas las riquezas que llevamos en vasos frágiles, que jamás nos faltarán los combates. Mas haciendo abstracción de todo, es de tal naturaleza el hombre, que no puede permanecer mucho tiempo sin sufrimientos. Entre su heroísmo guerrero, conocieron Alejandro y Aníbal con cuánta rapidez enervaban las comodidades de la vida á los que fueron invencibles en medio de combates continuos. Pocos partida-

(1) S. Mateo, XI, 12.
(2) Eclesiástico, XXXIV, 9.

rios arrebataron al Cristianismo las persecuciones de los Emperadores romanos. Sólo los que ya estaban distanciados de él interiormente, se sirvieron de ellas como de oportuno pretexto para descargarse de un peso que los aplastaba, porque no lo llevaban como debían. Pero deploraron los Padres como causa de peligros inmensos y de grande corrupción en el seno de la Iglesia las épocas de calma que precedieron á las grandes pruebas bajo Decio y Diocleciano. El hierro que no se emplea se oxida. ¿Qué de extraño, pues que dormite la virtud, cuando no encuentra contradicciones?

**11. Sólo se consolida la virtud y se la conduce á la perfección, con un dominio constante de sí mismo.**—En los combates se revela su verdadera solidez. «En el horno se prueban las vasijas del ollero, y en el crisol se depuran la plata y el oro». (1) La aflicción es también el mejor medio de comprobar el grado de resistencia de la virtud y de limpiarla de sus impurezas.

Cualquiera que sea la apariencia de pureza del bien que hay en el hombre, nunca es tan pura, que no pueda serlo más, ni tan perfecta, que no pueda perfeccionarse más. Á todos sin excepción se dirige esta exhortación: «El que es justo, justifíquese más, y el que es santo, santifíquese más aún». (2) Si piensa alguno que no tiene necesidad de adelantar, no tardará en experimentar que, por un acto de complacencia personal, ha renunciado á elevarse en la perfección.

Imposible hacer progresos en el bien, si no se practica con constancia y no se dirigen los esfuerzos en este sentido. Si la actividad en el bien no responde á la disposición y á la facilidad adquirida, si se hacen obras buenas, pero con dejadez, con indiferencia, es porque se ha casi extinguido el vigor y el fuego de la virtud. Ahí está la clave de tantas observaciones que contristan, y que hacemos sobre nosotros y sobre los demás. Sirva de advertencia pa-

(1) Eclesiástico, XXVII, 6, II, 5.
(2) Apocalipsis, XXII, 11.



ra ponernos en guardia contra la causa de la decadencia moral, por la cual, más que por grandes defectos, nos quedamos estancados después de inmejorables principios.

La pereza consumada y la completa defección del bien no son la causa de la tibieza, y en definitiva de la muerte del bien; lo es la práctica de la virtud emprendida sin verdadero celo. (1) Por eso jamás debe rebajarse el esfuerzo que se hace para adquirir la virtud, ni al principio, pues no se la puede adquirir sin fatiga; ni en el medio, porque cuanto más cerca del término está el corredor, más se estimula para llegar; ni al fin, porque sería la mayor desgracia perder por debilidad en el último momento el fruto de tanto trabajo. Que combata uno largo tiempo ó no, que combata poco ó mucho, debe siempre decir con el Apóstol, que, no obstante, estaba muy cerca del fin de la más alta perfección: «No juzgo haberlo ya alcanzado ó que sea ya perfecto, mas voy siguiendo, por si de algún modo podré alcanzar aquello para lo que fuí tomado por Cristo. Prosigo, según el fin propuesto, al premio de la soberana vocación de Dios en Jesucristo». (2)

**12. Semejanza y diferencia entre los Santos y nosotros.**—Nadie encuentra en la cuna la virtud perfecta. Es fruto del trabajo, premio de la victoria, á que debe preceder legítimo combate. Nadie debe poner por pretexto su perversa naturaleza y decir: «¿Qué queréis? ha sido hecha así mi naturaleza». Todos podrían decir lo mismo. Así hubieran podido hablar los Santos, que tampoco recibieron un paraíso para cultivarlo; su herencia fué como la nuestra, un rincón de tierra que produce cardos y espinos, y de la cual han tenido que hacer un jardín de Dios, á costa de sudores y de sacrificios. Los ha puesto en peligro la misma naturaleza, las mismas debilidades, la misma carne, la misma sangre, las mismas pasiones, las mismas inclinaciones. Si con frecuencia nos arranca lágrimas el peso importuno de la tentación, también gimieron ellos más de una

(1) Sto. Tomás, 1, 2, q. 53, a. 3.
(2) Filipenses, III, 13, 14.

vez entre las amarguras de sus corazones. Si no salimos siempre del combate sin heridas y sin caer, tampoco dejaron de contar ellos muchas horas de tristeza. Sólo en una cosa se diferencian de nosotros, y es que, después de caer, nos desalentamos, y perdemos inmediatamente la esperanza, mientras que no hubo para ellos fortuna adversa que pudiera vencer su constancia. Cuando caían, se levantaban; jamás desesperaban, y alegres y con nuevo valor, comenzaban nuevos combates. Por eso, á pesar de su debilidad igual á la nuestra, no hubo fuerza que pudiera arrebatarles la recompensa final que da el justo Juez á todos los que hasta el fin han sostenido el buen combate.

# CONFERENCIA XXII

## DEL ORDEN

**1. El orden es la ley de la naturaleza y de la belleza.**—Misteriosa, dijéramos mejor, maravillosa es la impresión que produce en el hombre la vida del mundo de los animales. En silencio y sin perplejidad, sabe encontrar el pájaro la materia más á propósito para hacer sus primorosas y artísticas obras, que no han podido imitar las manos de los hombres. Saben adaptar cada medio á su circunstancia particular con una perfección ante la cual se inclina nuestra inteligencia. La sabiduría de la legislación humana no ha podido alcanzar, ni de lejos, el orden que reina en los estados de las abejas y de las hormigas. Sin equivocarse jamás, halla el gallo el momento de cantar la hora de despertar. «El milano en el cielo conoció su tiempo, y la golondrina y la cigüeña aguardaron la época de su venida». [1] Nos sucede á veces que dejamos el lecho, inquietos por la suerte del compañero que anima con su canto la soledad de nuestro pequeño estudio. De repente nos ha despertado en la noche la violenta agitación de sus alas; no sabemos por qué, pero con gran satisfacción nuestra, lo encontramos sano y salvo.

¿Qué ha pasado? Pues, sencillamente, que se ha apoderado de él el instinto de emigración: Aunque haga años que está prisionero, no ha olvidado que en este mismo día debe emprender, con sus compañeros, largo y peligroso viaje á lo largo del mar Terreno. Lo mismo sucede á todos los animales. «Conocen su tiempo y su fuerza; siguen su destino: se someten á un gran pensamiento con necesidad

(1) Jeremías, VIII, 7.

vez entre las amarguras de sus corazones. Si no salimos siempre del combate sin heridas y sin caer, tampoco dejaron de contar ellos muchas horas de tristeza. Sólo en una cosa se diferencian de nosotros, y es que, después de caer, nos desalentamos, y perdemos inmediatamente la esperanza, mientras que no hubo para ellos fortuna adversa que pudiera vencer su constancia. Cuando caían, se levantaban; jamás desesperaban, y alegres y con nuevo valor, comenzaban nuevos combates. Por eso, á pesar de su debilidad igual á la nuestra, no hubo fuerza que pudiera arrebatarles la recompensa final que da el justo Juez á todos los que hasta el fin han sostenido el buen combate.

## CONFERENCIA XXII

### DEL ORDEN

**1. El orden es la ley de la naturaleza y de la belleza.**—Misteriosa, dijéramos mejor, maravillosa es la impresión que produce en el hombre la vida del mundo de los animales. En silencio y sin perplejidad, sabe encontrar el pájaro la materia más á propósito para hacer sus primorosas y artísticas obras, que no han podido imitar las manos de los hombres. Saben adaptar cada medio á su circunstancia particular con una perfección ante la cual se inclina nuestra inteligencia. La sabiduría de la legislación humana no ha podido alcanzar, ni de lejos, el orden que reina en los estados de las abejas y de las hormigas. Sin equivocarse jamás, halla el gallo el momento de cantar la hora de despertar. «El milano en el cielo conoció su tiempo, y la golondrina y la cigüeña aguardaron la época de su venida». (1) Nos sucede á veces que dejamos el lecho, inquietos por la suerte del compañero que anima con su canto la soledad de nuestro pequeño estudio. De repente nos ha despertado en la noche la violenta agitación de sus alas; no sabemos por qué, pero con gran satisfacción nuestra, lo encontramos sano y salvo.

¿Qué ha pasado? Pues, sencillamente, que se ha apoderado de él el instinto de emigración: Aunque haga años que está prisionero, no ha olvidado que en este mismo día debe emprender, con sus compañeros, largo y peligroso viaje á lo largo del mar Terreno. Lo mismo sucede á todos los animales. «Conocen su tiempo y su fuerza; siguen su destino: se someten á un gran pensamiento con necesidad

(1) Jeremías, VIII, 7.

involuntaria, es cierto, pero con seguridad infalible; así es su instinto, porque el que se lo dió es el que ordena todas las cosas con medida, número y peso». (1)

No hay corazón sano que pueda substraerse al encanto de ese orden maravilloso que existe en toda la naturaleza no libre. Donde cada cosa ocupa el lugar que le corresponde, y obra según la medida de su capacidad, con otras potencias que están junto á ellas ó sobre ellas para obtener éxito completo; donde conoce cada uno su deber, y lo cumple con exactitud matemática, sin pecar ni por exceso ni por defecto; donde en perfecta armonía se unen el tiempo, el lugar y las circunstancias; donde en exacta proporción se corresponden la acción y la energía; donde con toda precisión se han calculado los medios y el fin respectivamente; en una palabra, donde hallamos el orden, sentimos que se ha realizado lo que exigimos como condición de la belleza, experimentando la impresión que despierta constantemente en nosotros la verdadera belleza; nos consideramos satisfechos. Comprendemos que son necesarios para toda sociedad la igualdad entre el cargo y la data, la subordinación y la dirección del trabajo, el buen humor y las mutuas consideraciones. No dudamos que «va á la ruina un reino que está desunido, y que no pueden tener existencia durable una ciudad ó una casa donde reina la discordia». (2) Sabemos perfectamente que el calificativo más duro que se puede dar á un país en que reina la confusión, es que está desordenado. Porque ciertamente, la tierra en que no hay orden, es forzosamente tierra de tinieblas y de miseria, en que habitan las sombras de la muerte y de sempiterno horror; (3) es país cuyo sólo pensamiento nos hace extremecer.

**2. El hombre aplaude el orden y ama el desorden.** —Tenemos, sin embargo, aquí una de esas curiosas contradicciones de que está lleno el mundo. No comprende la

(1) Sabiduría, XI, 12.
(2) S. Mateo, XII, 25.
(3) Job, X, 22.



creación privada de razón lo que significa la palabra orden. Pero desde las elevadas esferas en que los antiguos presintieron ya la armonía, hasta la multitud de seres vivientes que se hallan en la gota de agua y que nos llenan de asombro forman tal himno de maravillosa armonía su movimiento y su actividad, que no puede igualarlo la frase más bella del artista más ilustre. El hombre encomia el orden; llénase de entusiasmo, cuando llega á descubrir de él la más ligera apariencia; lo exige como esencial á su seguridad y á su reposo; y se complace en turbar sus sagradas armonías.

¡Qué horroroso el inhumano placer que en la agitación y en la revuelta hallaron aquellos hombres de los tiempos antiguos que llamamos Eróstrato, Catilina y tantos otros que vivieron en épocas posteriores! Nos obliga la verdad á confesar que, á su modo, no es menos punible que las tentativas de destrucción que practican en más vasta escala cierta clase de hombres, ese salvaje instinto de destrucción que notamos ya con espanto en los niños que hacen pedazos y no pueden conservar íntegro la que por desgracia llega á sus manos. El empleado público, el militar que reprime con inexorable severidad las más pequeñas perturbaciones del orden, y que él mismo es ejemplo vivo del orden, no piensa quizá que la negligencia intencional de la regularidad en el círculo de la familia, es tan gran falta como lo sería en el cargo que desempeña. Con dificultad organiza su casa según los principios de orden, la aristocrática dama que para sí misma es modelo de exactitud; y el marido, que en este particular tiene muy fundados temores, quizá ni en sus negocios, ni en sus intereses, tiene el orden que desea para su casa. Y ¿quién es capaz de decir los males que por desgracia llevan consigo desórdenes semejantes? Temblamos al anuncio del más pequeño trastorno en el orden de la naturaleza; y, sin embargo, son desarreglos sin importancia, la mayor parte de las veces limitados á un círculo estrecho, y pronto reparados, llámense tormentas, tempestades, temblores de tierra, que calcula con tan-

ta sabiduría y ordena con miras tan sabias como el curso ordinario y regular de las cosas, el que en su mano tiene todo el universo.

Pero la vida del hombre, considerada, ya en el Estado, ya en la ciudad, ora en la familia, ora en la vida pública, nos presenta tantos desórdenes, y á veces desórdenes que abruman, que escandalizan, que piden venganza, que casi podría considerárselos como generales. No hay más que dar á esas alteraciones del orden el nombre que les conviene, llamándolas sublevaciones, guerras, enemistades, atentados á la conciencia y á la Religión, seducciones, perturbaciones de las familias, etc. etc., para comprender inmediatamente que sólo del mal pueden proceder y sólo al mal pueden conducir esas diferentes faltas de orden.

Mas donde principalmente se deja notar la falta de orden es en la vida moral interior. No queremos juzgar con severidad exagerada, ni marcar con el sello de enormes pecados todos los desórdenes que en ella se producen. Se siguen de ahí inconvenientes gravísimos de que todos creen que pueden dispensarse fácilmente, y que en verdad no pueden juzgarse con la misma severidad en todos los hombres. Con la palabra imperfecciones, se ha hallado para ellos un paliativo con que se excusan á veces grandes culpas que son algo más que debilidades, y que hasta podrían llamarse crímenes. Aunque no hubiera nada peor que la debilidad, ni hubiera grandes pecados en esos desórdenes, esto sólo bastaría para merecer el nombre de hombre imperfecto el que no los tuviese en cuenta. Y puesto que de ahí partimos para conocer todo lo que se exige para llegar á ese hermoso fin de la perfección moral, no podemos dejar de volver toda la atención á esos defectos.

**3. El verdadero orden exige que se considere cada uno como su prójimo.**—Exige desde luego el orden que considere cada uno á su prójimo como á sí mismo, y que con respecto á los demás se conduzca como consigo mismo, y como quisiera que lo tratasen á él. [1] La medi-

(1) S. Mateo, XXII, 39; VII, 12.



da del amor de los demás está en el amor que se tiene á sí mismo cada uno. Quien se ocupa primero en cosas extrañas, pasando después á ocuparse en sí mismo, si le queda tiempo, viola evidentemente las justas proporciones del orden. La enojosa manía de querer corregir á todo el mundo, de contemplar constantemente la paja que lleva el vecino en el ojo, y de no considerar la necesidad que tiene de enmendarse; esa manía, de difícil curación, especialmente en los que parece que tienen la misión de ocuparse en los abusos que corren por el mundo y en los demás, no es ciertamente simple debilidad; es algo más, es verdadero y grandísimo defecto, tan perjudicial á nosotros como insoportable á los demás, siendo por lo menos, pérdida de tiempo. ¿Quién puede hacer mejor al que no quiere penetrar en su propio corazón? [1] Jamás será completo el que no comprenda que, entre todas las criaturas, él tiene el deber de sacar el mejor partido posible de sus ensayos de mejoramiento.

**4. Orden del tiempo.**—Quizá pueda alguien evitar ese desorden; pero, dirigiendo la vista á sí mismo, no puede encontrar tiempo á propósito. Entre los eternos cuidados que lo agitan con respecto á un porvenir que no está todavía en su poder; entre las incesantes acusaciones que lanza contra él un pasado que ya no volverá, no trata de utilizar el presente, el único tiempo de que es dueño, y en que podría borrar fácilmente todas las manchas de sus errores precedentes trabajando en prepararse un porvenir mejor. Y aun puede suceder que, cuando haya comprendido toda la importancia de prestar atención á un presente que huye sin cesar, no sepa aprovechar el oportuno momento de ese presente. «Todas las cosas tienen su tiempo; hay tiempo de llorar y tiempo de reir, tiempo de ganar y tiempo de perder; hay tiempo del deber y tiempo del placer, tiempo del servicio de Dios y tiempo del servicio del amo, tiempo de la oración y tiempo del trabajo». [2] En to-

(1) Eclesiástico, XIX, 5.
(2) Eclesiastés, III, 1, 4, 6.

do conocen los animales el tiempo conveniente; saben cuando han de irse y cuando han de volver; saben observar la oportunidad del tiempo que los invita á descansar y á levantarse para emprender nuevo trabajo, y cantar las alabanzas del Criador. Saben cuando están hartos, y en ninguna manera se les podrá obligar á tomar un poco más de alimento, cuando ya no tienen necesidad. Cierto es que debe ruborizarse el hombre, que con frecuencia no sabe guardar verdadero orden en todas sus cosas, cuando llegan á la verdadera exactitud las criaturas que no tienen razón.

5. **Orden del valor.**—Surge enseguida un nuevo peligro, que podríamos llamar «el desorden en la medida y en el peso». Me refiero á aquellos que exageran el valor de todo, excepto de lo que merece particular estima. «Saben las señales de los tiempos», [1] pero jamás aprenderán á conocer las señales de su propio corazón, y, si alguna vez lo hacen, es como aquel que «se mira en un espejo, y después de mirarse, se va, y en la misma hora se olvida de lo que fué». [2] Me refiero á aquellos que «limpian la parte exterior del vaso y del plato, é interiormente olvidan lo más importante, la justicia, la misericordia, la fe». [3] Me refiero á aquellos que ponen la limpieza de los vestidos sobre la pureza del alma; á aquellos que jamás pueden entrar en sí mismos, por las continuas solicitudes de las cosas temporales y de los intereses y negocios de familia. Todo esto, es cierto, forma parte del deber, tanto lo uno como lo otro; pero cuando está una cosa en su lugar, no debe otra suplantarla.

En cuanto á la importancia, debería colocarse en primer lugar la que sirve para apreciar el valor de todo lo temporal. Así como el cuerpo tiene menos importancia que el alma, así lo eterno es la medida de lo temporal. No puede ser esto tomado en consideración, según la disposición exigida por el orden, sino en cuanto es útil para llegar á

(1) S. Mateo, XVI, 4.
(2) Santiago. I, 23, 24.
(3) S. Mateo, XXIII, 25, 23.



lo que no pasa. Seguramente es necesario tener orden en la administración de una casa y en el manejo de los libros; pero no hay duda que todo eso es secundario ante el deber de llevar cuenta exacta con nuestro interior. No hace mal quien se inquieta por la marcha que sigue el mundo; pero es más importante que sepa dónde están sus hijos, sus sirvientes y los individuos todos de su familia. Hermosa es la elegancia en los vestidos y en el menaje de la casa; pero es mucho más necesario, mucho más hermoso evitar toda falta personal y hacer todos los esfuerzos para adornar el alma con todas las virtudes. En todo esto tiene vasto campo la inteligencia del orden.

6. **Orden del estado.**—Entramos en un nuevo desorden que es pariente próximo del anterior. Es el desorden relativo al estado. Hay familias en que merece todo aprecio cada uno de los miembros considerado aisladamente. Sólo que se desearía no verla pertenecer al todo del que debe formar parte. El marido es un ciudadano fiel á sus deberes; no halla esfuerzo difícil, cuando se trata de su profesión; pero no sabe atender á su casa. La esposa, excelente mujer de gobierno y tierna madre, tiene la única debilidad de no saber conducirse bien con su esposo para que la trate éste como vaso más débil, al cual se debe todo honor y todo miramiento; [1] ni con su hijo, que se cree con derecho á que prepondere su voluntad y no las de su hija. Los dos serían personas completas, si aprendieran á rectificar esa falta de orden.

Es inútil observar por más tiempo que si los hijos no ponen la obediencia por encima de todo, si obedecen, no por sentimiento del deber, sino porque sí, por su propia voluntad, á aquel de sus padres que más les agrada y en las cosas á que se sienten con particular inclinación, lejos de merecer alabanza de hombres completos, no son ni aun dignos de que se les llame buenos hijos, porque faltan á una de las primeras obligaciones. No habría aquí desorden, pero sí simple y molesta violación del deber.

(1) I S. Pedro, III, 7.

Exige también el mandato del orden que sin réplica se someta el que está obligado á la obediencia; que el que manda, no permita que le arrebaten la autoridad de las manos; que el que tiene obligación de dirigir, tenga abiertos los ojos sobre aquello de que puede ser responsable y no confíe el cuidado á manos extrañas.

Cuantos conocen el mundo, saben perfectamente que en estas cosas hay más de un desorden que rectificar.

**7. Orden de medios y de fines.**—Pero entre todas las perturbaciones del orden, la más frecuente y la más difícil de curar es la confusión de los medios y del fin. Siendo el fin de la medicina procurar la salud, es evidente que es un absurdo que comete quien hace fin del medio, no pudiendo estar un día sin médico y sin medicina. Conformes están en este punto la mayor parte de los hombres, á lo menos, cuando se lleva á tal extremo el desorden, que no se llega á alcanzar el fin último, el restablecimiento de las fuerzas perdidas. Pero ¡cuántos ejecutan lo mismo exactamente en la vida ordinaria, sufriendo las mismas consecuencias! Exige el orden que se sacrifique algo de tiempo para emplear mejor los instantes que vienen después; es necesario dar un poco de descanso á las facultades para fortalecerlas para nuevo trabajo, porque hay que considerar como una medicina el reposo, ó la recreación moderada. Dejar reposar las facultades hasta que queden enteramente frías, gastar en bagatelas un tiempo precioso, y permitir que la recreación, cuyo fin es encender un nuevo celo, mate todo gusto por el trabajo, es trastornar las verdaderas proporciones. En esos diferentes casos, con frecuencia es difícil conocer el desorden, y más difícil hacer que desaparezca.

¡Cuántas veces tienen lugar semejantes desbarajustes en la comida y en la bebida, en las visitas, en las conversaciones, en los juegos, en las tertulias, en las lecturas y en los paseos, en los intereses y en los gastos, en los vestidos, en los adornos y en el gobierno de la casa! Es completo el desorden, si no están subordinados los medios á un fin racional, como debieran estarlo; si llegan á ser ellos mismos el fin; si son obstáculo para el propio fin, destruyéndolo completamente. ¡Y cuántos son los que para nada se preocupan con este defecto capital! ¡Podría creerse que es su inclinación favorita aquello con que tanto molestan ó escandalizan á todo el mundo, y que pretenden tener derecho para decir que «puede muy bien tener una pasión el hombre!»



**8. Por el orden adquiere la virtud, mérito, amabilidad, belleza.**—En la mayor parte sufren menoscabo el mérito y el valor de la vida humana; ó aparecen en alguna de sus virtudes, á lo menos algunos defectos poco considerables, que reconocen diferentes causas: ya son faltas propiamente dichas, que con facilidad se excusan en sí mismos y deploran amargamente en los demás, ya son supuestos caprichos, que en realidad no son con frecuencia sino imperfecciones, pero que en algún sentido son siempre desórdenes. Donde falta el orden, falta el encantador atractivo de lo bello, [1] y aparece la impresión del disgusto, porque la naturaleza del hombre está hecha de tal modo, que le agrada el bien, si se presenta con apariencias de lo bello, pues tiene especial é indestructible inclinación á lo bello.

Con frecuencia se toma el mal por el bien únicamente á causa de la belleza. Muchos no leerían un libro malo, ni una poesía menos delicada, si no estuvieran revestidos de formas seductoras. En nuestros Museos volverían la espalda millares de visitantes á esos cuadros y á esas estatuas que llevan en sí la muerte, si un arte corrompido no hubiera tenido la idea de cubrir á esos asesinos de la inocencia imprudente con el engañoso velo de la belleza. Por desgracia, no aprecian siempre la fuerza irresistible que posee lo bello, los que con la pluma ó con el pincel se ponen al servicio de la verdad ó de la virtud. ¿Y podemos creer que no habría millares de personas que preferirían la vida á la muerte si se presentaran á los hombres el bien

(1) Aristóteles, *Methaph.*, 12, 3, 11.

y la verdad con formas tan bellas como se presentan con frecuencia el mal y la mentira? Pero el hombre, que con facilidad juzga por las apariencias exteriores, con frecuencia rechaza la fealdad más que el pecado, y principalmente, si el mal seduce su mirada con hipócrita belleza.

No hay que extrañar que no lea el mundo libros buenos y serios, que están, por otra parte, poco conformes con sus gustos, y que prefiera á ellos escritos perniciosos, en que con formas agradables se realiza el encanto interior del mal. De ahí la imprescindible necesidad de que se una al verdadero orden la virtud sin mancha. No en vano nos inculca estas palabras el espíritu de Dios: «Administrad la justicia con rectitud». [1] Bien lo comprendió el Apóstol, y por lo tanto, nos exhorta en los siguientes términos: «Hágase todo con decencia y con orden». [2] Difícilmente hace grandes conquistas la virtud, cuando se presenta con formas rudas, con natural grosero y en medio del desorden; lo mismo sucede cuando lleva las disensiones á la familia, á la sociedad y á la vida privada. Cuando, por el contrario, lleva el orden por adorno, y lo comunica por doquiera, sale siempre victoriosa, porque la belleza se enseñorea del alma suavemente, pero de manera irresistible.

Todos se someten con gusto á las amabilidades de la paz, de la pureza, de la sencillez, de la justicia y de la moderación. Si puede substraerse la fría inteligencia á los encantos qne seducen á la voluntad, perderá todo pretexto á la censura y á los subterfugios donde el orden y la armonía sean el complemento del todo.

**9. Orden de la justicia, de la caridad, del celo y de la vida moral.**—Seamos lo que fuéremos, no es universal nuestro poder; no podemos hacerlo todo; lo que conviene á uno, puede no convenir á otro. Todos podemos estar animados de la mejor voluntad, pero podremos servir de piedra de escándalo, si no sabemos distinguir entre lo que nos

(1) Deuteronomio, XVI, 20.
(2) I Cor., XIV, 40.



conviene á nosotros, y lo que conviene á los demás. Querer hacer siempre lo mismo, tratar á todo el mundo del mismo modo, atribuir á todos las mismas cualidades, es verdadero fanatismo estoico, cuya última y necesaria consecuencia es causar repugnancia á todo el mundo. En efecto, tal violación del orden, tendría con frecuencia como resultado la violación de la virtud misma. Querer tratar á los niños como á hombres, no establecer diferencia entre las naturalezas coléricas, frías ó fáciles de conmover, no manifestar al compañero de toda la vida, al hijo de su corazón, un amor más tierno que el que se manifiesta á los demás; todo esto, sería trastornar el orden y agraviar á la virtud, que exige que á cada uno se dé lo que le corresponde, porque la virtud, lo mismo que la justicia, [1] es orden, y el orden, no es otra cosa que la aplicación de la justicia, lo mismo que el pecado es la perturbación del orden. [2]

Por eso lo primero que nos enseña el Cristianismo es á practicar la virtud, según el orden exigido por la caridad. [3] Cuanto más allegado nos es alguien por los lazos de la sangre, por la gratitud que le debemos y por consideraciones de otra naturaleza, tanto mayor derecho tiene á nuestro afecto y á la manifestación de nuestro cariño. Si nos toca alguno más de cerca por la condición social semejante á la nuestra, por la alianza que forma la misma patria, merece nuestra adhesión en mayor escala que el que no tiene con nosotros otro título de semejanza que el de hombre. Cuanto mayor es la necesidad en que se encuentra el prójimo, tanto mayor es la obligación que sobre nosotros pesa de acudir en su auxilio. Sucede, desgraciadamente con no poca frecuencia, que ante los extraños ó fuera de su casa, es uno la amabilidad misma, y en el círculo de la familia y principalmente para con los subordinados, completamente distinto. Eso no se llama virtud verdade-

(1) S. Agustín, *Civ. Dei*, 15, 22.
(2) Id., *s.* 21, 3.
(3) Sto. Tomás, 2, 2, q. 26; q. 31, a. 2, 3; q. 32, a. 9.

ra, y menos virtud cristiana. Ésta ama á todos los hombres sin excepción, porque, como hombres y como cristianos, todos somos semejantes. Mas, cuando á ese motivo general de caridad que tiene para todos la misma importancia, se añade otro llamamiento á nuestro corazón, no desecha la virtud verdadera lo que de ella reclaman la equidad y la justicia, esto es, el orden. Sin orden, la caridad se convierte en coquetería, en condescendencia punible, en ciega pasión, funesta para los que no siguen sino sus inclinaciones sensibles, en sinrazón que hiere á los demás, en enfermiza sensiblería que saben explotar perfectamente hombres indignos. Jamás puede existir sin orden la caridad sana, mesurada, unida á la circunspección, al dominio de sí mismo, capaz de sacrificar las inclinaciones y las atenciones sensibles, cuando en ellas está nuestra ventaja, y se impone la voz de la razón y del deber, la caridad, que nos da energía para manifestar nuestra inclinación, no sólo con la ternura, sino también con la severidad y con la dignidad cuando es necesario.

El celo debe regirse por el orden lo mismo que la caridad. Un celo sin orden es tan devorador como poco amable. Cuanto más grande es el celo, tanto más necesita del orden. Nada destruye más las energías y el valor, que un entusiasmo ciego y sin medida; nada ofende más que la impetuosidad desenfrenada, aunque se ponga al servicio del bien. Querer que nazca el entusiasmo por el bien y por la belleza con sacudidas bruscas, es sembrar antes de arrancar las malas hierbas, es querer recoger el fruto, ya en nosotros, ya en los demás, antes de haber dejado al débil arbustillo tiempo para crecer, es trabajo inútil, es malear el bien que se podía creer de fácil realización. Largo es el camino que lleva á la cumbre de la perfección moral, hay que subirlo paso á paso, escalón por escalón. Cada intento de aceleración se paga con una fatiga prematura y con una caída profunda. Sólo con la constancia se adquiere pleno dominio de sí mismo». (1) Pero debemos

(1) S. Lucas, XXI, 19.



observar con los demás la misma conducta que seguimos con nosotros, para que se inflame en lugar de apagarse, la mecha que todavía humea, para que poco á poco se perfeccione el bien, y no sea en su debilidad destruído por una precipitación precoz y por exigencias intolerables.

No será ciertamente obra perfecta la casa construída precipitadamente, aunque tenga suficiente solidez para desafiar al viento y á la tempestad. Es necesario comenzar por consolidar los cimientos, y después dar principio al edificio. Y sólo cuando se ha concluído de levantar, se puede pensar en los trabajos accesorios y en la decoración. Lo mismo debe hacerse con el edificio de la perfección moral, cuya piedra fundamental está en el corazón; semejante al que construye su casa sobre arena es el que pretende llegar á su fin con simples prácticas exteriores: la primera tempestad que le venga lo destruirá.

Es señal de carácter falto de orden no preocuparse con las cosas exteriores, y es inspiración de puras medianías despreciar lo exterior, considerándolo como inútil. Para ser natural y para estar á la altura de las circunstancias, el orden de nuestra conducta exterior debe ser consecuencia del orden interior. Exige la proporción verdadera de las cosas que el edificio de la vida moral comience en el corazón y continúe en el exterior. El Reino de Dios está dentro de nosotros. Las pasiones deben estar sometidas á la voluntad, la voluntad á la razón, la razón á Dios; y entonces, sin violencia de ningún género, se rendirá el hombre exterior al interior ya pacificado, y tendrán duradero atractivo las formas exteriores. De otro modo, no tendrán raíz alguna en nuestra naturaleza, haciéndose fastidiosas, porque pronto se llegará á adivinar que son fruto de invención artificial, que las ha reunido exteriormente la violencia, y que no han brotado espontáneamente en lo que tiene de más íntimo el alma. Por eso no llegará á la perfección quien no haya aprendido la ciencia de la verdadera discreción, que sabe dar á las cosas de poco valor y á las de mucha importancia, á lo que es esencial y á lo que

es accesorio, á lo que es ruín y á lo que es noble, á lo que es del tiempo y á lo que es de la eternidad, el lugar que les ha señalado un orden racional.

**10. Sin orden no hay verdadera virtud.**—Siempre y en todas partes deben conservar sus derechos la razón y la naturaleza. Posible es que sea excelente una obra buena considerada en sí misma; pero también es posible que sea reprobable, atendidas las circunstancias en que se ha hecho, y cuando no responde á las exigencias del orden. Dar limosna, es, en verdad, buena acción. Pero si se da á manos llenas á cuantos necesitados se presenten, ó siempre que se trata de obras de caridad, y no se paga á los acreedores, ó se prescinde de la ocasión de resarcir los daños que se han hecho, aun cuando en sí misma sea digna de alabanza la acción, jamás podrá ser aprobada; es más bien vituperable, porque exige el orden que á los deberes de caridad, precedan siempre los deberes de justicia.

Si con sus escritos adquiere un sabio la gloria de escritor de mérito, y por lo mismo descuida sus deberes profesionales; si un empleado público pasa el tiempo en enseñar al pueblo para que progrese la agricultura, y no permite que se acerquen á él los que llegan á reclamar justicia ó los hace esperar indefinidamente, es indudable que está muy lejos de ser laudable su conducta; porque exige el orden que los servicios voluntarios y las humoradas vengan después del cumplimiento de lo mandado. «Ninguno que milita se embaraza en los negocios de la vida, á fin de agradar á aquél para quien se alistó». [1]

Puede ser muy bueno en sí, y aun necesario, que una mujer que ha recibido de Dios muchos bienes de este mundo se consagre á una sociedad establecida públicamente para alivio de los necesitados, y que un hombre, favorecido de los mismos bienes, se dedique á los asuntos de la vida civil y social. Pero todo esto debe quedar relegado á segundo término. En primera línea están las funciones

(1) II á Timoteo, II, 4.



propias y los deberes que de ellas resultan. Sólo cuando se ha cumplido con las obligaciones propias, se puede pensar en las extrañas. Cuando se han satisfecho los deberes de estado y las obligaciones de familia, cuando no hay vacíos en las obligaciones de los esposos, cuando están asegurados el verdadero bien de los hijos y la conducta de los subordinados, puede entonces consagrarse la actividad á obras de beneficencia y de utilidad pública, con la condición precisa de que no absorban toda la atención. Porque debemos estar prontos á sacrificar la obra más digna, aunque merezca toda nuestra predilección, en el momento en que vemos que comienza á ser un obstáculo á la fidelidad para con nuestros deberes más importantes.

**11. No hay éxito.**—Todo depende del orden mucho más de lo que piensan los hombres. ¿Por qué hay tantos que jamás llegan al bienestar, aunque cuenten con más medios que otros, y se impongan mayores privaciones? ¿Por qué en muchas casas de educación no se hace ningún progreso, cuando hay en ellas tan buenas voluntades? ¿Cómo es que trabaja uno á veces mucho tiempo con la firme resolución de arreglar su vida, y todo permanece en él en el mismo estado que antes? No le faltan ni aplicación, ni voluntad, ni esfuerzos, ni perseverancia. Sin embargo, se explica todo fácilmente, le falta algo, sin lo cual, por desgracia, no tiene resultado lo demás: le falta el orden. No hay orden, ni en los gastos, ni en las entradas, ni en el trabajo, ni en el recreo, ni en la manera de mandar, ni en la de obedecer. Dan sus órdenes los padres según el capricho del momento, y no tratan de obligar á la ejecución. Obedecen los hijos á quien quieren y cuando quieren, y jamás se les corrige; se acude ya á esto, ya á aquello. Hoy se lee un consejo en una revista, mañana se oye una proposición de parte de un amigo, al día siguiente se ha visto tal cosa puesta en práctica en casa de un pariente, y después, nuevas ideas cruzan rápidamente por nuestro espíritu. Pero no nos damos cuenta de qué proviene todo esto; soñamos en los medios de aplicarlo, sin pensar más, y al

día siguiente, lo abandonamos por cualquier otra novedad.

El mismo fenómeno se produce en las cosas del espíritu. Se busca el exito en medios que halagan la curiosidad, el amor propio y el orgullo. Se lee un libro cualquiera con tal que guste; se piden consejos á todos; se buscan nuevos guías, nuevas prácticas, y todas las semanas se cambia de modo de vivir interiormente. Esos ensayos faltos de plan, esos eternos cambios que no permiten que dé fruto el primer medio empleado, esa sucesión de objetos que no tienen relación alguna los unos con los otros, son la razón de que, por manera tan deplorable, fracasen tan nobles esfuerzos. Y, sin embargo, en millares de casos, depende esto menos de lo que hacemos, que de la ejecución de una empresa comenzada, llevada hasta el fin con infatigable valor.

Tales son nuestras acciones, hecha abstracción del pequeño resultado que nos dan. Pasa con ellas como con la mayor parte de nuestras obras musicales: las partes son buenas, hasta enajenan, y sin embargo, es defectuoso el conjunto, porque no hay en él ni unidad ni orden.

Estamos viéndolo así en todo el mundo. Vemos en él hombres excelentes, intenciones inmejorables, buenas voluntades que se manifiestan por todas partes, tentativas en general bien intencionadas; sólo falta una cosa, orden. Esta es la causa de que nada se encuentre completo; ni virtud completa, ni educación completa, ni interior de la familia completa, ni vida completa, en pocas palabras, no hay hombres completos.

**12. No dependen la belleza y el poder del efecto producido por la ostentación y por el número, sino del producido por el orden.**—El esplendor no constituye la belleza. Los montones de oro á cuya formación no ha precedido ninguna idea, los más preciosos mármoles tallados sin plan bien concebido, no son más que prodigalidades odiosas, mientras que con materias informes crea el orden magníficas obras de arte.



Tampoco está la fuerza en el número. Con pocas, pero bien ordenadas tropas y sin grandes esfuerzos, vencieron Milciades y Alejandro los inmensos ejércitos persas.

Sólo el orden constituye la belleza, sólo él crea la fuerza. Con el orden ha triunfado la oscuridad del esplendor más maravilloso; con el orden triunfa la debilidad de potencias en apariencia invencibles. No es común que adquiera uno lustre con brillantes obras de virtud, y limitado es el número de los que ejecutan acciones ante las cuales se postra entusiasmada la humanidad entera. Pero todos pueden ver el mundo á sus pies, y sin darse gran trabajo. En una vida perfecta, realzada por el orden sabiamente dispuesto, posee doble resistencia el ser más débil; la resistencia de la fuerza y la de la belleza, á las cuales los hombres adjudican con gusto el premio. Así se dijo de la humilde Virgen que escogió para esposo el gran Rey. «Es hermosa como la luna, y terrible como un ejército bien ordenado». [1] Y se ha dicho tambien de los Santos y de los perfectos: «Hombres ricos en virtud, solícitos del decoro, pacíficos en sus casas; todos estos alcanzaron gloria en las edades de su nación, y en sus días son celebrados» [2] más que por todos los milagros.

(1) Cantar de los Cantares, VI, 9.
(2) Eclesiástico, XLIV, 6, 7.

# CONFERENCIA XXIII

## LAS COSAS PEQUEÑAS

**1. ¿Hay cosas pequeñas? ¿Cuál es su importancia?** —Ya era común entre los antiguos la expresión: «En la naturaleza no son menos dignas de admiración las cosas pequeñas que las grandes». Por eso me ruborizo con frecuencia del poco alcance de nuestro espíritu, cuando los comparo con nosotros. ¿No es verdadera vergüenza que con tantos medios como poseemos hoy para poder gozar de un mundo, cuya novedad es inagotable, se nos eche en cara la fórmula, pasada de moda á fuerza de repetirla, de que «no puede entrar Dios en todos esos pequeños pormenores?» ¿Qué es lo que merece á los ojos de Dios el nombre de grande ó de pequeño? ¿Acaso ante Él es mayor el corcel que el gorrión, ante Él, que se eleva de tal manera sobre las grandezas humanas que no hace diferencia alguna entre el palacio de oro de Nerón y la choza del mendigo? ¿Acaso es mayor el cráneo del hipopótamo que la cabeza del hombre, únicamente porque este animal es más macizo? ¿Queremos decir que mide Dios las cosas como las medimos nosotros? Si las juzga Dios según su propia grandeza, desaparecen todas las diferencias, porque no hay ya cuestión de grados entre lo grande y lo pequeño. Ante Él, que es infinito, todo lo que existe es imperfecto, es nada; pero les aplica la medida de la fuerza creadora, la medida de la sabiduría y la medida del amor que en ellas ha manifestado, y para Él el gusano de la tierra y la cigarra son entonces preciosísimos objetos. Su arte como Creador y su Providencia amorosa son grandes en las cosas grandes, y grandes también en las pequeñas. No quiere ver expresada en sus criaturas la extensión maravillosa de sus obras, sino su sabiduría y su bondad. En estas solas se encuentra el único medio verdaderamente seguro (1) para juzgarlas, tanto Dios como nosotros. En cuanto á nosotros, el único medio para formar un juicio exacto es conformar nuestros pensamientos con los pensamientos de Aquél que es la fuente de toda sabiduría y la medida de toda medida.



De esta estrechez de ideas depende la poca estima en que tienen muchos las supuestas cosas pequeñas. ¿Acaso hemos de ser siempre niños llevados de la mano por la nodriza?... Si temblamos ante una mirada ó ante una palabrilla, ¡tanto valdría decir que hemos renunciado á toda libertad y á toda independencia!... Y después, ¡qué bella perspectiva, si tal ó cual fruslería proporciona á un juez quisquilloso ocasión de ejercer su crítica y hacer sus observaciones!... Suponiendo que sea buena la voluntad y que esté en orden lo principal, ¡no podemos tener por malvado á nadie, porque, en cosas accesorias, insignificantes, da pruebas de que todavía es hombre!...

**2. En materia de perfección no deben faltar nunca las cosas pequeñas.**—¡Cosa curiosa! No quieren recordar los hombres que son tales, sino cuando se trata de excusar sus debilidades. Si se les habla de su poder y de sus obligaciones, no quieren escucharnos. Pero se trata de sus flaquezas, de las dificultades con que tropiezan, son inagotables. ¡Cómo si la naturaleza humana no fuera sino una máquina de pecados!... ¿Qué nos ha hecho esta naturaleza para que le imputemos todas nuestras faltas? ¿Por qué no contamos con la potencia para el bien que se halla siempre en el hombre, á pesar de todas sus caídas y de su fragilidad natural? Y sucede que, apenas se pronuncia el nombre sagrado de hombre, todos inmediatamente piensan en un ser que, infiel á su Dios, olvidado del poder que tiene y su destino, sólo es capaz de abandonarse á las viles

(1) S. Agustín, *Civ. Dei*, 11, 22.

inclinaciones de la carne. Nosotros, fieles á la doctrina de Aquél que nos ha hablado de la fragilidad de la carne, pero que nos ha pintado el espíritu siempre dispuesto al bien, tenemos del hombre más elevada idea. Pero dejemos á un lado por el momento esta cuestión.

No se trata aquí de hacer pasar á alguien por malo. El que nos ha seguido hasta ahora, y está convencido de que el hombre, haciendo abstracción de toda vocación y de toda aptitud para el estado sobrenatural, es capaz, á pesar de todas sus debilidades, de guiarse en el terreno puramente natural por la luz de sus inspiraciones interiores; el que, penetrado de esta convicción, ha puesto resueltamente su voluntad al servicio del bien; el que huye de todas las medianías, y con energía y con orden lucha por la adquisición de la virtud, no encuentra planteada más que una cuestión; si quiere ó no llegar á la perfección humana, hacia la cual dirige todos sus esfuerzos, pues por esta vez no se trata de la perfección propia del Cristianismo. Si quiere, no puede dudar un solo instante de que aún debe ponerse en guardia contra lo que ordinariamente se llaman menudencias. Sería verdaderamente triste que, después de tantos esfuerzos y sacrificios, que después de haber tocado con el dedo el fin del hombre completo, viniera á frustrarse todo ante ese obstáculo.

**3. Diferencia entre lo grande y lo pequeño.**—Consideradas estas cosas pequeñas desde este punto de vista, son con frecuencia mucho más grandes de lo que pudieran parecer á un ojo poco perspicaz. Para no emplear muchas palabras, de ellas depende el llegar al término de la perfección humana. Cierto que está bien lejos la doctrina cristiana de esa pretensión horrible, tan opuesta á la naturaleza, renovada frecuentemente después del período estoico, y resucitada particularmente por los Reformadores, á saber, que son iguales en malicia todos los pecados, y que por naturaleza, ninguno es pequeño. Sabemos nosotros que, según esta doctrina, hay pecados que, por su naturaleza, se distinguen de los leves por la malicia que encierran, de modo que, si millares de veces se cometen esos pecados, jamás alcanzarán al grado de malicia de uno solo de los anteriores. Los unos quitan la vida al alma, los otros dejan caer en ella una mancha fea.



¿Mas, se sigue por eso que no debe hacerse caso de esas faltas más livianas, y que se las ha de considerar como cosas pequeñas? ¿Acaso podría la prometida del rey ver con ojos indiferentes su vestido nupcial y las joyas de su corona en tal estado, que no le fuese posible presentarse sin rubor ante su prometido, aunque de esas galas no estuviese despojada? Los chistes sin objeto, las pérdidas de tiempo sin causa, el lujo exagerado en los vestidos, la predilección por los placeres de la mesa, difieren sin duda de la pérdida intencional del honor, de los deseos y de las acciones contrarias á la moral, y del perjuicio causado en los bienes de tercero; y se distinguen de tal modo, que las primeras faltas, aunque se cometieran todas durante muchos años, jamás podrían igualar la malicia de una sola acción de la última categoría. [1] Pero ¿quién dejará de prestarles atención so pretexto de que no tienen importancia? El mérito ó demérito de una acción se calcula atendiendo á su propia naturaleza. Sería manera singular de justificarla queriendo probar que hay faltas cuya malicia es todavía más considerable. Y por cierto, que hay muchos que para excusar ciertas faltas no hallan más palabras que éstas: «Más han hecho otros». Pero lejos de justificarse, se hacen más culpables. ¡Como si las faltas propias se justificasen con la existencia de otras cosas peores! Á nadie se le ocurrirá ciertamente descuidar un resfriado ó una herida, porque otras enfermedades, y no éstas, tienen un fin infaliblemente mortal. Pero basta esto para demostrar que no toda enfermedad ni toda herida causan por sí mismas igual daño á nuestra naturaleza.

**4. El desprecio de las cosas pequeñas abre el camino al desprecio de las grandes.**—Querer despreciar esas supuestas minuciosidades por su poca importancia,

(1) Sto. Tomás, 1, 2, q. 73, a. 3.

podría justamente dar margen á un mal muy grave. Sólo un hundimiento puede hacer salir al hombre de su habitación. Una humareda intensa, una humedad que alcanza á todas partes, pueden llegar al mismo resultado. «Poco á poco perecerá el que desprecia las cosas pequeñas». (1) No le darán ellas la muerte, pero el poco caso que les hace abrirá el camino á la negligencia de las más grandes, y éstas lo matarán. Esa ligera falta de modestia en las miradas, esa poca vigilancia en los pensamientos, concluyen por abrir las ventanas á la perversión. Esas exageraciones, esas invenciones continuas en las historias que se relatan, esa desenfrenada pasión por el dinero, enervan la delicadeza del alma, y hacen desaparecer el horror que por el mal debiera experimentarse, de tal manera que no tiene mucho que hacer un ataque repentino para facilitar el paso. «Una sola chispa produce un incendio que abrasa un bosque entero». (2) Esa chispa es la malignidad de la lengua. En nuestra opinión, una palabra maligna es poca cosa; sin embargo, encierra con frecuencia «todo un mundo de iniquidad». (3) Lo mismo sucede con el respeto humano, con la melancolía llevada al extremo, con la ambición, con la antipatía, con la envidia, que en un principio no son más que minuciosidades semejantes á la bola de nieve que puede hacer caer de la cumbre de la montaña el vuelo de un pájaro, pero que se convierte en alud, y hace incalculables estragos, hasta que desaparece en el fondo del abismo.

Sin embargo, aun suponiendo que estas cosas de tan poca importancia en la apariencia no conducen á tan desastrosos resultados, es más que suficiente el mal que hacen enturbiando la pureza del corazón y despojando de su mérito las buenas obras. No es mucho una mosca muerta; pero si cae en una esencia cualquiera, pronto malea su perfume. (4) El mismo efecto producen estas cosas pequeñas

(1) Eclesiástico, XIX, 1.
(2) Íd., XI, 34.—Santiago, III, 5.
(3) Santiago, III, 6.
(4) Eclesiástico, X, 1.



en un hombre que está á punto de llegar á la perfección. Y á este propósito dice San Crisóstomo: «Más atención exigen los pecados veniales que los mortales; por sí mismos nos horrorizan ya éstos, mientras que nos dejan indiferentes aquéllos, de tal manera que no siempre tenemos valor para ponernos seriamente en guardia contra ellos. Y de ahí viene todo el mal, porque no se cae de repente en una falta grave. Sintiendo nuestra alma en sí misma horror al mal y santo respeto por el bien, le es imposible despojarse de repente de ese horror, dejándose llevar de los vicios. Por su negligencia con respeto á lo que no tiene gran importancia, y por su pereza para lo que es pequeño, viene poco á poco á caer en el fondo del abismo». (1)

**5. Las cosas pequeñas son importantes á causa de las grandes.**—Sin embargo, dicen, esa manera de concebir las cosas se diferencia esencialmente de la opinión de aquellos que son censurados en el Evangelio, porque consideraban las cosas pequeñas como iguales y aún superiores á las grandes; porque pagaban diezmo de la menta y del comino, y ni pensaban siquiera en lo que tenía de mayor importancia la ley. (2) Sí, es verdad, y lo mismo se dice del que siente haber cometido algunas infracciones de las reglas de buena sociedad, el que se muestra más inconsolable por haber pisado un pie ó un vestido, que por haber faltado á la caridad, ó por haber dado en un momento de debilidad pruebas de dureza ó de falta de afabilidad para con sus criados. Cierto es que presta el tal mucha atención á las cosas pequeñas, pero es defectuosa su manera de ver. Es la misma extravagancia, cuando se deja llevar una señora del mal humor contra sus criadas por una pequeña falta de limpieza, y las deja á sus anchas ir por donde quieran con peligro cierto de la pérdida de la pureza del corazón. Es el mismo contrasentido, cuando ve una madre en las manos de sus hijos una obra envenenada, adornada de preciosos grabados, y les censura única-

(1) S. Juan Crisóstomo, *Hom.*, 86, (al. 87), 3 *in Math.*
(2) S. Mateo, XXIII, 23.

mente el que vuelvan las hojas con las manos poco aseadas, ó les reprende por las estrepitosas risas que excitan en ellos los chistes del texto, sólo porque llaman la atención de todo el mundo. Es el mismo error que comete una joven que no perdona las faltas de atención que con ella se han tenido, y se cuida muy poco de las persecuciones de que se la hace víctima, y que debería evitar con el rubor en la cara.

No es esa con seguridad la verdadera y razonable manera de comprender las cosas pequeñas. Nos atrevemos á decir que hay que temerlas más que á los grandes pecados. Pero esto no lo comprenden bien sino los que consideran la pureza del corazón como el más grande de los tesoros. Hay que creer que no entra de repente la corrupción en una alma vigilante, ni se enseñorea de ella con toda su fealdad. Si quiere esa alma precaverse para siempre contra el mal, tiene que oponerse enérgicamente á los esfuerzos que hace éste para enseñorearse de ella, haciéndose preceder de pequeños precursores que puedan ser conocidos con dificultad.

Debemos también ponernos en guardia contra las cosas pequeñas más que contra las grandes, no porque las consideremos de igual importancia, sino porque ni nos subyugan ni nos aterran, generalmente, como las grandes faltas. Nos alucinan más las pequeñas, nos fatigan con su frecuencia, y de este modo, tienen más fácil entrada en nosotros.

Si atribuímos gran importancia á la práctica del bien, hasta en las cosas pequeñas, no es con el pensamiento é intención de descargarnos de la obligación que hacen pesar sobre nosotros las grandes. Pero, aunque estemos decididos á no omitir nada de lo que es pequeño, nos dice igualmente la razón que, si damos importancia á cosas insignificantes, mayor la debemos dar á las que son más grandes. «El que es fiel en lo pequeño, lo será también en lo grande». [1]

**6. Las cosas pequeñas son el antemural de la virtud.**—No sabe lo que sacrifica el que rechaza esas cosas

(1) S. Lucas, XVI, 10.



pequeñas como importuna carga que de nada le sirve: estas cosas pequeñas son como muralla que hace inaccesible al enemigo la fortaleza de nuestro corazón. La muralla que fortifica al alma es la inquebrantable voluntad de permanecer siempre fiel al bien en todas las circunstancias y á costa de todos los sacrificios. Pero delante y muy lejos de esa muralla, la fidelidad á las cosas pequeñas construye incalculable número de pequeños fortines de avanzada. Mientras se guarden éstos, apenas si podrá el enemigo dirigir ataque alguno á la voluntad; mucho menos podrá destruirla. Hay personas que tienen escrúpulo de hablar de sus defectos por temor de que tome ocasión otro para hablar de sus buenas cualidades. No hablarán otros de las buenas cualidades de alguno, por no ser causa de que hablen de sus defectos. Dése á esta conducta el nombre de timidez exagerada; habrá, sin embargo, que confesar que los que así obran están libres del peligro de hacerse culpables del pecado de vanidad ó maledicencia. Nuestra época está muy dispuesta á burlarse del rubor, de la pureza, de la timidez, de la castidad, del silencio, de la modestia y del retiro de las jóvenes; considera todo esto como debilidad y timidez pasada de moda. Pero cuando veo á una joven que ya no se cubre con el gracioso velo de la castidad y cuyas mejillas han perdido las rosas del pudor, paréceme ver una ciudad que no está fortificada, que ofrece por todos sus lados puerta abierta al invasor, ó que estimula al pillaje al primero que llega. Verdad es que, hablando propiamente, no son virtudes esa timidez y ese pudor, [1] y que no constituye pecado su ausencia; pero es muy cierto que, cuando es verdadero ese tesoro (porque si es fruto de la hipocresía, será la más peligrosa serpiente) es una muralla que hace inaccesible el bien estimable de la inocencia, cuando tras él se ha atrincherado. [2] Se-

(1) Sto. Tomás, *S. Theolog.*, 2, 2, q. 144, a. 1.

(2) Íd., 2, 2, q. 144, a. 1, ad 3; a. 4, ad 4. S. Bernardo, *In Cant.*, s. 86, 1, 2. Rainer a. Pisis, *Pantheologia v. verecundia*, c. 4. (Lugduni, 1655, III, 718). Drexelius, *Opusc.*, 13; *rosa virtut.*, 2, 12. (Opp. Francof., 1680, I, 1333 y sig.).

gún la hermosa expresión de Wolfram de Eschenbach, es el «pudor una fortaleza en que están reunidas todas las virtudes». [1] Mientras está él en pie, apenas si podrá ser víctima de asalto serio la santa virtud. Bien sabían nuestros abuelos que la castidad y la modestia no consisten en disfraz exterior: por eso se servían con gusto de esta sabia expresión: «El pudor está en los ojos», [2] y decían:

«La que con altanería
»Ya á sí, ya al valle profundo,
»Lanza curiosa mirada
»Y se sonríe á menudo
»En silencio, no levanta
»Así edificio ninguno
»Á la castidad con tales
»Disposiciones. Seguro
»Que, la ocasión presentándose,
»De la libertad mal uso
»Hará... [3]»

**7. La fidelidad en las cosas pequeñas es gran virtud.**—Pero vamos más lejos. Debemos reconocer gran virtud en la atención prestada á las cosas pequeñas. ¿Por qué las estiman tan poco y tienen tendencias á despreciarlas tantas personas? Si las estudiase más el mundo, si las honrase más, tendría mayores atractivos su práctica. Sí, generalmente gusta la fidelidad en las cosas pequeñas, pero es raro que llame la atención. Mal se conoce el que no ha notado lo mucho ó poco que piensa en sí en todas sus acciones, aun cuando no lo haga expresa y claramente, y aun cuando no quiera ni confesárselo á sí mismo.

Es natural tendencia en nosotros el orgullo de los actos buenos que ejecutamos ante el mundo, engriéndonos de lo que hacemos. Pero la atención á las cosas pequeñas se halla sujeta á la influencia de esa perniciosa tendencia. Cuanto menos fundada es la esperanza de cosechar elogios y demostraciones de gratitud, y cuanto más pensamos en que hemos de ser olvidados, tanto menos egoístas y más desinteresadas son nuestras acciones.

(1) *Parcival*, 3, 5. (Bartsch, 1, 65).
(2) Sailer, *Weisheit auf der Gasse.* (G. W. Gratz, 1819, XX, I, 85).
(3) *Die Winsbekin*, 8, 4 y sig.



Se censurará á una señora de la alta sociedad, si se muestra parca en las visitas, y se substrae por completo á las distracciones ordinarias; se la tratará de orgullosa, de huraña, y se dirá que le falta mundo. Lo que le falta es tiempo, porque no quiere dejar á manos mercenarias el cuidado de su tesoro más querido, el de sus hijos, y porque pone todo su honor en ser lo que dice su nombre, la señora de la casa, cosa es que pasará inadvertida á muchos, y si se fijan, con frecuencia se la considerará como falta de dignidad en su estado. Y, sin embargo, esas ocupaciones de tan poco lustre, y hasta pequeñas si se quiere, son muy superiores al brillante papel que podía hacer en la sociedad de moda. Porque aquí la delicadeza de conciencia que lo hace á uno «propio para toda obra buena» [1] sea grande ó pequeña, de mucho ó de poco aprecio, se halla unida al desinterés modesto del sentimiento que, cumplido el deber, no se preocupa de si ha merecido gratitud, ó ha quedado en completo olvido.

Además, es imposible negar que tiene sus especiales dificultades esta fidelidad en las cosas pequeñas. Las grandes acciones llevan ya en sí un estímulo, se ofrecen raras veces, y nos dejan mucho tiempo de reposo; pero las cosas pequeñas, cuantas más veces se nos presentan, tanto mayor atención exigen de nuestra parte. Su misma pequeñez hace que con facilidad nos pasen inadvertidas, y no recompensa el amor propio con la conciencia de haber hecho algo importante. Pero lo que les falta en grandeza es ampliamente recompensado con el número. Se suceden tan de cerca, que á veces se nos presentan á docenas. Saber entonces no quedar rendido, suponiendo que se despliega infatigable actividad, es fenómeno que merece ser notado, tanto más, cuanto que es en realidad más raro.

Es, pues, muy claro que no es esto un grado ordinario de

(1) II Timoteo, II, 21.

perfección, sobre todo, si tratamos de aumentarlo con la práctica constante de obras, cada una de las cuales en particular impone tantos sacrificios á nuestro amor propio. No es pequeño testimonio de amor poner todo lo que hay en nosotros para servir en todo, tanto en las cosas pequeñas como en las grandes, á la persona ó á la causa á que hemos entregado nuestro corazón; es prueba de que nos hemos reducido al amor con todas sus delicadezas, si no consideramos como pequeño nada de lo que puede robustecer nuestro afecto hacia lo que amamos y de avivar la llama de la generosidad que nos lleva hacia ello. «Nada desprecia el que teme á Dios». (1) No hay sacrificios que no haga el amor, «porque el amor es fuerte como la muerte, su celo duro como el infierno, y muchas aguas no podrán apagar la caridad». (2)

**8. La muchedumbre de cosas pequeñas sobrepuja la grandeza de las acciones brillantes.**—Podemos ver así de cuántos méritos nos privamos, cuando, bajo el peso de pretenciosa ilusión, despreciamos las cosas pequeñas. Pasamos perezosamente la mitad de nuestra vida sentados con los brazos cruzados, y nos convertimos en aquellos niños que dicen: «Cuando sea grande, seré rico y poderoso, y mi madrecita pasará conmigo muy buenos días». Pero que llame en seguida la madre al pequeño soñador y le haga abandonar sus planes para darle un encargo, cuando menos lo pensaba; tendrá que servirse de toda su autoridad y multiplicar las amenazas, para que le obedezca aquella cara compungida, aun que se trate de una insignificante bagatela. De este modo perdemos miserablemente el tiempo. Hacemos mucho por Dios; pero sólo en nuestra imaginación. Las acciones verdaderamente grandes, no se presentan nunca ó muy raras veces, y, entre tanto, no queremos descender á cosas pequeñas, con las cuales de mil maneras, y mil veces al día, podríamos dar testimonio de nuestra adhesión á nuestro Señor. Los hombres son siem-

(1) Eclesiastés, VII, 19.
(2) Cantar de los Cantares, VIII, 6, 7.



pre los mismos; véase una prueba en las palabras de un ilustre poeta de la Edad Media:

«He visto con frecuencia
»(Hablando francamente)
»Al hombre que con gusto
»Á Dios su sangre ofrece,
»Mientras que sus mandatos
»Ejecutar no quiere.
»La voluntad divina
»Ha sido fácil siempre.
»¡Desgraciado! ¡se engaña
»El hombre tantas veces!» (1)

¿Dónde está aquí la gravedad de la caridad? ¿Dónde la verdad de nuestras protestas? Si amamos verdaderamente á Dios, ¿no deben ser objeto de cuidados particulares por nuestra parte esas cosas pequeñas? Es cierto que, con mayor satisfacción que el cumplimiento de los deberes impuestos bajo la pena de expulsión, ve el amo toda la grandeza de la fidelidad que despliega un criado en el cumplimiento de las cosas pequeñas que podría omitir con facilidad sin riesgo de ser despedido.

El pensamiento de nuestra propia utilidad debe movernos siempre á la escrupulosa puntualidad en las cosas pequeñas. En la vida ordinaria, el que quiere reunir una bonita fortuna piensa únicamente de este modo: «Puesto que se pintan calvas las ocasiones de hacerse rico en un momento, quiero, á lo menos, no dejar pasar ninguna de las que me aseguran una pequeña economía. Gracias á Dios, son tan considerables, que, si no dejo escapar ninguna, será fácil suplir lo que les falta en magnitud con lo que tienen de numerosas». En efecto, aquí, como en todas partes, es siempre verdad que los hijos del mundo son á su modo más prudentes que los hijos de la luz. No debían dejar escapar, ni por imprudencia ni por descuido, tantas y tan magníficas ocasiones de aumentar sus méritos.

**9. ¿Se encuentra la verdadera grandeza en las acciones extraordinarias?**—Todos quisieran llegar á formar un todo perfecto, pero todos lo quieren á su modo. ¿En

(1) Thomasin von Zerclaere, *Der Wælsche Gast*, 11689 y sig.

qué ponen su grandeza la mayor parte de los hombres? Éste quiere llegar á ese gran fin, adquiriendo la gloria de sabio ilustre, aquél de un médico muy solicitado; tal piensa llegar con la fama de la belleza, cual, con la práctica de la virtud y de oraciones extrañas; pero todos están acordes en un punto; todos quieren ser más que los demás por lo extraordinario, por todo lo que deslumbra. ¿Y qué saca el hombre de que sus contemporáneos hablen de su gloria militar ó del lucimiento de su pluma, si ese hombre no sabe dominarse, ya se trate de esperar algunos minutos para desayunarse ó para leer el diario, ya porque el criado no ha quitado una pequeña mancha al cepillar el uniforme; ora porque no encuentre al momento lo que busca, ora porque no esté preparada á su gusto la comida? Podrá ser gran general, poeta adulado por todo el mundo, escritor de mérito; pero jamás será hombre completo. Es una belleza incomparable que admira el mundo entero; pero ha bastado para desfigurar sus rasgos admirables con la expresión de la impaciencia más amarga, una arruga en el vestido, un poco de falta de habilidad de la doncella, una aguja que no se le ha llevado al momento.

¡Cuántas veces, tras esas cualidades exteriores, se oculta un carácter que, semejante á un esclavo sin voluntad, se entrega á las pasiones más bajas! ¡Cuántas veces las disposiciones más brillantes y los más grandes éxitos son el verdadero medio de hacer grandes las más pequeñas debilidades! En todo caso, son cosas tan considerables, que no se detienen ni ante la grandeza del hombre.

**10. Lo pequeño y ordinario es base de lo extraordinario.**—No tenemos dificultad en confesar que, á veces, las acciones grandiosas contribuyen á elevar extraordinariamente al hombre. Consagrar su vida entera á la práctica de la caridad y del deber; hacer voto de castidad; sellar con su sangre la confesión de su fe, son cosas tan magníficas, que se elevan sobre toda medida de la perfección ordinaria. Pero ¿quién puede esperar ejecutar tales acciones? Es muy pequeño el número de esos seres privilegiados á



quienes es dado edificar al mundo con obras extraordinarias y revelar á la humanidad una abnegación más que vulgar. Tales hechos se presentan raras veces. Pero lo que siempre y en todas partes se nos concede á todos, y que no se hace esperar mucho, son esas acciones á que prestamos tan poca atención, porque ocurren todos los días; esas acciones que nos parecen tan áridas, y por las cuales sentimos tan pocos atractivos; esas acciones á las que ha robado todos los encantos de la novedad la costumbre de muchos tiempos, y que, sin embargo, constituyen nuestro valor personal, porque son prácticas propias de nuestro estado.

Nadie llegará á ser hombre completo, sino comienza por cumplir perfectamente con lo que de él se exige en esta esfera, según las diferentes circunstancias en que se halla. Sean grandes ó pequeñas las cosas que reclaman de él la vocación y la obediencia, debe ejecutarlas hasta en sus más insignificantes pormenores. Además, los llamamientos á cosas extraordinarias se hacen con bastante claridad y con suficiente energía; arrastran á los hombres antes que hayan tenido tiempo de hacerse dueños de ellos. Para la mayor parte de éstos, estriba la dificultad en hallar la parte precisa del deber que les incumbe. Y, sin embargo, se dirá que es fácil la solución de la dificultad. En el fondo, se trata únicamente de que se desembaracen todos de todo pensamiento extraño, y de que vivan según su vocación. Es el medio más seguro de poder formarnos en poco tiempo una conciencia que en un momento dado nos diga mejor que el maestro más ilustre lo que de nosotros se exige. Por eso, jamás está perplejo en cuanto á las obligaciones de tal ó cual estado, el que por hábito se ha llegado á formar cierta delicadeza de sentimiento que le permite distinguir exactamente las exigencias de su vocación.

Pero vamos aún más lejos. No hay quien no haya hecho algún bien y no haya ejecutado alguna acción que supera los límites de lo ordinario. Pero ¿se le ocurrirá á alguien que se ha de medir el valor de aquel hombre sólo

por estas acciones excepcionales? En todas las vidas de los hombres, aun en las de los criminales más terribles, encontramos de vez en cuando hermosos y nobles rasgos. Tenemos la prueba en Tiberio, Caligula, Nerón y Domiciano; pero no bastan esos rasgos para que por ellos juzguemos á aquellos personajes. Cada uno pone en el platillo de la balanza, no las acciones aisladas, sino la vida entera, el hombre todo; y no constituyen la vida las cosas extraordinarias, sino las cosas del día que vienen á ser periódicamente las mismas. Las acciones aisladas que traspasan los límites de lo ordinario no son suficientes para hacer el elogio de nadie, si con ellas no ha estado en armonía toda la vida constituida con la suma de empresas y de sacrificios que lleva consigo. Y precisamente, cuanto mayores aptitudes manifiesta uno para las acciones extraordinarias, tanto mayor derecho se tiene para esperar de él que se muestre digno de tales dones en la vida ordinaria.

Ofenden los pequeños defectos de una obra de arte sabiamente ejecutada. Algunas pequeñas faltas de armonía en una pieza de música de grande éxito bastan para destruir su buena impresión, á pesar de todas las buenas cualidades que por otra parte pudiera tener. Cuando nos encontramos con una vida que se pasa uniformemente, acomodándose á todas las situaciones en que puede desarrollarse, lo mismo en la felicidad que en las más grandes pruebas, una vida que en las cosas grandes como en las pequeñas es imagen de gravedad, de fidelidad reflexiva y de exactitud; cuando vemos á un hombre que todo lo emprende con buena intención, con verdadero sentimiento del deber y con toda abnegación, experimentamos la impresión de un todo proporcionado, homogéneo, aunque no pase los límites de lo ordinario. Después, si además se vislumbra el esplendor de una acción grande, sube y sube hasta la admiración nuestra satisfacción. Sentimos que hay ante nosotros algo notable. Y cuando tenemos á la vista una vida en que se dibuja una perfección más que ordinaria, sepamos, que la base no ha sido formada por acciones brillantes, sino por pequeños pormenores que nos han pasado inadvertidos, por la perfección de acciones ordinarias y por el regular cumplimiento del deber.



**11. Los pequeños defectos son inevitables. Lo que tiene de humano y consolador la moral cristiana.**—Somos hombres, sí, y hombres seremos toda nuestra vida. ¿Quién de nosotros puede decir: «Mi corazón es puro, y estoy exento de pecado?». (1) Raro será que llegue un hombre á esa perfección de un modo regular y ordinario, sin caer en algunas debilidades y sin ser víctima de algunas imprevisiones. Más de un punto oscuro y más de una hora de debilidad déjanse ver siempre en su vida, por otra parte, tan luminosa, de los hombres que consideramos más grandes y más perfectos. Suspira Pablo, el gran Apóstol, y confiesa que es causa para él de amargos combates el aguijón de la carne, y no nos ocultan sus tentaciones y sus faltas los Padres del desierto. Uno tuvo que luchar toda su vida contra la impaciencia, otro contra la lengua; después de muchos años de ayunos, todavía se enseñorea de éste el placer por la comida y la bebida; el deseo de hablar de las faltas de otro se apodera de aquél después de prolongado ejercicio de silencio, y le hace caer en el precipicio en el momento en que dormitó un poco su vigilancia. Debe esto hacernos justos y equitativos en los juicios que formamos respecto de los otros y en las exigencias para con nosotros mismos. En este sentido dijo el Sabio: «No quieras ser demasiado justo, ni saber más que es menester». (2) La diferencia entre la justicia estoica y la cristiana está en que, exigiendo lo imposible la primera, no quiere en la verdadera perfección ni sombras, por ligeras que sean, mientras que está muy lejos la segunda de hacernos perder la esperanza de llegar al fin porque tengamos algunos defectillos, ó porque hayamos caído alguna que otra vez.

Caer por precipitación, por flaqueza, por imprevisión,

(1) Prov., XX, 9.
(2) Eclesiastés, VII, 17.

no constituye una falta capaz de desviarnos de nuestro destino. No está todo perdido si se ha llegado á caer por negligencia. Caer y levantarse inmediatamente después de la caída; arrepentirse de la falta sin dejarse dominar del desaliento; saber hallar en ella el espolazo que nos estimula á nuevo celo; todo esto es verdaderamente humano, y en dos sentidos. Hemos nacido débiles, y débiles vivimos. Pero así como no debe negarse la fragilidad de la naturaleza humana, tampoco se le debe rehusar la capacidad de mejorarse. Por eso no condenamos á nadie por una falta, mientras no pierda ni el valor ni la esperanza de la enmienda. Y si, á sabiendas y de intento, deja uno á un lado lo pequeño con la perspectiva de llegar á algo mejor, no le escatimaremos los elogios.

Queremos que cada uno cumpla con el deber como lo comprenda, sin inquietud, sin violencia, sin precipitación, con la más perfecta tranquilidad. Si cae, no pierda la confianza y siga cumpliendo con sus deberes. Se corrige fácilmente todo con la fidelidad en las cosas pequeñas. Deseamos que nadie obre jamás contra sus deberes claramente conocidos, ni vaya contra la voz de su convicción, aun cuando la conciencia le exhorte á hacer cosas pequeñas. Afirmamos con conocimiento de causa que es verdaderamente humano este modo de cumplir con nuestro deber, modo que tiene á la vez en cuenta la razón y la libertad de espíritu. Siempre que se cuenta con la verdadera razón y con la verdadera libertad de espíritu, estamos seguros de obrar de conformidad con el Cristianismo en su manera de concebir las cosas y en sus miras con relación á nuestro trabajo moral. Lo hemos probado de manera decisiva en estas reflexiones.

**12. El Reino del cielo es semejante á un grano de mostaza.**—Todavía es la tierra jardín de delicias donde encuentra Dios sus complacencias, á pesar de la locura de los hombres empeñados en desfigurarla. Millares de plantas la adornan, levantando nuestro corazón hasta el Padre de la luz, hacia el cual elévanse ellas mismas con anhelo irresistible. Pero ninguna de ellas, desde la más pequeña hasta la más grande, se ha levantado de una vez al estado en que hoy se encuentra. Aunque no hayan cesado de crecer para llegar á la plenitud de su desarrollo, nadie ha podido ver su crecimiento íntimo. Es una imagen del hombre. ¿Llegará él á algo grande? ¿Cuándo y cómo se verificará su desarrollo? ¿Permanecerá siempre en su humilde pequeñez? No lo sabe; pero no está ahí la cuestión. Lo importante es que, á su modo, llegue á ser un todo; y el mejor medio para llegar á serlo, es el desarrollo lento, continuo, en todo lo que interesa á su vocación y á su conciencia; ya es la energía en los grandes hechos, cuando se presenta la ocasión, ya la fidelidad en las cosas pequeñas, fidelidad para la cual encuentra proporción en todo lugar y en todo momento. «El reino de los cielos es como un grano de mostaza que, cuando se siembra, es menor de todas las simientes que hay en la tierra; mas, ya sembrado, sube y crece más que todas las legumbres, y cría grandes ramas, de modo que las aves del cielo pueden morar bajo su sombra». (1)



(1) S. Marcos, IV, 31, 32.

## CONFERENCIA XXIV

### EL HOMBRE COMPLETO

**1. La justicia de la edad de oro desterrada del mundo hasta que vino á traerla Jesucristo.**—Tocamos al término; un paso más, y con una sola ojeada abarcaremos reunido en síntesis general lo que hasta ahora hemos tratado en detalle.

El ascensionista se siente á veces dominado por la fatiga y el desaliento, precisamente en el instante de tocar la cima de la montaña. No llegaré, dice; ya he visto bastante; no podré ver más desde la cima. Bien puede ocurrir que sea este el lenguaje de muchos de los viajeros que caminan con nosotros. Quizá crean que han visto bastante en lo que al hombre completo se refiere; pero nos ocurre una pregunta: ¿Existe ese hombre completo?

Con mucha frecuencia dijeron los antiguos que jamás se realizó el ideal de su sabio. «Cada quinientos años aparece uno, como el ave Fenix», [1] decían; pero todavía no era aquel el ideal. Ni aun aquellos grandes hombres que se llaman Decio, Fabricio, Arístides, Catón, poseyeron jamás la verdadera sabiduría, la verdadera justicia y la verdadera fortaleza; no eran sino una imagen en miniatura, [2] que llevaba en sí inumerables imperfecciones. [3] Podría decirse que el mejor era el que «tenía menos defectos». [4] Así hablan los antiguos.

En general evitan los filósofos modernos que se resucite

(1) Séneca, *Ep.*, 42, 1.
(2) Cicerón, *Off.*, 3, 4, 16.
(3) Plutarco, *Profect. in virtut.*, 2.
(4) Séneca, *Tranquill.* 7, 4.



la cuestión. ¿Es prudencia de su parte, ó es vergüenza? No se sabe. Y vos ¿no vaciláis en tentar la empresa?

No podemos escuchar la confesión de tal desaliento sin experimentar profundo sentimiento de lástima. Teníamos más alto concepto del poder moral del hombre. Si comparamos el aprecio de la Edad Media por la antigüedad, como lo hemos visto más arriba, y el desprecio en que esa misma antigüedad tiene á sus hombres más ilustres, nos vemos obligados á decir que esto habla muy alto en favor de nuestra tesis.

Tampoco somos amigos de exageraciones: reconocemos en la antigüedad verdaderas virtudes; pero con sobrada frecuencia nos hemos convencido de que, en general, hay pocas virtudes perfectas, pocos hombres completos fuera del Cristianismo. Lejos de nosotros, sin embargo, censurar por ello á la civilización no cristiana. Eran de nuestra opinión los más elocuentes oradores de Grecia [1] y de Roma. [2] En otros tiempos, nos dicen los poetas, reinaba en la tierra la edad de oro. Espontáneamente, sin estimular el temor al castigo, practicaba cada uno la justicia y la equidad. Para asegurar la paz, no había necesidad de fortalezas ni de ejércitos; era desconocida la guerra, y daban fruto los campos sin cultivarlos. Pero era demasiado hermoso aquel reinado, no podía durar mucho. Rápidamente descendió la humanidad de tan encantadoras alturas, yendo á sumergirse más y más en el abismo. Á la primitiva edad de oro, sucedió la edad de plata, que fué reemplazada á su vez por la de cobre, y por último, dejó esta el puesto á la de hierro. Ó, como dice la leyenda germánica, hubo la edad del hacha, de la espada, del viento y del lobo.

«Desaparecieron entonces
»Los juramentos y alianzas,
»Tratados y compromisos,
»Todas aquellas palabras
»Que en los tiempos de equidad
»Tan fielmente eran guardadas». [3]

(1) Hesiodo, *Op.*, 174 y sig., 195 y sig. (Lehrs).
(2) Ovidio, *Metamorph.*, 1, 89-150.
(3) *Vœluspa*, 46, 30.

Bogaron á toda vela la avaricia y el fraude; hizo la guerra horrorosos estragos, y más horrorosos fueron todavía los que causó el oro. No estuvo seguro el amigo cerca del amigo, y aun entre hermanos y esposos estaba poco afianzada la fidelidad. Fueron abatidos el amor y la piedad. Finalmente, la virgen guardiana de la justicia abandonó la tierra empapada en sangre, y en adelante, vivió desterrada de este mundo. No hubo lugar para ella entre los hombres que se aborrecían encarnizadamente, y que eran los unos para los otros objeto de terror. Sólo un hombre se ganó el nombre de justo en toda la antigüedad: fué Arístides, y por lo mismo fué desterrado por sus conciudadanos. «Uno de éstos, al cual le era tan desconocida su fisonomía como el arte de escribir, le rogó que en su lugar trazase el nombre de Arístides sobre la concha del ostracismo. Le preguntó Arístides qué mal le había hecho aquel hombre.—Ninguno, respondió; pero lleva el calificativo de «Justo» que aborrezco». (1) Tal era el lenguaje de los malvados en Egipto: «Tomemos, pues, en medio al justo, por cuanto nos es inútil, y es contrario á nuestras obras, y nos echa en cara los pecados de la ley». (2)

En verdad que, si así hubieran quedado las cosas, comprenderíamos que dudasen los hombres de la virtud perfecta, de la verdadera justicia. No nos maravilla que no creyeran en ellas los que, fuera de Cristo, no conocieron otra cosa en el mundo. Pero hemos visto ya que, si no apareció jamás hombre completo en el mundo, existió á lo menos uno, nuestro Señor Jesucristo. Fué el que predijeron los poetas paganos y los inspirados profetas del pueblo de Dios, como que había de hacer revivir la edad de oro, y volver á traer la Virgen desterrada. (3) Y no sólo ésta vino en Él, sino que por Él penetró de nuevo en las profanadas viviendas de los hombres. «Por Él, dice el Profeta, será borrada la iniquidad, y restablecida la justicia». (1) En efecto, ésta fué la primera palabra con que dió á conocer el curso de su vida: «Conviene que cumplamos toda justicia» (2) y ésta fué también una de las primeras máximas que predicó en el monte: «Bienaventurados los que han hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos». (3)

(1) Plutarco, *Arístides*, 7, 9, 10.
(2) Sabiduría, II, 12.
(3) Virgilio, *Eglog.*, IV, 6.



**2. La justicia es virtud de poco lustre, y, sin embargo, debe ser la virtud de todos.**—Hemos discutido largamente hasta aquí, y con todos los pormenores, lo que para llegar á la perfección humana nos prescribe la razón, de conformidad con la doctrina cristiana, pero sin hablar por ahora de las obligaciones especiales que impone al hombre el Cristianismo. Ha sido nuestro intento evidenciar que, no sólo no ha lastimado el Cristianismo la aptitud y el destino puramente naturales del hombre, sino que él y sólo él las ha dado á conocer con toda claridad. Estas consideraciones nos han hecho recorrer un largo camino, que podríamos continuar todavía, sin llegar al fin. Pero ¿qué fruto podríamos cosechar de la enumeración de todas las virtudes y de todos los deberes? Concluiríamos por desalentarnos y por hacer esta pregunta: «Entonces, ¿quién puede salvarse?». (4) Limitémonos, pues, á lo que ya hemos tratado hasta el presente, resumiendo en una sola palabra todo lo que hemos dicho y todo lo que podríamos decir. No hubiéramos dejado de pronunciar esta palabra, aunque nos hubiéramos perdido en un sin fin de discusiones. La enseñanza más sublime sobre la perfección está siempre circunscrita á los límites de esta virtud.

Todos pueden realizar esta virtud. Aunque tenga poca apariencia exterior, aunque en general sea muy poco celebrada en el mundo, basta ella sola para hacernos completos, es decir, para hacer de nosotros hombres perfectos.

(1) Daniel, IX, 24.
(2) S. Mateo, III, 15.
(3) Id., V, 6.
(4) Id., XIX, 25.

Cuando habla la Escritura de los hombres más santos, no sabe tributarles más hermosa alabanza que proclamando la nobleza de esta virtud: Abel, el «Justo». [1] Noé, el «Justo». [2] Job, el «Justo». [3] José, el «Justo». [4] Con este corto y sencillo apelativo, cree haber dicho todo lo que se puede decir en honor de un hombre perfecto. Ni aún el discípulo, cuya vista de águila penetró en las profundidades del misterio de la vida, creyó poder glorificar más al «Autor y Consumador de nuestra fe», [5] al «Autor de la vida» [6] y al «Salvador de todos» [7] que dándole este nombre: «Jesucristo el Justo». [8]

**3. La justicia es el conjunto de todas las virtudes.** —No hay entre las virtudes una más natural y más accesible á todas que ésta. Sin ella, nadie puede adquirir ni siquiera la simple honradez; con ella, se hace uno perfecto sin esfuerzo. Todo lo ha completado el que la posee con perfecta medida. ¿Qué son sino la justicia, el justo medio, la fidelidad en las cosas pequeñas, y la conservación del orden en las obligaciones? Donde se halla la verdadera justicia, no sufre atentado alguno el cumplimiento del deber, ni en la familia, ni en el Estado, ni en la sociedad.

La justicia, es la fidelidad á la voz de la conciencia y de la razón. La justicia establece la precisión de relaciones, entre la cabeza, el corazón, y la voluntad. No teme la justicia la gravedad de la lucha por una causa grande; la justicia huye de toda medianía. La justicia es el distintivo por el cual se conocen los hijos de Dios y los hijos del diablo. [9] «La justicia libra de la muerte» [10] y «allana los caminos». [1] «El que posee la plenitud de la justicia tiene la más elevada virtud». [2] «La justicia es el camino real que lleva á la vida». [3] «La justicia eleva las naciones» [4] y «afianza el trono de los príncipes». [5] «Su obra es la paz, y sus frutos la tranquilidad y el reposo eternos». [6] «La justicia es el fértil tronco que da origen á todas las virtudes». [7] «Quien puede decir de sí mismo que posee la justicia, puede afirmar que por todos lados lo envuelve la virtud como con manto protector». [8] «Tiene, pues, legítimo derecho al testimonio de respeto y de honor, puesto que comprende su nombre el conjunto de todas las virtudes». [9]

**4. Triple empresa del hombre comprendida en la palabra «Justicia».**—Dios, cuyas obras son perfectas, relaciona con su propia perfección todo lo que ha creado sobre la tierra. [10] Á la aparición de cada obra que nacía con su soplo creador, decía que era buena. Dejó de pronunciar esta palabra ante su obra más perfecta, en cuya formación puso mano, y á la que con su aliento comunicó su propia imagen. Aunque sea la obra más perfecta de Dios, no es perfecto el hombre. Desde luego no posee desde el primer instante, en su perfección completa, todos los dones de la naturaleza, ni aun al recibir el más sublime obsequio que le ha hecho Dios, el don de la gracia con todos los dones sobrenaturales que forman su cortejo real. Necesita trabajarlos por sí mismo con el ejercicio, desarrollándolos así hasta la perfección. No se ha contentado

(1) S. Mateo, XXIII, 35.
(2) Génesis, VI, 9; Eclesiástico, XLIV, 17.
(3) Job, I, 1.
(4) S. Mateo, I, 19.
(5) Hebreos, XII, 2.
(6) Hechos Apost., III, 15.
(7) Hebreos, II, 10.
(8) I S. Juan, II, 1.
(9) Íd., III, 10.
(10) Prov., X, 2.



(1) Prov., XI, 5.
(2) Íd., XV, 5.
(3) Íd., XII, 28.
(4) Id., XIV, 34.
(5) Id., XVI, 12.
(6) Isaías, XXXII, 17.
(7) S. Gregorio el Grande, *Mor.*, 19, 38.
(8) Id., 19, 32; *in Job*, 29, 14.
(9) Aristóteles, *Ethic.*, 5, 1.—Chrysost., *In Matth. hom.*, 16, 4.—Lactancio, *Institut.*, 5, 5, 14.—Teodor. de Edesa, *Schol.* 14, *in Joan. Climac. scal.*, 26.—Sto. Tomás, 2, 2, q. 58, a. 6; cfr., q. 184, a. 3. Luís de Granada, *Guía de Pecadores*, p. 2, l. 2, c. 12.
(10) Deut., XXXII, 4.

Dios con suponerle la obligación de reconocerse como obra de su Creador: le ha impuesto el deber de convertirse en obra propia suya. Como todo lo que ha hecho Dios, «salió el hombre recto de las manos de Dios». [1] Mas debe perfeccionarse con su propio trabajo. Á este fin se dirige el fin natural de su vida. La justicia hace hombres, la caridad cristianos. Practica la caridad el cristiano como cristiano, y la justicia como hombre. ¿No practica la justicia? Deja también de ser cristiano; porque nadie puede ser cristiano, si no es hombre, y no es hombre el que no practica la justicia. La verdadera caridad, hace verdaderos cristianos, y la justicia completa hace hombres completos.

**5. Sin la justicia para con Dios, no hay verdadera virtud. Sólo con ella puede llegarse al perfeccionamiento del hombre.**—Ahora bien, el hombre que quiere ser justo, debe practicar primero la justicia para con Aquél que le ha dado tantas pruebas de distinción. Quien considera virtud puramente humana una virtud que le separa de Dios, es tan injusto con Dios como con la virtud. Sucede á la virtud lo que al agua que no mana ni corre; no puede producir otra cosa que un pantano cenagoso. Sin base y sin fin, no es verdadera la virtud, ni sobre todo humana. Todas las cosas deben desarrollarse en conformidad con su origen, pues sólo así pueden encontrar su perfección. Salido de Dios el hombre, sólo puede perfeccionarse adhiriéndose á Dios. Si se desprende de la fuente de donde tiene origen su naturaleza, si olvida que no podemos cumplir con nuestras obligaciones con respecto á Aquél que nos ha dado el ser, renuncia ya para siempre á ser hombre completo. [2] «Porque quien no reconoce al Señor en sus obras, quien se deja enajenar de tal modo por la belleza de las cosas creadas, que no llega á comprender que la belleza del Creador debe ser muy superior todavía, justamente merece que se le trate de insensato». [3]

(1) Eclesiastés, VII, 30.
(2) Cfr. Lactant., *Inst.*, 5, 14.
(3) Sabiduría, XIII, 3, 3.



Y es más insensato aún el que reconoce á Dios, pero no «le glorifica ni le da gracias como á Dios». [1] Pero la «justicia perfecta» [2] consiste en reconocer á Dios como á nuestro Creador, como á nuestro Señor, y en vivir conforme á este conocimiento».

Hallamos también nuestra propia perfección en esta justicia para con Dios. «Servir á Dios es ser libre». [3] El autor de la libertad á nadie hace violencia para que le sirva; no quiere esclavos; quiere hombres libres, quiere hijos «que se gocen en proporcionar satisfacciones á su bienhechor y padre». [4] Pero «no es carga, es más bien honor cumplir con gusto lo que manda un tal Señor, haciéndolo como hombre libre y no por efecto de sombría violencia». [5]

¡Qué deshonroso rebajamiento lleva á veces en sí el servicio del mundo! ¿Ha exigido Dios del hombre, ni en mucho menor proporción siquiera, cosas tan difíciles y tan degradantes?

«Dios jamás cosa alguna prescribiera
»Sin que por compañero el honor diera». [6]

Sí, acompaña siempre el honor al mandamiento de Dios. Hay un antiguo proverbio que dice: «Servir á Dios es reinar». Del mismo lenguaje se sirvieron ya los antiguos filósofos. [7] Pero el axioma se nos aplica principalmente á nosotros, que reconocemos en Dios á nuestro Padre. Sólo falta que le estemos sumisos como hijos. De este modo participaremos de todo lo que es. El cumplimiento de la justicia que le debemos es para nosotros, la mejor garantía de que, á su vez, también practicará la justicia con respecto á nosotros. Y bien conocidos tenemos

(1) Romanos, I, 21.
(2) Sabiduría, XV, 3.
(3) Séneca, *Vita beata*, 15, 7. S. Agustín, *De quantitate animæ*, 35, 78. Paulino, *Ep. ad Roman.* (Aug. ep., 32, 4. II, 60 g.).
(4) S. Agustín, *Salmo* 99, 7. S. Bernardo, *Cantares*, 81, 9.
(5) S. Bernardo, *Ep.* 412. 1.
(6) Thomasin von Zerclaere, *Der Wælsche Gast.*, 7901 y sig.
(7) Philo, *Cherub.* 31. Paulino, *Ep.* 8, 40, *ad Licentium;* S. Bernardo, *In ob. Humb.*, 2.

su amor y su liberalidad para poder decir que practicará algo más que la simple justicia. ¿Podríamos dudar de que es éste el camino que con más seguridad nos conduce á la perfección? Nos ha dado como guía todas las criaturas para que nos lleven á ese fin, para que por ellas subamos hasta Él, y para que puedan servirnos de auxiliares en el cumplimiento de los deberes de justicia para con Él. Nos sale Él mismo al encuentro en el camino, nos fortalece con su virtud para perfeccionar aquello de que le somos deudores con relación á nuestra salvación.

Es de tal naturaleza el culto que le tributamos, que, si cumplimos fielmente con sus prescripciones, debe transformarnos en hombres mejores, haciéndonos verdaderos reyes. ¿Puede imaginarse mayor perfección que ser semejantes al soberano bien? ¿Puede tener nuestra sed de ciencia más elevado fin que recibir la verdad del Sabio de los sabios? Mostrarnos verdaderos hijos obedeciendo al Todopoderoso, es hacernos participantes de su poder. Poder amar á Aquél, cuya amabilidad no puede ser sobrepujada, con certidumbre de hallar correspondencia, por lijera que sea, ¿no es favor que en la tierra no nos atreveríamos á esperar de nuestros semejantes, después de haber experimentado tan amargas decepciones? En verdad que el que renuncia á la justicia que debe á Dios, no sabe de que bien se priva, siendo cierto y seguro que jamás llegará á la perfección.

**6. La justicia para con el prójimo es más bien exigencia de nuestro interés personal que servicio hecho á otro.**—Lo mismo decimos de la práctica de la justicia con respecto al prójimo. Cuando sacrificamos nuestra libertad en su servicio ó en defensa de sus derechos, en apariencia, creemos darle algo; pero, en realidad, ganamos nosotros más que él. Cuando se trata de hacer una buena obra, no consideramos con frecuencia sino el pequeño trabajo que nos cuesta, y no notamos que en muchos casos, más bien que cumplir con un deber, no hacemos sino trabajar en beneficio propio. Querer cumplir nuestras obligaciones con la única intención de obtener un salario, sería hacer oficio de peón, y rebajar indignamente la virtud. «¿Qué recompensa mereceréis, si amáis únicamente á los que os aman?» Y ¿qué hacéis de más, si no saludáis sino á vuestros hermanos? ¿No hacen lo mismo los gentiles? (1) «Cuando das una comida ó una cena, no llames á tus amigos, ni á tus hermanos, ni á tus parientes, ni á tus vecinos ricos, no sea que te vuelvan á convidar ellos y te lo paguen. Mas cuando haces un convite, llama á los pobres, lisiados, cojos y ciegos; y serás bienaventurado, porque no tienen con que corresponderte; mas se te galardonará en la resurrección de los justos». (2)



Pero si no debemos hacer el bien para que nos lo paguen al punto los otros, con mayor razón debemos evitar la ostentación de nuestras obras como si con ellas hiciéramos algo importante en obsequio de nuestro prójimo. En realidad nos son más útiles que á él.

¿Qué ventaja digna de aprecio puede haber para el prójimo, cuando reparo una pequeña injusticia que le había hecho, ó cuando rectifico una palabra mal dicha ó una conducta poco caritativa? Incomparablemente mayor es el nuestro, porque restablezco en mí la virtud de la justicia que había perturbado, ó bien, con ese pequeño triunfo sobre mí, fomento grandemente esa virtud. Hace más tiernos nuestros sentimientos la limosna que damos á un pobre, aunque en relación con nuestra fortuna, apenas si merecen mencionarse las cosas que le damos. Hace nuestro corazón más manso la palabra de consuelo que le dirigimos, y aumenta la energía de nuestras almas un pequeño sacrificio por el bien de ese hermano. No hay una sola acción buena, de cualquier categoría que sea, que, bajo todos los aspectos, no embellezca la vida de nuestra alma.

Por su persona, cada uno es un ser limitado, y cada día conoce que forman la base de su carácter personal sus aptitudes particulares. Y debe ser esto para él como un

(1) S. Mateo, V, 46, 47, 48.
(2) S. Lucas, XIV, 12, 13, 14.

impulso constante para cumplir gustoso con las obligaciones que tiene para con su prójimo. Porque, por lo mismo que ha recibido dones personales, no sólo en provecho propio, sino también para ponerlos á disposición de los demás, según sus necesidades, así se robustecen esos dones en él mismo por el provecho que de ellos sacan los demás. Y si, por reciprocidad, pretende recurrir en provecho propio á los servicios de su prójimo, tiene una hermosa ocasión de practicar la justicia, de reconocer modestamente sus faltas personales, y de acercarse al prójimo caritativamente.

Así, los medios más humanos de que nadie puede privarse para llegar á su propio perfeccionamiento, son la caridad, las relaciones, la sociabilidad, la enseñanza recibida y dada, la nivelación de las cualidades recíprocas, en una palabra, toda esa muchedumbre de virtudes particulares que comprendemos con el nombre de «justicia para con el prójimo». Nadie vive para sí. Como miembro de un gran todo, ningún individuo puede llegar á su fin, sino cumpliendo con sus obligaciones en relación con ese todo.

**7. El principal sentimiento de justicia para con el mundo está entre nosotros.**—Mas no debe ser nuestra justicia simplemente la de un súbdito con respecto á su señor, ó la de un igual con respecto á otro igual; debe ser la de un soberano. Porque todos hemos nacido para ser reyes, y todos debemos someter á nuestro imperio un reino vasto y bien poblado. Mucha circunspección y mucha energía exige la empresa de hacer prosperar en ese reino la justicia para con los súbditos que lo forman, cada uno según su importancia. «El tiempo breve es, y pasa la figura de este mundo. En consecuencia, cada uno debe pasar por su morada terrestre, de modo que no malgaste los preciosos momentos que se le han concedido; y el que se sirve de las cosas de este mundo, debe tener mucho cuidado de que no le sean obstáculo». [1] Debe tenerlas y emplearlas como medios que le faciliten la llegada al término, y no como medios que le hagan imposible la consecución del fin; debe dominarlas y no dejarse dominar de ellas. Sólo tiene el verdadero espíritu de justicia quien no se deja absorver por el cuidado de las cosas exteriores, aun cuando le sea imposible substraerse á ellas. «Fuiste llamado siendo siervo; no te dé cuidado». [1]

(1) I Cor., VII, 29, 30, 31.



«Si has recibido de los bienes del mundo en mayor cantidad que otros, guárdate de poner tu confianza en cosas inciertas». [2] Tal es el espíritu del que ha nacido para ser libre, tal ese sentimiento primario que no son capaces de degradar ninguna felicidad, ninguna adversidad, ni ninguna situación exterior. «Sé, dice un jefe de esta escuela, sé vivir humillado y sé vivir en la abundancia, de todos modos estoy hecho á todo, á tener hartura y á sufrir hambre, á tener abundancia y á padecer necesidad». [3] «En todo padecemos tribulación, mas no nos acongojamos; estamos en apuros, mas no quedamos sin recurso; padecemos persecución, mas no somos desamparados». [4] «Nos maldicen, y bendecimos, nos persiguen, y los sufrimos». [5] «No demos á nadie ocasión de escándalo, porque no sea vituperado nuestro ministerio; antes, en todas cosas, mostrémonos como ministros de Dios, en mucha paciencia, en tribulaciones, en necesidades, en angustias, en pureza, en ciencia, en longanimidad, en mansedumbre, en Espíritu Santo, en caridad no fingida, en palabra de verdad, en virtud de Dios, por armas de justicia, á diestro y á siniestro, como muriendo, y he aquí que vivimos; como castigados, mas no amortiguados; como tristes, mas siempre alegres; como pobres, mas enriqueciendo á muchos; como que no tenemos nada, mas poseyéndolo todo». [6]

Tal debe ser nuestra conducta con respecto á las cosas

(1) I Cor., VII, 21.
(2) I Timoteo, VI, 17.
(3) Filipenses, IV, 12.
(4) II Cor., IV, 8-9.
(5) I Cor., IV, 12.
(6) II Cor., VI, 3-10.

del mundo que ha puesto la ley bajo nuestro dominio.

**8. La victoria más fácil y más grande consiste en establecer la justicia en nosotros.**—Mas por lo mismo que decimos que lo poseemos todo, debemos primero reinar sobre nosotros mismos. Y ¡quién lo creyera! La justicia para con nosotros es la parte más difícil de nuestra empresa moral. Es cosa que irrita que pueda ser cualquiera exteriormente un Catón, é interiormente, consigo mismo y con sus inclinaciones, sea un Helí: mas sin dificultad se comprende que se ha de presentar con frecuencia esta contradicción. Es más fácil hacer de lazarillo, siendo luz de los que andan en tinieblas, que iluminarse á sí mismo en la propia oscuridad. Estas tinieblas interiores no son de las que desaparecen á los primeros rayos del sol. Semejantes á esos oscuros nublados del invierno, luchan obstinadamente contra la luz, porque no es la debilidad natural el verdadero obstáculo para llegar á nuestra perfección.

Exige la justicia que tengamos miramientos con esa debilidad, pero sin dejarnos vencer de ella. Por eso se ha escrito: «Tenéis necesidad de perseverancia». [1] «¡Valor! No flaqueen vuestras manos, y será recompensada vuestra perseverancia». [2] Los verdaderos obstáculos cuya amenaza sentimos, son las pasiones que no vigilamos, el orgullo, la obstinación de la voluntad propia, y la ciega y loca sensualidad. Á estos tres enemigos pueden aplicarse estas palabras: «El látigo para el caballo, el cabestro para el asno, y la vara para la espalda de los necios». [3] ¡Justísimo! Después, y es también exigencia de la justicia, nos será permitido enseñar á los demás lo que hemos practicado ya nosotros, así como tendremos derecho para ingerirnos en sus negocios, si hemos comenzado por hacer reinar en nosotros el orden. ¿Cómo puede hacer justicia á los demás el que no es justo para consigo mismo? Quien no sabe lo que debe ser, quien no está seguro de sí mismo, ¿cómo podrá mezclarse en lo que le es extraño, sin perder la estabilidad de su punto de apoyo? No pertenece el hombre á las cosas; las cosas pertenecen al hombre; el hombre es propiedad de sí mismo y de Dios, y halla á Dios en el momento en que se ha establecido en paz por la observancia de la estricta justicia.

(1) Hebreos, X, 36.
(2) II Paral., XV, 7.
(3) Prov., XXVI, 3.



**9. Extensión de las obligaciones del hombre.**—Seguramente que es grande la labor que pesa sobre el hombre. Descender á las sombras profundas de la insondable vida de su alma; elevarse hasta el pie del trono de Dios; vivir en el mundo en que reinan tantas injusticias; dar á cada uno su derecho; saber cómo ha de conducirse en todas las circunstancias; obedecer á los de arriba, servir á los de abajo; ayudar á derecha é izquierda; después, en medio de todo, establecer la paz dentro de sí mismo; dar á Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César; consagrar á los deberes de estado lo que exigen; cumplir primero con sus deberes; y, con todo, saber guardar todos los derechos de la caridad libre; dar al espíritu, al cuerpo y al mundo lo que cada uno tiene derecho á esperar; «pisotear lo terreno, y elevarse sobre sí mismo», [1] «no deber á nadie sino el amor mutuo»; [2] no reservar para sí los frutos de ese penoso trabajo, sino ponerlos en el altar del corazón consagrado á Dios, y ofrecerlos como sacrificio al dador de todos los bienes; obra es esta que exige en todos un ojo muy perspicaz y un corazón muy generoso. Todo lo abraza la justicia completa, que es la empresa del hombre completo.

**10. Dificultad, escasez, belleza y fuerza del carácter en que se halla el conjunto.**—Es además necesario que se transforme esta multiplicidad de obligaciones en un todo completo, lleno de vida, y de una sola pieza. Decimos que es completa una cosa, cuando no le falta ninguna parte constitutiva perteneciente á su naturaleza y actividad,

(1) Lamentaciones, III, 28.
(2) Romanos, XIII, 8.

y cuando, unidas entre sí todas sus partes, forman una unidad proporcionada. Hablando con toda precisión, sólo á Dios corresponde el honor que se halla en esta cualidad. En Él la diversidad inconmensurable es un reino inagotable de perfecciones, el cual es la misma cosa que su unidad, y, ahondando más, la misma cosa que su simplicidad. Su omnipotencia es su sabiduría, su sabiduría es su existencia, y su existencia es su esencia. Apenas si nosotros, pobres hombres, que no percibimos en nosotros otra cosa que abismos y desuniones, somos capaces de formarnos débil idea de esa sublimidad de Dios. Porque ya, en las más humildes criaturas que vemos sometidas á nosotros, hacemos la poco consoladora observación de que rara vez se adaptan unas á otras las escasas perfecciones que les son propias para formar un todo perfecto. Mas al dirigir nuestra observación al hombre, podríamos creer imposibles de realizar la unidad y el conjunto, vista la plenitud de su ser y el cúmulo de cualidades que de él se derivan. Al uno le falta la justicia para con Dios, al otro la justicia para con el prójimo; un tercero busca la perfección en los bienes exteriores, sospechando apenas que la primera condición que permite el desarrollo á un hombre completo es la plenitud de su vida interior. Después, cuando vemos realizada esa maravilla, hacia la cual se dirigen nuestros deseos, cuando encontramos un hombre que ha cumplido con esta justicia, tropezamos todavía con una decepción final; le falta el coronamiento que domina el edificio completo de la virtud, el sello que imprime al todo los rasgos de la belleza.

Por desgracia, la mayor parte de los hombres lleva en sí muchísimos caracteres muy diferentes. Tienen uno para la vida exterior y otro para la interior; uno para todo lo terreno, y otro para lo que tiene relación con Dios. En casa somos muy diferentes que en público; en presencia de los extraños no somos los mismos que en presencia de los nuestros. Pero no hay más que un sólo carácter, el carácter uniforme, en el cual podemos reconocer valor, ese carácter en que se desenvuelven todas las tendencias sin contradecirse, sea arriba, sea abajo, ya interior, ya exteriormente. Es carácter completo el que, á impulsos de un mismo pensamiento, y tomando un punto de partida común á todo el mundo, todo lo refiere á un solo y mismo fin; pensamientos y sentimientos, deseos y acciones, miradas y palabras, ciencia y fe. Sólo es un carácter sano aquel que produce en todos una bienhechora influencia al menor contacto que con él tengan, el que con toda verdad, posee lo que consideraban los antiguos como el último grado de la perfección; espíritu sano en cuerpo sano. Hasta en su conducta exterior, en la manera de atravesar el umbral de su casa, en la mirada que dirige á sus hijos, se siente la presencia de un todo que sabe armonizar perfectamente lo exterior con un interior perfecto. Esa unidad crea finalmente ese carácter enérgico que nada es capaz de torcer, ni de asustar, ni de enervar. Nada busca, y nada teme; todas las circunstancias lo encuentran grave y firme, manso y fuerte, siempre inalterable. «Difícilmente se rompe una cuerda de tres dobleces» [1] dice el Sabio. Aquí es de cuatro; ¿cómo podrá romperse?



Pero el lazo de esta unidad es una fuerza extremadamente sencilla; es la perseverante aspiración hacia el único verdadero fin del hombre y de todas sus acciones. Multitud de fines fraccionan la unidad; un solo pensamiento, un solo fin la forman. Se hallan raras veces hombres completos, porque son poco numerosos los hombres homogéneos. Pero sólo hay homogeneidad en el hombre, cuando todo se refiere á un sólo fin, á Dios.

Nadie espere jamás hallar un hombre completo, sino buscando siempre y por todo y sobre todo el honor y el servicio de Dios; ni espere tampoco llegar á serlo por otro camino que por éste.

**11. Poesía de la prosa; el todo en la medida de lo posible.**—Todo esto es tan fácil de comprender y se nos impone con tanta naturalidad, que deberíamos extra-

(1) Eclesiastés, IV, 12.

ñarnos de verlo tan raramente realizado. Pero sabemos que el secreto de la verdadera grandeza es la sencillez y la naturalidad, cualidades que saben apreciar muy pocos. Todo esto es tan frío al mismo tiempo, por no decir, tan prosaico, que nos sentimos tentados á decir que esperábamos algo más sublime con respecto á la empresa del hombre completo. Mas también tiene su poesía la prosa. No hacen hombres completos los pretenciosos y desmesurados discursos de los filósofos y de los poetas. ¡Cuán vacío quedaría quien quisiera formarse en su escuela! Vana es en realidad la vida de los hombres que poseen esos ricos talentos de la palabra, de la pintura y de la música. ¿De qué les sirve haber pronunciado hermosas frases y haber ejecutado obras pequeñas? ¿No es indigna prosa cantar acciones brillantes, y despreciar las obligaciones que recuerdan esas acciones? Muy bien lo comprendió el poeta escocés, cuando tomó esta decisión:

«Debo á la rima y al verso
»Y debo á la poesía
»Decir el último adiós.
»Que no hay del hombre en la vida
»Nada más grande y hermoso
»Como ver que de la dicha
»Sus hijos y mujer gozan
»Aunque en su sufrimiento él viva». (1)

Habría más belleza en el mundo, si en el cumplimiento del deber y en los esfuerzos hechos para poner en orden su interior, vieran la verdadera grandeza aquellos cuyos nombres son célebres en el arte, en la ciencia y en los empleos públicos. Entre tanto, para él el carácter completo es una cosa hermosa. Pero es hombre completo el que fielmente cumple con los áridos deberes de cada día, según su condición y la medida de sus fuerzas, según las luces de sus conocimientos y las inspiraciones de su conciencia. Á nadie se puede pedir más; es sin contradicción el punto más alto á que se puede llegar, la empresa más difícil que sea dado llevar á cabo. Á nadie exigimos la perfección

(1) Burns, *Lieder und Balladen, von Silbergleit*, 119.



suprema, pero pedimos verdadera y completa perfección. Aunque diferentes el uno del otro, es completo el niño y es completo el hombre, porque los dos responden á la idea de su especie. Á pesar de muchas debilidades, consideramos carácter completo el que mejora lo desfectuoso que ha podido contraer, el que aspira á subir siempre más, y el que, sin perplejidades de ningún género, se esfuerza por practicar lo que á cada instante le presenta como deber suyo la conciencia. (1) ¿Llega la muerte á sorprenderle en medio de su trabajo? Entonces decimos que «ha vivido poco, pero ha llenado muchos tiempos». (2)

No ha llegado al desarrollo más perfecto, pero ha hecho lo que ha podido, y, por lo tanto, ha realizado un todo completo. Quizá otros, poseyendo más excelentes aptitudes y colocados en circunstancias más favorables, alcancen un grado de prosperidad más elevado; pero serán hombres completos sólo á su modo, si cumplen con las obligaciones que les incumben, como lo fué á su modo también el primero, porque han hecho, como éste, lo que estaba en su poder.

**12. Los grandes y los completos. Carácter.**—Y es un fin este del cual no se excluye á nadie; no todos pueden ser grandes sabios ni grandes hombres de Estado, en una palabra, grandes hombres. Pero todos pueden llegar á ser algo más de lo que son; sino lo logran, su vida ha sido una existencia desgraciada, aunque celebre el mundo entero su grandeza. En vano ha vivido un hombre grande, si al mismo tiempo no es hombre completo; y habrá vivido una vida llena y habrá realizado mayores cosas que aquel cuyas brillantes acciones relata la historia, el hombre completo, aunque nadie le haya conocido. Pueden ser modestas sus apariencias, pero no importa, porque basta con que sea lo que debe ser. Aquí no se tienen en cuenta las apariencias; sólo se estima la realidad. El brillo nada vale; sólo el oro tiene valor; y este valor permanece, aunque no brille, aun-

(1) S. Gregorio Magno, *Evang.*, 31, 8; S. Bernardo, *Ep.*, 254, 2, 4.
(2) Sabiduría, IV, 13.

que nadie le conozca. El verdadero metal lo forman la sencillez y la pureza de corazón, tras las cuales nada falso se oculta, y el cumplimiento modesto del deber. Si se pasa el tiempo en contemplar el lustre y el bruñido, no tardarán en llegar las decepciones. Nos repele un caos de acciones y cualidades grandes y hasta grandiosas, mientras que nos causa el más vivo placer la unidad, por pequeña que sea, cuando es verdadera y está llena de vida.

Sin embargo, ¿á qué perdernos de nuevo en palabras que nos alejan siempre del fin primero que debemos tener á la vista? Digámoslo todo de una vez; un carácter entusiasmado por lo sublime, dispuesto á todas las dificultades, pero al mismo tiempo inalterable en el deber, y firme en su vocación, exacto en las cosas más pequeñas, y fiel á la voz de la conciencia, sean grandes ó de poca importancia las acciones que le mande ó le prohiba; un carácter que sabe sacar partido de todo momento, como si de cada uno dependiera la perfección; un carácter no engreído, sino, por lo contrario, sencillo y natural, sincero y verdadero ante sí y ante los demás, siempre igual, tanto interior, como exteriormente, ante Dios y ante los hombres, que halla la fuente de la vida en nuestro Creador y consumador, que sabe dar vida á toda su actividad para darle forma homogénea, en una palabra, un verdadero Justo, tal es el verdadero carácter, alma grande y hombre completo.

**13. Encuentro de la naturaleza y de la Revelación. Necesidad del hombre y doctrina del Cristianismo.**—En esto está todo el fin de nuestro desarrollo puramente humano. Quizá sin conocerlo bien, lo hemos tenido constantemente á la vista. Apenas se presenta más claro, sentimos que está enteramente conforme con las necesidades de nuestra naturaleza moral racional. Sobre esta base construye el Cristianismo. Primero trata de perfeccionarla, para que reposen en terreno sólido las creaciones que quiere llevar á cabo en nosotros. «Temed á Dios y observad sus mandamientos: eso es todo el hombre». [1] «La

(1) Eclesiastés, XII, 13.



firmeza en el temor y en la justicia del Señor, hace á los hombres completos». [1] No quiere imponernos preceptos de imposible realización como potencia extraña; pues «por nosotros mismos podemos distinguir lo que es justo». [2] porque «la ley de la justicia, escrita está en nuestro corazón con caracteres vivos». [3] No hay en el mundo quien no sepa esto por convicción propia, nadie que pueda considerarlo como imposible, nadie que no se condene á sí mismo, cuando rehusa cumplir con lo que exige de nosotros la ley de Dios.

Nos dice lo mismo la razón, enseñándonos esta verdad indiscutible: que son sólo fruto de la justicia la perfección del hombre y la paz del corazón. Pero es necesaria una justicia en todo el sentido de la palabra, una justicia completa arriba y abajo, interior y exteriormente. Su altura toca en el trono de Dios; su profundidad desciende hasta las cosas más pequeñas; su extensión, hasta donde hay seres que reclaman sus servicios y deberes que llaman nuestra atención; en nuestro corazón está su centro.

**14. Darse cuenta y obrar. ¿Cómo se llega á ser hombre completo?**—Es absolutamente cierto que se ha impuesto á todos los hombres este fin, y que todos pueden llegar á él; y estamos convencidos de que no se puede llegar á él sin fuertes combates y sin mucho trabajo. Por ahora es inútil examinar más largamente si ha llegado alguno, y hasta si puede llegar á él, fuera del Cristianismo. Nos hemos propuesto en estas conferencias demostrar que la doctrina cristiana es la única que nos pone á la vista este fin, que no nos deja descanso alguno hasta que lo hayamos conquistado bajo su dirección. No sabemos si hemos realizado lo que esperábamos; pero estamos ciertos de que el mejor juez es el que precedentemente ha hecho esfuerzos serios para tributar la debida justicia á estas verdades. No hace al hombre completo el simple conocimien-

(1) Eclesiástico, II, 1.
(2) S. Lucas, XII, 57.
(3) Romanos, II, 15.

to del deber, sino la voluntad enérgica y la práctica del deber claramente conocido.

Buscar la justicia, amarla, practicarla en sus obras y, lo que es el todo, hacer que crezca y se desarrolle en sí hasta el último momento, en medio de sacrificios y de luchas, de dolores y de purificaciones morales, en las eternas alternativas de caídas y de elevaciones, esto es lo que produce un hombre completo. Con lágrimas sembramos esta magnífica semilla; con sudores y con sufrimientos la hacemos crecer; mas cuando haya llegado á la madurez, con el gozo más grande recogeremos sus frutos que serán mies de paz.

## Apéndice

### La verdadera ley moral y la verdadera moralidad se hallan sólo en Jesucristo

«Al ver los escasos progresos que ha hecho en el terreno natural la humanidad, dice Locke, debería decirse que es empresa superior á las fuerzas de la razón, cuando no recibe auxilio extraño, constituir un sistema completo de moral sobre verdaderos principios y de manera clara y convincente. Es, á lo menos cierto, que por lo que hace á las gentes sencillas y á la mayor parte de los hombres, (1) sería más seguro y más breve que viniera á ellos en calidad de rey y legislador una persona enviada por Dios que tuviera pruebas sensibles de la verdad de su misión, para darles á conocer sus deberes y para recomendarles su cumplimiento. Dice claro la experiencia que ha hecho pocos progresos en el mundo el conocimiento de la moral, sostenido nada más que por las luces de la razón natural. No es difícil encontrar la causa en las diversas necesidades de los hombres, en sus pasiones, en sus vicios y en los falsos intereses que llevan su espíritu al extremo opuesto».

En la antigüedad no podía encontrarse tal ley, porque la religión de los paganos, nada tenía que ver con la moral. No poseía la verdad, y faltaba á su moral una autoridad que le diera fuerza de ley; en otros términos; no tenía á Dios por legislador.

Pero después de Jesucristo, tenemos, para regular nuestra conducta, una ley segura en perfecta armonía con la razón. Evidentemente, le da verdad y fuerza obligatoria la misión divina de su Autor. Los más sublimes genios no

(1) Cfr., Sto. Tomás, 2, 2, q. 2, a. 4.

to del deber, sino la voluntad enérgica y la práctica del deber claramente conocido.

Buscar la justicia, amarla, practicarla en sus obras y, lo que es el todo, hacer que crezca y se desarrolle en sí hasta el último momento, en medio de sacrificios y de luchas, de dolores y de purificaciones morales, en las eternas alternativas de caídas y de elevaciones, esto es lo que produce un hombre completo. Con lágrimas sembramos esta magnífica semilla; con sudores y con sufrimientos la hacemos crecer; mas cuando haya llegado á la madurez, con el gozo más grande recogeremos sus frutos que serán mies de paz.

## APÉNDICE

### LA VERDADERA LEY MORAL Y LA VERDADERA MORALIDAD SE HALLAN SÓLO EN JESUCRISTO

«Al ver los escasos progresos que ha hecho en el terreno natural la humanidad, dice Locke, debería decirse que es empresa superior á las fuerzas de la razón, cuando no recibe auxilio extraño, constituir un sistema completo de moral sobre verdaderos principios y de manera clara y convincente. Es, á lo menos cierto, que por lo que hace á las gentes sencillas y á la mayor parte de los hombres, [1] sería más seguro y más breve que viniera á ellos en calidad de rey y legislador una persona enviada por Dios que tuviera pruebas sensibles de la verdad de su misión, para darles á conocer sus deberes y para recomendarles su cumplimiento. Dice claro la experiencia que ha hecho pocos progresos en el mundo el conocimiento de la moral, sostenido nada más que por las luces de la razón natural. No es difícil encontrar la causa en las diversas necesidades de los hombres, en sus pasiones, en sus vicios y en los falsos intereses que llevan su espíritu al extremo opuesto».

En la antigüedad no podía encontrarse tal ley, porque la religión de los paganos, nada tenía que ver con la moral. No poseía la verdad, y faltaba á su moral una autoridad que le diera fuerza de ley; en otros términos; no tenía á Dios por legislador.

Pero después de Jesucristo, tenemos, para regular nuestra conducta, una ley segura en perfecta armonía con la razón. Evidentemente, le da verdad y fuerza obligatoria la misión divina de su Autor. Los más sublimes genios no

(1) Cfr., Sto. Tomás, 2, 2, q. 2, a. 4.

pueden dejar de mirar como divina esta doctrina, sometiéndose á ella en calidad de tal, pues, habiendo sido predicada por hombres sin instrucción, no sólo fué atestiguada por los milagros, sino confirmada también por la razón. Porque son de tal naturaleza los preceptos que impone, que la razón no puede dejar de aprobarlos, desde el momento en que le son conocidos por este camino, y no puede tampoco dejar de sentirse deudora á la Revelación de tan feliz descubrimiento.

Ni Jesucristo ni sus Apóstoles se valieron del crédito y de la autoridad que sobre el espíritu de los hombres les daban los milagros para introducir en su moral ni un solo pensamiento falso, ni una sola máxima corruptora, ni cosa alguna que pudiera tender á favorecer sus propios intereses ni los de ningún partido, como hemos visto que han hecho todas las sectas de filósofos y las demás religiones. Nada se ve aquí que excite la preocupación ni la quimera, ni que por nada del mundo pueda autorizar el orgullo, la vanidad, la ostentación y la ambición. Todo es pureza y sencillez; nada sobra y nada falta. En una palabra: es regla de conducta tan perfecta, que tienen que reconocer los más sabios que tiende por completo al bien del género humano, y que serían felices todos los hombres si la observasen igualmente.

Al aparecer en el mundo, dió á conocer Jesucristo al mundo la vida y la inmortalidad. Pero ¡cuánto no ha cambiado en el mundo la naturaleza de las cosas por medio de esa sola verdad que ha puesto la piedad por encima de todas las cosas que pudieran tentar á los hombres ó desviarlos de los deberes que les prescribe! Cierto es que hacen brillar los filósofos la hermosura de la virtud; adornaban tan bien á esta hija del cielo, que se llevaba tras sí los ojos de los hombres, y se granjeaba su aprobación; más como no le señalaban dote, había pocos que quisieran desposarse con ella. No podían en general los hombres escatimarle el aprecio y los elogios; pero le volvían siempre la espalda, y la abandonaban como á partido que no les convenía. Hoy, que «tiene por herencia eterna cantidad de magnífica gloria», está de su parte el interés, y se ve que ahora la adquisición más importante y la más considerable ganancia es la de la virtud. Para darle valor, no nos contentamos ya con decir que es la perfección y la excelencia de nuestra naturaleza, que es ella misma su recompensa, y que hará recomendables nuestros nombres para la posteridad. Eran los elogios que hacían de ella los filósofos paganos; y no es maravilla que no hubiera muchos de ellos qué, movidos por estas recomendaciones, no procurasen alguna sólida ventaja. Más grato á los hombres y más capaz de impresionar los espíritus había de ser darles seguridades de que serán felices en la otra vida, si viven bien en este mundo. Abrid sus ojos á las indecibles y eternas alegrías de la otra vida, y hallarán ahí sus corazones algo sólido, muy propio para moverlos. La vida del cielo y del infierno les hará mirar como de poca importancia los bienes y los males presentes, que son de tan corta duración, y los llevará á abrazar la virtud que nos obligan por necesidad á preferir á cualquier otra cosa la razón, el interés, y el cuidado que debemos tener de nosotros mismos. En este fundamento, y sólo en éste, se apoya sólidamente la moral, y en el mismo estriba el derecho que tiene á exigir toda nuestra adhesión sin que legítimamente pueda desviarnos nada de ella. Esto es lo que hace que no sea puro nombre la virtud que ella prescribe, sino sólido y verdadero bien que merece que lo pongamos todo por obra para adquirirla.



La verdadera moralidad va íntimamente unida á la fe cristiana. Comprende necesariamente la creencia de que Jesús de Nazaret es el Mesías. «Debemos al Redentor (prescindiendo de lo sobrenatural, como muchas veces lo hemos hecho notar) el conocimiento sólido de un Dios verdadero é invisible, el conocimiento claro de nuestro deber, la restauración del honor exterior en espíritu y verdad que á Dios se debe, la perspectiva cierta de la inmortalidad y de la remuneración, y la promesa de la asistencia

del espíritu de Dios para practicar la virtud y la verdadera Religión». [1]

Terminaremos con las palabras de San Bernardo:

«Después de haber iluminado lo que estaba en la oscuridad, volvamos á nuestro punto de partida. ¿Qué tenéis que ver vosotros con la virtud, si no conocéis la virtud de Dios, el Cristo? Os pregunto: ¿Dónde se halla la verdadera prudencia, sino en la doctrina de Cristo? ¿Dónde la verdadera justicia, sino en la misericordia de Cristo? ¿Dónde la verdadera templanza, sino en la vida de Cristo? ¿Dónde la verdadera fortaleza, sino en la pasión de Cristo?

«Luego, sólo son prudentes los que están imbuídos en su doctrina; sólo son justos los que por su misericordia han obtenido el perdón de sus faltas; sólo son moderados los que se dedican á imitar su vida; sólo son fuertes, los que en las adversidades se conforman valerosamente con las enseñanzas de su paciencia. Pero si piensa alguno adquirir las virtudes de otra manera que por el Señor, vano es su trabajo; porque la doctrina del Señor, es el plantel de la prudencia, su misericordia es la obra de la justicia, su vida es el espejo de la templanza, y su muerte es le señal de la fortaleza. Á Él sean dados honor y gloria por los siglos de los siglos». [2]

(1) Locke, *Racionalidad del Cristianismo.* Migne, *Demostraciones evangélicas*, IV.

(2) S. Bernardo, *In Cant Serm.*, XXII, 11.

# ÍNDICE

## PARTE SEGUNDA

## FIN Y MARCHA DEL HOMBRE COMPLETO

*(continuación)*

### CONFERENCIA XII

#### DEBERES SOCIALES



### CONFERENCIA XIII

#### LAS VIRTUDES CÍVICAS

del espíritu de Dios para practicar la virtud y la verdadera Religión». (1)

Terminaremos con las palabras de San Bernardo:

«Después de haber iluminado lo que estaba en la oscuridad, volvamos á nuestro punto de partida. ¿Qué tenéis que ver vosotros con la virtud, si no conocéis la virtud de Dios, el Cristo? Os pregunto: ¿Dónde se halla la verdadera prudencia, sino en la doctrina de Cristo? ¿Dónde la verdadera justicia, sino en la misericordia de Cristo? ¿Dónde la verdadera templanza, sino en la vida de Cristo? ¿Dónde la verdadera fortaleza, sino en la pasión de Cristo?

«Luego, sólo son prudentes los que están imbuídos en su doctrina; sólo son justos los que por su misericordia han obtenido el perdón de sus faltas; sólo son moderados los que se dedican á imitar su vida; sólo son fuertes, los que en las adversidades se conforman valerosamente con las enseñanzas de su paciencia. Pero si piensa alguno adquirir las virtudes de otra manera que por el Señor, vano es su trabajo; porque la doctrina del Señor, es el plantel de la prudencia, su misericordia es la obra de la justicia, su vida es el espejo de la templanza, y su muerte es le señal de la fortaleza. Á Él sean dados honor y gloria por los siglos de los siglos». (2)

(1) Locke, *Racionalidad del Cristianismo.* Migne, *Demostraciones evangélicas*, IV.

(2) S. Bernardo, *In Cant Serm.*, XXII, 11.

# ÍNDICE

## PARTE SEGUNDA

## FIN Y MARCHA DEL HOMBRE COMPLETO

*(continuación)*

### CONFERENCIA XII

#### DEBERES SOCIALES



### CONFERENCIA XIII

#### LAS VIRTUDES CÍVICAS

## APÉNDICE

### EL PATRIOTISMO EN LA NUEVA LITERATURA HUMANISTA



## CONFERENCIA XIV

### EL REINO DE DIOS ESTÁ EN NOSOTROS





## CONFERENCIA XV

### EL ORDEN DE LA JUSTA MEDIDA



## CONFERENCIA XVI

### CARÁCTER DE LA VIRTUD CRISTIANA

## CONFERENCIA XVII

ORIGINAL, NO COPIA



## CONFERENCIA XVIII

ECCE HOMO





# PARTE TERCERA

# MARCHA HACIA EL FIN DEL HOMBRE COMPLETO

## COFERENCIA XIX

PRIMERA DECISIÓN QUE HAY QUE TOMAR



## CONFERENCIA XX

LUCHA CONTRA LA MEDIANÍA

## CONFERENCIA XXI

### EL REINO DEL CIELO PADECE FUERZA



## CONFERENCIA XXII

### DEL ORDEN







## COFERENCIA XXIII

### LAS COSAS PEQUEÑAS



## CONFERENCIA XXIV

### EL HOMBRE COMPLETO

# ÍNDICE DE LA SEGUNDA PARTE

## TOMO TERCERO

# ÍNDICE DE LA SEGUNDA PARTE

## TOMO TERCERO

## CONFERENCIA II

### EL PARAÍSO PERDIDO



## APÉNDICE

### EL ESTADO PRIMITIVO ERA SOBRENATURAL Ó EL ESTADO DE NATURALEZA ES CONTRA NATURALEZA





## CONFERENCIA III

### PECADO ORIGINAL Y PECADO HEREDITARIO



## CONFERENCIA IV

### LA CORRUPCIÓN DE LA HUMANIDAD ENTERA



## CONFERENCIA V

### LA HISTORIA DE LAS RELIGIONES PRUEBA LA CAÍDA DE LA HUMANIDAD

## CONFERENCIA VI

### LA CONFESIÓN GENERAL DE LA HUMANIDAD CAÍDA



## APÉNDICE

### DETALLES COMPLEMENTARIOS RELATIVAMENTE Á LA IDEA DE LA REPRESENTACIÓN EN EL SACRIFICIO SANGRIENTO Y EN EL SACERDOCIO





# SEGUNDA PARTE

# LA MANERA DE PENSAR Y DE OBRAR DEL HUMANISMO

## CONFERENCIA VII

### LA NEGACIÓN DEL PECADO



## CONFERENCIA VIII

### GLORIFICACIÓN DE LA SANA SENSUALIDAD

## APÉNDICE

### UNA PALABRA Á LOS PADRES Y Á LOS EDUCADORES

1. Cuán difícil es tratar ciertas cuestiones en público.
2. Cuán al corriente está del mal la juventud.
3. Callar acerca de cosas de que se tiene la misión de hablar, es cooperar al mal.
4. Deberes de los padres, de los educadores, de los predicadores.

## CONFERENCIA IX

### LAS DEBILIDADES HUMANAS CONVERTIDAS EN DEPRAVACIÓN

1. El hombre es débil é inclinado á las faltas.
2. *Errare humanum est.* Las debilidades humanas son faltas, pero faltas leves, perdonables.
3. Cada falta es una violación de la verdadera humanidad y un paso hacia la inhumanidad.
4. Prueba tomada de la vida pública y de la política.
5. Prueba tomada de la vida de los individuos.
6. Los monstruos de la humanidad no son tan difíciles de comprender ó de igualar.
7. Los pecadores se separan ellos mismos de la humanidad.
8. Necesidad del infierno.
9. Los tormentos del infierno: ¿por qué deben ser eternos?
10. Cómo se va al infierno y cómo se evita.

## APÉNDICE

### PECADOS VENIALES Y PECADOS GRAVES Ó MORTALES

1. La negación estoica de una diferencia entre los pecados.
2. Diferencia esencial entre los pecados veniales y los pecados mortales.
3. La naturaleza de los pecados veniales y la de los mortales.
4. El pecado, muerte de la humanidad.

## CONFERENCIA X

### EL PECADO COMO DERECHO

1. Los hombres se quejan, pero solamente de males pequeños y de males exteriores.
2. Su propio mal, el pecado, es el que sienten ó confiesan menos.
3. El pecado es el mayor mal, el más odioso, el más horrible.
4. Según el sentir unánime de los hombres, el pecado es lo más aborrecible que hay.



5. Según la doctrina del Humanismo, el pecado es una debilidad humana insignificante.
6. Algo que es una necesidad de naturaleza, por consiguiente, un derecho del hombre.
7. El mal ¿contituye una sola y misma cosa con el bien?
8. ¿Es algo más bello y sublime que el bien?
9. Juicio acerca del pecado.

## CONFERENCIA XI

### EL PECADO COMO GENIALIDAD

1. El culto de genio. Sus bases morales.
2. Sus bases dogmáticas.
3. César, el genio mayor de la antigüedad. Sus buenas y sus malas cualidades.
4. Las debilidades de los genios.
5. La doctrina de que genio y moralidad no concuerdan, y que el pecado es un acto de genio.
6. ¿De dónde proviene la fuerza de esta doctrina?
7. Origen de la doctrina de las dos morales en la práctica.
8. Su desenvolvimiento en filosofía.
9. Su desenvolvimiento completo.
10. Sentido y alcance de la doctrina del genio, límite del Humanismo.

## CONFERENCIA XII

### OJEADAS Á LA MUERTE

1. El ardiente deseo de la muerte es una prueba de la miseria humana.
2. No siempre se conoce la miseria de la humanidad.
3. La decadencia física de la humanidad consecuencia del pecado.
4. El pecado como perturbación de la naturaleza.
5. Todos los males, y especialmente la muerte, son consecuencia del pecado.
6. Los males y la muerte como castigo de la violación del orden moral.
7. La muerte igualmente natural y contra naturaleza.
8. ¿De dónde proviene la predilección moderna por la muerte?
9. Acariciar la muerte es más contra naturaleza que la muerte misma.
10. El temor de la muerte es natural y general en los hombres.
11. El miedo á la muerte no es una preocupación sino que es natural.
12. El Cristianismo bueno para vivir y para morir.

## APÉNDICE

### ¿LA MUERTE Y EL TEMOR DE LA MUERTE SON NATURALES Ó CONTRA NATURALEZA?

1. Hasta donde puede llegar la ruina de toda noción y de todo juicio moral.

## CONFERENCIA XIII

### EL CULTO DEL DIABLO



## APÉNDICE

### ¿HAY EN REALIDAD UNA ADORACIÓN DEL DIABLO?



## TERCERA PARTE

# HISTORIA DE LA CIVILIZACIÓN DEL HUMANISMO

## CONFERENCIA XIV

### EL ESPÍRITU DE LA CIVILIZACIÓN HUMANISTA







## CONFERENCIA XV

### LOS MEDIOS DE LA CIVILIZACIÓN HUMANISTA



## CONFERENCIA XVI

### EL FIN DE LA CIVILIZACIÓN HUMANISTA

## CONFERENCIA XVII

### LA HISTORIA DE LA CIVILIZACIÓN HUMANISTA



## CONFERENCIA XVIII

### EL RESULTADO FINAL DE LA CIVILIZACIÓN HUMANISTA





## CUARTA PARTE

# LA VUELTA DEL HUMANISMO Á LA HUMANIDAD

## CONFERENCIA XIX

### EL GOBIERNO DE DIOS EN EL MUNDO



## CONFERENCIA XX

### ECCE AGNUS DEI

## CONFERENCIA XXI

### LA FUENTE DE TODO PECADO



## CONFERENCIA XXII

### EL ARREPENTIMIENTO



## CONFERENCIA XXIII

### LA CONFESIÓN







## CONFERENCIA XXIV

### PENITENCIA Y SATISFACCIÓN



## CONFERENCIA XXV

### EL ANTIGUO Y EL NUEVO ADAM

# ÍNDICE DE LA TERCERA PARTE

## TOMO QUINTO

## SEGUNDA PARTE

## EL CRISTIANISMO BASE DE LA VIDA REAL

### CONFERENCIA III

#### NUESTRO DIOS



### CONFERENCIA IV

#### LA FE



### APÉNDICE

#### DE LA TOLERANCIA







### CONFERENCIA V

#### LA JUSTICIA CRISTIANA



### CONFERENCIA VI

#### LA RELIGIÓN CRISTIANA Y LA VIRTUD DE RELIGIÓN

## CONFERENCIA VII

### LEY Y LIBERTAD



## CONFERENCIA VIII

### LA GRACIA Y EL IDEAL DE LA HUMANIDAD





## CONFERENCIA IX

### LA IGLESIA COMO AUTORIDAD



## CONFERENCIA X

### MEDIO DE SALVACIÓN, INSTITUCIÓN DE SALVACIÓN, CAMINO DE SALVACIÓN

## CONFERENCIA XI

### NATURALEZA Y SOBRENATURALEZA

1. La más grande dificultad que encuentra el Cristianismo.
2. Cuan difícil es asociar lo natural y lo sobrenatural en una unión pacífica.
3. Diferencia entre la tarea del Humanismo y la del Cristianismo.
4. Nada de *deus ex machina.*
5. El proceso de asimilación del Cristianismo. Historia y espíritu de la cristianización.
6. Los hechos de Dios entre los hombres.
7. El cristiano sobrepuja al hombre terrenal incluso bajo el punto de vista natural y temporal.

## APÉNDICE I

### LA VERDADERA SIGNIFICACIÓN DE LA REFORMA

1. El pensamiento fundamental del Cristianismo.
2. Cuán á gusto se encontraba la Edad Media en el Cristianismo.
3. Pensamiento fundamental y naturaleza de la Reforma.
4. Formación de este pensamiento fundamental en ella.
5. Origen y verdadera significación de la Reforma.

## APÉNDICE II

### EL ESPÍRITU DE LA EDAD MEDIA

1. Puntos de vista reinantes en la Edad Media y su significado.
2. El espíritu de la Edad Media es el espíritu de la caballería
3. Las costumbres caballerescas de la Edad Media.
4. Las costumbres exteriores en la Edad Media.
5. La vida interior y espiritual en la Edad Media.
6. La vida religiosa en la Edad media.

## CONFERENCIA XII

### EL HOMBRE-DIOS JESUCRISTO

1. Los contrastes que se encuentran en la vida de Cristo son un testimonio para su personalidad única en su género.
2. El Cristo como Dios verdadero.
3. Como hombre verdadero.
4. Como Hombre-Dios.
5. Como mediador.
6. Fuera de Cristo no hay salvación; todo nos viene por Él.
7. Cristo todo en todo.



8. El resumen de todos los deberes del cristiano es la imitación de Jesucristo.
9. Cristo nuestro todo.

APÉNDICE: Jesucristo en otro tiempo y hoy día.

# PARTE TERCERA

# DOCTRINA DEL CRISTIANISMO SOBRE LA FORMACIÓN Y LA EDUCACIÓN

## CONFERENCIA XIII

### LA DISCIPLINA, MEDIO DE EDUCACIÓN PARA EL HOMBRE Y LA HUMANIDAD

1. La vida bajo la Inquisición española.
2. Inquisición y policía, ó la vida pública de antes y la vida pública de hoy.
3. Los medios de violencia exteriores son indispensables á toda autoridad.
4. No se puede obrar sobre la voluntad ni tener en cuenta la conciencia.
5. Sin iluminar la inteligencia.
6. La educación por la disciplina.
7. Los beneficios de una fuerte disciplina.
8. Diferencia en la aplicación de los principios cristianos acerca de la educación y la disciplina.
9. La infiltración progresiva de la civilización cristiana.
10. La disciplina de la Iglesia.

## CONFERENCIA XIV

### LA DE LA INTELIGENCIA

1. La creación del hombre por la infusión de la inteligencia.
2. La antigüedad sin vida de la inteligencia.
3. La prueba está en la educación antigua.
4. Falta de inteligencia en la formación y en la educación moderna.
5. Muchos espíritus y poco espíritu.
6. Solo hay inteligencia en el Cristianismo.
7. Un nuevo mundo y un nuevo hombre solo se obtienen por un nuevo espíritu.
8. La inteligencia consiste en la aspiración de las potencias del alma humana hacia Dios.
9. Tres condiciones preliminares para la verdadera formación de la inteligencia.
10. El principal camino que conduce á la formación de la inteligencia es la disciplina.

## APÉNDICE

### LA FORMACIÓN FEMENINA EN TIEMPO DE NERÓN

1. Daños de una formación falsa.
2. En las cuestiones actuales, el terreno de la historia, siendo un terreno neutro, es preferible.
3. La delicada formación del hombre de condición elevada en Roma.
4. La formación intelectual de las mujeres en Roma.
5. Los esfuerzos y las escentricidades de las mujeres libres en Roma.
6. Decadencia de una época producida por la decadencia, y especialmente por la falsa formación de la mujer.

## CONFERENCIA XV

### LA FORMACIÓN DE LA VOLUNTAD

1. La debilidad moral humana, es decir, la debilidad de la voluntad.
2. Todos los males públicos consecuencia de la debilidad moral.
3. Error en creer que la virtud consiste en discursos acerca de la virtud. Los tiempos en que más se moraliza son los tiempos en que la debilidad moral es mayor.
4. Pablo y los charlatanes de la moral.
5. Diferencia entre el Humanismo y el Cristianismo como entre la palabra y la acción.
6. La doctrina de las buenas obras.
7. La educación cristiana para la vida práctica.
8. El arte de la vida.
9. El poderío de la voluntad.
10. La confesión y la penitencia como medios para afirmar la voluntad.
11. La doctrina de la mortificación, de las buenas obras y del fin eterno sobrenatural, como base de la fuerza de la voluntad.
12. La verdadera fuerza se encuentra en la unión de la fe, de la gracia y las obras.

## CONFERENCIA XVI

### LA FORMACIÓN DEL CARÁCTER

1. El embudo de Nurenberg, poste indicador en la historia de la civilización.
2. Todo exclusivismo es extraño al Cristianismo, que forma un todo.
3. Los dos defectos principales del carácter.
4. Las falsas explicaciones del carácter; razones de estas explicaciones.
5. Las dos bases de la formación del carácter en la fe cristiana.
6. Diferencia entre la concepción humanista del carácter y la concepción cristiana
7. La Edad Media, época de los caracteres.



8. Las tres cosas que se requieren para la formación del carácter.
9. Lo que incumbe á un carácter.
10. La formación del carácter es un trabajo difícil y enojoso.
11. Manera cristiana de formar el carácter.
12. La vocación artística de los cristianos en la imitación de Jesucristo.

## CONFERENCIA XVII

### LA FORMACIÓN DEL GEMÜTH

1. La más grande laguna de nuestra época.
2. No se está con gusto en el mundo.
3. Lo que no es el *Gemüth.*
4. Lo que es el *Gemüth.*
5. Relación entre el carácter y el *Gemüth.*
6. Obligación de formar el *Gemüth* para el hombre y para la mujer.
7. Fuera del Cristianismo no hay camino que conduzca al *Gemüth.*
8. Cristo modelo de la vida del *Gemüth.*
9. Los sentimientos del infante en el cristiano.
10. El *Gemüth* es el limite supremo de los deberes del cristiano.
11. El ejercicio de la caridad efectiva hacia el cristiano como deber del *Gemüth* en el Cristianismo.
12. Serenidad del *Gemüth* cristiano.
13. Los Santos como representantes de la vida del *Gemüth.*
14. Deterioro de los espíritus por el mundo.
15. Juventud eterna y madurez del *Gemüth.*

## CONFERENCIA XVIII

### CRISTIANISMO Y HUMANIDAD

1. La mayor pena del Maestro cuando su peregrinación terrenal.
2. Ingratitud de la humanidad por la guerra que hace al Cristianismo en nombre de la humanidad.
3. Abuso de la palabra *humanidad.*
4. Relación que existe entre Humanidad y Cristianismo.
5. La Humanidad no es de ninguna manera una cultura puramente exterior.
6. La Humanidad es la purificación moral por el trabajo interior realizado en sí, y por la disciplina exterior.
7. La Humanidad es el ennoblecimiento del espíritu.
8. La Humanidad es el respeto de la dignidad humana en todo, en el hombre, en las clases, en los pueblos.
9. La Humanidad como equidad en el derecho.
10. La Religión como protección de la Humanidad.

5. La oración y la vida interior.
6. La oración y la vida de religión.
7. La oración y la vida espiritual.
8. El poder de la oración.
9. La oración y las súplicas de la vida terrestre.
10. La oración como actividad social.
11. La oración como carácter distintivo de la vida cristiana.
12. La oración como carácter distintivo del verdadero espíritu cristiano y de la verdadera Iglesia.

## CONFERENCIA XXIV

### LA CARIDAD

1. Gran extensión de los mandamientos cristianos.
2. El amor lazo de todos los mandamientos.
3. El amor poco conocido en el mundo.
4. El amor como pasión ó afección.
5. El amor como virtud natural.
6. El amor como virtud, fundado en motivos puramente naturales, es difícil de practicar hacia el hombre puramente natural.
7. El amor sobrenatural por Dios y por el prójimo.
8. El amor del orden sobrenatural, como resumen y cumplimiento de toda virtud natural.
9. El amor como fin de toda nuestra actividad moral.
10. Cómo se encuentra el amor.

## CONFERENCIA XXV

### EL CRISTIANO

1. Juicio del mundo sobre el hombre.
2. Explicaciones humanas del origen del Cristianismo.
3. El mundo incapaz de juzgar el espíritu cristiano.
4. Los hombres de Dios, son con frecuencia los más débiles bajo el punto de vista físico.
5. En la debilidad de la naturaleza, manifiesta Dios mejor el poderío de la sobrenaturaleza.
6. Al cristiano pertenece antes que todo, la apropiación de lo sobrenatural.
7. Pero á él pertenece también el cumplimiento completo de todas las obligaciones humanas.
8. La tarea del Cristianismo es unir juntamente la naturaleza y la sobrenaturaleza.
9. Simplicidad de esta tarea.
10. Dificultad de esta tarea.
11. Cristo y el cristiano; la imitación de Cristo y sus pactos.
12. La tarea y el honor del cristiano.



## CONFERENCIA XXVI

### EL FIN

1. La carrera del mundo y su recompensa.
2. La educación de la humanidad en la antigua Alianza y su recompensa.
3. La educación del hombre nuevo por Cristo.
4. La tarea del Cristianismo.
5. La situación del hombre relativamente á la solución de la tarea del cristiano.
6. El fin lo decide todo.

# ÍNDICE DE LA CUARTA PARTE

## TOMO SÉPTIMO

## APÉNDICE

### IDEAS RELIGIOSAS Y MORALES DEL SOCIALISMO



## CONFERENCIA V

### LA SITUACIÓN DEL MUNDO



## CONFERENCIA VI

### SOLIDARIDAD EN LA RESPONSABILIDAD DE LAS IDEAS MODERNAS





## SEGUNDA PARTE

## EL DERECHO

## CONFERENCIA VII

### EL DERECHO Y EL ORDEN NATURAL DEL MUNDO



## CONFERENCIA VIII

### EL DERECHO Y EL ORDEN MORAL



## CONFERENCIA IX

### EL DERECHO Y EL ORDEN PÚBLICO

4. Influencia del orden público en la moral pública y en el derecho.
5. Derecho y solidaridad.
6. Derecho y autoridad pública.
7. Conciencia pública. Condición de la sana situación social.

## CONFERENCIA X

### EL DERECHO Y EL ORDEN DIVINO

1. Unidad de la legislación romana y disposición del Estado en lo tocante á la Religión.
2. El abandono de la Religión arruina la unidad y estabilidad del derecho y del Estado.
3. La unidad en el orden del derecho y del Estado, no existe sino cuando la Religión ocupa el primer puesto.
4. La estabilidad en la organización del derecho, no existe sino por la subordinación de éste al orden divino.
5. La seguridad del derecho es imposible sin derecho divino.
6. El cumplimiento de las leyes ordenadas por Dios, no es posible sino por impulso interior de la conciencia.
7. El orden humano no puede sostenerse sino por su unión con el orden divino.

# TERCERA PARTE

# BASES DE LA SOCIEDAD

## CONFERENCIA XI

### LA PERSONALIDAD HUMANA

1. Embarazo del mundo sobre lo que debe hacer con el hombre.
2. Puesto que le asigna el Cristianismo.
3. Seguridad del hombre á condición de que pertenezca desde luego á Dios.
4. La personalidad humana convertida en centro de la vida por las enseñanzas de la conciencia.
5. La justa concepción de la personalidad, conduce necesariamente á la doctrina orgánica de la sociedad.
6. Unión de la independencia personal y de la libertad contenida, con el interés general, en la verdadera idea de la personalidad.
7. El hombre debe convertirse de nuevo en centro de la sociedad.

## CONFERENCIA XII

### LA PROPIEDAD

1. El origen de la economía política y de las relaciones sociales se remonta al Paraíso.
2. Las bases de la sociedad son la propiedad y el trabajo.



3. El derecho propio y el común son inseparables.
4. ¿Por qué es tan peligroso discutir la cuestión de la propiedad?
5. Doctrina del derecho natural sobre la propiedad.
6. El derecho del poseedor y el derecho del rico.
7. En el orden actual del mundo, es indispensable la propiedad privada.
8. Es imposible admitir el orden actual del mundo y rechazar el pecado original.
9. ¿Por qué no se realizarán jamás los esfuerzos del socialismo y del comunismo?
10. Origen del derecho de necesidad.
11. Derecho de sucesión.
12. Deber de la época, referente á la doctrina del derecho de propiedad.

## CONFERENCIA XIII

### EL TRABAJO

1. La ley de Dios es el eje en torno del cual gira la cuestión de la propiedad y del trabajo.
2. El trabajo es, por naturaleza, un deber moral.
3. Modificación producida por el pecado original en la significación del trabajo.
4. Importancia de la consideración del trabajo como deber moral en la economía política y en la cuestión social.
5. El trabajo es un deber social.
6. Significación de la expresión *trabajo social*.
7. El mayor trabajo social es el trabajo intelectual.
8. El sistema feudal era la mejor expresión del trabajo y de la solidaridad.
9. El trabajo como actividad económica.
10. El trabajo y la propiedad en su relación económica.
11. El derecho al trabajo.
12. Deber de la época, relativo al trabajo y á los trabajadores.

# CUARTA PARTE

# LA FAMILIA

## CONFERENCIA XIV

### LA FAMILIA

1. La Reforma determina un cambio de doctrina sobre la sociedad.
2. Errores sobre las relaciones del individuo con la sociedad.
3. Errores sobre las relaciones de la familia con la propiedad.
4. Errores sobre la personalidad libre como fundamento de la sociedad.
5. La familia es desde luego base de la sociedad, por el cumplimiento de sus obligaciones sociales, morales y jurídicas.

# ÍNDICE DE LA CUARTA PARTE

## TOMO OCTAVO

### QUINTA PARTE

### LA SOCIEDAD CIVIL

### CONFERENCIA XIX

#### LA SITUACIÓN SOCIAL

1. Necesidad y urgencia de la cuestión social.
2. Últimos motivos y breve expresión de la cuestión social.
3. Nuestra legislación como expresión de nuestra moral pública y de nuestro sentimiento público del derecho.
4. Sistema pernicioso de la supuesta prosperidad general.
5. Consecuencias morales y económicas de la plutocracia.
6. La llamada concurrencia general y libre.
7. Aniquilamiento de las clases media y agrícola por la libertad sin protección.
8. Depreciación del trabajo.
9. División del trabajo.
10. Trabajo y trabajadores convertidos en mercancía.
11. Razones morales de los males de la sociedad.
12. Solidaridad en la falta que arruina á la sociedad.

### CONFERENCIA XX

#### ORGANIZACIÓN ECONÓMICA DE LA SOCIEDAD

1. La libre organización social orgánica, imposible en la antigüedad, es ante todo creación del Cristianismo.
2. Causa, origen y fin próximo de la sociedad civil.
3. La organización social sólo es posible cuando se basa en la moral, en la justicia y en la religión.
4. Formación orgánica del orden social.
5. Restablecimiento de un moderado bienestar general y de la clase media.



6. La concurrencia universal sólo es posible por la implantación de límites sólidos.
7. La organización social no existe sino por la forma cooperativa y la constitución de clases.
8. Solidaridad en la vida social.
9. La cuestión social no es difícil de resolver.

### CONFERENCIA XXI

#### LA SOCIEDAD CIVIL Y EL ESTADO

1. Opresión de la sociedad antigua y moderna por el exceso de poder del Estado.
2. Miras de la Edad Media sobre las relaciones entre la santidad y el Estado.
3. Historia de la disolución del cuerpo social por el Estado.
4. La confusión del Estado y de la sociedad es un mal para las leyes y para las instituciones sociales.
5. Lo es también para la administración del Estado y de la sociedad.
6. El socialismo de Estado es una fuente fecunda para la revolución.
7. Socava la conciencia del derecho y la fe en el derecho.
8. El individuo no está ligado al Estado directamente y bajo todos los aspectos.
9. La formación de la organización social civil es causa de la libertad jurídica y del orden natural de las cosas.
10. Dependencia del Estado y de la sociedad; el derecho del Estado frente á la sociedad civil.

### CONFERENCIA XXII

#### LA ECONOMÍA DEL CAPITAL

1. Lucha del Socialismo contra el capital.
2. El capital es toda posesión que, unida al trabajo, da nacimiento á una actividad productiva.
3. El trabajo y el capital en sus relaciones económicas desde el punto de vista de la producción, y en sus reivindicaciones jurídicas desde el punto de vista del resultado.
4. Ni el trabajo solo, ni el capital solo son causa de la producción del valor; lo son ambos unidos.
5. El modo de producción capitalista es una ley económica natural.
6. La naturaleza de la producción capitalista es siempre la misma.
7. Doctrina de la Iglesia sobre el modo de producción capitalista.
8. Razón de las diferentes maneras de obrar de la Iglesia en esta materia.

## APÉNDICE

### DOCTRINA DE LA IGLESIA SOBRE EL CAPITAL, EL INTERÉS Y LA USURA

1. De dónde proviene la oposición á esta doctrina y la dificultad de comprenderla.
2. Idea del valor en su doble significación.
3. Idea de la productibilidad económica.
4. La productibilidad ó la formación del valor resulta de la acción común de la naturaleza y del trabajo.
5. Enseñanza de la Iglesia sobre el interés como dogma de fe, del derecho natural y del positivo.
6. Su doble fundamento.
7. *a)* Aspecto económico. Diferencia esencial entre dinero y capital.
8. Origen y naturaleza del dinero.
9. Triple valor del dinero.
10. Doble significación é idea del dinero.
11. Grados en el empleo del dinero.
12. Dinero improductivo.
13. Diferencias entre dinero y capital.
14. Riesgo inseparable del capital y del trabajo.
15. El capital y el trabajo no pueden acrecentarse indefinidamente.
16. ¿Cuántos factores intervienen en la formación del valor?
17. Noción del capital.
18. El dinero, no obstante su aparente productibilidad, es infructuoso en realidad.
19. Naturaleza orgánica del interés en el capital.
20. Perjuicio económico proveniente del desconocimiento de la naturaleza del dinero.
21. *b)* Aspecto jurídico.
22. Naturaleza del préstamo.
23. Enseñanza de la Iglesia sobre el préstamo.
24. Acuerdo del derecho civil con la enseñanza de la Iglesia.
25. Reprobación de un préstamo productivo y consuntivo, esto es, de la usura, ya se ejerza sobre el rico, ya sobre el pobre.
26. Título de compensación en el préstamo.
27. ¿En qué ha cambiado hoy la vida económica?
28. Diferencia entre interés é indemnización.
29. El interés proveniente del empleo de capitales, jamás ha sido prohibido.
30. Retribución y salario.
31. Naturaleza del empleo del capital.
32. Diferencia entre el préstamo y el empleo del capital.
33. Breve resumen de la enseñanza sobre el capital y el préstamo.
34. Usura.
35. Especies de usura.
36. Deberes de la legislación relativos á la usura.



## CONFERENCIA XXIII

### MEDIOS MORALES DE SALVACIÓN

1. Miseria de la situación social.
2. Urgencia de ponerle remedio.
3. Los males, como los remedios, son ante todo intelectuales y morales.
4. Vuelta á Dios y
5. Á la justicia.
6. Particularmente á la justicia en la vida pública.
7. Renovación del espíritu social, del sentimiento de la comunidad y de las virtudes sociales.
8. Extirpación de los vicios sociales y preparación del corazón para recibir mejores principios.
9. Restablecimiento de la familia.
10. Cambio del sistema de instrucción y del de educación.
11. Formación de la mujer.
12. Perspectivas de lo porvenir.

## CONFERENCIA XXIV

### MEDIOS JURÍDICOS Y SOCIALES DE SALVACIÓN

1. Todas las tentativas de auxilio deben fundamentarse en la moral y la religión.
2. Intervención del Estado contra la economía de dinero y la libertad de la usura para reglamentar el crédito.
3. Legislación social y limitación del Estado en interés de la cuestión social.
4. Bases inquebrantables de la organización de la sociedad.
5. Conservación de la clase agrícola y de la nobleza.
6. Más segura situación para las diferentes profesiones.
7. Más segura situación para los valores. Crédito y posesión.
8. Salvación de la situación política y
9. De la moral pública, armonizándolas con la organización natural de la sociedad.
10. Organización de las diferentes clases.
11. Cuidado que debe tenerse con la propiedad territorial.
12. Cuidados que deben tomarse para asegurar la pequeña propiedad.
13. Restablecimiento de clases sólidamente organizadas.
14. Limitación de las libertades desmesuradas.
15. ¿Quién debe realizar este programa?
16. Resumen de la solución.

## SEXTA PARTE

## ESTADO Y SOCIEDAD DE PUEBLOS

### CONFERENCIA XXV

#### EL ESTADO



### CONFERENCIA XXVI

#### FIN DEL ESTADO



### CONFERENCIA XXVII

#### AUTORIDAD DEL ESTADO





### APÉNDICE

#### ¿ES POSIBLE REINAR CRISTIANAMENTE?



### CONFERENCIA XXVIII

#### ESTADO Y ESTADOS



### APÉNDICE

#### CONCEPCIÓN MEDIOEVAL DEL DERECHO DEL ESTADO Y DEL INTERNACIONAL

## SÉPTIMA PARTE

## EL REINO DE DIOS

### CONFERENCIA XXIX

#### LA IGLESIA COMO SOCIEDAD



### APÉNDICE

#### LA SALVACIÓN DE LA SOCIEDAD CONSISTE EN EL RECONOCIMIENTO DE LA IGLESIA COMO SOCIEDAD



### CONFERENCIA XXX

#### LA IGLESIA Y LA SOCIEDAD



# ÍNDICE DE LA QUINTA PARTE

## TOMO NONO



## PRIMERA PARTE

## LA MÁS ELEVADA TAREA MORAL DEL HOMBRE

### CONFERENCIA PRIMERA

#### LA MÍSTICA NATURAL

## SÉPTIMA PARTE

## EL REINO DE DIOS

### CONFERENCIA XXIX

#### LA IGLESIA COMO SOCIEDAD



### APÉNDICE

#### LA SALVACIÓN DE LA SOCIEDAD CONSISTE EN EL RECONOCIMIENTO DE LA IGLESIA COMO SOCIEDAD



### CONFERENCIA XXX

#### LA IGLESIA Y LA SOCIEDAD



# ÍNDICE DE LA QUINTA PARTE

## TOMO NONO

INTRODUCCIÓN.



## PRIMERA PARTE

## LA MÁS ELEVADA TAREA MORAL DEL HOMBRE

### CONFERENCIA PRIMERA

#### LA MÍSTICA NATURAL

## CONFERENCIA V

### VERDADERA SIGNIFICACIÓN DE LA MÍSTICA



## SEGUNDA PARTE

# LA VIDA ESPIRITUAL

## CONFERENCIA VI

### ABANDONO DEL ESPÍRITU MUNDANO



## APÉNDICE

### LA PENETRACIÓN DEL ESPÍRITU MUNDANO, CAUSA DE NUESTRA DEBILIDAD







## CONFERENCIA VII

### DESASIMIENTO DE LOS BIENES TERRESTRES



## CONFERENCIA VIII

### LA ELEVACIÓN DEL ESPÍRITU SOBRE LA NATURELEZA SENSIBLE Ó LA CASTIDAD



## CONFERENCIA IX

### LA EDUCACIÓN DEL ESPÍRITU PARA ENSEÑARLE Á DOMINARSE, Ó LA MORTIFICACIÓN

## APÉNDICE

### NOCIÓN EXACTA DE LA ASCÉTICA



## CONFERENCIA X

### EJERCICIO PROPIO DEL ESPÍRITU EN LOS LÍMITES QUE LE CONVIENEN



## APÉNDICE

### PUNTO CRÍTICO EN LA VIDA ESPIRITUAL







## CONFERENCIA XI

### NECESIDAD DE DIRIGIR EL ESPÍRITU Á DIOS ÚNICAMENTE



## CONFERENCIA XII

### EL HOMBRE COMPLETO AL SERVICIO DE SU MÁS ELEVADA MISIÓN

# ÍNDICE DE LA QUINTA PARTE

## TOMO DÉCIMO

### TERCERA PARTE

### MEDIOS PARA LLEGAR Á LA VIDA ESPIRITUAL

#### CONFERENCIA XIII



#### CONFERENCIA XIV







#### APÉNDICE



#### CONFERENCIA XV



#### APÉNDICE

## CONFERENCIA XXII

### LA MÁS PEQUEÑA EN EL REINO DE LOS CIELOS



# QUINTA PARTE

# TESTIMONIO Y RECOMPENSA DE LA PERFECCIÓN

## CONFERENCIA XXIII

### LO MARAVILLOSO EN LA VIDA DE LOS SANTOS





## CONFERENCIA XXIV

### LA SAL DE LA TIERRA



## CONFERENCIA XXV

### EL PARAÍSO RECOBRADO



## CONFERENCIA XXVI

### LA CORONA DE LA ETERNA MAGNIFICENCIA

## VICARIATO GENERAL

DE LA

# DIÓCESIS DE BARCELONA

Por lo que á Nós toca, concedemos Nuestro permiso para publicarse el segundo tomo de la *Apología del Cristianismo*, escrito en alemán por el P. ALBERTO MARÍA WEISS, y traducido al castellano por el P. DIONISIO FIERRO GASCA, mediante que de Nuestra orden ha sido examinado y no contiene, según la censura, cosa alguna contraria al dogma católico y á la sana moral. Imprímase esta licencia al principio ó final del tomo y entréguense dos ejemplares del mismo rubricados por el Censor, en la Curia de Nuestro Vicariato.

Barcelona 28 de Abril de 1905.

*El Vicario General,*
RICARDO, *Obispo de Eudoxia.*

*Por mandado de Su Señoría,*
LIC. JOSÉ M.ª DE ROS, *Pbro.,*
*Scrio., Can.*

HERDER & CIE

